

Lingüística

Ferdinand de Saussure

Escritos sobre lingüística general



gedisa
editorial



Lingüística
Serie CLA·DE·MA

gedisa
editorial

Ferdinand de Saussure Escritos sobre lingüística general

Este volumen presenta textos inéditos de Ferdinand de Saussure que habían permanecido ocultos hasta 1996 en un pabellón de la mansión ginebrina de su familia. La joya de este hallazgo fue un manuscrito de 70 páginas que el autor agrupó bajo el epígrafe «De la doble esencia del lenguaje», un texto del que no se conocía más que la intención de escribirlo, pero hasta ahora desconocido para generaciones enteras de comentaristas, incluidos los alumnos que compilaron la versión original de 1916 del famoso *Curso de lingüística general* del maestro. El conjunto de escritos recogidos en esta edición, y que incluyen el famoso borrador, parecen corresponder a notas escritas a lo largo de un extenso período de tiempo, anterior y posterior a la preparación de su célebre curso.

De las cartas y anotaciones de Saussure se desprende que desde 1891 tenía el propósito de escribir un libro para demostrar que toda la lingüística de su tiempo estaba equivocada y que su terminología no tenía sentido alguno. Lo que le impidió terminar este proyecto fue su convicción de que la lingüística «no tenía objeto», ya que los límites de sus unidades de estudio son difusos y dependientes, en última instancia, del punto de vista adoptado por los lingüistas.

Además del manuscrito inédito mencionado, este volumen incluye una serie de textos redactados por Saussure para su obra sobre «Lingüística general» de los cuales se desprende una visión del lenguaje que habrá de cambiar por completo nuestra comprensión de la lingüística en general y del estructuralismo en particular. Redescubrimos así, en definitiva, a un gran pensador que se aleja del dualismo estructuralista para llegar a una visión integracionista y casi heraclitiana de la lengua.

Ferdinand de Saussure (1857-1913) es considerado el fundador de la lingüística moderna. Fue profesor en Leipzig y en su ciudad natal Ginebra (1901-1913), donde desarrolló sus teorías más importantes, entre las que destaca la arbitrariedad del signo lingüístico y la idea de que su significado sólo se genera por su diferencia con respecto a otros signos, así como la distinción fundamental entre «significado» y «significante». Gedisa ha publicado también su estudio sobre los anagramas romanos, editado por Jean Starobinski con el título *Palabras bajo las palabras*.

ISBN 84-7432-972-8



302524

ESCRITOS SOBRE LINGÜÍSTICA GENERAL

Ferdinand de Saussure

*Edición, introducción y notas de Simon Bouquet y
Rudolf Engler, con la colaboración de Antoinette Weil*

Traducción de Clara Ubaldina Lorda Mur

gedisa
editorial

Esta obra ha sido publicada con la ayuda de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

Ouvrage publié avec le concours du Ministère française de la culture - Centre national du livre.

Título del original francés:

Écrits de linguistique générale, de Ferdinand de Saussure

© Éditions Gallimard, 2002



Cette édition a été réalisée sous l'égide des
Archives Ferdinand de Saussure

Traducción: Clara Ubaldina Lorda Mur

Ilustración de cubierta: Edgardo Carossia

Primera edición: noviembre de 2004, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Editorial Gedisa, S.A.

Paseo Bonanova, 9, 1º-1ª

08022 Barcelona (España)

Tel. 93 253 09 04

Fax 93 253 09 05

correo electrónico: gedisa@gedisa.com

<http://www.gedisa.com>

ISBN: 84-7432-972-8

Depósito legal: B. 43852-2004

Impreso por Limpergraf

Mogoda, 29-31 - Barberà del Vallès

Impreso en España

Printed in Spain

Queda prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada de esta versión castellana de la obra.

Ferdinand de Saussure

ESCRITOS SOBRE LINGÜÍSTICA GENERAL

Serie CLA•DE•MA
Lingüística

Índice

INTRODUCCIÓN	13
--------------------	----

I. DE LA DOBLE ESENCIA DEL LENGUAJE (Fondo BPU 1996)

1 Introducción	23
2a [De la doble esencia: Principio «primero y último» de la dualidad]	23
2b Posición de las identidades	25
2c Naturaleza del objeto en lingüística	25
2d [Principio de dualismo]	26
2e [Cuatro puntos de vista]	26
3a [Enfrentarse al objeto]	28
3b [Lingüística y fonética]	29
3c [Presencia y correlación de sonidos]	30
3d [Ámbito fisiológico-acústico de la figura vocal]	31
3e Observaciones sobre las guturales palatales desde el punto de vista fisiológico y acústico	32
3f [Valor, sentido, significación...]	33
3g [Valor y formas]	33
4a [Fonética y morfología, 1]	34
4b [Fonética y morfología, 2]	35
5a [Sonido y sentido]	35
5b [Identidad - Entidades]	36

5c [Identidad - Marcha de las ideas]	38
6a [Reflexión sobre las operaciones del lingüista]	39
6b [Morfología - Estado de lengua]	39
6c [Forma]	40
6d [Indiferencia y diferencia]	40
6e [Forma - Figura vocal]	41
7 [Cambio fonético y cambio semántico]	44
8 [Semiología]	47
9 [Aviso al lector]	49
10a De la esencia, etcétera [Perspectiva instantánea y fonética. Estado]	51
10b Regla: <i>ɳ</i> cacuminal	54
11 [Diversidad del signo]	54
12 [Vida del lenguaje]	57
13 [Gramática: categorías]	58
14 [Gramática: reglas]	59
15 [Reglas de fonética instantánea]	60
16 Características de la regla de fonética instantánea	63
17 [Habla efectiva y habla potencial]	64
18 [Paralelia]	64
19 [Alternancia]	65
20a [Negatividad y diferencia, 1]	67
20b [Negatividad y diferencia, 2]	67
21 [Identificación; valores relativos; punto de vista]	69
22a [Fonética y morfología]	70
22b [Principio fundamental de la semiología]	72
23 [Sentido propio y sentido figurado]	74
24 [Signos y negatividad]	74
25 [Sobre la negatividad de la sinonimia]	76
26 [Cuestión de sinonimia (continuación)]	76
27 [De la esencia]	78
28 Índice	82
29a [Sistema de una lengua]	83
29b [Diferencias y entidades]	83
29c Situación relativa de los ámbitos <i>interior</i> y <i>exterior</i>	85
29d Parte sintética	85
29e Identidad etimológica	85
29f [Sintaxis histórica]	86
29g [Cambio analógico]	86
29h [Objeto central de la lingüística]	87

29i [Innovación morfológica]	87
29j [Integración o posmeditación-reflexión]	88

II. ÍTEM Y AFORISMOS

I. NUEVOS ÍTEM (Fondo BPU 1996)	93
1 [<i>Kenoma</i>]	93
2 [Cuestión de origen - Riachuelo]	93
3 [Elementos fundamentales - Sonido como tal - Frase-Rito - Unidad lingüística (Signo-Sonido-Significación)]	94
4 [Lo discursivo, lugar de modificaciones - Divisiones de este libro]	95
5 [Situación de la lingüística - Unidad lingüística]	95
6 [Signo y significación - Realidades semiológicas]	96
II. ANTIGUOS ÍTEM (Edición Engler 1968-1974)	97
III. AFORISMOS (Edición Engler 1968-1974)	115

III. OTROS ESCRITOS SOBRE LINGÜÍSTICA GENERAL

I. NUEVOS DOCUMENTOS (Fondo BPU 1996)	119
1 [Lenguaje - Lengua - Habla]	119
2 [Signo]	121
3 [Adivinación - Inducción]	122
4 [Sobre los compuestos latinos del tipo <i>agricola</i>]	123
5 [faber - Faure (<i>Favre, Fèvre, Lefèvre, Lefébure</i>)]	124
II. ANTIGUOS DOCUMENTOS (Edición Engler 1968-1974) .	125
1 [Fonología, 1]	125
2a [Primera conferencia en la Universidad de Ginebra (noviembre de 1891)]	128
2b [Segunda conferencia en la Universidad de Ginebra (noviembre de 1891)]	140
2c [Tercera conferencia en la Universidad de Ginebra (noviembre de 1891)]	146
3a [Nota sobre la historia de las lenguas; crítica de la expresión <i>gramática comparada</i> , 1]	154

3b	[Crítica de la expresión <i>gramática comparada</i> , 2]	155
4	[Distinción entre literatura, filología, lingüística]	156
5	[El hecho fonético supone dos épocas]	157
6a	[Fonología, 2]	158
6b	[Fonología, 3]	158
7	[Características del lenguaje]	159
8	Morfología	160
9	[Crítica de las divisiones usuales en las gramáticas científicas]	176
10a	[Notas para un libro sobre lingüística general, 1] (1893-1894)	176
10b	[Notas para un libro sobre lingüística general, 2]	179
10c	[Notas para un libro sobre lingüística general, 3]	181
11	[Notas para un artículo sobre Whitney]	181
12a	[<i>Status y motus</i> (estado y acontecimiento). Notas para un libro de lingüística general, 1]	199
12b	[<i>Status y motus</i> . Notas para un libro de lingüística general, 2]	201
13a	[Sobre las dificultades de la terminología en lingüística («¡No más figuras!»)]	209
13b	[Sobre las dificultades de la terminología en lingüística (la expresión simple)]	211
14a	[De la articulación]	211
14b	[Implosión + implsión]	212
14c	[Teoría de la sílaba (¿1897?)]	213
14d	[Notas de fonología; apertura; teoría de la sílaba (¿1897?)]	218
15a	[¿Ante qué clase de entidades estamos en lingüística?]	229
15b	[Reflexiones sobre las entidades]	230
16	[Anatomía y fisiología]	230
17	[Notas sobre <i>Programa y métodos de la lingüística teórica</i> de Albert Sechehayé, 1908]	231
18	[Notas diversas no clasificables]	233
19	[Semiología]	234
20	[Acontecimiento, estado, analogía]	238
21	[Familias de lenguas]	239
22	[Prefijos o preposiciones]	241
23	[Alternancias]	242
24	[Informe sobre la creación de una cátedra de estilística]	243

III. NOTA SOBRE EL DISCURSO (Fondo BPU 1996)	245
--	-----

IV. <i>UNDE EXORIAR</i> (Fondo BPU 1996)	247
--	-----

IV. NOTAS PREPARATORIAS PARA EL CURSO DE LINGÜÍSTICA GENERAL

I. NUEVOS DOCUMENTOS (Fondo BPU 1996)	251
---	-----

1 [Naturaleza incorpórea de las unidades de la lengua]	251
2 [Indiferencia del instrumento]	252
3 [Lengua]	252
4 [Semiología]	252
5 [Sistema de signos - Colectividad]	252
6 [Valor - Colectividad]	254
7 [Discontinuidad geográfica]	255
8 [Intercomunicación (<i>Intercourse</i>)]	258

II. ANTIGUOS DOCUMENTOS (Edición Engler 1968-1974) .	259
--	-----

1 [Notas para el curso I (1907)]	259
2a [Notas para el curso II (1908-1909): Dualidades]	260
2b [Notas para el curso II (1908-1909): Whitney]	261
2c [Notas para el curso II (1908-1909): Las lenguas celtas]	266
3a [Notas para el curso III (1910-1911): División del curso y lingüística geográfica]	267
3b [Notas para el curso III (1910-1911): Análisis de la cadena acústica]	285
3c [Notas para el curso III (1910-1911): Nomenclatura]	287
3d [Notas para el curso III (1910-1911): Entidades y secciones] .	287
3e [Notas para el curso III (1910-1911): Lo arbitrario del signo y noción de término]	287
3f [Notas para el curso III (1910-1911): Necesidad de la alteración de los signos; sincronía y diacronía]	289
3g [Notas para el curso III (1910-1911): El valor lingüístico] . . .	294

ÍNDICE DE TÉRMINOS	297
------------------------------	-----

Introducción

La reflexión saussureana que puede denominarse de lingüística general está constituida por tres corpus de textos: 1º algunos escritos de Ferdinand de Saussure; 2º parte de los apuntes tomados por sus estudiantes durante las clases impartidas en Ginebra entre 1907 y 1911; y 3º el libro redactado tras su muerte por Charles Bally y Albert Sechehaye, publicado en 1916 bajo el título *Curso de lingüística general*,¹ y basado principalmente en los apuntes mencionados.

La expresión *lingüística general*, en el título de dicha obra, recogía la denominación administrativa de las clases de los cursos ginebrinos. Aunque esta expresión, influida por la *Allgemeine Sprachwissenschaft* alemana, era corriente a principios del siglo XX, no por ello hacía referencia, en aquel tiempo, a un contenido nocional unificado. Sylvan Aurox ha demostrado a partir de un estudio de obras en alemán, francés e inglés escritas entre 1870 y 1930 que tal expresión denotaba en ellas cinco objetos, que se solapaban en ocasiones: 1º presentaciones de la lingüística y de sus resultados; 2º tratados sobre el lenguaje con mayor o menor tendencia a la divulgación; 3º enciclopedias referidas al conjunto de las lenguas; 4º discusiones metodológicas particulares; y 5º monografías sobre categorías utilizadas en la disciplina.² En cuanto a Saussure,

1. F. de Saussure, *Cours de linguistique générale*, publicado por C. Bally y A. Sechehaye con la colaboración de A. Riedlinger, Payot, Lausana-París, 1916. [Trad. cast.: *Curso de lingüística general*, traducción de Amado Alonso, Alianza Editorial, Madrid, 1993.]

2. «La notion de linguistique générale», *Antoine Meillet et la linguistique de son temps, Histoire, Épistémologie, Langage*, 8 10-II, 1988.

parece que no se preocupó jamás por justificar esa denominación administrativa escogida para sus clases: consideraba más bien el propósito de su enseñanza como «una filosofía de la lingüística».

Como el libro de 1916 adjudicó la etiqueta de *lingüística general* al pensamiento saussureano, se la ha mantenido en la presente edición (así como en las *Lecciones de lingüística general* que seguirán), no para referirse a los múltiples empleos de esta expresión a finales del siglo XIX, sino para designar un conjunto de reflexiones específicas dentro de la producción intelectual del lingüista de Ginebra.

El conjunto de reflexiones saussureanas que consideramos de lingüística general abarca, de hecho, tres campos de saber que naturalmente no se confunden con los tres corpora textuales a los que se ha aludido.

El primer campo es una epistemología (entendida aquí en sentido estricto como crítica de una ciencia). Esta epistemología versa acerca de las condiciones que posibilitan una práctica científica en la que Saussure era experto: la gramática comparada, que incluía fundamentalmente lo que se denominaba entonces *fonética histórica*.

El segundo campo de saber es el de una especulación analítica (en el sentido de las *Analíticas* aristotélicas) sobre el lenguaje —a veces ampliada a la cuestión más general de los sistemas de significación humanos—, especulación que el propio Saussure calificó, en numerosas ocasiones, de *filosófica*: incluso se puede hablar a este respecto, como él mismo lo hizo, de *filosofía del lenguaje*.

El tercer campo es el de una reflexión prospectiva sobre una disciplina. Se trata en este caso de una «epistemología programática», en la medida en que no es el análisis de las condiciones de posibilidad de una ciencia existente lo que está en juego, sino la apuesta por una ciencia futura. Este tercer campo del pensamiento saussureano es el que Bally y Sechehaye quisieron dar a conocer: tras el *Curso*, este es el que irá exclusivamente asociado al nombre de Saussure.³

Aunque tal destino no ha sido nefasto, conviene ahora, comparando los escritos del profesor y los apuntes de sus estudiantes con la vulgata recibida del *Curso*, tomar nota del mayor alcance de las meditaciones del ginebrino, y también señalar que su programa científico es menos categórico que su traducción de 1916 y, al mismo tiempo, que tiene bases explícitas más minuciosamente.

3. Sobre los tres campos de saber de la lingüística general saussureana, véase S. Bouquet, *Introduction à la lecture de Saussure*, Payot, París, 1997.

De su carácter menos categórico da testimonio una consideración como esta: «La dificultad que se experimenta en señalar lo que es general en la lengua, en los signos del habla que constituyen el lenguaje, es la impresión de que esos signos corresponden a una ciencia mucho más amplia que la “ciencia del lenguaje”. Se ha hablado algo prematuramente de una *ciencia del lenguaje*». ⁴ O también, de modo más radical: «Aunque haya realidades psicológicas y realidades fonológicas, ninguna de las dos series por separado podría dar lugar, ni por un instante, al menor hecho lingüístico. Para que haya hecho lingüístico, se precisa la unión de ambas series, pero una unión de un género particular, de modo que sería absolutamente vano pretender explorar en un solo instante sus características o decir de antemano lo que será». ⁵

En cuanto a la fundamentación minuciosa –epistemológica y filosófica– de la reflexión del maestro ginebrino, también corresponde de modo preciso a los dos estratos de su pensamiento que descuidaron considerablemente sus «editores» (curiosamente, así se denominan Bally y Sechehaye a sí mismos en el prefacio del libro que redactaron de principio a fin): estos dos estratos son una filosofía de la gramática comparada y una filosofía del lenguaje, de las cuales –esquematizando– la primera se alimenta en el *conocimiento* del siglo XIX, y la segunda, en el del XVIII. En este horizonte retrospectivo se programa la reorganización de una ciencia lingüística que debe ocuparse, en sincronía, del aspecto semántico del lenguaje, tan rigurosamente como la gramática comparada había llegado a ocuparse, en diacronía, de su aspecto fonológico.

Desde esta perspectiva, la lingüística futura debía recuperar, según Saussure, los objetos tradicionales de la morfología, la lexicología y la sintaxis, pero también, como descubrimos ahora, los de la retórica y la estilística. Esta lingüística unificaría esas aproximaciones en una semiología, es decir, en una *gramática general* de un nuevo tipo que aprehendería sus objetos sobre la base del principio de oposición intrasistémico (llamado también negatividad, diferencia, *kenoma* o vacío) y que los concebiría como constituyentes de una *mathesis linguistica*.

Ya estaba formulada, en 1894, la tesis de las «Notas para un artículo sobre Whitney»: «La diversidad sucesiva de las combinaciones lingüísticas (llamadas estados de lengua) que se producen por accidente son ante todo comparables con la diversidad de las situaciones de una partida de ajedrez. Ahora bien, cada una de estas situaciones o no comporta nada o

4. Véase *infra*, p. 265.

5. Véase *infra*, p. 103.

comporta una descripción y una apreciación matemática». ⁶ Quince años más tarde, en el curso de lingüística general de 1908-1909, reafirma la misma idea: «Toda especie de unidad lingüística representa una relación, y un fenómeno también es una relación. Por lo tanto, todo es relación. Las unidades no son fónicas, son creadas por el pensamiento. Sólo habrá términos complejos:

$$\left(\frac{a}{b}\right) (a \times b)$$

Todos los fenómenos son relaciones entre relaciones. O bien, hablemos de diferencias: todo es diferencia utilizada como oposición, y la oposición da el valor». ⁷ Y, de nuevo, en el curso 1910-1911: «[Sobre] la palabra *término* empleada aquí. Los términos son las cantidades con que se ha de operar: término de una operación matemática o términos que tienen un valor determinado. En este sentido corresponde a unidad lingüística». ⁸

A la vista de algunas de estas citas, el pensamiento saussureano que descubrimos en los textos originales es bastante menos categórico que el *Curso*, por cuanto confiesa con frecuencia sus dudas sobre aspectos centrales y hace de estas mismas su heurística, y, a la vez, más radical, ya que se presenta como un combate contra la falta de reflexión epistemológica que caracteriza a la lingüística: como el combate por la renovación de los conceptos fundamentales de esta ciencia. Estos dos polos aparecen como característicos de las notas para las clases y de los escritos personales, y fundamentan un pensamiento más sutil, más límpido, más convincente que el del *Curso*. En el libro de 1916 están como aplastados, casi sistemáticamente borrados.

✱

A pesar de esto, la historia editorial a la que pertenecen los tres corpus textuales mencionados más arriba se ha mantenido, durante el siglo xx, ampliamente centrada en el *Curso*.

El título de la obra que en 1957 inaugura le era de las investigaciones exegéticas saussureanas, *Les Sources manuscrites du Cours de linguisti-*

6. Véase *infra*, pp. 206-207.

7. F. de Saussure, *Cours de linguistique générale*, edición crítica de R. Engler, tomo 1 (a partir de ahora, CLGE/1). Otto Harrassowitz, Wiesbaden, 1968, p. 274-275 (índice 1964, 1968, 1963, columnas 2, 3, 5).

8. CLGE/1, p. 302 (índice 2121, columna 5).

que générale de Ferdinand de Saussure⁹ [*Las fuentes manuscritas del Curso de lingüística general de Ferdinand de Saussure*], es totalmente ambiguo en cuanto al análisis del corpus de autógrafos que agrupa: efectivamente, gran parte de ese corpus no sirvió en modo alguno de fuente para la elaboración del texto de Bally y Sechehaye. La etiqueta de *fuentes*, asignada por Godel, el primero en presentar exhaustivamente el conjunto de estos textos, les quedará asociada y hará que su importancia y su dimensión originales se vean implícitamente reducidas, cuando en realidad ponen de manifiesto aspectos cruciales del pensamiento saussureano, especialmente de su filosofía del lenguaje.

Unos diez años más tarde, la edición sinóptica de los apuntes de estudiantes y de los textos autógrafos disponibles, realizada por Rudolf Engler,¹⁰ fue concebida y recibida como una edición crítica del *Cours de linguistique générale*; de ahí que los textos originales presentados por esta edición con frecuencia no hayan sido contemplados según su propia lógica, sino con referencia al texto de 1916. Es cierto que estos textos autógrafos, con algunas excepciones (lecciones inaugurales de 1891, borrador de un artículo sobre Whitney de 1894), eran en sí mismos considerablemente heterogéneos y fragmentarios.

De modo que no cabía más que lamentar la pérdida del libro sobre lingüística general en el que Saussure había trabajado, como confesó a M. L. Gautier, uno de los estudiantes de sus últimas clases. En efecto, Gautier apuntó una conversación privada –de 6 de mayo de 1911– en la que el profesor le comunica primero sus escrúpulos, a propósito de sus clases, en «exponer el tema en toda su complejidad y confesar todas (sus) dudas, lo que no es conveniente para un curso», y después le habla de su concepción de la ciencia del lenguaje: «(*Le había preguntado si había redactado sus ideas sobre estos temas*) –Sí, tengo notas, pero extraviadas entre mis papeles, por lo que no podría encontrarlas. (*Le había insinuado que debería publicar algo sobre estos temas*) –Sería absurdo volver a iniciar largas investigaciones para la publicación cuando tengo ahí (hace un gesto) tantos y tantos trabajos sin publicar».¹¹

A un libro que reconsideraría los conceptos básicos de la ciencia del lenguaje aludía ya en las lecciones inaugurales de su cátedra ginebrina en

9. Droz, Ginebra, 1957 (a partir de ahora, SM).

10. F. de Saussure, *Cours de linguistique générale*, edición crítica de R. Engler, tomo 1, *op. cit.* y tomo 2: Appendice, «Notes de F. de Saussure sur la linguistique générale», Otto Harrassowitz, Wiesbaden, 1974.

11. Citado en SM, p. 30.

1891: «Un día –decía– habrá que escribir un libro especial y muy interesante sobre el papel de la palabra como perturbadora principal de la ciencia de las palabras».¹² Ese libro seguía proyectándolo en 1894 cuando, escribiendo a su amigo parisiense Antoine Millet, afirmaba ser cada día más consciente de «la inmensidad del trabajo necesario para enseñarle al lingüista *lo que hace*», y se decía abrumado por «la ineptitud de la terminología al uso, la necesidad de reformarla y de demostrar, para ello, qué clase de objeto es la lengua en general», para concluir: «Esto acabará, a mi pesar, con un libro en el que, sin entusiasmo ni pasión, explicaré por qué no hay un solo término empleado en lingüística al que yo conceda sentido alguno».¹³ Como, además, pensaba que en lingüística los problemas de palabras son problemas de cosas, aparece aquí claramente el deseo de una reforma fundamental de la lingüística que se expresa en ese proyecto de libro.

Y, entre este proyecto (1891, 1894) y la confesión de que existían «notas extraviadas entre sus papeles» (1911), parece que Saussure había redactado realmente, junto a los textos fragmentarios conocidos hasta ahora, los esbozos coherentes de un libro sobre lingüística general. Esto es lo que aparece en la actualidad al leer el conjunto de manuscritos descubiertos en 1996 en el invernadero de la mansión ginebrina de la familia de Saussure, depositados en la Biblioteca pública y universitaria de Ginebra y publicados en el presente volumen.

Nos ha parecido útil, al editar estos textos nuevos, incluir en el mismo volumen el conjunto de los textos autógrafos de Saussure sobre lingüística general que también se conservan en la Biblioteca pública y universitaria, integrados en la edición de Engler de 1968-1974.¹⁴ Estos textos, que en nuestro índice se denominan «Antiguos documentos», se presentan aquí siguiendo normas filológicas bastante distintas de las de la edición precedente, homogeneizadas con las de los textos nuevos.¹⁵

✱

12. Véase *infra*, p. 127.

13. Citado en SM, p. 31.

14. Para la presentación de los manuscritos, puede consultarse la dirección Internet del *Institut Ferdinand de Saussure*: www.institut-saussure.org

15. En lo que se refiere a las hipótesis sobre dataciones de los escritos de la edición de Engler de 1968-1974, puede consultarse: R. Engler, «The notes on General Linguistics», *European Structuralism: Saussure, Current Trends*, en *Linguistics*, vol. 13/2, 1975.

Los documentos descubiertos en 1996 (Fondo BPU 1996) se han reagrupado del modo siguiente:¹⁶

1º Con el título «De la doble esencia del lenguaje», provienen en su mayoría de un gran sobre que contenía grupos de hojas del mismo tipo y formato, de las que bastantes llevan la indicación «Doble esencia (del lenguaje).» Una etiqueta con la indicación «Ciencia del lenguaje» se hallaba en este sobre.

2º Con el título «Nuevos Ítem», que comienza por la palabra *Ítem*, pueden reunirse textos que figuran en el antiguo fondo de la Biblioteca pública y universitaria, editados aquí bajo el título «Antiguos Ítem».

3º Con el título «Notas preparatorias para el curso de lingüística general: nuevos documentos» se pueden agrupar los textos con las notas preparatorias que figuran en el antiguo fondo de la Biblioteca pública y universitaria, editadas igualmente en el presente volumen.

Para el conjunto de estos nuevos documentos, hemos adoptado los siguientes principios de edición:

- *Títulos*: Cuando los documentos llevan un título de mano de Sausure, este figura sin corchetes; en caso contrario, el título es de los editores y, por lo tanto, figura entre corchetes.
- *Orden de los documentos*: Los documentos de la presente edición han sido ordenados por los editores; los editores han atribuido los números de orden (1, 2a, etcétera).
- *Edición del texto*: El texto editado respeta al máximo el texto del manuscrito, que sigue siendo el de un borrador, no el de un libro terminado. Las lagunas del manuscrito se transcriben mediante corchetes vacíos. Las lecturas inseguras van entre corchetes. Los subrayados han sido homogenizados por los editores: están transcritos mediante caracteres en cursiva. Las mayúsculas, por regla general, se han mantenido. El empleo «como cita» de palabras francesas o extranjeras se ha expresado homogéneamente mediante caracteres en cursiva. Los cambios de línea reproducen lo más fielmente posible la lógica gráfica del manuscrito. Los fragmentos tachados en el manuscrito no han sido reproducidos.
- *Notas*: Las escasas notas a pie de página son de los editores.

16. Estos documentos, no clasificados de modo definitivo en la BPU, no tienen signatura en la actualidad.

Los antiguos documentos (Edición de Engler 1968-1974 y Fondo BPU) se han editado según los mismos principios filológicos que los nuevos documentos.

En cuanto a los que figuran en los dos tomos de la edición de Engler de 1968-1974, el número de índice de esta edición se indica en superíndice antes del fragmento. (Así el lector podrá consultar esta edición y aprovechar su aparato filológico.) A diferencia de esta edición, se presentan según la continuidad natural del manuscrito. Su orden de clasificación –exceptuando los «Antiguos Ítem» y las «Notas preparatorias para el curso de lingüística general: nuevos documentos», agrupados con sus homólogos de los nuevos documentos pero separados de estos– y sus títulos siguen siendo, con todo, los de la edición de Engler.¹⁷

17. Este trabajo de edición ha sido realizado gracias a una subvención del *Fonds national suisse de la recherche scientifique*. Los editores expresan su agradecimiento a la Sra. Antoinette Weil, por su preciosa colaboración durante el desarrollo del trabajo, a la Sra. Françoise Voisin-Atlani, al Sr. Jacques Geninasca y al Sr. François Rastier, así como a la UMR 7597 del CNRS (*Centre National de la Recherche Scientifique* francés).

I

**DE LA DOBLE ESENCIA DEL
LENGUAJE**

(Fondo BPU 1996)

1 Introducción

En realidad parece imposible dar prioridad a tal o cual verdad de la lingüística de modo que esta constituya un punto de partida básico. Pero hay cinco o seis verdades fundamentales tan íntimamente relacionadas entre ellas que se puede partir tanto de una como de otra para llegar lógicamente a todas las demás, y a cualquier ínfima ramificación de las mismas consecuencias partiendo de cualquiera de ellas.

Por ejemplo, podemos limitarnos únicamente a este dato:

Es erróneo (e impracticable) oponer *forma* y *sentido*. En cambio, es correcto oponer *figura vocal*, por una parte, y *forma-sentido* por otra.

Efectivamente, quien se atenga rigurosamente a esta idea llegará matemáticamente a los mismos resultados que quien parta de un principio en apariencia muy distante, por ejemplo:

Es pertinente distinguir en la lengua los fenómenos *internos* o de conciencia de los fenómenos *externos*, directamente asibles.

2a [De la doble esencia: Principio «primero y último» de la dualidad]

Buscando dónde podía estar el principio primero y último más auténtico de esa dualidad incesante que sorprende hasta en el más ínfimo párrafo de una gramática, siempre susceptible, aparte de las malas redacciones, de recibir dos fórmulas legítimas y absolutamente distintas, creemos que

será necesario en último término volver siempre a la cuestión de saber lo que constituye, por la esencia del lenguaje, *una identidad lingüística*.

Lo absolutamente particular de una *identidad lingüística* es que implica la asociación de dos elementos heterogéneos. Si se nos invitara a establecer la especie química de una plancha de hierro, de oro, de cobre, por una parte, y a continuación la especie zoológica de un caballo, un buey o un cordero, estaríamos ante tareas fáciles; pero si se nos invitara a establecer qué «especie» representa el extraño ensamblaje de una plancha de hierro atada a un caballo, de una plancha de oro colocada encima de un buey o de un cordero que llevara un adorno de cobre, nos escandalizaríamos y declararíamos que es una tarea absurda. El lingüista debe comprender que es precisamente ante esta tarea absurda ante la que se halla de inmediato y desde el comienzo. Trata de escaparse, permítasenos la expresión en este caso demasiado exacta, saliéndose por la tangente, es decir, clasificando, como parece lógico, las *ideas* para ocuparse después de las *formas*, o, a la inversa, de las *formas* para ocuparse después de las *ideas*; y en los dos casos no acaba de entender lo que constituye el objeto formal de su estudio y de sus clasificaciones, esto es, exclusivamente el punto de encuentro de ambos ámbitos.

Los elementos primeros a los que dedica la actividad y la atención del lingüista no sólo son, por una parte, elementos *complejos*, que es erróneo tratar de simplificar, sino que, además, son elementos *despojados* de una unidad natural en su complejidad, no comparables con un cuerpo químico simple ni tampoco con una combinación química. En cambio, sí son comparables, en todo caso, [primero] con una *mezcla química*, como la del nitrógeno y el oxígeno en el aire que respiramos; de manera que [segundo] el aire deja de ser aire si se le retira el nitrógeno o el oxígeno, y sin embargo nada une la masa de nitrógeno diseminada en el aire con la masa de oxígeno, de modo que, en tercer lugar, cada uno de estos elementos no se puede clasificar más que respecto a elementos del mismo orden, pero si pasamos a esta clasificación ya no se trata de aire y, en cuarto lugar, su mezcla, por su parte, no es clasificable. Estas son, punto por punto, las características del objeto primero que examina el lingüista: la palabra ya no es palabra si []

Por último, se puede decir que esta comparación es inexacta por cuanto los dos elementos del aire son materiales, mientras que la dualidad de la palabra representa la dualidad del ámbito físico y psicológico. Presentamos aquí esta objeción de manera incidente y sin importancia para el hecho lingüístico; la señalamos de pasada para declararla no adecuada y di-

rectamente contraria a todo cuanto afirmamos. Los dos elementos del aire son de orden material, y los dos elementos de la palabra son, por el contrario, de orden mental; nuestro punto de vista constante será decir que no sólo la significación sino también el signo es un hecho de conciencia puro. (Y a continuación que la identidad lingüística en el tiempo es *simple*.)

2b Posición de las identidades

Se falta a la verdad si se dice: un hecho de lenguaje exige ser examinado desde varios puntos de vista; incluso si se dice: este hecho de lenguaje será realmente dos cosas diferentes según el punto de vista. Pues se empieza por suponer que el hecho de lenguaje nos es dado fuera del punto de vista.

Hay que decir: primordialmente existen puntos de vista; si no, es sencillamente imposible captar un hecho de lenguaje.

La identidad que hemos comenzado a establecer, ya sea en nombre de tal consideración o de tal otra, entre dos términos que a su vez son de naturaleza variable, es, absolutamente, el único hecho primero, el único *hecho simple* del que parte la investigación lingüística.

2c Naturaleza del objeto en lingüística

¿Hay un objeto primero e inmediato, un objeto *dado* ante el que se encuentra la lingüística, un conjunto de cosas que aparecen ante los sentidos, como en el caso de la física, la química, la botánica, la astronomía, etcétera?

De ningún modo y en ningún momento: se sitúa en el extremo opuesto de las ciencias que pueden partir de los datos de los sentidos.

Una sucesión de sonidos vocales, por ejemplo *mar* ($m + a + r$) es quizá una entidad que pertenece al ámbito de la acústica o de la fisiología; pero en ese estado no hay razón alguna para considerarla una entidad lingüística.

Una lengua existe si a $m + a + r$ va unida una idea.

De esta constatación sin duda completamente trivial se sigue:

1° que no hay ninguna entidad lingüística que pueda ser dada, que sea dada de modo inmediato por los sentidos; pues ninguna existe fuera de la idea que se le puede unir;

2º que no hay ninguna entidad lingüística, entre las que nos son dadas, que sea *simple*, ya que incluso reducida a su expresión más sencilla obliga a tener en cuenta a la vez un signo y una significación, y que discutir esta realidad u olvidarla significa quitarle directamente su existencia lingüística, arrojándola por ejemplo al ámbito de los hechos físicos;

3º que la unidad de cada hecho de lenguaje es consecuencia, en primer lugar, de un hecho complejo que consiste en la unión de los hechos, y además es consecuencia de una unión de un tipo extremadamente particular: una unión en que, en esencia, nada hay en común entre un signo y lo que significa;

4º que, por lo tanto, la empresa de clasificar los hechos de una lengua se encuentra ante el siguiente problema: tener que clasificar los *emparejamientos de objetos heterogéneos* (signos-ideas) y en absoluto, como se tiende a suponer, clasificar objetos simples y homogéneos, como ocurriría si tuviéramos que clasificar signos o ideas. Existen dos gramáticas, una que parte de la idea y otra que parte del signo; las dos son falsas o incompletas.

2d [Principio de dualismo]

El dualismo profundo que divide el lenguaje no reside en el dualismo del sonido y de la idea, del fenómeno vocal y del fenómeno mental; esa es la manera fácil y perniciosa de concebirlo. El dualismo reside en la dualidad del fenómeno vocal COMO TAL y del fenómeno vocal COMO SIGNO, por el hecho físico (objetivo) y por el hecho físico-mental (subjetivo), y en absoluto por el hecho «físico» del sonido por oposición al hecho «mental» de la significación. Hay un primer ámbito, interior, psíquico, en el que existen tanto el signo como la significación, indisolublemente unidos; y hay un segundo ámbito, exterior, en el que sólo existe el «signo», pero en ese instante el signo reducido a una sucesión de ondas sonoras sólo merece, en nuestra opinión, el nombre de figura vocal.

2e [Cuatro puntos de vista]

I y II se siguen de la propia naturaleza de los hechos del lenguaje:

- I. Punto de vista del *estado de lengua en sí mismo*,
– no diferente desde el punto de vista *instantáneo*,

- no diferente desde el punto de vista *semiológico* (o del signo-idea),
- no diferente desde el punto de vista [de la] *voluntad antihistórica*,
- no diferente desde el punto de vista *morfológico* o *gramatical*,
- no diferente desde el punto de vista de los *elementos combinados*.

(Las *identidades* en este ámbito quedan establecidas por la relación de la significación y del signo, o por la relación de los signos entre ellos, lo que es no diferente.)

II. Punto de vista de las *identidades transversales*,

- no diferente desde el punto de vista *diacrónico*,
- no diferente desde el punto de vista *fonético* (o de la *figura vocal* desprendida de la idea y desprendida de la función de signo, lo que es lo mismo en virtud de I),
- no diferente también del punto de vista de los *elementos aislados*.

(Las identidades de este ámbito son necesariamente dadas primero por las del precedente; pero a continuación se convierten en el segundo orden de identidades lingüísticas, irreducible al precedente.)

III y IV se siguen de las maneras legítimas de considerar:

III. Punto de vista ANACRÓNICO, artificial, buscado y puramente didáctico, de la PROYECCIÓN de una morfología (o de un «estado de lengua antiguo») sobre una morfología (o sobre otro estado de lengua posterior).

(El medio con el que se puede operar esta proyección es la consideración de las identidades transversales, II, combinada con la consideración morfológica del primer estado según I);

– no diferente desde el punto de vista ANACRÓNICO RETROSPECTIVO, este punto de vista es el punto de vista ETIMOLÓGICO; comprende otras cosas además de lo que se llama corrientemente etimología. Una de sus características en relación con IV es no tener en cuenta la época B en sí misma.

IV. Punto de vista HISTÓRICO del establecimiento de dos estados de lengua sucesivos tomados primero cada uno en sí mismo y sin subordinación de uno a otro, seguido de la explicación.

De estos cuatro puntos de vista legítimos (fuera de los cuales confesamos no conocer nada), apenas se cultivan el segundo y el tercero. En realidad, el cuarto sólo se podrá tratar de manera fructífera el día en que el primero []

En cambio, lo que se cultiva con entusiasmo es la confusión lamentable de estos diferentes puntos de vista, hasta en obras inspiradas por las más altas pretensiones científicas. Hay con frecuencia una auténtica falta de reflexión por parte de los autores. Pero añadamos en seguida una profesión de fe: estamos convencidos, con razón o sin ella, de que será preciso llegar a reducirlo todo teóricamente a nuestros cuatro puntos de vista legítimos, basados en dos puntos de vista necesarios, en la misma medida en que dudamos sobre la posibilidad de llegar a establecer jamás con nitidez la cuádruple o ni siquiera la doble terminología que sería necesaria.

3a [Enfrentarse al objeto]

Quien se sitúa ante el objeto complejo que es el lenguaje para estudiarlo se enfrentará a ese objeto por tal o cual lado, que nunca será todo el lenguaje, suponiendo que haya sido muy bien escogido; y si está peor escogido puede llegar a dejar de ser de orden lingüístico o bien representar una confusión de puntos de vista inadmisible después.

Ahora bien, hay algo primordial e inherente a la naturaleza del lenguaje y es que, cualquiera que sea el lado por el que se intente abordarlo –justificable o no– jamás se podrá descubrir en él otra cosa que *individuos*, es decir, seres (o cantidades) determinados en sí mismos y sobre los cuales se opera *después* una generalización. Pero PRIMERO es la generalización, y no hay nada fuera de ella: y como la generalización supone un *punto de vista* que sirve de criterio, las entidades primeras y más irreducibles de las que puede ocuparse el lingüista ya son producto de una operación latente de la mente. De ello se sigue inmediatamente que toda lingüística consiste no [] sino materialmente en la discusión de los puntos de vista legítimos: sin lo cual no hay objeto.

Ejemplo. Si opto para entrar en el estudio del lenguaje por el procedimiento de simplificación máxima, que consiste en suponer que el lenguaje es una sucesión []

3b [Lingüística y fonética]

El defecto persistente y sutil de todas las distinciones lingüísticas es el de creer que si se habla de un objeto *desde cierto punto de vista*, se ha adoptado, consecuentemente, dicho punto de vista; en nueve de cada diez casos es precisamente lo contrario lo que sucede, por una razón muy sencilla:

Para empezar, recordemos, en efecto, que el *objeto* en lingüística no existe; no está determinado en sí mismo. Por lo tanto, hablar de un objeto, *nombrar* un objeto, no es más que invocar un punto de vista determinado A.

Tras haber nombrado un objeto determinado y haber establecido el punto de vista A, que sólo existe absolutamente en el orden A y que fuera de dicho orden ni siquiera sería algo delimitable, tal vez se podría (en algunos casos) ver cómo se presenta este objeto del orden A, visto según B.

En ese momento ¿se está en el punto de vista A o en el punto de vista B? Se responderá normalmente que se está en el punto de vista B; y una vez más se caerá en el espejismo de que las entidades lingüísticas tienen una existencia independiente. La más difícil de captar, pero la más beneficiosa de las verdades lingüísticas, es comprender que en ese momento, por el contrario, no se ha dejado de estar fundamentalmente en el punto de vista A, por el solo hecho de usar un término del orden A, cuya propia noción se nos escaparía según B.

Así, muchos lingüistas piensan que se sitúan en el terreno fisiológico-acústico haciendo abstracción del sentido de la palabra para examinar los elementos vocales, de modo que dicen que la palabra *champ* (*campo*) desde el punto de vista vocal es idéntica a la palabra *chant* (*canto*) porque consideran que esa palabra contiene una parte vocal que es la que se examina, más otra parte, etcétera. Pero ¿de dónde sale que primero hay una *palabra* que deberá ser examinada a continuación bajo diferentes puntos de vista?

La idea misma sólo sale de un determinado punto de vista, pues me es imposible ver que la palabra, en medio de todos sus usos, sea algo dado y se me imponga como la percepción de un color.

El hecho es que mientras se hable de la palabra *a*, de la palabra *b*, o simplemente de la palabra, se está fundamentalmente en el dato MORFOLÓGICO, a pesar de todos los puntos de vista que se pretendan introducir, porque la palabra es una distinción que pertenece al orden de las ideas morfológicas, y no hay distinciones lingüísticas independientes.

¿Por qué razón esta distinción morfológica de la palabra tendría que aparecer como la unidad dada en una discusión fisiológico-acústica cuando en realidad conviene destruir inmediatamente []

De este modo, en lingüística no se para de considerar en el orden B objetos *a* que existen según A, pero no según B; en el orden A objetos *b* que existen según B pero no según A, etcétera.

En cada orden, efectivamente, se hace necesario determinar el objeto; y para determinarlo se recurre maquinalmente a cualquier segundo orden, porque no se puede recurrir a otro medio a falta de entidades concretas: por eso el gramático o el lingüista nos da eternamente la entidad abstracta y relativa que acaba de inventar en el capítulo precedente como entidad concreta y entidad absoluta que constituye la base de sus operaciones.

Inmenso círculo vicioso que sólo puede romperse sustituyendo de una vez por todas en lingüística la discusión de los «hechos» por la de los puntos de vista, puesto que no hay la menor huella de hecho lingüístico, ni la menor posibilidad de percibir o determinar un *hecho lingüístico* sin haber adoptado previamente un punto de vista.

3c [Presencia y correlación de sonidos]

La *presencia de un sonido* en una lengua es lo más irreducible que se puede imaginar como elemento de su estructura. Es fácil mostrar que la presencia de ese sonido determinado sólo tiene valor por oposición a otros sonidos presentes; y tenemos ahí la primera aplicación rudimentaria pero ya indiscutible del principio de las OPOSICIONES, o de los VALORES RECÍPROCOS, o de las CUALIDADES NEGATIVAS y RELATIVAS que crean un estado de lengua.

La presencia de una correlación manifiesta entre dos sonidos (todavía desprovista de toda significación propiamente dicha) —por ejemplo la correlación entre el alemán *ch velar* después de *a, o, u* (*wachen*) y *ch palatal* después de *e, i, ü* (*nichts*) que manifiesta la lengua— ofrece el segundo grado de OPOSICIÓN, ya perfectamente claro en su esencia relativa.

La presencia de una correlación manifiesta entre dos sonidos a la que comienza a unirse una diferencia de []

Presencia de un fonema = su oposición con los otros fonemas presentes, o su *valor* con respecto a ellos.

Correlación de dos sonidos (sin «significación») = su oposición mutua, el *valor* de cada uno con respecto al otro.

Correlación de dos fonemas con correlación de «significaciones» diferentes = también simplemente su *valor* recíproco. Aquí se empieza a entrever la identidad de la *significación* y el *valor*.

Después de esto: ¿qué hemos hecho? Hemos partido del elemento fonológico como de una unidad morfológica que adquiere sucesivamente diferentes dignidades, pero un sonido en sí mismo en ningún momento se da como unidad morfológica.

En el análisis morfológico (instantáneo, etcétera) no hay razón alguna para dividir las formas –quiero decir en el análisis final– por fonemas precisamente, es decir, según los resultados del análisis *fonológico*.

Por ejemplo, si en un determinado estado de lengua el fonema *ž* sólo se presenta seguido de *e*, no es morfológico distinguir –*ž*– sino sólo distinguir –*že*–, que parece en ese estado de lengua un elemento no reducible, por la misma razón por la que lo será por ejemplo *p* (suponiendo naturalmente que *p* por su parte esté en otras condiciones).

(Este principio encuentra a continuación una comprobación singular en el hecho de que la alternancia *ς/o* = alternancia *αρ/ερ*, etcétera.)

3d [Ámbito fisiológico-acústico de la figura vocal]

Ámbito fisiológico-acústico (no lingüístico) de la figura vocal (que se impone como igual a sí misma fuera de toda lengua)

De entrada no solamente ninguna especie de individuo determinado en sí sino tampoco ninguna especie de unidad es dada naturalmente. ¿Cómo se procederá a establecer unidades?

Las *unidades* posibles y la *unidad* absoluta = Identidad.

Hay dos órdenes de *unidades* posibles:

- las que resultan de la división racional o no de la cadena sonora, o sintagma, en diferentes fracciones que serán las unidades del mismo corpus concreto;
- las que resultan de la clasificación de las unidades del primer orden en relación con otras unidades del mismo orden, tomadas de otros sintagmas y declaradas semejantes en nombre de tal o cual característica; se obtiene entonces una unidad abstracta, pero esta puede considerarse unidad al menos con tanta razón como las precedentes.

En ninguna de las dos series las *unidades obtenidas* son más de una.

Todo el trabajo del lingüista que quiere captar metódicamente el objeto que estudia se convierte en la operación extremadamente difícil y delicada de la *definición de las unidades*.

En el lenguaje, sea cual sea el lado por el que nos enfrentemos a él, no hay individuos delimitados y determinados en sí que se presenten necesariamente a la atención. (Tan pronto como se supone lo contrario, como es natural a primera vista, uno no tarda en darse cuenta de que lo único que ha hecho es aislar arbitrariamente y sin método tal hecho o tal otro, que en realidad va unido a un conjunto de otros hechos, sin que sea posible decir por qué uno se ha creído autorizado a establecer en el conjunto tal o cual demarcación particular.)

Sin embargo es necesario saber sobre qué []

3e Observaciones sobre las guturales palatales desde el punto de vista fisiológico y acústico

Primeramente. Desde el punto de vista fisiológico o mecánico hay un paralelismo completo entre una gutural palatal y una gutural media o velar.

El punto de articulación está situado más adelante, eso es todo.

Pero hay que reconocer, al menos así lo pienso, que la gutural palatal, por causas que no tengo en cuenta, acústicamente da la impresión de un *sonido doble*: *kʲ*. Ahí hay un elemento verdaderamente particular, que puede incluso llevar a negar que la gutural palatal sea una especie determinada, dado que se trataría de un *grupo de dos sonidos* y no de un sonido y, consecuentemente, sólo se la podría clasificar en relación con otros grupos, pero no en relación con un sonido sencillo.

Suprimo esta segunda consideración; me limito al punto de vista fisiológico y hago por lo tanto la hipótesis de que *k*₁, a pesar de que su doble sonido es directamente comparable a *k*₂, es un elemento simple.

Segunda observación. Sobre el abuso del término de palatales. Cuando se da el nombre de palatales a los grupos *tʃ* y *dʒ* que existen en muchas lenguas, por ejemplo en italiano *cenere*, *generoso*, se comete un completo abuso de estos términos.

Los grupos *tʃ*, *dʒ*, que implican una sucesión de sonidos, no tienen que recibir ningún nombre, ni el de palatales ni ningún otro que se pueda proponer. Pues un grupo de sonidos no puede ser una especie. Si con-

sidero el grupo *kr*, establezco de qué especie es *k* y de qué especie es *r*; pero no tengo que hacer una especie del conjunto *kr*. Del mismo modo, *tš* y *dž* no existen como tales; existe *t + š* y *d + ž*.

Tercera observación. Pero como ha ocurrido cien veces en la historia de las lenguas que «el sonido simple *k*₁ (*k* palatal) haya producido más tarde el grupo *tš*» y como la misma letra tomada con algunos siglos de distancia designa primero el sonido *k*₁ y más tarde el sonido *tš*, no hay que engañarse sobre las dificultades que tiene en la práctica evitar que se aplique el nombre de palatales a los grupos *tš* y *dž*. Pero quedará claro que este es un uso convencional y abusivo; y un sentido de la palabra palatal completamente diferente del que invocamos al hablar de *k*₁ indoeuropeo.

3f [Valor, sentido, significación...]

No establecemos ninguna diferencia de importancia entre los términos *valor*, *sentido*, *significación*, *función* o *uso* de una forma, ni siquiera con la *idea* como *contenido* de una forma; estos términos son sinónimos. Con todo, hay que reconocer que *valor* expresa mejor que cualquier otra palabra la esencia del hecho, que es también la esencia de la lengua, esto es, que una forma no *significa* sino que *vale*: ese es el punto cardinal. *Vale*, consecuentemente, implica la existencia de otros *valores*.

Pero cuando se habla de *valores* en general, en lugar de hablar al azar del *valor* de una forma (que depende absolutamente de dichos valores generales), se puede decir que es lo mismo situarse en el mundo de los signos o en el de las significaciones, que no hay el menor límite definible entre lo que *valen* las formas en virtud de su diferencia recíproca y material, o lo que *valen* en virtud del sentido que damos a esas diferencias. Es una disputa de palabras.

3g [Valor y formas]

El sentido de cada forma en particular es lo mismo que *la diferencia de las formas entre ellas*. Sentido = valor diferente.

De todos modos no se puede establecer la diferencia de las formas entre ellas.

No insistiremos nunca bastante en el hecho de que los valores de que se compone primordialmente un sistema de lengua (un sistema morfoló-

gico), un sistema de señales, no consisten ni en las formas ni en los sentidos, ni en los signos ni en las significaciones. Consisten en la solución particular de determinada relación general entre los signos y las significaciones, basada en la diferencia general de los signos *más* la diferencia general de las significaciones *más* la atribución previa de ciertas significaciones a ciertos signos o inversamente.

Por lo tanto primero hay *valores* morfológicos: que no son *ideas* ni tampoco *formas*.

De modo secundario, para que una FORMA sea, como forma y no como figura vocal, hay dos condiciones constantes, aunque estas dos condiciones vengán a constituir una sola en último análisis;

1º que esta forma no se separe de su oposición con otras formas simultáneas;

2º que esta forma no se separe de su sentido.

Las dos condiciones son una sola hasta tal punto que en realidad no se puede hablar de *formas opuestas* sin suponer que la oposición resulta tanto del sentido como de la forma.

No se puede definir lo que es una forma gracias a la figura vocal que representa, ni tampoco gracias al sentido que contiene esta figura vocal. Nos vemos obligados a plantear como hecho primordial el hecho GENERAL, COMPLEJO y compuesto de DOS HECHOS NEGATIVOS: la *diferencia* general de las figuras vocales unida a la *diferencia* general de los sentidos que se les pueden asociar.

4a [Fonética y morfología, 1]

(Borrador) (Idea)

En el caso de una regla como en sánscrito *ṇ* (*ṣūrēṇa*), el elemento activo y pasivo no coincide habitualmente con la frontera de dos elementos morfológicos, mientras que frecuentemente ocurre así en el caso de una regla como *s > ṣ* después de *k r* y vocal que no sea *ā/ă*. Así, *agniṣu vākṣu* frente a *latāsu*, *vakṣyāmi* frente a *tapṣyāmi*.

Entonces, con respecto a estas dos reglas que son exactamente del mismo orden, se obtiene de la segunda una regla de *saṁdhi interior*, y de la otra no se sabe qué hacer.

El hecho de que se llame *vāḱ-ṣu saṁdhi interior* es la mejor prueba de estar orientándose (forzosamente) según elementos morfológicos y no fonéticos.

4b [Fonética y morfología, 2]

¿Una regla como la de *sō'pi*, y *saḥ sa uvā́ca* (a pesar de *sa tu*, *sa bhavati*), debe constar como excepción en la regla de «s final»? ¿O afecta a la morfología de la palabra *sa*? Es imposible decirlo, porque la primera regla de «s final» es morfológica ella misma, y no fonética. La regla de «s final» no tiene ninguna base en absoluto fuera de la unidad de la forma *aṣvas* (*aṣvaḥ*, *aṣvō*, etcétera) o *bha-rāmas*, unidad de forma que depende ella misma directamente del sentido.

Cuando se extrae de esta unidad de forma, una vez establecida por el sentido, un hecho material que parece constante, como que *-aḥ* delante de sorda = *-ō* delante de sonora, es imposible establecer el valor de este hecho en sí, o el grado de necesidad y de constancia con el que se presentará, es decir, que tras haber partido de la forma significativa para extraer ese hecho, nos quedamos hasta el final sin otro polo que no sea esa forma significativa: cuando nos hallemos frente a *sō'pi sa bhavati*, que no concuerda con *aṣvō'pi*, *aṣvōbhavati*, no habrá nada que decir, excepto que el conjunto de las manifestaciones de la palabra *sa* no coincide con el conjunto de la palabra *aṣva*, sin que en principio uno sea más regular que el otro, ya que ninguna de las dos cosas pretende ser racional.

Ahora bien, si se formula la regla en relación con la *s* indoeuropea, se obtendrá [], pero esto es *etimología*, una operación complicada que se sitúa fuera de la lengua en sí.

5a [Sonido y sentido]

Las *alternancias* son las diferencias vocales (y no *fonéticas*) que existen en el mismo momento entre formas que se considera que representan, por alguna razón, una unidad morfológica más o menos amplia pero excluyendo la unidad última, que es la *identidad* morfológica.

Mantiéndonos en el ámbito morfológico, hablamos a veces de la identidad de sentido a veces de la identidad de valor, a veces de la identidad de uso, a veces de la identidad de forma. Ninguna de estas expresio-

nes tiene sentido si no se sobrentiende la identidad de sentido, de valor, de uso, según la forma una o diversa —e, inversamente, identidad de forma según el sentido, el valor o el uso uno o diverso. Ahora bien, el todo es solidario. Por lo tanto, no se puede hablar directamente de *identidad* en morfología si sólo se considera la forma o el sentido.

Todo estudio de una lengua como sistema, es decir, de una morfología, significa estudiar el *uso de las formas* o la *representación de las ideas*, como se prefiera. Lo que es erróneo es pensar que existen *formas* en parte alguna (que existan por sí mismas fuera de su *uso*) o que existen *ideas* en parte alguna (que existan por sí mismas fuera de su *representación*).

Admitir la forma fuera de su uso es caer en la *figura vocal* que compete a la fisiología y a la acústica. De modo más inmediato es, además, entrar en contradicción consigo mismo, pues hay muchas formas idénticas de sonido que no se nos ocurre asociar y esta es la mejor prueba de la perfecta inanidad del ser *forma* fuera de su uso.

En el ámbito morfológico no hay absolutamente ninguna otra *identidad* que no sea la identidad de una forma en la identidad de sus usos (o la identidad de una idea en la identidad de su representación). Por lo tanto, LA IDENTIDAD MORFOLÓGICA, vano sería ocultárselo, es una noción excesivamente compleja.

5b [Identidad - Entidades]

§1. La *identidad* en el orden vocal

Cuando abro la boca dos veces, tres veces, quinientas veces para pronunciar *aka*, la cuestión de saber si lo que pronuncio puede percibirse como idéntico o no idéntico depende de un examen.

§2. Las *entidades* del orden vocal

Se ve inmediatamente que las *entidades* del orden vocal o bien consisten en la identidad que acabamos de considerar, o sea, en un hecho completamente abstracto, o bien no consisten en nada y no están en ninguna parte.

Los hechos de habla, tomados en sí mismos, los únicos que son *concretos*, se ven condenados a no significar absolutamente nada fuera de su

identidad o de su no identidad. El hecho, por ejemplo, de que *aka* sea pronunciado por una persona en un lugar y en un momento, o que mil personas en mil lugares y en mil momentos emitan la sucesión de sonidos *aka* es absolutamente el único hecho dado: pero no es menos cierto que únicamente el hecho ABSTRACTO, la *identidad acústica de esos aka*, forma por sí solo la *entidad acústica aka* y que no cabe buscar un objeto primero más tangible que ese primer objeto abstracto.

(Por lo demás, lo mismo ocurre con toda *entidad* acústica, porque está sometida al tiempo; 1º necesita un *tiempo* para realizarse; y 2º desaparece en la nada pasado ese tiempo. Por ejemplo, el caso de una composición musical comparada con un cuadro. ¿Dónde *existe* una composición musical? Es la misma pregunta que la que plantea la existencia de *aka*. Esa composición sólo existe realmente cuando se la ejecuta; pero considerar esa ejecución como su existencia es falso. Su existencia es la *identidad* de las ejecuciones.)

§3. ¿Las entidades del orden vocal son entidades lingüísticas?

Para resolver esta cuestión hay que preguntarse qué es una entidad vocal; hemos visto que consiste en la identidad de dos hechos vocales.

¿La identidad de dos hechos vocales está subordinada a la presencia de una lengua?

No. Fuera de todo lenguaje humano, *aka* es igual a *āka* y, dado el lenguaje humano, *aka* considerado en una lengua es igual a *aka* considerado en otra. Si hay diferencia es porque se han separado sin precisión las entidades vocales, propiciando el establecimiento de dos donde sólo se veía una.

Por lo tanto, las entidades del orden vocal no son entidades lingüísticas.

§4. Observaciones sobre los párrafos precedentes

Sobre el §2. Tomar la lengua por el lado del fenómeno vocal es sin duda la manera más sencilla que existe de hacerlo, hasta tal punto que en realidad, como se deduce del §3, ni siquiera es una manera de tomarla; pero incluso admitiendo ese procedimiento, llama extraordinariamente la atención que de entrada se hace imposible razonar sobre INDIVIDUOS dados, para generalizar a continuación; al contrario, hay que *comenzar*

por generalizar como lingüista si se quiere obtener algo que se parezca a lo que en otros ámbitos es el individuo.

5c [Identidad - Marcha de las ideas]

En todos estos órdenes la noción de identidad será la base necesaria, la que sirve de base absoluta: sólo gracias a ella y en relación con ella se consigue a continuación determinar las entidades de cada orden, los términos primeros que el lingüista legítimamente puede considerar que tiene enfrente.

(Orden vocal) Desarrollo de las ideas

Todo lo que es declarado idéntico forma por oposición a lo que no es idéntico un *término completo*, que todavía no está definido y que puede ser cualquiera, por ejemplo un término complicado *akarna*, etcétera, pero que representa por primera vez un objeto cognoscible, mientras que la observación de hechos vocales particulares fuera de la consideración de identidad no revelaba ningún objeto.

Una vez que se constituye así cierto ente vocal y que se reconoce en nombre de una identidad que establecemos, y una vez obtenidos miles de otros gracias al mismo principio, se pueden comenzar a clasificar los esquemas de identidad de toda clase que adoptamos, y que nos vemos obligados a adoptar para los hechos primeros particulares y concretos, aunque no sean cada uno en su diversidad infinita más que el resultado de una amplia operación previa de generalización.

¿No podíamos limitarnos a sobrentender esta gran operación fundamental? ¿Acaso no es evidente desde el principio que en cuanto hablamos de un grupo *pata*, por ejemplo, queremos decir la generalidad de los casos en que un grupo *pata* es efectivamente pronunciado, y que por lo tanto sólo es una sutileza recordar que esta unidad se basa previa y fundamentalmente en una *identidad*?

Vamos a ver en seguida que no se puede sustituir impunemente así, de golpe, el hecho de la identidad de ciertos hechos concretos por entidades abstractas: porque nos encontraremos con otras unidades abstractas y porque el polo único en medio de [] será la identidad o la no-identidad.

6a [Reflexión sobre las operaciones del lingüista]

Desde el principio estamos en desacuerdo con los teóricos que piensan que se trata de dar una idea de los fenómenos del lenguaje o de aquellos, ya más raros, que tratan de establecer las operaciones del lingüista en medio de esos fenómenos. Pues nuestro punto de vista es, en efecto, que el conocimiento de un fenómeno o de una operación de la mente supone previamente la definición de un término cualquiera; no una definición azarosa que siempre puede darse de un término relativo en relación con otros términos relativos, girando eternamente en un círculo vicioso, sino la definición consecuente que parte en un lugar cualquiera de una base, no digo absoluta, pero sí escogida expresamente como base irreducible para nosotros y central para todo el sistema.

Imaginar que en lingüística se pueda prescindir de esta sana lógica matemática, con el pretexto de que la lengua es algo concreto que «se hace» y no algo abstracto «que es», me parece un error profundo, que se inspiró, al principio, en las tendencias innatas del espíritu germánico.

Hemos creído que el objetivo principal no era establecer lo que ocurre entre diferentes términos de los estados lingüísticos, sino constatar que esos términos están literalmente desprovistos de toda definición, que ni siquiera sabemos si existen o en qué sentido existen, y que quizá unimos un término.

6b [Morfología - Estado de la lengua]

En un estado de lengua dado no hay ni *regla fonética* ni ninguna clase de fonética. Sólo hay morfología en grados diversos, que probablemente no son separables por ninguna línea de demarcación: de tal modo que una regla de «sintaxis» que determine en qué casos se utiliza el pretérito perfecto —o una regla «morfológica» (en sentido estricto) que determine cuál es la forma del pretérito perfecto; o una regla que pretenda ser «fonética» y que determine en qué caso se elide una vocal o en qué caso una π es sustituida por una $\varnothing$ — pertenece, mediante una profunda e indestructible unión, al MISMO ORDEN DE HECHOS: conocer el *juego de los signos por medio de sus diferencias en un momento dado*. Es completamente ilusorio querer aislar en este juego de signos, por una parte, las significaciones (sintaxis, etcétera), lo que representa simplemente la *diferencia* o la *coincidencia* de las ideas *según los signos*.

Por otra parte, las *formas* (lo que significa simplemente la *diferencia* o la *coincidencia* de los signos *según las ideas*).

Por último, los elementos vocales del signo, lo que significa la *diferencia* o la *coincidencia* de esos elementos vocales según las formas, es decir, según las significaciones diversas.

Volvamos a la fonética...

6c [Forma]

Quien dice FORMA dice *cuatro cosas* que se olvidan y este punto es fundamental:

1º Quien dice *forma* dice, primordialmente, *diversidad de forma*: si no es así, ya ni siquiera hay una mínima base, correcta o errónea, suficiente o insuficiente para razonar ni un solo instante sobre la *forma*.

2º Quien dice *forma* dice, por consiguiente, *pluralidad de formas*: sin lo cual la diferencia que constituye la base de la existencia de una forma deja de ser posible.

3º Quien dice *forma*, es decir, diferencia en una pluralidad []

Forma implica: DIFERENCIA: PLURALIDAD. (¿SISTEMA?). SIMULTANEIDAD. VALOR SIGNIFICATIVO.

En resumen:

FORMA = no una determinada entidad *positiva* de cualquier orden, y de un orden simple; sino entidad a la vez *negativa y compleja*: resulta (sin ninguna clase de base material) de la *diferencia* respecto a otras formas COMBINADA con la *diferencia* de significación de otras formas.

6d [Indiferencia y diferencia]

Otra definición de forma:

Forma = elemento de una alternancia.

Alternancia = coexistencia (véase nota sobre *exister*) de signos diferentes, ya sean equivalentes o, por el contrario, opuestos en su significación.

Indiferencia y Diferencia

La esfera de las cosas que pueden sustituirse indiferentemente unas por otras es en realidad absolutamente restringida, pero tiene una importancia capital desde el punto de vista teórico.

Por ejemplo, EN LA PALABRA (no hay que tomar la lengua) *courage* (valor), en la actualidad, es completamente indiferente en francés que se pronuncie *courir* (correr) con *r* gutural vibrante o no vibrante (roulé /non roulé) o con *r* dental vibrante o no vibrante. Estos sonidos, sin embargo, constituyen especies perfectamente diferenciadas y en alguna otra lengua puede haber un abismo más infranqueable entre una *r* y otra *r* que entre una *K* y una [g]. En cambio, en francés []

De esto obtenemos que, de manera general, la lengua se basa en cierto número de *diferencias* o de *oposiciones que reconoce* y no se preocupa esencialmente del valor absoluto de cada uno de los términos opuestos, que podrá variar considerablemente sin que el estado de lengua se rompa.

El margen que existe en el seno de un valor reconocido puede denominarse «fluctuación». En todo estado de lengua se encuentran *fluctuaciones*. Así, si tomamos un ejemplo al azar, en godo el grupo *ij* + *vocal* es equivalente al grupo *i* + *vocal* (*sijai* «que sea» o *siai*, *frijana* «liberum» o *friana*, sin diferencia) mientras que en un dialecto vecino cercano la diferencia *ija-ia* puede tener una importancia absoluta, es decir, representar dos valores y no uno solo.

1º Un signo sólo existe en virtud de su significación; 2º una significación sólo existe en virtud de su signo; 3º signos y significaciones sólo existen en virtud de *las diferencias de los signos*.

6e [Forma - Figura vocal]

Una forma es una figura vocal que para la conciencia de los sujetos hablantes está *determinada*, es decir, es a la vez existente y delimitada. No es nada más; ni tampoco nada menos. No tiene necesariamente «un sentido» preciso; pero es experimentada como algo que *es*; y que además no sería o ya no sería lo mismo si se cambiara cualquier mínima cosa de su exacta configuración.

(Dudo que se pueda definir la forma en relación con la «figura vocal», hay que partir de lo dado semiológico.)

(Nota) –Se observará, adoptando el punto de vista del moralista, que si palabras como *crimen, pasión, virtud, vicio, mentira, disimulo, hipocresía, honradez, desprecio, aprecio o sinceridad* se ven relegadas lingüísticamente bajo simples categorías negativas y pasajeras, se produce en ese caso una auténtica inmoralidad en la lingüística o en la lengua. Si esta inmoralidad fuera un hecho comprobable, entonces yo sin duda negaría a cualquiera el derecho a ocultar que la lengua es inmoral, o el derecho a rechazar la constatación de un hecho con el pretexto de que dicho hecho nos ofende. Pero no veo en qué la moral queda más afectada que otras ramificaciones del pensamiento por el inconveniente fundamental que no podremos nunca hacer desaparecer de la lengua.

Hemos señalado este inconveniente tras todos los demás investigadores: no hay un solo objeto material, como hemos visto, al que se aplique exacta y exclusivamente una palabra; esto no suprime la existencia de esos objetos materiales. Del mismo modo, no hay un solo hecho moral que pueda encerrarse exacta y exclusivamente en un término determinado; pero esto no afecta ni un solo instante a la existencia de esos hechos morales. Lo que se puede proponer como cuestión digna de examen es hasta qué punto la palabra corresponde a un hecho moral determinado, del mismo modo que debemos buscar hasta qué punto la idea de *sombra*, por ejemplo, corresponde a un hecho material determinado. Estas dos series de investigaciones no competen a la lingüística. Añadiría, sin salir del ámbito lingüístico, que el hecho moral, que existe por la conciencia inmediata que de él tenemos, es probablemente infinitamente más importante como factor de la lengua que el hecho material que sólo llega a nuestro conocimiento muy indirectamente, y siempre de manera incompleta.

Una figura vocal se convierte en forma desde el instante crucial en que se la introduce en el juego de signos llamado lengua, del mismo modo que un *trozo de tela* que reposa en el fondo de la bodega se convierte en *señal* en el preciso instante en que es izado 1º entre otros signos izados en el mismo momento y que contribuyen a una significación; 2º entre otros cien que *hubieran podido* ser izados y cuyo recuerdo no contribuye menos a la []

Tratando de mantenerse en el lado más material de las cosas que puede considerar el morfológico, cómo decidir:

(I) si $\xi\phi\eta\nu$ es una forma de aoristo comparable a $\xi\beta\eta\nu$, si existen *formaciones de aoristo* como $\xi\phi\eta\nu$, a menos que invoquemos inmediata-

mente el *sentido*: 1° el sentido general de aoristo; 2° el sentido particular contenido en ἔφην, que hace que esta forma no sea un imperfecto como ἐδείκνυν sino un aoristo como ἔβην, semejante al sentido general de aoristo, si está bien descrito.

Pero (II), ¿de dónde sacamos ahora ese sentido de aoristo sin el cual, como hemos visto, sería imposible clasificar las formas? Lo sacamos única y puramente de esas formas mismas: sería imposible extraer la más mínima *idea* que pudiera denominarse *aoristo* si no hubiera en la forma algo de particular.

Pero (III), como se advierte inmediatamente, esta particularidad de la forma no consiste en nada más que en el hecho tan *absolutamente negativo* como sea posible de la oposición o de la diferencia respecto a otras formas: así ἐδείκνυν es diferente de ἐδείκνυν, de δείκνυμι y de δείξω; ἔλιπον es diferente de ἔλειπον, de λείπω, o de λείψω, y λέλοιπα; ἔχεα es diferente de χέω, ἔχεον; ἦνεγκον es diferente de φέρω, ἔφερον, οἶσω, ἐνήν. Pero no hay nada que sea *uno* y característico entre las formas ἔφην, ἔδειξα, ἔλικον, ἔχεα, etcétera. A decir verdad, muy bien podría ocurrir que estas formas tuviesen algo de común y característico; como por ejemplo los imperfectos latinos en *-bam*. Pero si se produjera este hecho, en principio no tendría ninguna importancia, debería ser considerado un simple accidente. Por lo demás, este accidente podría tener indiscutiblemente, por su parte, algunas consecuencias, como todos los accidentes de los que se compone la lengua eternamente, pero no más que el accidente inverso en el que acabamos de detenernos.

Nos queda todavía por constatar (IV) que ninguna de las consideraciones es separable.

Seguimos viéndonos abocados a los cuatro términos irreducibles y a las tres relaciones irreducibles que no forman entre ellos más que un solo todo para la mente: (un signo / su significación) = (un signo / y otro signo) y además (una significación / otra significación).

Para que otra cosa se produjera, sería preciso que uno de los dos términos estuviera todavía artificialmente determinado en sí; y esto es lo que suponemos por necesidad y hasta cierto punto cuando hablamos de una idea *a* o de una forma *A*. Pero en realidad no hay en la lengua ninguna determinación ni de la idea ni de la forma; no hay más determinación que la de la idea por medio de la forma y la de la forma por medio de la idea.

La primera expresión de la realidad sería decir que la lengua (es decir, el sujeto hablante) no percibe ni la idea *a* ni la forma *A*, sino sólo la relación $\frac{a}{A}$; esta expresión sería aún totalmente imprecisa. En realidad no

percibe más que la relación entre dos relaciones $\frac{a}{AHZ}$ y $\frac{abc}{A}$, o $\frac{b}{ARS}$ y $\frac{blr}{B}$, etcétera.

Ahí está lo que denominamos CUATERNO FINAL y, si consideramos los cuatro términos en sus relaciones: la triple relación irreducible. Quizá nos equivocamos al renunciar a reducir esas tres relaciones a una sola; pero nos parece que esta tentativa empezaría a sobrepasar la competencia del lingüista.

De importancia capital

No es lo mismo, como se cree con frecuencia, hablar de la relación de la forma y de la idea que de la relación de la idea y de la forma; porque si se toma como base la forma A se abarcará más o menos exactamente cierto número de ideas a b c ;

$$\left(\text{relación } \frac{abc}{A} \right)$$

y si se toma como base la idea a , se abarcará más o menos exactamente cierto número de formas AHZ

$$\left(\text{relación } \frac{a}{AHZ} \right)$$

Se observa por lo tanto que no hay ningún punto de partida ni ningún punto de referencia fijo en la lengua.

7 [Cambio fonético y cambio semántico]

Whitney, *Gramática del sánscrito*, p. 41:

Cuando estudiamos separadamente el doble tema de las modificaciones de las formas y de las modificaciones de sentido de las palabras, no creamos una división artificial y no hacemos más que reconocer distinciones naturales...

Nos vemos sumergidos en una meditación profunda al ver que se comparan en obras serias (ejemplo Whitney) estas dos clases de cambios en el tiempo:

- a) una palabra cambia de significación;
- b) una palabra cambia de forma (o de sonido), es decir, cambia materialmente.

Habría que volverlo a examinar todo y no se sabe por qué lado empezar. Habría que preguntar (entre mil cosas) qué es una palabra (en el tiempo), si puede cambiar de forma y de significación, y entonces lo que significa la sola afirmación de que []

Pero limitémonos a retomar el hilo conductor en vez de tratar de aclarar el montón de errores y de términos mal definidos que []

Afirmaremos entonces, entrando en el marco inadmisible

- que el cambio de significación no tiene ningún valor *como hecho que resulta del tiempo*, por toda clase de razones, entre otras la de que ese cambio es de todos los instantes y no excluye la significación precedente, que llega a entrar en oposición con la siguiente; mientras que el cambio de forma reside en la *sustitución* de un término por otro; y esta sustitución establece, supone necesariamente y supone por sí sola la presencia sucesiva de dos épocas;
- que la significación no es más que la manera de expresar el *valor* de una forma, valor que depende totalmente de las formas coexistentes en cada momento y que, por consiguiente, es una empresa quimérica no sólo pretender seguir esa significación en sí misma (lo que ya no es en absoluto lingüístico) sino querer seguirla en relación con una forma, ya que esta forma cambia y con ella todas las demás, y con estas todas las significaciones, de manera que sólo se puede dominar vagamente el cambio de significación en relación con el conjunto. .

El hecho de que no haya nada *instantáneo* que no sea *morfológico* (o significativo) y de que no haya tampoco nada morfológico que no sea instantáneo es inagotable en los desarrollos que comporta.

Pero este primer hecho tiene como contrapartida inmediata que no hay nada *sucesivo* que no sea *fonético* (o exterior a la significación) y que no hay nada fonético que no sea sucesivo.

De importancia capital

La persistencia (más o menos exacta) de muchas funciones significativas en el tiempo y en las formas es el hecho que nos sugiere falsamente la

idea —no digo que existe una historia de las significaciones, porque esto no significa definitivamente nada— de que existe una historia de la lengua tomada en la doble vertiente de la forma y el sentido (es decir, una morfología histórica); o una posibilidad de seguir el movimiento de combinación cuádruple del cambio de las figuras vocales, de su combinación general como signos, de su combinación general con la idea y de su combinación particular.

Pero esta persistencia de funciones es un hecho expuesto al azar más absoluto, no más importante en principio que el hecho inverso. Si recurrimos a la comparación con la historia de un organismo (?) []

¿Cómo captar el malentendido extremo que domina los razonamientos sobre el lenguaje?

Se afirma que existen términos *dobles*, compuestos de una forma, un cuerpo, una entidad fónica, y una significación, una idea, una cosa espiritual.

Nosotros decimos en primer lugar que la *forma* es lo mismo que la *significación*, y que este ente es cuádruple.

Visión habitual:

A Significación

B Forma

Visión propuesta:

I	II
Diferencia general de las significaciones (sólo existe según la diferencia de las formas).	Una significación (relativa a una forma). Figura vocal (que sirve de forma o de varias formas en I).

Diferencia general de las formas (sólo existe según la diferencia de las significaciones).	Una forma (siempre relativa a una significación).
--	---

Declaramos que expresiones como *La forma*, *La idea*; *La forma* y *La idea*; *El signo* y *La significación*, desde nuestro punto de vista, están impregnadas de una concepción directamente falsa de la lengua.

No hay la forma y una idea que le corresponde; como tampoco hay la significación y un signo que le corresponde. Hay *formas* y *significaciones* posibles (que en ningún modo se corresponden); incluso en realidad sólo hay *diferencias* de formas y *diferencias* de significaciones; por otra parte, cada uno de estos órdenes de *diferencias* (por consiguiente cosas ya negativas en sí mismas) no existe como *diferencia* más que gracias a la unión con la otra.

Es curioso que la nasal, como tal, parece ser en muchas lenguas una *cantidad semiológica*. Por ejemplo, en sánscrito –en lo que se refiere al interior de la palabra– (sólo) se podrá simular que se ignora tan completamente una relación entre *ñ*, *ṇ*, y *n* y *ñ* como entre *b*, *g* y *d*. Del mismo modo que no establecemos ningún intercambio entre *b-g-d*, pero apelamos al punto de vista diacrónico respecto a la presencia de *b g d*, o bien a ningún punto de vista, del mismo modo parecería natural invocar respecto []

Las cantidades semiológicas son las unidades en que la lengua reúne ciertos elementos vocales atribuyéndoles un valor único o semejante []

El mecanismo de la lengua –contemplada en su totalidad EN UN MOMENTO DADO, que es el único modo de estudiar su mecanismo– un día quedará reducido a fórmulas relativamente sencillas. Por ahora no podemos ni siquiera plantearnos establecer tales fórmulas: si, para fijar las ideas, tratamos de esbozar a grandes rasgos lo que nos representamos a partir del nombre de una *semiología*, es decir, de un sistema de signos totalmente independiente de sus antecedentes y tal como existe en la mente de los sujetos hablantes, entonces es cierto que nos vemos obligados, a pesar nuestro, a oponer sin cesar esta semiología a la eterna etimología; y que esta distinción, cuando se llega al detalle, es tan delicada que absorbe por sí misma la atención, por intensa que esta sea, y probablemente se verá considerada como distinción sutil en mil casos, previstos o imprevistos; y, en consecuencia, no se halla cerca todavía el momento en que se pueda operar con toda tranquilidad fuera de cualquier etimología, sobre []

8 [Semiología]

I. Ámbito no lingüístico del pensamiento puro, o sin signo vocal o fuera del signo vocal, compuesto de cantidades absolutas.

II. Ámbito lingüístico del *signo vocal* (*Semiología*): en el que es tan vano querer considerar la idea fuera del signo que el signo fuera de la idea. Este ámbito es a la vez el del *pensamiento relativo*, el de la *figura vocal relativa* y el de la relación entre ambos.

III. Ámbito lingüístico del sonido puro o de lo que sirve de signo considerado en sí mismo y fuera de toda relación con el pensamiento = FONÉTICA.

I. Ámbito *no lingüístico* del pensamiento puro, o sin signo vocal, y fuera del signo vocal.

Es a este ámbito, sea cual sea la ciencia de que se trate, al que debe re-legarse toda clase de categoría absoluta de idea, si se da verdaderamente como absoluta, si se pretende afirmar, por ejemplo, la categoría SOL o la categoría del FUTURO o la del SUSTANTIVO, *por cuanto se las tiene como auténticamente absolutas e independientes de los signos vocales* de una lengua o de las infinitas variedades de otros signos. No le corresponde al lingüista examinar desde dónde puede comenzar realmente a liberarse del signo vocal, si algunas categorías preexisten o si otras postexisten al signo vocal; si, consecuentemente, algunas son absolutas y necesarias para la mente y otras, relativas y contingentes; si algunas pueden continuar existiendo fuera del signo mientras que otras tienen un signo, etcétera. Solamente la idea relativa a los signos []

II. Ámbito *lingüístico* del *pensamiento* que se convierte en IDEA EN EL SIGNO, o de la *figura vocal*, que se convierte en SIGNO EN LA IDEA: y esto no son dos cosas sino una sola, contrariamente al primer error fundamental. Es tan literalmente verdad decir que la palabra es el signo de la idea como decir que la idea es el signo de la palabra; lo es a cada instante, dado que no es ni siquiera posible establecer y limitar materialmente una palabra en la frase sin la idea.

Quien dice *signo* dice *significación*; quien dice *significación* dice *signo*; tomar como base un signo (aislado) no sólo es inexacto sino que no quiere decir nada absolutamente ya que, en el instante en que el signo pierde la totalidad de sus significaciones, no es nada más que una figura vocal.

La distinción fundamental y única en lingüística depende por lo tanto de saber:

- si se considera *un signo o una figura vocal como signo* (*Semiología* = morfología, gramática, sintaxis, sinonimia, retórica, estilística, le-

xicología, etcétera, *pues todo esto es inseparable*), lo que implica directamente cuatro términos irreducibles y tres relaciones entre esos cuatro términos y que, además, las tres deben ser transportadas por el pensamiento a la conciencia del sujeto hablante;

- o si se considera *un signo o una figura vocal como figura vocal (fonética)*, lo que no supone la obligación inmediata de considerar ni un solo término, ni la de representarse nada más que el hecho objetivo; pero que es también una manera eminentemente abstracta de considerar la lengua porque en cada momento de su existencia sólo EXISTE lingüísticamente lo que es percibido por la conciencia, es decir, lo que es o se convierte en *signo*.

9 [Aviso al lector]

De importancia capital

No se nos oculta que la gran dificultad de nuestra exposición (y la que desnaturalizará continuamente, mucho nos lo tememos, el sentido de nuestras observaciones en la mente de algunos lectores) viene del error mismo que este opúsculo tiene por destino combatir. En la actualidad hemos llegado a concebir que los hechos de lenguaje, expresados en relación con una época dada, representan *ipso facto* un modo EMPÍRICO de expresar estos hechos, mientras que el modo RACIONAL de expresarlos sería exclusivamente el que recurre a períodos antecedentes. Nuestra finalidad es mostrar que cada hecho de lenguaje existe a la vez en la esfera del presente y en la del pasado, pero con dos existencias distintas, y supone no UNA sino, normalmente, DOS EXPRESIONES RACIONALES, igualmente legítimas, tan imposibles de suprimir una como otra, pero que conducen a hacer de la misma cosa, dos cosas; esto sin juego de palabras alguno, como sin malentendido alguno sobre lo que acabamos de llamar una *cosa*, esto es, un objeto de pensamiento diferenciado y no una idea diversa del mismo objeto.

Cada vez que se trate de la crítica de las operaciones gramaticales emprendidas sobre un *estado de lengua* determinado, nuestras observaciones correrán el riesgo de ser tomadas por una afirmación trivial del principio histórico. Pero esto es precisamente lo contrario de lo que entendemos.

En efecto, sostenemos exactamente a la inversa que existe un estudio científico relativo a cada estado de lengua tomado en sí mismo; que este

estudio no solamente no necesita que intervenga el punto de vista histórico y no depende en absoluto de él, sino que tiene como condición preliminar que se haga tabla rasa sistemática de toda clase de visión y de noción histórica, así como de toda terminología histórica.

Desgraciadamente la manera de formular los hechos en cada uno de esos estados de lengua tomados en sí mismos es hasta ahora eminentemente *empírica*, o bien, lo que es peor [*sic*], pervertida hasta en su principio porque se inmiscuyen con pretensión científica resultados de la historia en un sistema que funciona, repitámoslo, con total independencia de la historia.

Que se nos perdone nuestro absolutismo; pero, a decir verdad, nos parece que, incluso en una obra de carácter general y casi divulgadora como *La vida del lenguaje* de M. Whitney, sería preciso plantear ya en la primera página este dilema:

¿Se quiere considerar la lengua como el mecanismo que sirve para expresar un pensamiento? En este primer caso, tan importante como el otro, si no infinitamente más importante, no viene a cuento una consideración histórica de las formas, y todo el trabajo de la escuela lingüística desde hace un siglo, dirigido únicamente hacia la sucesión histórica de algunas identidades que sirven en varios momentos sucesivos para mil fines, en principio no tiene importancia.

En la práctica, y de modo auxiliar, con tal de que además se practique de una manera nueva, porque entonces se haría metódico y sistemático, reconocemos que ese trabajo del historiador puede arrojar una vivísima luz que aclare las condiciones que rigen la expresión del pensamiento, principalmente aportando la prueba de que no es el pensamiento el que crea el signo sino el signo el que guía primordialmente el pensamiento (por lo que, en realidad, lo crea, y lo lleva a su vez a crear signos, poco diferentes siempre de los que había recibido).

Si, por el contrario, se quiere considerar la lengua como una suma de signos (en este caso ya no hay que hablar de sistema) que gozan de la propiedad de transmitirse a través del tiempo, de individuo en individuo, de generación en generación, entonces, de entrada, hay que constatar que este objeto apenas ofrece algo en común con el precedente. Esta opinión, que puede parecer paradójica, se comprueba a cada momento; y estos son los dos modos de considerar la lengua que nos parecen irreducibles. Supongamos que tuviéramos que hablar del *origen del lenguaje*. Inmediatamente se plantearán estos dos modos de concebir la cuestión: o bien las condiciones en que un pensamiento llega a corresponder a un signo o bien las condiciones en que un signo llega a transmitirse du-

rante seis meses, o doce meses, y el *pensamiento* queda inmediatamente suprimido, porque este pensamiento puede diferir de un instante a otro. Pero el fenómeno primordial del lenguaje es la asociación de un pensamiento con un signo; y es precisamente este hecho primordial el que queda suprimido en la transmisión del signo.

10a De la esencia, etcétera [Perspectiva instantánea y fonética. Estado]

En cuanto se sitúa uno resueltamente en la perspectiva *instantánea*, se vuelve a comprender siempre que no hay nada en el ESTADO de la lengua que pueda llamarse fonética.

Pero 1º, cada hecho llamado fonético que existe en la gramática de una lengua en un momento dado es en efecto fonético si se lo considera *en comparación con otra época* (empezando por formularlo de otra manera): pero entonces se abandona la perspectiva instantánea y se mezclan dos puntos de vista que no soportan ser mezclados.

O bien 2º, si por el contrario se quiere formular el hecho, proponiéndose de manera metódica mantenerse en una época dada, es regularmente imposible percibir en qué se distingue ese hecho de un hecho semiológico (o, si se prefiere, morfológico) cualquiera, como por ejemplo la oposición de *lupum* con *lupus*, o la oposición de *tu es* (eres) con *es-tu* (¿eres?).

Caso de *ṇ* cerebral en sánscrito: *pitṛṇāmakam*

2 formas y 2 sentidos (opuestos *respectivamente*)

2 formas y 1 sentido

(1 forma y 2 sentidos)

cero forma y 1, 2 o varios sentidos

Checo: *zlat* genitivo plural

Toda especie de signo que existe en el lenguaje (1º el signo VOCAL de cualquier orden, signo completo como una palabra o un pronombre, signo complementario como un sufijo o una raíz, signo despojado de toda significación completa ni complementaria como un determinado «sonido» de la lengua; o signo no vocal como «el hecho de situar tal signo ante tal otro») tiene consecuentemente un valor *puramente* no positivo, es decir, esencialmente, eternamente NEGATIVO.

La base captable, que es la base primera y última de cualquier clase de consideración lingüística, histórica, filosófica, psicológica, no es:

- ni la forma, ni el sentido,
- ni, en tercer lugar, la unión indisoluble de la forma y el sentido,
- ni 4º la diferencia de los sentidos,
- sino que es 5º, la diferencia de las formas.

En checo una palabra (neutra): *zlato*

Estoy tentado de decir que este hecho por sí solo es mucho más instructivo que todo lo que se ha escrito sobre la lengua por parte de los lingüistas, y por parte de los filósofos, sobre el mecanismo fundamental de la relación entre el signo y la idea.

En primer lugar, no se puede desear prueba más flagrante para apoyar la afirmación de que un signo del lenguaje sólo existe por el hecho estricto de la existencia de los otros, ya que en la declinación de *zlato* todas las combinaciones posibles de la idea de sustancia con las de [] pero resulta que *zlat* es absolutamente capaz de representar además de la idea []

¿Cómo puede ocurrir esto? Únicamente por la oposición con *zlatěch*.

Quien dice *forma* dice *diferencia* con otras formas y nada más. Se puede considerar sólo la diferencia respecto a *otra* forma, por ejemplo únicamente la diferencia entre ἵππος e ἵππον o bien únicamente la diferencia entre ἵππος y θάλασσα. En este caso la *forma* no está determinada, no está determinada []

(¿?) Círculo vicioso fundamental

Se llama *forma* una figura vocal que está determinada *en la conciencia de los sujetos hablantes*. (La segunda mención es en realidad superflua, porque no existe nada más que lo que existe en la conciencia; por lo tanto, si una figura vocal está determinada, es que lo está inmediatamente.)

¿Por qué medio esta figura está determinada *en la conciencia de los sujetos hablantes*?

1º Como se podría imaginar a primera vista, ¿por los sonidos, por las sucesiones idénticas de sonidos que se encuentran en ella?

De ninguna manera. Un hombre que viva en el departamento francés del Cher puede pasar su vida sin darse cuenta de que ese nombre no di-

fiere, en sus sonidos, de la palabra que pronuncia cuando dice *cher ami* (querido amigo). (Ejemplos diversos.)

Añadiremos el hecho de que se lee una escritura de corrido sin fijarse en la forma de los signos: así, la mayoría de personas interrogadas se ve con dificultados para reproducir exactamente la forma de una g (minúscula, redonda) impresa que todos leemos todos los días cincuenta veces si no son mil. El fenómeno parece ser exactamente el mismo que el de la inconsciencia respecto al sonido de las palabras en sí mismo. De modo más general me parece que, ya sea en el campo del *efecto individual* (= semiológico), ya sea desde una perspectiva histórica, los hechos relativos a la escritura presentan quizá una gran cantidad de observaciones interesantes para todos los hechos de lenguaje sin excepción, y hechos no solamente análogos sino completamente homólogos, de principio a fin, respecto a los que pueden discernirse en el lenguaje hablado. En la escritura, el *sentido* está representado por el *sonido*, mientras que el *sonido* está representado por los rasgos gráficos; pero la relación entre el rasgo gráfico y el sonido hablado es el mismo que el que existe entre el sonido hablado y la idea.

2º ¿Es a causa del sentido que va unido a la figura vocal? ¡No hay error! anti-Pascal.

Respondemos igualmente *no*: pues, en primer lugar, el sentido puede variar en una medida infinita sin que la impresión de unidad del signo se vea ni siquiera vagamente afectada por esas variaciones. Es el caso de *concepción*. (Aunque pueda ocurrir también en cualquier momento que la unidad se quiebre por esas variaciones.) Pero no son ese tipo de fenómenos, si seguimos suponiendo una *sucesión de estados*, los que ayudarán jamás a comprender lo que es un *estado* lingüístico en sí mismo o lo que valen los términos que dependen de ese estado; y precisamente el hecho de que se inmiscuya perpetua y desastrosamente lo que es *sucesivo* o retrospectivo en lo que es instantáneo o presente, directo o general, es lo que constituye el objeto de nuestros ataques. Ni siquiera hay que pensar en definir lo que es una forma ni ninguna otra cosa en lingüística, si se empieza por dejar que se infiltre en un estado real A otro estado real B *anterior*, lo que da por monstruosa unión un estado completamente imaginario $\frac{A}{B}$.

Nota. Llego a pensar que el doble estudio semiológico e histórico de la escritura (esta última se convierte en el equivalente de la fonética en el estudio del lenguaje) constituye, por la naturaleza de la escritura, un or-

den de investigaciones casi tan digno de atención como []. Hasta ahora la paleografía parece haber sido totalmente inconsciente de esa finalidad.

10b Regla: *ṇ* cacuminal

Con lo que incluso una regla de alternancia como la *n* cacuminal en lugar de *n* dental tras *r* ṛ ṛ en sánscrito es etimológica (o bien *se ha convertido en semiológica*), pero *no es fonética*, pues tenemos

pitarnāma el nombre del padre
o incluso *pitṛnāma pitṛnāmakar* en una sola palabra

sin que la vecindad *ni siquiera inmediata* de *r* influya lo más mínimo en la pronunciación de *n* dental. Por lo tanto, sostener una regla «*fonética*» según la cual *n* tras *r* daría *ṇ* sería absolutamente []

11 [Diversidad del signo]

(Examinar) «Diversidad del signo en la idea» parece ser lo propio de los elementos gramaticales mientras que en la sinonimia hay siempre diversidad de ambos.

Resultará cada vez más imposible ocultar que no poseemos una sola especie de distinciones gramaticales que se base en un principio definido, o en varios principios definidos en []

En ninguna parte se sabe dónde está el terreno firme del que parten las definiciones: aquí se reúnen algunos signos en nombre de una determinada idea (suponiendo entonces que el signo no está definido por sí mismo); allá, al contrario, se toma un signo como si fuera la cosa definida.

Expresiones como *categoría gramatical*, *distinción gramatical*, *forma gramatical*, *unidad* y *diversidad de las formas gramaticales*, son otros tantos términos corrientes a los que nos vemos obligados a negar todo sentido preciso. En efecto, ¿qué es una *entidad gramatical*?

Procedemos exactamente como un geómetra que quisiera demostrar las propiedades del círculo y de la elipse sin haber dicho lo que entiende por círculo y elipse.

De este modo, una noción usada continuamente (bajo formas diversas) y que parece clara, *diversidad del signo*, no significa absolutamente nada; sólo se puede hablar de la *diversidad del signo en la idea una* o de la *diversidad del signo en la idea diversa*.

Y ambas cosas, aun siendo esencialmente diferentes, se entrecruzan tanto en realidad que sería profundamente erróneo decir que basta con sobrentender en cada caso, dado que a los pocos minutos habríamos tomado una cosa por otra sin habernos dado cuenta.

Pero esas dos cosas a su vez no son más que un aspecto momentáneo, una manera empírica de expresar los hechos, ya que ni la idea ni el signo, ni las diversidades de los signos, ni la diversidad de las ideas representan jamás en sí un solo término dado: lo único que es dado es la diversidad de los signos combinada indisolublemente y de manera infinitamente compleja con la diversidad de las ideas.

Los dos caos, al unirse, proporcionan un *orden*. Nada hay más inútil que pretender establecer el orden separándolos. Como sabemos, nadie piensa en separarlos radicalmente. Lo que se hace es simplemente distinguir uno del otro y partir *ad libitum* de este o de aquel, tras haber hecho previamente de aquel o de este una cosa con existencia propia. Eso es precisamente lo que nosotros llamamos querer separar los dos caos, lo cual creemos que es el vicio fundamental de las consideraciones gramaticales a las que estamos acostumbrados.

<i>rathād-rājnas</i>	<i>diversidad del signo en la significación única</i>
<i>rathād-rathē</i>	<i>diversidad del signo en la idea diversa</i> (unidad del signo en la idea única)
<i>rājnas-rājnas</i>	<i>unidad del signo en la idea diversa</i>
<i>id. - id.</i>	<i>diversidad de la idea en el signo único</i>
<i>(rathād-rathē)</i>	<i>diversidad de la idea en el signo diverso</i> (unidad de la idea en el signo único)
<i>(rathād-rājnas)</i>	<i>unidad de la idea en el signo diverso</i>

Residuo:

<i>rathād-rathē</i>	<i>diversidad del signo en significaciones diferentes</i>
<i>rājnas-rājnas</i>	<i>unidad del signo en una significación diferente</i>
<i>rathād-rājnas</i>	<i>diversidad del signo en una significación única</i>
<i>la unidad de significación</i>	<i>no puede constatarse más que mediante []</i>

Una significación adquiere existencia o puede aparentar adquirir una existencia fuera de los signos []

1. Diversidad del signo que corresponde a significaciones diferentes (o a usos diferentes)

En este caso podemos sustituir, si se quiere, *significación* (o *uso*) por idea u otra cosa, sin grave inconveniente porque, como todo consiste en una diversidad y es por consiguiente relativo, no caeremos en la tentación de dar existencia positiva y acabada a uno de los dos términos fuera del otro, o a partir de uno de los dos términos antes que del otro, sean cuales sean las palabras de las que nos sirvamos.

2. Diversidad del signo que corresponde a una significación única (o de uso único)

(*rathād-rājnas*)

En este caso, por el contrario, es muy crítico querer empezar a hablar de la diversidad del signo en la IDEA única en lugar de hablar de la diversidad en el uso único o la significación única []: pues sería caer en el error de creer que hay establecidas previamente cualesquiera categorías ideales en las que se movieran a continuación y de manera secundaria los accidentes del signo. La unidad de la «idea» que preside en este caso la diferencia del signo no depende más que del hecho de estar en otra parte y a su vez en la misma lengua encarnada en una *unidad de signo* en oposición a una *diferencia de ideas* (caso 3).

Si se quisiera a cualquier precio utilizar la palabra *idea*, nos veríamos obligados a formular los dos casos que nos ocupan de la manera siguiente:

1^{er} caso simplemente: diversidad del signo en la idea diversa, pero en cambio

2^o caso: diversidad del signo en la idea única, mientras esta unidad corresponda de algún modo a un signo único;

3. Diversidad de la significación que corresponde a una unidad del signo

Hay que eliminar dos cosas:

1^o diversos sentidos de una palabra, que no serían diversos más que en el caso de que cada uno de ellos fuera exactamente definido por otra palabra;

2º el sentido de dos homófonos. Como *son* «sonus» (sonido) y *son* (su). Y queda el caso de *rājnas* ablativo y *rājnas* genitivo.

12 [Vida del lenguaje]

Primeramente se puede entender por *vida del lenguaje* el hecho de que el lenguaje vive a través del tiempo, es decir, es susceptible de transmitirse.

Puede decirse que este hecho es un elemento vital del lenguaje, porque nada hay en el lenguaje que no sea transmitido; pero es más bien absolutamente ajeno al lenguaje.

- O bien el signo es *paso de tiempo*, pero entonces nada de IDEA en el signo. Es lo que se llama fonética.
- O bien SIGNO e IDEA: pero entonces, a la inversa, nada de *paso de tiempo*; necesidad de respetar completamente el instante y únicamente el instante. Es el ámbito de la morfología, de la sintaxis, de la sinonimia, etcétera.

Por lo demás, la existencia que se puede atribuir al signo en principio no está en otro lugar que en su asociación con una idea que establece la mente: por eso podemos y debemos sorprendernos de que a pesar de ello se haga necesario reconocer que el signo tiene una segunda existencia, no dependiente de la idea a medida que se avanza en el tiempo. Es esencial subrayar que esta segunda existencia no se manifiesta o no aparece de manera tangible más que en el instante en que se encuentran uno frente a otro un *pasado* y un *presente*, mientras que la primera está inmediatamente contenida en el presente. Como compensación, la segunda existencia del signo (a través del tiempo) sólo podría sostenerse aislando el signo de su significación, y de cualquier otra significación que pudiera venirle.

El sistema de la lengua puede compararse fructíferamente y en varios sentidos, aunque no sea una comparación exacta, con un sistema de señales marítimas realizadas mediante banderas de distintos colores.

Cuando una bandera ondea entre varias otras en el mástil de [], tiene dos existencias: la primera es ser un trozo de tela roja o azul, la segunda es ser un signo o un objeto, entendido como dotado de un sentido por quienes lo ven. Señalemos las tres principales características de esta segunda existencia:

1° Es sólo en virtud del pensamiento que se le une.

2° Todo lo que representa para la mente la señal marina de una bandera roja o azul procede, no de lo que es, no de lo que estemos dispuestos a asociarle, sino exclusivamente de estas dos cosas: 1) de su diferencia respecto a otros signos exhibidos en el mismo momento, 2) de su diferencia respecto a los signos que se habrían podido izar en su lugar, y en el lugar de los signos que lo acompañan. Fuera de estos dos elementos negativos, si nos preguntamos dónde reside la existencia positiva del signo, vemos en seguida que no posee ninguna, y que estos []

Cuando se llega al análisis último, que se alcanza rápidamente, se comprende que verdaderamente no es posible comprender lo que es la lengua sin conocer primeramente las vicisitudes por las que atraviesa de una época a otra: pero, hecho esto, nada hay más necesario, así lo creemos, que reestablecer una separación absoluta entre el ser «lengua» siempre momentáneo y el hecho contingente de que este ser «lengua» generalmente esté destinado a transmitirse a través del tiempo. En realidad todo lo que es en la lengua nace con frecuencia de los accidentes de su TRANSMISIÓN, pero esto no significa que el estudio de la lengua pueda sustituirse por el estudio de dicha transmisión; ni tampoco, muy especialmente, que no haya en cada momento, tal como afirmamos, dos cosas de orden enteramente distinto, en esta lengua, por una parte, y en esa transmisión, por otra.

13 [Gramática: categorías]

Una *categoría gramatical*, como la categoría del *genitivo*, por ejemplo, es una cosa completamente inasible, una palabra realmente desprovista de sentido, en el uso que de ella hacemos cotidianamente. No queremos decir, lo que es cierto de entrada, que no sea necesaria para la mente, ni que su representación en las diferentes lenguas que examinaremos no sea necesaria, ni única en lo que abarca de general, o en particular en tal lengua. Queremos decir que en una lengua determinada, en la que existe un «genitivo», no se sabe jamás lo que se entiende, de momento en momento, de página en página, de línea en línea, por esa palabra «genitivo» o lo que se quiere generalizar exactamente hablando de la categoría de genitivo de que dispone la gramática de una lengua. Tomemos el ejemplo del genitivo griego.

En ocasiones se entiende por *genitivo* en griego la «distinción gramatical del genitivo» de una cierta idea superior a los signos, independiente de los signos, que planea en el ámbito de la idea pura: de tal modo que se discute []

14 [Gramática: reglas]

Entre las reglas que se consideran esenciales en una gramática sánscrita, consideremos esta regla fonética: «en sánscrito *s* tras *k*, *r* y las vocales distintas de *a* [*ā/ā*] se convierte (da, se transforma en) *ç*». No estamos atacando esta fórmula. Digamos por ejemplo: «lo que es *s* en tal caso aparece como *ç* en tal otro»; tomamos la redacción menos criticable y buscamos qué se debe pensar de una regla de esa clase en sí misma.

1° ¿A qué se debe que el gramático se crea obligado, de repente, a dar una regla que se refiere a la aparición de cierto elemento *ç* mientras que no da ninguna para la gran mayoría de los otros elementos del mismo sistema? Ni se le ha pasado por la cabeza explicar o reducir a una regla la presencia de una *p* en *pitā* o la presencia de una *v* en *açvas*. Entonces, ¿por qué la presencia de *ç* en *çismas*, *vakṣyāmi* ha de retener más su atención o la nuestra, exige más una explicación o constituye en mayor medida materia de reflexión y reclama de repente una regla?

No hay que buscar la respuesta demasiado lejos. El gramático entrevistaba y su mente solicitaba una posibilidad de regla en el caso de *ç* y no en el de *p*; eso es todo. Vamos a examinar a qué se debe esta posibilidad de regla pero constatemos primero la ausencia profunda de dirección y de método en el momento del nacimiento de la regla, ya que ni siquiera se ha planteado si en una lengua existen regularmente sonidos más apropiados que otros para justificar su presencia, en qué circunstancias esto puede producirse y, en definitiva, de qué se compone el capítulo de la «fonética» de una lengua que sólo consiste en esa clase de reglas (una vez separadas, naturalmente, de la hibridación con el punto de vista diacrónico, cuyo primer efecto es privar a la discusión de cualquier objeto sólido).

2° ¿A qué se debe, por su parte, la fortuita *posibilidad de regla*, con frecuencia muy sorprendente, pero que decide por sí sola (y sin ejercicio crítico alguno, como acabamos de ver) la suma de *reglas* que se establecen entre un sonido y otro?

Segunda regla:

—En todos los casos en que debería figurar una *s*, ya sea tras las con-

sonantes k y r , ya sea tras una vocal o un diptongo distintos de a y $\bar{a}$, esta s se sustituye por $\mathfrak{s}$;

Ej. El sufijo del futuro es *-sya-ti*:
pā-sya-ti, «protegerá»
pero *nē-ṣya-ti*, «conducirá»
Consideremos: *tap-sya-ti*, «abrazará o atormentará»
pero: *vak-ṣya-ti*, «dirá»

(<i>aṣveṣu.</i>	<i>baṇikṣu.)</i>
véase <i>sēnāsu</i>	véase <i>saritsu</i>

15 [Reglas de fonética instantánea]

Quaestio

Se compone *marut-* con otra palabra. Hay una regla «fonética» que dice en qué se convertirá *t*.

Se compone *dvipin-* con otra palabra. Hay una regla «morfológica» que exige que partamos de *dvīpi-*, y después una regla «fonética» sobre en qué se convertirá la *i*.

¿Hay un límite?

Es verdad que la regla de la *t* de *marut* será válida para todas las *t*, mientras que si se dijera que es *dvīpīn* + *açvau* lo que da *dvīpyaçvau*, esto no sería válido para todo *in*, sino sólo para el *in* de una determinada clase de formas.

Características de esta clase de hechos morfológicos o este tipo de reglas «fonéticas» que producen la ilusión de hechos fonéticos

Es necesario ver lo que son respecto al dato verdaderamente fonético y respecto a la etimología,

y 2º lo que son respecto al dato del hecho morfológico general.

Primera serie de reflexiones

¿De dónde se parte, qué nos proponemos, a dónde llegaremos exactamente si tratamos, *con razón o sin ella*, de formular una regla de foné-

tica instantánea, manteniéndonos sin embargo fieles a este punto de vista, legítimo o no, pues las consecuencias de mezclar puntos de vista como plazca (que es el procedimiento habitual) sólo pueden ser estudiadas posteriormente?

1. ¿De dónde partimos y con qué propósito? No hay propósito ninguno. Se parte, de modo totalmente empírico y maquinalmente, de la impresión de que la presencia de tal elemento está en relación con determinadas circunstancias y ofrece un carácter de regularidad notable. Si se decide, por ejemplo, que *cabe* plantear un regla sobre la aparición, es simplemente que ha parecido que *había la posibilidad*, no se sabe cómo, de plantearla; la mejor prueba de ello es que en nada preocupa plantear la aparición, que hay además en la misma lengua multitud de elementos del mismo orden de los que nadie se preocupa, cuya presencia por oposición a la presencia de los precedentes no se convierte nunca en objeto de una regla y eso sin que ni siquiera se intente explicar por qué.

2. ¿En qué circunstancias precisas la presencia de un elemento (no significativo en sí mismo y declarado por esta misma razón fonético) se convierte en objeto *de una regla*?

Todas las reglas de fonética instantánea tienen en realidad por sustancia eterna decir que un elemento β (en las circunstancias que se indican) es el sustituto de un elemento α .

Distingamos claramente dos cosas en este esquema invariable: la primera, sobre la que no emitimos ninguna apreciación, es que, de dos términos en presencia, se adopta uno, β , como término *dado y normal*, mientras que el segundo, α , es declarado sustituto o producto del primero. El otro hecho, que es independiente de esta concepción o de esta redacción, es que habrá de todos modos e inevitablemente, dos *términos* en presencia en cuanto una «regla» de «fonética instantánea» se enuncie bajo una fórmula cualquiera (uno de los términos puede ser cero).

3. Como toda regla de fonética instantánea se mueve entre dos términos α y β que se intercambian, ¿de dónde se saca que uno de los dos, por ejemplo α , tenga un rango de preeminencia o de prioridad sobre el otro?

Por ejemplo, suponiendo, ya que es necesario, que quepa establecer una regla respecto a la aparición de ζ en sánscrito (reconociendo además, lo que es evidente, que esta regla en el fondo significa que lo que se estudia no es la aparición de ζ , sino el intercambio de ζ/s), ¿por qué, una vez

admitidas estas cosas, decir que *s* en sánscrito «se convierte en» *ç* en unas circunstancias (y dejamos completamente de lado la gran pregunta de que esa palabra «se convierte en») antes que admitir, a la inversa, que *ç* en sánscrito «se convierte en» *s* en otras circunstancias? Aquí comienzan una serie de consideraciones de aplicación general.

Si queremos realmente limitarnos a un estado de lengua dado –y sin esto ya no estamos en ningún terreno definido–, no se puede decir con más razón que el término α es sustituido por el término β (o cambiado por el término β) que lo inverso; no tiene justificación alguna atribuir a α o a β la cualidad de término normal en relación con el otro. «*s* tras *k*, *r* y las vocales distintas de $[\bar{a}/\bar{ä}]$ se convierte en *ç*»; o bien, intentando progresar, lo que aquí es *s* allí es *ç*.

(No insistimos aquí sobre la fórmula y admitimos que se pueda plantear la regla sin salir de la época dada.)

Primer orden de consideraciones

[a)] ¿Qué es lo primero que impulsa al gramático a querer *emitir una regla* (llamada regla fonética) respecto a la presencia de una *ç* en *vākṣu*, *giriṣu*, *çīṣmas* etcétera, si nadie piensa en emitir una regla sobre la presencia de una *p* en *pitā*, de una *v* en *ava*, etcétera. Es exclusivamente, como todos comprenderán, el hecho de que *ç* se oponga a *s* en formas de parentesco evidente: []

b) Habiendo admitido que cabe plantear una regla, ¿cómo se las arregla el gramático para []

Pues en ningún momento la pretendida regla fonética establecida encerrándose en un estado dado de lengua se distingue en lo más mínimo de una regla *morfológica*, que es lo que es pura y simplemente.

vākṣu - *jihvāsu* es una regla totalmente semejante en su esencia y en su naturaleza, a la que dice que hay presentes en *-mi* y []

c) Su regla es finalmente la expresión de una *alternancia*, hecho esencialmente morfológico.

Si se suprime la alternancia, ya no hay regla ni sugerencia de plantear una regla.

Así ocurriría si sólo existiera el hecho de que no aparezca jamás *s* tras *k*, *r* y vocal en ejemplos como *muçṇāmi* y *asmi*, que no tienen nada en común morfológicamente.

Lo mismo en el caso de $\eta = n$. Son casos como *çūrēṇa aṣvēna*, o *muṣṇāmi-/badhanāmi*, o *nayāmi-/praṇayami* []

16 Características de la regla de fonética instantánea

Características de la regla de fonética instantánea

1. Supone *dos* términos α - β .

(§) (Ninguna regla de este tipo se aplica a un término determinado fuera de una oposición con otros, por ejemplo [])

2. Los términos α - β son simultáneos. (§)

3. []

INCLUSO admitiendo con la mayor amplitud todas las fórmulas, que no se podrían aprobar en cuanto rozaran el punto de vista etimológico, []

(La regla de fonética instantánea se ve esencialmente incapaz, incluso como regla práctica, de formular una relación constante entre los hechos.)

– El *intercambio*, como única expresión auténtica de todo movimiento en la lengua.

Hay dos tipos de *intercambio*, que son completamente distintos en la vida de la lengua, pero lo que no hay en absoluto es *cambio*. Para que hubiese *cambio* sería necesario que hubiera una materia definida en sí misma en un momento dado, cosa que no ocurre jamás; una palabra sólo se pronuncia por su valor.

En el *intercambio* la unidad es establecida por un valor ideal, en nombre del cual se declaran adecuados entre ellos dos objetos que, por lo demás, pueden ser absolutamente diferentes y, lo que es más, constantemente renovados en su sustancia. Esta es exactamente la característica de todos los «cambios» o «movimientos» lingüísticos.

No hay en absoluto otro principio de *unidad* que el de la unidad de valor, por consiguiente no hay cambio que no tenga forma de *intercambio*. Ahora bien, hay diferentes tipos de valores, según la base que se tome.

Si se sustituyen los luises por napoleones, esto es un cambio.

Es siempre *teóricamente* imposible formular una regla de «fonética instantánea» de modo satisfactorio y racional, pero además *prácticamente* carecerá de garantía de «regularidad».

En un sistema considerado en un momento dado, es evidente que nada puede ser *fonético*.

En todos los ámbitos de la lingüística, llama poderosamente la atención que, en cuanto una propuesta adquiere carácter general, expresa, lo que se prefiera, o bien lo más trivial, hasta el punto que enunciarlo produce pudor, o bien lo más paradójico, que será combatido ciegamente por los mismos que un momento antes se reían al ver la misma verdad dicha de manera más fácil.

17 [Habla efectiva y habla potencial]

Llamamos *sintagma* a la palabra efectiva,

- o la combinación de elementos contenidos en un segmento de habla real,
- o el régimen en que los elementos se encuentran unidos entre ellos por lo que les sigue y precede.

En oposición a la *paralelia** o habla potencial, o colectividad de elementos concebidos y asociados por la mente, o régimen en el que un elemento lleva una existencia abstracta entre otros elementos posibles.

Toda especie de elemento vocal (y, como veremos, toda especie de elemento morfológico) por naturaleza está sometido a existir bajo dos regímenes: uno en el que se hace definible en relación con lo que le sigue y precede, otro en el que es definible en relación con []

18 [Paralelia]

Paralelia εἶμι - δώσω (etcétera)

Característica: idea de futuro determinado.

* *Parallélie* en francés.

Si se considera cada miembro de la paralelia, se expresará así:

εἶμι δώσω
futuro futuro

Paralelia εἶμι - δίδωμι - φέροιμι

Característica de la paralelia:

Bilateral:

idea de primera persona
signo concordante.

Considerando cada serie $\frac{\text{εἶμι}}{1^{\text{a}} \text{ pers. } \mu\iota}$

Pero cada paralelia sólo puede ser determinada por la presencia de otras; así εἶμι - δώσω por ἐρχω - δίδωμι, εἶμι - δίδωμι por la consideración de los casos en que no se tiene -μι, por ejemplo φέρω, y de la regla por la que se tiene -μι.

La paralelia *unilateral* del aoristo es la que reúne ἔστην, ἔδειξα, ἔλιπον invocando la unidad de una cierta idea. Como no existe la unidad correspondiente en las formas, esta paralelia es unilateral.

Ahora bien, ¿en qué se basa esta paralelia, puesto que no viene dada por las formas? Únicamente en una suma infinita de diferencias respecto a otras paralelias (que, en lo que a ellas se refiere, serán a veces unilaterales, a veces bilaterales).

Se puede hablar en segundo lugar de la paralelia del aoristo en -σα, que es una paralelia bilateral, ya que ofrece una cierta unidad de forma y una unión de la idea entre esas formas.

La paralelia unilateral no es más separable de la forma que la paralelia bilateral.

Así, la diferencia entre ἐστάνην / ἰστάνην, ἐδείκυν.

Se comprende por lo tanto que la paralelia que considerábamos momentáneamente una unidad positiva e independiente de las formas no es independiente de las formas; o no es independiente de las formas por la misma razón por la que no es positiva.

Lo que es la categoría gramatical en relación con la paralelia []

19 [Alternancia]

Visión, noción, concepción provisional de la ALTERNANCIA

1. En toda lengua, tomada en cualquier momento, es inmediatamente posible separar []

2. El fenómeno de la *alternancia* tiene pues carácter universal.

3. En ocasiones se puede decir que una significación va unida a la alternancia: por ejemplo, *gast/gäste*, mientras que en otras se observa, por el contrario, que no tiene ningún valor para la significación: por eso detenerse en ese detalle como si fuera una distinción importante sería alejarse completamente del objeto esencial.

4. A veces es posible discernir en qué condiciones (llamadas «fonéticas») se produce cada uno de los términos de la alternancia, o al menos uno de los dos así [] (nota: en realidad nosotros, como se deriva de todo este trabajo, las consideramos *morfológicas*, puesto que son *instantáneas*).

A veces, por el contrario, es absolutamente imposible decir de qué «depende» esa alternancia: por ejemplo, *gast/gäste*.

Detenerse en este segundo detalle sería igualmente equivocarse sobre el alcance del hecho de alternancia, ahogarlo en distinciones muy secundarias y accidentales que jamás deben impedir percibirlo en su unidad.

5. ETIMOLÓGICAMENTE (lo que significa pasar a un orden de consideraciones enteramente separado del precedente y, lo mantendremos de modo inflexible, no podemos intervenir más que de manera auxiliar, sin referirnos para nada al hecho de la alternancia en sí mismo), etimológicamente pues, si se quiere considerar la etimología, podemos afirmar que *la diversidad de que se compone una alternancia remonta*, en el caso regular, *a una unidad precedente*. (Pero veremos que no es admisible plantear una regla sobre el origen necesario de un fenómeno instantáneo.)

Hay en la lengua una vertiente física y una vertiente psíquica. Pero el error inadmisible que se manifestará de mil maneras en cada párrafo de una gramática es creer que la vertiente psíquica es la *idea*, mientras que la vertiente física es el *sonido*, la *forma*, la *palabra*.

Las cosas son un poco más complicadas que todo esto.

No es verdad, es profundamente erróneo imaginar que hay oposición entre el sonido y la idea, que, por el contrario, están profundamente unidos para nuestra mente.

La oposición []

Así, por una parte hay una *palabra* (entidad física) y por otra parte su significación (entidad psíquica). Hay en la lengua una vertiente física y una vertiente psíquica. Esta verdad de sentido común tiene un sentido que debe ser totalmente preciso para quien quiera estudiar la lengua; se trata de saber qué cosas se han de ordenar en el ámbito físico y qué cosas se han de ordenar en el ámbito psíquico.

La cómoda y desastrosa distinción tradicional, que en realidad suprime en germen todo estudio racional de la lengua, consiste en suponer que la vertiente psíquica es simplemente la idea o la significación, mientras que la vertiente física []

20a [Negatividad y diferencia, 1]

(Bastante importante:) La *negatividad* de los términos en el lenguaje puede ser considerada *antes* de hacerse una idea del *lugar* del lenguaje; respecto a esta negatividad, se puede admitir provisionalmente que el lenguaje existe fuera de nosotros y de la mente, pues sólo se insiste en que los *diferentes términos* del lenguaje, en lugar de ser términos diferentes como las especies químicas, etcétera, no son más que *diferencias determinadas* entre términos que serían vacíos e indeterminados sin esas diferencias.

20b [Negatividad y diferencia, 2]

Me parece que se puede afirmar y proponer a la atención: no se estará nunca lo bastante convencido de la esencia puramente negativa, puramente *diferencial*, de cada uno de los elementos del lenguaje a los que atribuimos precipitadamente una existencia; no hay ninguno, en ningún orden, que posea esta existencia supuesta, aunque admito que quizá nos vemos obligados a reconocer que, sin esta ficción, la mente se vería realmente incapaz de dominar semejante suma de diferencias sin encontrar en parte alguna y en ningún momento un punto de referencia positivo y firme.

Si no me equivoco, en otros ámbitos se puede hablar de los diferentes objetos contemplados, si no como de cosas que existen, al menos como cosas que resumen cualesquiera cosas o entidades positivas que puedan formularse de otro modo (a menos, quizá, que se lleven los hechos hasta los límites de la metafísica o de la cuestión del conocimiento, de lo que aquí, por supuesto, hacemos abstracción); en cambio, parece que la ciencia del lenguaje esté situada aparte: porque los objetos que tiene delante no tienen jamás realidad *en sí mismos*, o *aparte* de los otros objetos que se han de considerar; no tienen absolutamente ningún substrato de existencia fuera de *su diferencia* o DE LAS diferencias de toda clase que la mente puede unir a LA *diferencia* fundamental (pero cuya

diferencia recíproca constituye toda la existencia de cada uno de ellos): pero sin que se salga por ninguna parte de este dato fundamentalmente negativo para siempre de la DIFERENCIA de dos términos, y no de las propiedades de un término.

Cada vez que en una rama cualquiera de la lingüística, partiendo de un punto de vista cualquiera, un autor se ha dedicado a disertar sobre un objeto de «fonética», de «morfología», de sintaxis determinado –por ejemplo la existencia de una distinción gramatical de femenino en indoeuropeo, o bien la presencia de una *ṛ* cacuminal en sánscrito–, significa que ha querido estudiar cierto sector de hechos *negativos* y desprovistos en sí mismos de sentido y de existencia; su estudio será provechoso *en tanto en cuanto haya opuesto los términos que había que oponer*; y si no, no lo será, y esto en un sentido no trivial: a saber, el hecho del que se ocupa no existe literalmente más que en presencia de hechos oponibles. Sin embargo, se admite que si uno se ocupa de cierta sustancia química, o de cierta especie zoológica (a menos, no voy a repetirlo, que se cuestione filosóficamente todo el valor de nuestro conocimiento), uno se ocupa verdaderamente de un objeto que tiene existencia propia *fuera de los objetos del mismo orden*. Por el contrario, nosotros negamos que algún hecho de lengua desde [] exista un solo instante por sí mismo fuera de su oposición con otros y que sea algo más que una manera más o menos afortunada de resumir un conjunto de diferencias en juego: de manera que sólo esas diferencias existen, y que por eso mismo todo el objeto del que trata la ciencia del lenguaje se precipita en una esfera de relatividad, que escapa por completo y de manera grave a lo que se entiende habitualmente por «relatividad» de los hechos.

A su vez esas *diferencias* en que toda lengua consiste no representarían nada, no tendrían ni siquiera sentido en tal materia, si con ello no se quisiera decir: o bien la diferencia de las formas (pero esta diferencia no es nada), o bien la diferencia de las formas percibida por la mente (lo que es algo, pero poco en la lengua) o bien las *diferencias* que resultan del juego complicado y del equilibrio final.

De modo que no solamente no habrá términos positivos sino *diferencias*; pero, en segundo lugar, esas diferencias resultan de una combinación de la forma y del sentido percibido.

Por lo que *hecho de lengua* exige separación entre los puntos de vista diacrónico y sinóptico.

21 [Identificación; valores relativos; punto de vista]

Reconocemos la identidad morfológica (que hay necesariamente en dos lenguas determinadas);

[1] Identidad según el análisis

morfológico:

alka

alka

[2] sentido de

palka

empi-alka

y finalmente la identidad según la sucesión posible que *crea la identidad*

en el tiempo $\left\{ \begin{array}{l} arka^{18} \\ alka \\ auka \\ \bar{o}ka \\ \bar{o}k \end{array} \right.$

En cambio, siempre negaremos que tenga sentido hablar de *alka*, que haya algo que sea *alka* fuera de una de esas operaciones sobrentendidas de identificación. Supone de manera inmediata la elección de un punto de vista: sin esta elección, las identificaciones posibles siguen siendo múltiples, y de ello se deduce que la fórmula *alka* no representa literalmente nada.

Del mismo modo que en el juego de ajedrez sería absurdo preguntar qué es una reina, un peón, un alfil o un caballo fuera de ese juego, tampoco tiene sentido, si se considera verdaderamente *la lengua*, buscar lo que es cada elemento por sí mismo. No es nada más que una pieza que vale por su oposición con otras según determinadas convenciones.

Si no existiera este hecho, en realidad contingente, de que los materiales de la lengua se transforman y con sólo cambiar producen una metamorfosis de las propias condiciones del juego, no sería necesario y jamás nadie se habría planteado escrutar la naturaleza exacta de esos materiales: sería un trabajo verdaderamente inútil.

Para comprender la transformación de las diferentes piezas gracias al tiempo, se revela útil analizarlas en sí mismas. No es esto lo que queremos destacar, sino *que en cada época sólo hay oposiciones* de valores RELATIVOS (en realidad incluso convencionales, pero que se basan ante todo en la posibilidad de oponer dos términos confiriéndoles dos valores).

18. En este paradigma, sólo *arka* es una palabra sánscrita. (N. del E.)

Las expresiones como *en calidad de*, *desde el punto de vista de*, en lingüística hacen reflexionar. En otros campos hay un límite a los diversos modos de contemplar las cosas, que viene dado por las cosas mismas. En lingüística uno puede llegar a preguntarse si el punto de vista desde el que se contempla la cosa no es la cosa entera y en definitiva, por consiguiente, si partimos de un punto único de algo concreto o si no ha habido nunca nada más que nuestros puntos de vista multiplicables indefinidamente.

22a [Fonética y morfología]

Fonéticamente, o en el ámbito de las *figuras vocales*, hay un límite exacto y absoluto entre la alteración indefinida de una figura y la completa reducción a nada de dicha figura.

Morfológicamente, o en el ámbito de los *signos*, es totalmente imposible distinguir entre estos tres términos: *presencia* de un signo, su *modificación*, más o menos grande *después de un tiempo*, o su *desaparición pasado otro lapso de tiempo*. Presencia, ausencia o formas sucesivas tienen exactamente el mismo valor: es decir, cada una tiene en cada momento cualquier valor, que es imposible prever, que resulta sencillamente y de minuto a minuto de lo que existe a su alrededor. Como el signo primero no valía nada, si no hubiera sido por los signos que lo rodeaban, es realmente inútil preguntarse cómo los que proceden de aquel valen esto, no lo valen, o si siguen valiendo algo cuando han dejado de existir materialmente, a menos que nos decidamos a considerar los signos que lo rodean, los únicos que determinan en realidad el valor y la propia existencia de cada signo: solamente considerar ese entorno es romper decididamente con la fonética, es someterse a entrar en el mundo de los signos como cosas significantes y presentes en la conciencia; y consecuentemente estar dispuestos a ignorar sistemáticamente todas las circunstancias etimológicas o retrospectivas que están ausentes de la conciencia.

Un ejemplo de la diferencia fonética entre *modificación* y *cero* como términos sucesivos en el tiempo, en oposición a la indiferencia morfológica: en una época prehistórica el genitivo plural eslavo de la palabra *zlato* debió ser **zlatōm*, más tarde **zlatōn*, más tarde e históricamente por transformación regular, *zlatŭ* en paleoeslavo; actualmente (por ejemplo en checo) *zlat*, por caída constante de toda clase de *ŭ* en cualquier posición.

FONÉTICAMENTE se puede trazar una frontera que será absoluta entre los períodos (*zlat*) -*ōm*, -*ōn*, -*ŭ*, por una parte, en que hallamos siempre la modificación de un elemento dado, o la época *zlat*, en la que encontramos súbitamente *cero* en lugar de nuestro elemento. Pero sólo *fonéticamente* tendrá sentido establecer un límite, al tiempo que, *morfológicamente*, este accidente no tiene la menor consecuencia: la nada es tan válida, tan fácil de utilizar como el signo llamado «de genitivo plural» que ha podido presentarse en otro momento y que se establece en todas partes de manera tan accidental como la ausencia de signo en el instante presente.

Morfológicamente este accidente no tiene ni más ni menos importancia que la que tendría cualquier transformación del signo: la nada en el instante en que se produce no difiere literalmente en nada del signo positivo: el genitivo plural *zlat* es tan apto para expresar cualquier cosa como si disfrutara de un «exponente» particular como del que disfrutaba en otro período bajo la forma *zlatu*.

Esto es lo que debemos resaltar para oponer en principio lo que es la destrucción de un elemento en fonética y lo que es la destrucción de este elemento en morfología; es decir, algo completamente indiferente, puesto que no es más importante que la modificación de un elemento, y la morfología vive de estas modificaciones.

Pero en realidad, en esta comparación misma, cuyo objetivo es determinar mejor el principio semiológico o morfológico, se vulnera este principio: el de que ni por un instante –no dejaremos de afirmarlo– se ha de aplicar la perspectiva diacrónica a los hechos fonéticos. En efecto, nos hemos visto obligados, para comparar un hecho morfológico y un hecho fonético, a suponer previamente que existen hechos morfológicos *en el tiempo*, por ejemplo, que existe un «genitivo plural», eslavo o de otro grupo de lenguas, transmisible durante mil años bajo una cierta identidad de genitivo plural, sin que se sepa si esta identidad reside en cierta categoría lógica que se transmitió misteriosamente fuera de los signos, o en cierta serie de signos, eternamente variables en forma y en valor.

En el caso del genitivo plural checo *zlat* que ha ocupado nuestra atención, es relativamente exacto comparar su posición morfológica en checo y su posición morfológica en eslavo primitivo; pero en principio sólo hay un simple azar en este hecho: podría haber ocurrido igualmente, por accidentes semejantes a mil otros que conocemos, que *zlat* fuera por ejemplo actualmente el *caso-régimen* del plural, en oposición a un *caso-sujeto*, ya que toda la declinación (o toda la «sintaxis del nombre») se re-

duce a dos distinciones como en francés antiguo; pero en este caso, ¿qué sentido tendría hablar del genitivo plural *zlat* si no es el sentido puramente fonético de que *zlat* vale **zlatu*, **zlaton*, etcétera, de modo totalmente independiente de su existencia como genitivo plural, e incluso como forma cualquiera, y simplemente en su existencia de figura vocal? Ahora bien, en realidad, si se insiste en establecer categorías fuera del tiempo, es verdad que incluso como genitivo plural, la posición morfológica de *zlat* es considerablemente diferente en checo de lo que era en eslavo primitivo o en indoeuropeo: existe, por ejemplo, el hecho de que ningún masculino forma de la misma manera que *zlat* su genitivo plural (por lo tanto ahora es un genitivo plural *neutro*) mientras que antes no había nada distintivo entre los géneros. En segundo lugar, por ejemplo, *zlat* ofrece exactamente los mismos usos que el genitivo singular *zlata*: es el caso de todos los neutros; pero entre los masculinos y femeninos, el genitivo singular (cuando la palabra designa un ser animado) no tiene el mismo uso que el genitivo plural; y sólo a través de una serie de hechos semejantes (que podían ser perfectamente desconocidos el día anterior) se determina una idea como la que se contiene en *zlat*. La etiqueta de *genitivo* nos viene del estado accidental de los signos latinos.

Con todo, lo esencial está todavía fuera de las consideraciones que acabamos de hacer: hay que volver siempre a esto, que morfológicamente no hay *signos* ni *significaciones*, sino *diferencias de signos* y *diferencias de significaciones*, 1º que no existen más que unas a través de otras y son por lo tanto inseparables, pero 2º no se corresponden directamente.

22b [Principio fundamental de la semiología]

Principio fundamental de la semiología, o de «la lengua» contemplada regularmente como lengua y no como resultado de estados precedentes

En la lengua no hay *signos* ni *significaciones* sino DIFERENCIAS de signos y DIFERENCIAS de significaciones; las cuales 1º no existen más que unas gracias a otras (en los dos sentidos) y por lo tanto son inseparables y solidarias; pero que 2º nunca llegan a corresponderse directamente.

De ello se puede concluir inmediatamente: que todo, y en ambos ámbitos (por lo demás, inseparables), es NEGATIVO en la lengua, que descansa en una oposición *complicada*, pero únicamente en una oposición, sin que sea necesaria la intervención de ninguna clase de dato positivo.

El principio de la negatividad de los signos o de las significaciones (que es enteramente lo mismo en cuanto asimilamos la solidaridad afirmada más arriba) se comprueba ya en los sustratos más elementales del lenguaje.

Es indiferente saber si en una lengua $\bar{a}$ vale dos veces o tres la duración de $\check{a}$, o una vez y media, una vez y un tercio. Lo que es importante es saber que $\bar{a}$ no dura lo mismo que $\check{a}$.

Tendrá igualmente real importancia saber que entre $\bar{a}$ y $\check{a}$ se sitúa una tercera cantidad, que vale menos que $\bar{a}$ y más que $\check{a}$; pero es una suposición errónea pensar que es imprescindible establecer cuánto vale esa cantidad media de modo absoluto o en relación con $\check{a}$ y $\bar{a}$. La lengua descansa fundamentalmente en diferencias. Desconocer esto, obstinarse en establecer cantidades positivas es, creo, condenarse a situar el estudio lingüístico, de principio a fin, fuera del hecho verdadero y decisivo en los diversos órdenes en los que debemos contemplar la lengua. Es obvio que esto no es declarar inútiles las investigaciones que contribuyen a establecer de modo exacto nuestros conocimientos.

Llega siempre un momento en que el conocimiento del hecho neto es imprescindible, aun donde menos se esperaría; pero si tal conocimiento es de la mayor utilidad para el lingüista en determinadas circunstancias que trataremos de precisar, persistimos en decir que la lengua en su esencia no se alimenta más que de oposiciones, de un conjunto de valores completamente negativos y que solamente existen por mutuo contraste.

De este modo, un hecho que parece completamente perdido entre cientos de fenómenos y se puede distinguir de modo inmediato en el lenguaje, que llamaremos FLUCTUACIÓN fonética, merece desde el principio ser separado de la masa y planteado como único en su género y al mismo tiempo como hecho característico del principio negativo que subyace en el mecanismo de la lengua.

Existen probablemente en toda lengua ciertos elementos o ciertos grupos que ofrecen, sin que se sepa por qué, *un margen de libertad en la pronunciación*, mientras que la gran mayoría es absolutamente inflexible en la manera de ser pronunciados. En francés se pueden pronunciar como sonido *r* dos o tres consonantes completamente diferentes por su articulación y, además, tan diferentes para el oído que no hay nada que se note de modo más inmediato en el hablar de un individuo.

Sin embargo, todos esos sonidos tan diferentes son aceptados –legalmente, por así decir– como *si valieran* lo mismo: en cambio la más insignificante variación que se haga al pronunciar una *s* o una *d*, se considerará de inmediato un defecto ridículo de pronunciación o signo de acento

extranjero, en fin, como algo que choca de frente y de manera irreconciliable con nuestro sentido de la lengua. Hay mil hechos de este tipo: vemos por los textos que en godo se podía decir indiferentemente: *sijau* (sim) o *siau*, *frijana* (*liberum*) o *friana*: en ningún caso el grupo *-ij + vocal* [] posee otro valor que *-i + vocal* []

23 [Sentido propio y sentido figurado]

Corolario. No hay diferencia entre el sentido propio y el sentido figurado de las palabras (o: las palabras no tienen ni sentido figurado ni propio), porque su sentido es eminentemente negativo.

Por ejemplo, si se habla (escogemos expresamente un ejemplo relativamente []) de una persona que ha sido el *sol* de la existencia de otra, ocurre lo siguiente

1º no se podría decir que ha sido la *luz*, o

2º si existiera o bien un término significante *claro de sol* (como *claro de luna*) o bien un término significante *dependencia de la tierra respecto al sol*; o bien, por otra parte, dos términos para *sol* según sea levante o poniente, o según se lo compare o no con otros cuerpos celestes, es absolutamente dudoso que se pudiera usar *sol* en la locución llamada figurada que se ha utilizado.

Se usaría otro término quizá mucho más expresivo, pero de ahí se deduce que no es la idea positiva, la idea exterior a la lengua de SOL, lo que constituye la imagen: que es simplemente la oposición con otros términos que son también más o menos apropiados, como *estrella*, *astro*, *claridad*, *unidad*, *finalidad*, *alegría*, *ánimo*, []

24 [Signos y negatividad]

Existen en la lengua:

1º Si se la estudia *en un momento* dado: no sólo signos sino también *significaciones*, no separables de los signos, puesto que estos ya no merecerían su nombre sin significación.

En cambio lo que no existe son

a) las significaciones, las ideas, las categorías gramaticales fuera de los signos; quizá existen fuera *del ámbito lingüístico*; es una cuestión

muy dudosa que en todo caso han de examinar otros estudiosos que no sean lingüistas;

- b) las figuras vocales que hacen de signos tampoco existen en la lengua instantánea. En un momento dado existen para el físico, para el fisiólogo, pero no para el lingüista ni para el sujeto hablante. Del mismo modo que no hay significación fuera del signo *a*, tampoco hay signo fuera de la significación.

2º Si, por el contrario, se estudia la lengua *a través de un período*:

Entonces no existe ni signo ni significación sino simplemente *figuras vocales*. Es el ámbito de la fonética.

1º La figura vocal en sí misma no significa nada.

2º La diferencia o la identidad de la figura vocal en sí misma no significa NADA.

3º La idea en sí misma no significa nada.

4º La diferencia o la identidad de la idea en sí misma no significa NADA.

5º La unión de lo que tiene una significación en la lengua es:

a) la diferencia o la identidad de idea SEGÚN LOS SIGNOS.

b) La diferencia o la identidad de signos según la idea; y ambas cosas están además indisolublemente unidas.

La lengua, por lo tanto, consiste en la correlación de dos series de hechos

1º en que cada uno de ellos sólo consiste en oposiciones negativas o en *diferencias*, y no en términos que ofrezcan una negatividad en sí mismos.

2º en que cada uno no existe, en su propia negatividad, más que porque a cada instante una diferencia del primer orden viene a incorporarse a una diferencia del segundo, e inversamente.

Una de las consecuencias de este hecho es que nunca se puede considerar una unidad lingüística cualquiera (en la perspectiva por época) más que haciendo intervenir, explícita o implícitamente, al menos estrictamente cuatro términos:

1º el signo que se estudia;

2º otro signo diferente;

3º una parte (que siempre será mucho [más] pequeña de lo que se piensa) de lo que contiene;

4º una parte (igualmente muy pequeña) []

25 [Sobre la negatividad de la sinonimia]

De modo que puede parecer que *sol* representa una idea perfectamente positiva, precisa y determinada, tanto como la palabra *luna*. Sin embargo, cuando Diógenes dice a Alejandro «¡Apártate de mi sol!», ya no hay en *sol* nada de *sol* excepto la oposición con la idea de *sombra*; y la propia idea de *sombra* no es más que la negación combinada de la de *luz*, *noche perfecta*, *penumbra*, etcétera, unida a la negación de la cosa iluminada en relación con el espacio oscurecido, etcétera. Si volvemos a tomar la palabra *luna*, se puede decir *la luna se levanta*, *la luna crece*, *decrece*, *la luna se renueva*, sembraremos *en luna nueva*, pasarán *muchas lunas* antes de que eso ocurra... e insensiblemente nos damos cuenta de que 1º todo lo que ponemos en *luna* es absolutamente negativo, no viene más que de la ausencia de otro término, pues 2º, una multitud de idiomas expresarán mediante términos completamente diferentes de los nuestros los mismos hechos en los que nosotros hacemos intervenir el término *luna*, que expresen por ejemplo mediante una primera palabra la luna en sus fases mensuales, con una segunda, la luna como astro diferente del sol, con una tercera, la luna por oposición a las estrellas, con una cuarta, la luna como antorcha de la noche, con una quinta, el claro de luna por oposición a la propia luna, etcétera. Y cada una de estas palabras sigue sin tener valor más que por la posición negativa que ocupa en relación con otras: en ningún momento es una idea positiva, correcta o errónea, de lo que es la luna lo que dicta la distribución de las nociones entre los diez o doce términos que existen, sino que es únicamente la presencia misma de esos términos lo que fuerza a unir cada idea o al primero o al segundo, o a los dos por oposición al tercero y así sucesivamente, sin otro dato que la elección negativa que se ha de hacer entre términos, sin ninguna concentración de la idea diversa en el objeto único. De modo que no hay nunca nada más en *esa palabra* que lo que previamente no existía *fuera de ella*; y esa palabra puede contener y encierra en germen todo lo que no está fuera de ella.

26 [Cuestión de sinonimia (continuación)]

Dicho de otro modo: si una palabra no evoca la idea de un objeto material, no hay nada absolutamente que pueda precisar su sentido que no sea por vía negativa.

Si por el contrario dicha palabra se refiere a un objeto material, se podría decir que la esencia misma del objeto es de naturaleza tal que puede

dar a la palabra una significación positiva. En ese caso no es cosa del lingüista predicar que sólo conocemos un objeto por la idea que nos hacemos de él y por las comparaciones correctas o erróneas que establecemos: en realidad, no conozco ningún objeto a cuya denominación no se añadan una o varias ideas, *llamadas* accesorias, pero en el fondo tan importantes como la idea principal, esto es, el objeto en cuestión, ya se trate del *Sol*, del *Agua*, del *Aire*, del *Árbol*, de la *Mujer*, de la *Luz*, etcétera. De tal modo que en realidad todas estas denominaciones son igualmente negativas, no significan nada más que en relación con las ideas puestas en otros términos (igualmente negativos), no tienen en ningún momento la pretensión de aplicarse a un objeto definido en sí, no se enfrentan en realidad a ese objeto, cuando existe, más que *oblicuamente*, a través y en nombre de tal o cual idea particular de lo que se derivará (expresándolo *grosso modo*), puesto que tomamos momentáneamente ese hecho exterior como base de la palabra 1º que será necesario cambiar continuamente de término para referirse al mismo objeto, llamar por ejemplo a la luz «claridad», «resplandor», «iluminación», etcétera, 2º que el nombre del mismo objeto servirá para muchos otros: así, *la luz de la historia*, *las luces de una asamblea de sabios*. En este último caso, se considera que un nuevo sentido (llamado *figurado*) ha aparecido: esta convicción parte puramente de la suposición tradicional de que la palabra posee una significación absoluta que se aplica a un objeto determinado; es esta presunción lo que combatimos. Desde el primer momento la palabra no se enfrenta al objeto material más que según una idea que es a la vez perfectamente insuficiente si se la considera relativamente a ese objeto e infinitamente amplia si se la considera fuera del objeto (siempre es demasiado *extensa* y nunca lo bastante comprensiva por utilizar []): idea desde el comienzo negativa, que hace que el sentido «propio» sólo sea una de las múltiples manifestaciones del sentido general; a su vez ese sentido general no es más que la delimitación azarosa resultante de la presencia de otros términos en el mismo momento.

En fin, apenas necesitamos decir que la diferencia de términos que constituye el sistema de una lengua no corresponde en modo alguno, aunque se trate de la lengua más perfecta, a las relaciones auténticas entre las cosas; y, en consecuencia, no hay ninguna razón para esperar que los términos se apliquen completamente, y ni siquiera incompletamente, a objetos definidos, materiales u otros.

Se dirá que, en cambio, deben corresponder a las primeras impresiones que recibe la mente; esto es cierto, pero estas primeras impresiones son de tal naturaleza que establecen las relaciones más inesperadas entre

cosas completamente separadas, y sobre todo tienden continuamente a dividir cosas que son unidades absolutas; de modo que en ningún momento la impresión que produce un objeto material tiene el poder de crear un sola categoría lingüística; no existen nunca, por lo tanto, más que términos negativos en cada uno de los cuales el objeto nuevo es abarcado de modo incompleto al tiempo que queda dislocado en varios términos.

Pero quejarse de su inexactitud sería no comprender dónde está el poder de la lengua. No se puede impedir que una sola y misma cosa sea llamada, según los casos, *casa*, *construcción*, *edificio*, *monumento*, *inmueble*, *vivienda*, *residencia*, y lo contrario sería signo de nuestra [] De modo que la existencia de hechos materiales es, como la existencia de hechos de otro orden, indiferente a la lengua. Siempre avanza y se mueve gracias a la máquina formidable de sus categorías negativas, verdaderamente desligadas de todo hecho concreto, y por eso mismo inmediatamente preparadas para almacenar cualquier idea que venga a añadirse a las precedentes.

27 De la esencia

(Preámbulo) «Considerado como»... «Como»... Pero a base de comprender que cada elemento del lenguaje y del habla es otra cosa según los puntos de vista casi innumerables e igualmente legítimos desde los que uno puede situarse para contemplarlos, llega un momento en que [] hay que pasar a la discusión de estos puntos de vista, a la clasificación razonada que establecerá el valor respectivo de cada uno de ellos.

(Proposición nº 5.) Sea cual sea el punto de vista desde el que se la considere, la lengua no consiste en un conjunto de valores *positivos* y *absolutos* sino en un conjunto de valores *negativos* o de valores *relativos* que no tienen existencia más que por el hecho de oponerse.

(Corolario a la proposición nº 5.) La «sinonimia» de una palabra es en sí misma infinita, aunque se defina en relación con otra palabra.

En efecto, nunca hay como dato primero más que una barrera negativa entre el contenido de tal signo y el contenido de tal otro: de tal modo que toda idea nueva que venga a presentarse encontrará inmediatamente un lugar o tras el primer signo o tras el segundo (si entra en los dos es que se produce oposición con un tercer o cuarto signo coexistente).

Por eso querer agotar las ideas contenidas en una palabra es una empresa totalmente quimérica, a menos, quizá, que se limite a objetos materiales y a objetos poco frecuentes, como por ejemplo el *aluminio*, el *eucalipto*, etcétera. Pero sólo con tomar *hierro* y *encina*, no se llegará al término de la suma de significaciones (o de usos, que es lo mismo) que damos a estas palabras, y sólo comparar *hierro* con *acero*, *plomo*, *oro* o *metal*, sólo comparar *encina* con dos o tres palabras como *sauce*, *viña*, *bosque* o *árbol* representa un trabajo infinito. En cuanto a agotar lo que contiene *mente* por oposición a *alma* o *pensamiento*, o lo que contiene *ir* por oposición a *andar*, *pasar*, *caminar*, *dirigirse*, *encaminarse* o *llegarse*, se podría, sin exagerar, dedicar una vida humana a esa tarea. Pero como desde la edad de quince o dieciséis años tenemos un sentido agudizado de lo que contienen no solamente esas palabras sino mil otras, es evidente que ese sentido se basa en el hecho *negativo* puro de la oposición de valores, ya que el tiempo materialmente necesario para conocer el valor positivo de los signos nos habría faltado cien y mil veces.

Quien se ocupa de la sinonimia y se maravilla de todo lo que contiene una palabra como *mente* piensa que esos tesoros no podrían estar contenidos en ella si no fueran fruto de la reflexión, la experiencia, la filosofía profunda acumulada en el fondo de una lengua por las generaciones que la han utilizado. En qué sentido pueda tener razón hasta cierto punto es algo que yo no examino, porque en realidad esto es en todo caso el hecho secundario. El hecho primario y fundamental es que en cualquier sistema de signos que se ponga en circulación, se establecerá inmediatamente una sinonimia, pues lo contrario es imposible y equivaldría a decir que no se conceden valores opuestos a signos opuestos. En cuanto se les concede uno, es inevitable que una oposición de ideas llegadas por sorpresa se instale o en un signo que ya existe por oposición con otro o bien en dos o tres signos por oposición con otro u otros dos, etcétera.

Por lo tanto, ningún signo está limitado en la suma de ideas posibles que puede albergar sólo él en un mismo momento; sólo está limitado negativamente por la presencia simultánea de otros signos; y por lo tanto es vano buscar cuál es la suma de las significaciones de una palabra.

Una de las múltiples caras con las que se presenta este hecho es esta: un misionero cristiano se cree en el deber de inculcar a un poblado salvaje la idea de *alma*; resulta que tiene a su disposición en el idioma indígena dos palabras, una que expresa, por ejemplo, más bien *aliento*, otra más bien *respiración*; inmediatamente, si el idioma indígena le es completamente familiar, y aunque la idea que tiene que introducir sea algo completamente desconocido para [], la simple oposición de las dos pa-

labras «aliento» y «respiración» dicta imperiosamente por alguna razón secreta en cuál de las dos debe situarse la nueva idea de alma; hasta tal punto que si escoge torpemente el primero en lugar del otro, de ello pueden seguirse los más serios inconvenientes para el éxito de su apostolado. Pues bien, esa razón secreta no puede ser más que una razón negativa, ya que la idea positiva de *alma* escapaba totalmente de antemano a la inteligencia y al sentido del pueblo en cuestión.

Del mismo modo, cuando un filósofo o un psicólogo, tras sus meditaciones, por ejemplo sobre el juego de nuestras facultades, entra en escena con un sistema que hace tabla rasa de toda noción precedente, se encuentra con que todas sus nuevas ideas, por revolucionarias que sean, pueden llegar a clasificarse en términos de la lengua corriente, pero en todo caso ninguna puede clasificarse de modo *indiferente* en palabras que ya existen, aunque sean perfectamente arbitrarias, como *razón* o *intelecto*, o como *inteligencia*, *entendimiento*, *juicio*, *conocimiento*, etcétera; y que DE ANTEMANO hay un término determinado que responde mejor que los otros a las nuevas distinciones. Pues la razón de esta propiedad, lo volvemos a repetir, sólo puede ser negativa ya que la concepción que se introduce data de ayer y todos los términos en cuestión no estaban menos delimitados el día anterior en su valor respectivo.

Otra manifestación flagrante de la acción totalmente negativa de los signos, manteniéndonos en el orden de la sinonimia, viene dada por el uso figurado de las palabras (aunque en el fondo sea imposible distinguir nunca el uso figurado del uso directo).

Así, si la idea positiva de suplicio fuera la auténtica base de suplicio, sería totalmente imposible hablar, por ejemplo, «del suplicio de llevar unos guantes demasiado estrechos», lo que no tiene la más mínima relación con los espantos del suplicio de la parrilla y de la rueda. Se dirá: es que eso es precisamente lo propio de la locución figurada. Muy bien. Tomemos entonces una palabra que represente, en suma, en su sentido directo un conjunto de hechos enteramente semejante al que representa *suplicio*.

Vemos pues que no es en modo alguno la idea positiva contenida en *suplicio* y *martirio*, sino el hecho negativo de su oposición el que establece toda la serie de sus usos y permite cualquiera con tal de que no se interponga en el ámbito vecino. (Naturalmente habría que tener en cuenta además *tormento*, *tortura*, *horror*, *agonía*, etcétera.)

Se reconocerá que entre el suplicio de San Lorenzo y nuestro suplicio de la parrilla la distancia es tanta que en comparación no hay realmente ninguna entre el *suplicio* de San Lorenzo y su *martirio*. Una diferencia tan

pequeña en el hecho positivo no debería tener ninguna consecuencia para []

Incluso cuando se trata de designaciones muy precisas como *rey*, *obispo*, *mujer*, *perro*, la noción completa envuelta en la palabra sólo resulta de la coexistencia de otros términos; el *rey* no es lo mismo que el *rey* si existe un *emperador*, o un *papa*, si existen *repúblicas*, si existen vasallos, *duques*, etcétera; el *perro* no es lo mismo que el *perro*, si se opone especialmente a *caballo*, considerándolo un animal imprudente e innoble, como ocurría entre los griegos, o si se opone especialmente a la fiera a la que ataca, considerándolo un modelo de intrepidez y fidelidad a su deber, como era el caso entre los celtas. El conjunto de las ideas reunidas tras cada uno de estos términos corresponderá siempre a la suma de las que se excluyen en otros términos y no corresponden a nada más; por ejemplo, la palabra *perro* o la palabra *lobo*, mientras no surja una tercera palabra; la idea de *dinastía* o la de *poder* estará contenida en la palabra *rey* o en la palabra *príncipe* mientras no se cree otra palabra diferente de las primeras, etcétera.

(Corolario.) –No hay diferencia entre el sentido propio y el sentido figurado de las palabras– porque el sentido de las palabras es algo esencialmente negativo.

Redacción del principio planteado más arriba

(Proposición x.) Considerada desde cualquier punto de vista que quiera tener en cuenta su esencia, la lengua consiste, no en un sistema de valores absolutos y positivos, sino en un sistema de valores relativos y negativos, que no tienen existencia más que por efecto de su oposición.

(Proposición x.) No existe en ninguna lengua ni en ninguna familia de lenguas un hecho que tenga la característica de ser un rasgo permanente u orgánico de esta lengua o de esta familia.

([Sobre la palabra] *autonomía*.) Hay quien imagina que es muy importante definir 1º en sentido positivo (lo que es ilusorio: no se agotará jamás), 2º en sentido inmediato, en qué consiste la *autonomía* de un pueblo para de ello deducir 3º los sentidos figurados. En realidad, no existe una palabra *autonomía* en que la esfera de significación se halle enteramente determinada, sino que sólo lo está por la oposición en que entra con *independencia*, *libertad*, *individualidad*, etcétera, de tal modo que si

una sola de estas palabras, como *independencia*, etcétera, no existiera, el sentido de autonomía se extendería inmediatamente en esa dirección.

Y este mismo hecho, puramente negativo, de la oposición con palabras comparables, es también el único que crea la adecuación de los usos «figurados»; no negamos en realidad que sean figurados, sino que negamos que una palabra tenga una significación positiva. Toda clase de uso que no caiga en el radio de otra palabra es, no solamente parte integrante, sino parte constitutiva del sentido de esa palabra, y esa palabra no tiene en realidad otro sentido que la suma de los sentidos no requeridos.

28 Índice

FORMA. No es jamás sinónimo de figura vocal;

– Supone necesariamente la presencia de un sentido o de un uso;

– Pertenece a la categoría de los hechos INTERIORES.

SER. Nada *es*, al menos nada *es* absolutamente (en el ámbito lingüístico). Ningún término, aun suponiendo que sea perfectamente exacto, es aplicable fuera de una esfera determinada.

La forma elemental del juicio «esto *es* eso» abre inmediatamente la puerta a mil reparos, porque hay que decir en nombre de qué se distingue y delimita «esto» o «eso», ya que ningún objeto es dado ni está delimitado de modo natural, ni *es* con evidencia.

Se sale de la duda general planteando las cuatro formas de existencia de la lengua.

SUSTANCIA LINGÜÍSTICA. Tendemos perpetuamente a convertir mediante el pensamiento las acciones diversas que precisa el lenguaje en sustancia.

Parece necesario aceptar esta concepción en la teoría misma.

Habrán cuatro clases de «sustancia» lingüística, que corresponden a las cuatro formas de existencia de la lengua.

No hay que admitir en absoluto una sustancia fundamental que reciba a continuación atributos.

TÉRMINO (véase SER). Ningún término es definible ni válido fuera de un punto de vista preciso, como consecuencia de la total ausencia de seres lingüísticos dados en sí.

No se puede usar un término tomado desde el punto de vista A si se pasa al punto de vista B.

FONOLOGÍA (o *estudio de la fonación*). Estudio que, se le llame como se le llame, es absolutamente distinto e independiente no sólo de la *fonética* de las diferentes lenguas, sino de la lingüística general.

Con todo, constituye una ciencia auxiliar muy importante para la lingüística. Y esto únicamente como consecuencia de la división fonética.

La identidad fonética, o fonatoria, o vocal []

29a [Sistema de una lengua]

El sistema de una lengua, por lo tanto, no consiste:

- ni en la coexistencia de determinadas formas A, B, C, D..., como suponen innumerables obras de lingüística,
- ni en la coexistencia de ciertas ideas como *a, b, c, d...*, cosa que desde el principio nos vemos menos inducidos a creer,
- ni en la coexistencia de relaciones entre la forma y la idea como

$\frac{a}{A} \frac{b}{B} \frac{c}{C} \dots$, lo que, de todos modos, representa un cierto progreso

respecto del punto de vista precedente, al establecer la dualidad de cada termino.

Sino que este sistema consiste en una diferencia confusa de ideas que transcurre sobre la superficie de una diferencia [] de formas, sin que quizá jamás una diferencia del primer orden corresponda exactamente a una diferencia del segundo, ni que una diferencia del segundo corresponda a una []

29b [Diferencias y entidades]

Desgraciadamente para la lingüística hay tres maneras de representar la palabra:

La primera es hacer de la palabra un ente que existe completamente fuera de nosotros, que puede ser representado mediante la palabra que consta en el diccionario, al menos en lo que se refiere a la escritura; en este caso el sentido de la palabra se convierte en un atributo, pero en algo distinto de la palabra. Ambas cosas quedan dotadas de existencia artificialmente; por esa misma razón son a la vez independientes una de otra

e independientes cada una de nuestra concepción; tanto una como otra se vuelven *objetivas* y parecen además constituir dos entidades.

La segunda es suponer que la propia palabra está indudablemente fuera de nosotros, pero que su sentido está en nosotros; que hay una cosa material, física, que es la palabra, y una cosa inmaterial, espiritual, que es su sentido.

La tercera es comprender que ni la palabra ni su sentido existen fuera de la conciencia que de ellos tenemos, o de la que queremos tomar en cada momento. Nos hallamos lejos aquí de querer hacer metafísica.

Una palabra sólo existe verdaderamente, y sea cual sea el punto de vista desde el que nos situemos, por la aprobación que recibe en cada momento por parte de quienes la usan. Y esto es lo que hace que sea algo diferente de una sucesión de sonidos y algo diferente de otra palabra aunque esté compuesta de la misma sucesión de sonidos.

Como no hay ninguna *unidad* (del orden o la naturaleza que se quiera) que se base en nada que no sean *diferencias*, en realidad la unidad es siempre imaginaria, sólo la diferencia existe. Sin embargo, nos vemos obligados a proceder ayudados de unidades positivas si no queremos desde el principio vernos incapaces de dominar la masa de los hechos. Pero es esencial recordar que estas unidades son un recurso inevitable de nuestra [], y nada más; *en cuanto se establece una unidad, esto significa* que conviene dejar de lado [] para prestar una existencia separada a []

Por ejemplo, en el caso de la paralelia unilateral del ablativo.

De modo que el *lugar* de la palabra, la esfera en la que adquiere realidad, es en realidad la MENTE, que es también el único *lugar* en que tiene sentido. Después de esto se puede discutir para saber si la conciencia que tenemos de la palabra difiere de la conciencia que tenemos de su sentido; nos sentimos tentados a creer que la cuestión es casi insoluble, y totalmente semejante a la cuestión de saber si la conciencia que tenemos de un *color* en un cuadro difiere de la conciencia que tenemos de su valor en el conjunto del cuadro: quizá en este caso se llame al color *tono*, y a la palabra *expresión* de la idea, un *término significativo*, o sencillamente también *palabra*, pues todo parece reunirse en la palabra *palabra*; pero no hay disociación positiva entre *la idea de la palabra* y *la idea de la idea que está en la palabra*.

29c Situación relativa de los ámbitos *interior* y *exterior*

Vista desde el exterior, es evidente que la lengua es incompleta; pero el gran error es creer que hay paridad y simetría a este respecto entre la vertiente exterior y la interior.

La lengua, vista desde el interior [] ES PERFECTAMENTE COMPLETA; crea la disparidad irremediable [] [] los hechos *exteriores* e *interiores*, [] representar como completándose [] que uno forma una cosa.¹⁹

29d Parte sintética

No hay ningún objeto particular que sea dado inmediatamente en el lenguaje como hecho de lenguaje. Nos hallamos inicialmente en la posición de que ninguno de los objetos aparentes puede servir de base legítima para la investigación. Primero habría que demostrar que el objeto bajo esa forma se convierte en un hecho de lengua, y por qué razón, pero no se puede establecer dicha razón si no se comienza por []

29e Identidad etimológica

En cuanto la identidad morfológica cesa y se establecen, por ejemplo, dos identidades, se establece en cambio una identidad etimológica entre los dos términos (pero esa identidad ya no es enteramente un hecho de lenguaje, sino un hecho de nuestra reflexión gramatical). Acabamos de decir «entre *los dos términos*»: pero ¿desde qué momento hay dos términos? No hay dos términos; hay primero un solo término morfológico que se convierte a continuación en dos términos morfológicos que representan entonces un solo término etimológico.

(*Definición.*) La *identidad etimológica* (noción puramente gramatical, que no tiene ninguna correlación en los hechos, a diferencia de las identidades precedentes) es aquella por la que nos imponemos idealmente una identidad morfológica del estado A perteneciente al pasado –que existía en un momento de lengua B perteneciente al pasado– que se ha visto quebrantada o borrada por una causa cualquiera.

19. Lagunas debidas a la rotura del manuscrito. (N. del E.)

29f [Sintaxis histórica]

Se comprende que las observaciones que nos veríamos llevados a hacer sobre la «sintaxis histórica» serían casi infinitas, pero todas tenderán a negar formalmente a esa «ciencia» una auténtica base científica, que sólo podría proceder de un método claramente formulado. Pero nos preguntamos ¿dónde está el método de la «sintaxis histórica»?

¿Dónde está el polo por el que se orienta, o simplemente por el que haya pretendido orientarse? ¿Dónde está el más tímido intento por su parte de tomar conciencia de su tarea ante la más formidable mezcla de hechos que, quizá, hayamos tenido que constatar y desenredar en ninguna parte y en ningún ámbito?

En primer lugar la sintaxis, lo hemos dicho, no es en ningún momento más que la morfología vista al revés: de modo que la idea de que la sintaxis constituye un ámbito definido, más o menos apropiado para ser estudiado a través del tiempo, pero que puede estudiarse fuera de la morfología, es uno de esos errores o *aberraciones* que luego no pueden remediarse.

En segundo lugar, la morfología, de la que depende la sintaxis –y aquí admitimos momentáneamente que estos ámbitos se separen–, no es en todo caso, ella misma, susceptible de ser seguida *regular y científicamente* a través del tiempo: de modo que la sintaxis no lo es más, o lo es aún []

29g [Cambio analógico]

El «cambio analógico» que se compara al *cambio fonético* como segundo factor de transformación de la lengua en el tiempo no se le puede comparar ni es un cambio.

Sí es un cambio en lo que se refiere a la lengua como una sola masa, o por la relación general del pensamiento y la expresión, si se nos demuestra que esa relación es el objeto central del que el lingüista trata de seguir la trama a través del tiempo.

El «cambio» analógico *visto desde un determinado observatorio* es comparable al *cambio fonético*, aproximadamente en el mismo sentido que el movimiento de las constelaciones durante el año es comparable a los movimientos de la Luna y de los planetas. En el *cambio fonético* hay verdaderamente una cosa que existe y se transforma.

29h [Objeto central de la lingüística]

I. Un *estado de lengua* no ofrece al lingüista más que un solo objeto central: la relación entre la formas y las ideas que en ellas se encarnan.

Por ejemplo, será erróneo admitir que este estado de lengua ofrece el segundo objeto central de las propias ideas; o bien de las formas; o bien de los sonidos de que se componen las formas; (objeto necesariamente *complejo*, dejando de lado sus demás atributos).

II. Una *sucesión de estados que examinar* sólo ofrece a la atención del lingüista igualmente un solo objeto central, que se halla con el objeto precedente, no en oposición flagrante y abrupta, sino en una relación de disparidad radical, que de entrada deja abolida cualquier clase de comparación y abre un orden de ideas que no tiene en modo alguno ocasión de nacer ante un estado dado de lengua.

En el estado actual, en modo alguno se puede pronunciar la palabra *lengua*, o *lenguaje*, sin que se tenga que constatar antes el equívoco posible entre *lengua* y *transmisión de la lengua*.

29i [Innovación morfológica]

La innovación morfológica, fenómeno del que a continuación vamos a establecer la naturaleza, el alcance y la unidad, comprende 1º todo lo que se reúne en la palabra «cambios analógicos»; 2º todo desplazamiento del valor de los signos unido al cambio fonético de las figuras vocales.

Si sólo hubiera este hecho, que cada cosa en la lengua debiera considerarse *en su época y a través del tiempo* sin dar la menor preeminencia a ninguno de estos dos puntos de vista sobre el otro, la lingüística sería una ciencia relativamente sencilla, aunque, por esta mera separación, bastante diferente de lo que hemos dicho.

Lo malo es que no hay, como se imagina a veces, una cosa que pueda ser considerada a la vez «en su época» y «a través del tiempo»; sino que el solo hecho de determinar qué cosas se han de considerar en cada época y a través del tiempo depende de datos diferentes y exige un razonamiento sobre un dato.

¿Tenemos que decir nuestro íntimo pensamiento? Es de temer que la visión exacta de lo que es la lengua conduzca a dudar del porvenir de

la lingüística. En esta ciencia hay desproporción entre la suma de operaciones necesarias para captar racionalmente el objeto y la importancia del objeto: del mismo modo que habría desproporción entre la investigación científica de lo que ocurre durante una partida de juego y el []

29j [Integración o posmeditación-reflexión]

El fenómeno de integración o de posmeditación-reflexión es el doble fenómeno que resume toda la vida activa del lenguaje y mediante el cual

1º los signos que existen evocan MECÁNICAMENTE, por el simple hecho de su presencia y del estado siempre accidental de sus DIFERENCIAS en cada momento de la lengua, un número igual, no de conceptos, sino de valores opuestos por nuestra mente (tanto generales como particulares, unos llamados, por ejemplo, categorías gramaticales, otros tachados de hechos de sinonimia, etcétera); esta *oposición de valores*, que es un hecho puramente negativo, se transforma en hecho positivo, porque cada signo al evocar una antítesis con el conjunto de otros signos comparables en cualquier época, comenzando por las categorías generales y acabando por las particulares, se encuentra delimitado, a pesar nuestro, en su valor propio. Por ejemplo, en una lengua compuesta en total por dos signos, *ba* y *la*, la totalidad de las percepciones confusas de la mente vendrá NECESARIAMENTE a organizarse en *ba* o en *la*. La mente, por el simple hecho de que existe una diferencia *ba/la* y ninguna otra, encontrará un carácter distintivo que le permita clasificar regularmente todo en el primero o el segundo de los dos capítulos (por ejemplo la distinción *sólido* y *no sólido*); en ese momento la suma de su conocimiento positivo se representará mediante la característica común que se haya atribuido a las cosas *ba* y la característica común que se haya atribuido a las cosas *la*; esta característica es positiva, pero no se ha buscado jamás en realidad más que el carácter negativo que pueda permitir decidir entre *ba* y *la*; no se ha tratado de reunir y coordinar, sólo se ha querido diferenciar. Pero, y finalmente, sólo se ha querido diferenciar porque el hecho material de la presencia del signo diferente recibido a ello invitaba y llevaba imperativamente, fuera de su []

En cada signo existente, por lo tanto, viene a INTEGRARSE, a poselaborarse un valor determinado [], que nunca es determinado más que por el conjunto de los signos presentes o ausentes en el mismo momen-

to; y, como el número y el aspecto recíproco y relativo de esos signos cambian de un momento a otro de manera infinita, el resultado de esta actividad para cada signo, y para el conjunto, cambia también de un momento a otro en una medida no calculable.

II

ÍTEM Y AFORISMOS

I. Nuevos ítem

(Fondo BPU 1996)

1 [*Kenoma*]

Ítem. Se comete el error de creer [que hay]

1. Una palabra como por ejemplo *voir* (ver) que existe en sí. 2. Una significación, que es la cosa *asociada* a esa palabra.

Pero [], es decir, que es la propia asociación la que hace la palabra, y que fuera de ella ya no hay nada.

La mejor prueba es que *vwar* en otra lengua tendría otro sentido, en consecuencia no es nada en sí; y en consecuencia sólo es una *palabra* en tanto que evoca un sentido. *Pero, comprendido esto, queda perfectamente claro que no se debe dividir* y admitir por una parte la *palabra* y por otra su *significación*. Juntas constituyen un todo.

Sólo se puede constatar el *kenoma* $\cap$ y el sema asociativo $\mathfrak{X}$.

2 [Cuestión de origen - Riachuelo]

Ítem. ¿Qué cuestión de origen? Origen de la lengua.

Nada demuestra mejor la nulidad de cualquier investigación sobre el origen de la lengua. Aunque en esta cuestión no hay que limitarse a las constataciones negativas.

Lo que prueba la ausencia de una cuestión filosófica del origen de la lengua, NO ES UN HECHO NEGATIVO, es el hecho positivo de que desde el primer momento un signo sólo vale ~~$\cap$~~ si []

Ítem. Mirar la lengua y preguntarse en qué momento preciso tal cosa «comenzó» es tan inteligente como mirar el riachuelo de la montaña y creer que remontándolo se encontrará el lugar preciso en que tiene su fuente. *Innumerables cosas establecerán* que el RIACHUELO existe en todo momento mientras se dice que nace, e, inversamente, no hace más que nacer mientras se []

Se puede discutir eternamente sobre este *nacimiento*, pero lo que mejor lo caracteriza es que es exactamente lo mismo que su crecimiento.

3 [Elementos fundamentales - Sonido como tal - Frase-Rito - Unidad lingüística (Signo-Sonido-Significación)]

Ítem. En todo sistema semiológico (lengua vocal o de otro tipo) hay [] elementos fundamentales.

1º Elemento tácito, que crea todo lo demás: la lengua circula entre los hombres, es *social*. Si hago abstracción de esta condición, si por ejemplo me entretengo en escribir una lengua en mi despacho, nada de lo que diga sobre «la lengua» será verdad, o no será necesariamente verdad. Es el error fundamental, empezando por los filósofos del siglo XVIII.

Ítem. Examinemos si en la franja horizontal se da una sola ocasión en que el sonido consiga *como tal* (haciendo abstracción, por lo tanto, de todo segmento de sentido asociado al sonido) manifestar un valor, digamos que *a*) respecto a los *fenómenos* de lengua propios de la franja horizontal, digamos que *b*) respecto a las distinciones que necesita el lingüista en lo que se refiere a la franja horizontal.

Ninguna:

a) ningún fenómeno de la franja horizontal.

b) []

Ítem. Un rito, una misa, no son en absoluto comparables a la frase, ya que es sólo la repetición de una *serie* de actos. La frase es comparable a la actividad del compositor de música (y no a la del intérprete).

Ítem. Representación de la unidad lingüística mediante  .

Ítem. ¿No cabe nunca hablar de  ?

Sólo podría ser desde el punto de vista diacrónico. Por ejemplo, los *daêvas* [devas]. Pero esto no constituye nada lingüístico.

4 [Lo discursivo, lugar de las modificaciones - Divisiones de este libro]

Ítem. Todas las modificaciones, sean fonéticas o gramaticales (análogicas), tienen lugar exclusivamente en lo discursivo. En ningún momento el individuo somete a revisión el tesoro mental de la lengua que tiene en sí ni crea con la cabeza fría formas nuevas (por ejemplo tranquilamente []) que se propone (promete) «colocar» en su próximo discurso. Toda innovación ocurre de modo improvisado, hablando, y de ahí penetra o en el tesoro íntimo del oyente o en el del orador; pero entonces se produce a propósito del lenguaje discursivo.

Ítem. La división de este libro en párrafos minúsculos tiene algo de ridículo que hubiera querido evitar: «no es posible, etcétera».

Pues si este libro es verdadero, demuestra ante todo que es profundamente erróneo imaginar que se pueda hacer una síntesis brillante de la lengua partiendo de un principio determinado que se desarrolle y se incorpore a []

Demuestra que sólo se puede comprender lo que es la lengua apoyándose en cuatro o cinco principios que se entrecruzan sin cesar de una manera que parece expresamente hecha para engañar a los más hábiles y a los más atentos a su propio pensamiento. Se trata por lo tanto de un terreno en que cada párrafo debe quedar como una pieza sólida clavada en terreno pantanoso, con la facultad de encontrar el camino hacia delante y hacia atrás.

Mientras que en todos los demás ámbitos las verdades se apoyan y se remiten unas a otras a medida que se avanza, parece que, en el caso de la lengua, por una fatalidad, cada nueva verdad obstruye otra porque las verdades iniciales no son sencillas.

5 [Situación de la lingüística - Unidad lingüística]

Ítem. La lingüística se halla en una situación esencialmente *falsa* (conservo provisionalmente el término *falsa*), porque []

Ítem. La «unidad» lingüística. Comenzamos deliberadamente por la unidad lingüística.

Ítem. Lo que crea la lengua no es que haya una vaga serie de sonidos, sino que haya series de sonidos delimitados con exactitud, llamados palabras.

Ítem. El hecho lingüístico no es nada de lo que puede []

6 [Signo y significación - Realidades semiológicas]

Ítem. Cuando se dice «signo», imaginando muy erróneamente que a continuación se podrá separar voluntariamente de «significación» y que sólo designa la «parte material», se podría corregir esto con sólo considerar que el signo tiene un límite material como ley absoluta, y que este límite es en sí mismo «un signo», un portador de significación. Son dos formas del mismo concepto de la mente, puesto que la significación no existiría sin un signo y sólo es la otra cara de la experiencia del signo, del mismo modo que no se puede cortar una hoja de papel sin cortar el anverso y el reverso de ese papel con el mismo tijeretazo.

Ítem. Las realidades semiológicas no pueden componerse en ningún momento []

De modo que uno se halla desde el principio ante este dilema:

- o se ocupa solamente del movimiento del índice, de lo que uno es muy libre, pero entonces ni hay semiología ni lengua en lo que se explora;
- o bien, si se quiere hacer semiología, se está obligado no sólo [] sino, lo que es mucho más difícil, a *constituir sus primeras unidades* (irreducibles) mediante una combinación []

II. Antiguos ítem

(Edición Engler 1968-1974)

³³⁰⁶ *Ítem*. En la oración todo se reduce al sujeto y al predicado y 3º, según creo, a la conjunción (los vocativos quedan reservados).

Pero el sujeto y el predicado no tienen nada que ver con las «partes de la oración», que se distinguen en función de otro principio:

- a) El sujeto puede ser un sustantivo, un pronombre, un adjetivo o un nombre de número de manera inmediatamente evidente. Pero también un verbo (infinitivo), pues más abajo se verá por qué el infinitivo no cambia la naturaleza del verbo.
- b) Predicado puede ser igualmente todo lo anterior.
- c) Conjunción puede ser «conjunción» o adverbio.

Se puede imaginar una lengua que, tan pronto como un adjetivo fuera sujeto, le otorgara una forma particular. Esto no cambiaría nada a las cosas lógicas. Y por eso igualmente no hay nada de particular en el hecho de que λέγομεν no pueda ser sujeto. Basta con que λέγειν pueda serlo. En el habla de los negros* tenemos *decirnos* en lugar de λέγομεν y *decir malo* en lugar de λέγειν κακόν.

³³⁰⁷ *Ítem*. En la oración lo más notable es que, aunque compuesta al menos por dos términos lógicos (ideales), puede reducirse a un solo término lingüístico, y esto sin que la palabra sea descomponible de manera

* *Parler nègre* es un modismo que equivaldría en castellano al «habla de los indios». [N. de la T.]

que evitemos la conclusión. Por ejemplo, *fiat!* O *sunt*. O incluso probablemente «¿Quién dice esto? - *Dios*». Los límites de la elipsis (la famosa elipsis) sólo terminarían en el momento en que no hubiera ningún sonido articulado, en que el lenguaje cesara para dejar paso al puro pensamiento.

Múltiples conclusiones. Hay que buscarlas.

Hay que fijarse entre otras cosas: capacidad de una palabra para ser, incluso con signo que apunta a ello, oración completa como *λέγομεν* (no elíptico).

³³⁰⁸ *Ítem*. La sola palabra *elipsis* tiene un sentido que debería hacer reflexionar. Un término así parece suponer que sabemos inicialmente de cuántos términos *debería* componerse la frase, a lo que comparamos los términos de los que se compone efectivamente, para constatar lo que falta. Pero si un término es indefinidamente extensible en su sentido, se ve que la cuenta que queremos establecer entre *n* ideas y *n* términos es de una puerilidad absoluta, al tiempo que de una absoluta arbitrariedad. Y si, abandonada la frase particular, razonamos en general, probablemente se comprenderá muy pronto que *absolutamente nada es elipsis*, por la sencilla razón de que los signos del lenguaje son siempre adecuados a lo que expresan, aunque se haya de reconocer que tal palabra o tal giro expresa más de lo que se creía. A la recíproca, sin elipsis no habría una sola palabra que tuviera sentido, pero entonces *por qué hablar de elipsis* (como Bréal), como si existiera alguna norma por debajo de la cual las palabras fueran elípticas. Lo son sin ninguna interrupción o sin ninguna apreciación exacta posible del []. La elipsis no es más que el valor sobrante []

³³⁰⁹ *Ítem*. Ningún psicólogo moderno o antiguo, al aludir a la lengua, ni siquiera al considerarla vehículo del pensamiento, ha tenido en ningún momento la más mínima idea de sus leyes. Todos sin excepción imaginan la lengua como una forma *fija*, y todos, también sin excepción, como una forma *convencional*. Se mueven con toda naturalidad en lo que denominan franja horizontal de la lengua, pero sin la menor idea del fenómeno socio-histórico que supone el torbellino de los signos en la columna vertical, que impide que podamos hacer de la lengua un fenómeno *fijo* o un lenguaje *convencional*, ya que es el resultado incesante de la acción social, impuesto fuera de toda elección.

Con todo, el comienzo de una comprensión por parte de los psicólogos difícilmente puede venir si no es de un estudio de las transformaciones fonéticas.

³³¹⁰*Item.* El contrato es convencional entre [], pero es un contrato que no puede romperse, a menos que se suprima la vida del signo, ya que esta vida del signo se basa en el contrato.

^{3310.2}*Item.* 

^{3310.3}*Item.* ¿Qué es una palabra nueva, es decir, la dificultad de hacer entrar una palabra nueva, sino la afirmación de la relación sistemática entre todas las partes de la lengua? Millones de formas de conjugación o de [] se crean, pero ni una sola representa un flujo original que surge arbitrariamente de una fuente desconocida. No sólo es necesario que los elementos se extraigan de las combinaciones ya conocidas, sino que además todo se encuentra preparado, por así decir, para hacer brotar la nueva combinación.

^{3310.4}*Item.* La realidad de la existencia de los hilos que unen entre ellos los elementos de una lengua, aunque es un inmenso hecho psicológico, no tiene, por así decir, necesidad de demostración. Es este hecho mismo lo que hace la lengua.

^{3310.5}*Item.* Es necesario el símbolo  y no  o  

^{3310.6}*Item.* Si existe una verdad *a priori*, que no exige más que sentido común para quedar establecida, es que si hay realidades psicológicas, y si hay realidades fonológicas, ninguna de las dos series por separado podría dar nacimiento al más mínimo hecho lingüístico ni por un solo instante.

Para que haya hecho lingüístico, es necesaria la unión de las dos series, pero una unión de un género particular del que sería absolutamente inútil explorar en un momento las características, ni decir de antemano lo que será.

^{3310.7}*Item.* El  no solamente debe recordar la diferencia que hay entre ocuparse de una palabra en su sentido o fuera de su sentido, sino también la imposibilidad en que nos veríamos de circunscribir y establecer ese sentido si no es diciendo: es el sentido que corresponde, por ejemplo, a *véος*, o por ejemplo a []. Ninguna descripción del sentido y de la si-

nonimia está jamás a la altura del sentido exacto y completo: no hay otra definición que la de sentido ∇ representando el valor conocido de tal forma $\triangle$.

^{3310.8} *Item. Leyes:*

1° Las leyes universales de la lengua que son imperativas (teorema-tica).

2° ¡Las leyes fonéticas! Ningún derecho autoriza a usar este nombre.

3° Las leyes idiosincrónicas, no imperativas.

En modo alguno hacemos alta filosofía sobre el término *Ley*, lo to-mamos tal como lo entiende el uso común, el sentido de todo el mundo.

^{3310.9} *Item.* Conocemos tan a fondo la confusión entre ley 3 y ley 2 o ley 1 que ninguna serie de ejemplos es en verdad suficiente para disipar ese malentendido.

^{3310.10} *Item.* Los sobrentendidos de un paradigma de declinación.

Un sobrentendido no es una abstracción. Es incluso lo exactamente contrario de una abstracción.

Cuando digo que quiero abstraer de lo integral lingüístico de νοήσομεν, *hoc est* νοήσομεν ∇ la sola forma (νοήσομεν), *D*, soy muy libre de ha-cerlo, si es para considerar las transformaciones fonéticas que pueden afectarle. Pero en seguida parece que quien hace figurar νοήσομεν, *hoc est* νοήσομεν ∇ en un paradigma de flexión junto a νοήσω, νοήσετε, se entrega a una operación del mismo tipo, en el sentido de que ya no se ve el papel del sentido en el asunto.

^{3310.11} *Item.* Diferencia o ventaja del nuevo término *sema* sobre el de signo.

1° Signo puede ser no vocal. Sema también.

Pero signo puede ser = gesto directo, es decir, fuera de un *sistema* y de una *convención*.

Sema = 1° signo *convencional*,

2° signo que forma parte de un *sistema* (igualmente convencional),

3° []

Entonces se puede decir:

Sema = signo que contiene los diferentes caracteres que se reconocerán como los de los signos que componen [la] lengua (vocal o de otra clase).

Los caracteres que hay que marcar desde el principio son []

^{3310.12} *Ítem.* Entre otras cosas, la palabra *sema* excluye, o querría excluir, cualquier *preponderancia* y cualquier separación inicial entre la vertiente vocal y la vertiente ideológica del signo. Representa *el todo del signo*, es decir, signo y significación unidos en una especie de personalidad.

^{3310.13} *Ítem.* Pero de todos modos sería falso decir que consideramos importantísimo decir *sema* en lugar de *signo*.

Es verdad que *parasema* y *aposema* son nociones muy importantes. Ahora bien, una vez que []

^{3310.14} *Ítem.* *Aposema* tiene la ventaja de que se puede considerar como se quiera: como cosa deducida y abstracta de un *signo*, o como cosa despojada de *su* significación o *de* significación, es lo mismo en lo que se refiere a claridad.

^{3311.1} *Ítem.* El *aposema* es el envoltorio vocal del *sema*.

Y no el envoltorio de una significación.

El *sema* no existe sólo por su fonía y significación, sino por su correlación con otros *semas*.

^{3311.2} *Ítem.* Creo que en lo discursivo se puede hablar de *aposemas* (de figuras vocales). El hecho es que incluso en lenguaje empírico no decimos: «la segunda *forma* de esta frase» (incluso cuando no se trata de los términos lógicos, sino de palabras desde el punto de vista fónico).

^{3311.3} *Ítem.* *Forma* se usa en lugar de *aposema*, *sema*, en definitiva, parte material del *sema* sincrónico. «Las diversas formas dialectales de este nombre...»: *aposema*.

«Las formas del dialecto x presentan un carácter particular». Puede ser morfológico.

^{3312.1} *Ítem.* *Signo* *aposema*. En cuanto se trata de la lengua de algún modo, aparecen la *palabra* y el *sentido* (o el signo y el sentido) como si esto lo resumiera todo, y además se dan siempre ejemplos de palabras como *árbol*, *piedra*, *vaca*, como Adán dando [], es decir, de lo menos preciso que hay semiológicamente: son casos en que (por el tipo de objetos que se elige designar) se trata de simple onimia, es decir, pues esta es la particularidad de la onimia en el conjunto de la semiología, el caso en el que hay un *tercer* elemento indiscutible en la asociación psicológi-

ca del sema, la conciencia de que se aplica a un ser exterior bastante definido en sí mismo como para *escapar* de la ley general del signo.

^{3312.2} *Ítem.* Aunque quisiéramos tratar lo menos posible la vertiente ideológica del signo, es evidente que si las ideas de toda clase ofrecieran un carácter fijo [] Ese carácter fijo sólo lo obtienen los nombres geográficos.

^{3312.3} *Ítem.* La idea invariable y sin fluctuaciones puede considerarse cosa quimérica, por lo que los semas geográficos y los nombres propios constituyen una excepción ya que [] Más exactamente: la única posibilidad para un []

La idea en todo esto es la cuestión de saber si, del mismo modo que un aposema persiste fuera del sema, un aposema intelectual se podría constatar de algún modo. Es cierto que en «Ródano» hay, por así decir, dos aposemas que corren paralelamente. Pero en el fondo nada parecido es posible, ya que, si se hubiera cambiado el nombre del Ródano, ya no tendríamos el mismo *sema*, y entonces sería inútil hablar de aposemas, de modo que esta es la mejor prueba de que el sema tiene su base fundamental en el signo material escogido.

^{3313.1} *Ítem. Catálogo de los errores fundamentales.*

Merecen el nombre de errores *fundamentales* a causa de sus consecuencias:

El error de los signos individuales tomados cada uno por sí mismo:

- o el error de creer que una lengua compuesta de 500 palabras representa 500 signos + 500 significaciones.
- o el error de creer que se representa en lo más mínimo el fenómeno de la lengua cuando uno se permite decir «la palabra y su significación», olvidando que la palabra está rodeada de []

^{3313.4} *Ítem. Los parasemas.* Para cualquier palabra que forme parte de la lengua, una segunda palabra, aunque no tenga ningún «parentesco» con la primera, es un parasema. La única y sencilla cualidad del parasema es formar parte del mismo sistema psicológico de signos, de modo que si tras la observación se llega a la conclusión de que un signo dado tiene existencia completa fuera de los signos del sistema, *que no tiene en absoluto importancia observar*, respecto a un signo dado, el conjunto de los otros signos, entonces la palabra parasema debe desaparecer y, a la inversa, deberá subsistir si se constata que una palabra no tiene ninguna autonomía dentro del sistema del que forma parte.

^{3314.1} La palabra *expresión* (esta forma es la expresión de...) ha de estudiarse.

^{3314.2} Mostrar que *término* ha sido tan incapaz como signo de mantener un sentido material o a la inversa. «En estos términos» es textual.

^{3314.3} *Término*, por lo demás, correspondería bastante bien a lo que queremos decir con *sema*; hay algo que hacer notar a este respecto. Un sincrónimo se compone de cierto número de *términos* (*termini*) que comparten el conjunto de la materia que hay que significar.

^{3314.4} Todo *aposema* es tomado *en un momento dado*. Es el hecho de ser tomado así en la lengua lo que le hace merecer un nombre como *aposema* y no es simplemente una serie fónica. Especialmente se halla delimitado antes y después.

^{3314.5} (A la inversa, no hay que llamar *aposema* a cualquier forma fónica, como *-bd-*, sino sólo a las fórmulas fónicas que en un momento determinado han sido el cuerpo de un *sema*.)

^{3314.6} *Aposema* = cadáver de *sema*. Probablemente puede admitirse esta comparación, es decir, no es peligrosa. Sin embargo, existe el peligro de que un cadáver sigue siendo cosa organizada en su anatomía, mientras que en la palabra anatomía y fisiología se confunden a causa del principio de convencionalidad.

^{3314.7} En esta cuestión difícil de adoptar una palabra forzando más o menos [], al menos no podemos olvidar, entre las cosas que establecen la palabra *sema*, los οἴματα λυγρά, *semas* gráficos, pero hemos visto el parentesco. (Al menos habremos coincidido con la palabra más antigua usada por el poeta para [].)

^{3314.8} Diacrónicamente la pregunta: ¿es la misma palabra? significa únicamente: «¿es el mismo *aposema*?». Pero sincrónicamente, en absoluto. Y no hay contradicción como podría parecer (ya que se podría decir que lo declarado diferente en un momento dado, se declara idéntico a continuación). Pues lo que decimos es que diacrónicamente es sencillamente el mismo *aposema*, pero eso no implica que sea todavía el mismo *sema*. Esa es la diferencia. (Hay palabra = *aposema* y palabra = *sema*.)

^{3314.9}(Continuación.) Probablemente no cabe decir de una época a otra lo que es el mismo *sema*, ni hay medio de evaluarlo, ya que el *sema* depende en su existencia de todo el entorno parasémico en el mismo instante.

^{3314.10}Decimos que no hay en absoluto morfología fuera del sentido, aunque la forma material sea el elemento más fácil de seguir. Por lo tanto, en nuestra opinión ¡todavía es menos posible una *semántica* fuera de la forma!

^{3315.1}*Ítem.* Prestar una gran atención al hecho de que en el cambio analógico no hay cambio de *aposema*. La paradoja se despeja ya si en lugar de decir «cambio de *aposema*» se dice cambio de *aposema de una palabra* o del *aposema de un sema*. Se crea otro *sema*, un *parasema*, que tiene naturalmente por su parte un *aposema*. No hay cambio *de una parte* del primer *sema*. El cambio está enteramente en el ámbito de los *semas*. Está todo entero guiado por el sentido.

Es una creación parasémica. Del mismo modo que hay influencias parasémicas y conservaciones parasémicas.

Pero habrá dificultad en desmarcar la *creación* y la *influencia* parasémica, que puede cambiar completamente el sentido de un *sema*, sin que reconozcamos que es otro *sema*. Pero cuando la «forma» cambia, decimos formalmente que es otro *sema*. ¿Está justificada esta diferencia?

^{3315.2}*Ítem.* Los sujetos hablantes no tienen ninguna conciencia de los *aposemas* que pronuncian, ni tampoco, por otra parte, de la *idea pura*. Sólo tienen conciencia del *sema*. Eso es lo que garantiza la transformación totalmente mecánica del *aposema* a través de los siglos.

^{3315.3}*Ítem.* Para enfrentarse sanamente a la lingüística hay que tomarla por el exterior, pero no sin alguna experiencia de los prestigiosos fenómenos del interior.

Creo que un lingüista que sólo sea lingüista se ve en la imposibilidad de hallar la vía que le permita solamente clasificar los hechos. Poco a poco la psicología se hará cargo prácticamente de nuestra ciencia porque se dará cuenta de que la lengua no es una de sus ramas sino el ABC de su propia actividad.

^{3315.4}Pero *Ítem.* Esto no es nada de lo que quería decir, quiero decir que si se supiera de antemano que la lingüística contiene unidades []

^{3315.5} *Ítem.* El hecho más importante de la lengua es que comporta divisiones, unidades delimitables.

^{3315.6} *Ítem.* 1. ¿En qué puede consistir una unidad lingüística?

^{3315.7} *Ítem.* *Significar* quiere decir tanto revestir un signo con una idea como revestir una idea con un signo. Por ejemplo: «tal distinción sólo tiene valor gramatical si es *significada*» = revestida de un signo propio. *Significar* a alguien su autorización.

^{3316.1} *Ítem.* Falta analogía entre la lengua y cualquier otra cosa humana por dos razones: 1º la nulidad interna de los signos; 2º la facultad de nuestra mente de asociarse a un término nulo en sí.

(Pero no era esto lo que quería decir primero. Me he desviado.)

^{3316.2} *Ítem.* De la psicologización de los signos vocales.

A. Supongamos que en el mismo disco de una linterna mágica se dé sucesivamente

Disco	<i>verde</i>
"	<i>amarillo</i>
"	<i>negro</i>
"	<i>azul</i>
"	<i>azul</i> (de nuevo)
"	<i>rojo</i>
"	<i>violeta,</i>

del conjunto de estos signos resultaría la casi imposibilidad de representárselos *en su sucesión*, o «como una serie agrupable *que forma un todo*».

Ahora bien, la particularidad de la palabra consiste precisamente en ser un sema agrupable, pero que se basa en la sucesión de las sílabas.

B. En segundo lugar, supongamos que no se hagan *suceder* esos colores sino que se *yuxtapongan* en el disco. (Poner aquí decididamente/verde/amarillo/negro/, a la izquierda verde, a continuación amarillo, etcétera, hasta la derecha). En ese caso se tendrá una figura, si no agrupable para todo el mundo, que comenzará por lo menos a hacerse agrupable y a ser una figura.

C. Para que la figura visual se convirtiese en figura, ha sido necesario, por lo tanto, abandonar el principio de sucesión temporal y recurrir a []



3317.1 *Ítem.* El hecho de que la palabra no es lo bastante larga como para que sea posible agruparla en una sola sensación.

Esto es lo que, junto a la divisibilidad temporal, hace de ella un pseudo-organismo con tanto poder ilusorio.

3317.2 *Ítem.* Principio de *uniespacialidad* si se considera el soma, que tiene como consecuencia en el sema la divisibilidad *en secciones* (siempre en el mismo sentido y por cortes idénticos), en vez de la divisibilidad multiforme que se tendría por ejemplo si en un sistema visual directo

(= escritura ideográfica) se tuviera  opuesto en el sentido que se quiera a 

Pues hay que mantener a este propósito, quizá como tabla de salvación, la oposición entre dos semas, no la significación de un sema. Ahora bien, la oposición entre dos semas como λέγομεν, λέγετε se regula mediante *secciones* que van en el mismo sentido y que sólo se producen *una por una*, mientras que es fácil imaginar mil sistemas en que no se realice ninguna de estas dos funciones. (Difícil solamente porque volvemos al habla sin darnos cuenta, cuando se ofrece otro semismo.)

3317.3 *Ítem. La temporalidad.* Cuanto más se estudia más se comprende que es la divisibilidad por fragmentos de tiempo de la cadena sonora (*ipso facto* divisibilidad simple, unilateral) lo que crea a la vez los caracteres [] y los espejismos, como el de creer que las unidades de lenguaje constituyen todos *organizados*, cuando en realidad son simplemente todos subdivisibles en el tiempo y paralelamente a funciones que se pueden atribuir a cada fragmento de tiempo.

3317.4 *Ítem.* Es completamente inútil razonar antes de haberse dado cuenta de la *naturaleza* del agente escogido en este tipo de semiología especial que es la semiología lingüística.

3317.5 *Ítem.* Ver en qué medida la palabra *pieza* (opuesta a *fragmento*) puede servir o no en los análisis lingüísticos y en comparaciones con la anatomía, la mecánica, etcétera.

Lo mismo respecto a *miembro*. Una palabra, cuando se le retira toda significación, ya no tiene *miembros*, ni siquiera división alguna (aparte de las divisiones fónicas), aunque en el instante anterior pareciera tener *miembros*.

^{3317.6} *Ítem*. La palabra *inerte*...

^{3318.1} *Ítem*. Hay que obligarse a decir uniespacialidad del signo lingüístico, en todos los casos, con el fin de hacer notar que este no es un carácter general del sema.

^{3318.2} *Ítem*. Quizá vale la pena decir que en la escritura fonética un signo diacrítico como *ø* no rompe el principio uniespacial, porque se hace un solo sema del todo (sin *miembros*). Pero tal vez en realidad hay algo que decir.

^{3318.3} *Ítem*. El sema lingüístico forma parte de la familia general de los *semas uniespaciales*, de los que necesariamente forma parte todo sema basado en la transmisión acústica. Pero lo importante no es la transmisión acústica sino la uniespacialidad.

^{3318.4} *Ítem*. Trampa. Cuando se representa la palabra, etcétera, mediante señales visuales yuxtapuestas como  esto es totalmente correcto con tal de que la señal consista en la yuxtaposición indefinida y no consista, por ejemplo, en izar 1º,  2º  etcétera, pues entonces se confunden dos órdenes de ideas, y  es precisamente un ejemplo de simultaneidad posible (o de no-uniespacialidad) del sema visual, además sólo él mismo si es desmembrable.

^{3318.5} *Ítem*. Se me pedirá, quizá, un ejemplo de sema multiespacial, con el fin de disponer de un medio para captar mejor la noción de sema. En cierto sentido, y para comenzar suavemente, puedo dar ese nombre a un *cuadro alegórico*, o incluso a cualquier pintura, por cuanto los objetos representados afectan a la significancia de las cosas. Es imposible decir que ese cuadro comienza a la izquierda y termina []

^{3318.6} *Ítem*. Si se quisieran representar de verdad los elementos fónicos sucesivos de una palabra, sería necesario disponer de una pantalla en la que se representaran por medio de la linterna mágica colores sucesivos,

y sin embargo sería un método erróneo por cuanto nos sería imposible agrupar esos colores sucesivos en una sola impresión, y por eso la palabra escrita por entero en la pantalla de derecha a izquierda o de izquierda a derecha *espacialmente* es para nosotros una representación mejor de la palabra, que es, sin embargo, temporal.

El sema acústico está basado en gran parte en la memorización cien veces más fácil de las formas acústicas que de las formas visuales.

^{3318.7} *Ítem.* Del mismo modo que la frase musical se desarrolla en el tiempo, porque retenemos [], la frase visual que constituiría por ejemplo una línea de montañas. Pero cosa curiosa: no hay frase visual que consista en momentos sucesivos, y por eso nos vemos obligados a realizar una representación gráfica.

^{3318.8} *Ítem.* En favor de Inertoma. Incluso un término como *soma* (σῶμα), si tuviera la suerte de ser adoptado, se convertiría rápidamente en sinónimo de *sema*, al que pretende oponerse. En esto la terminología lingüística paga su tributo a la verdad misma que establecemos como hecho de observación.

En todo término como *soma* al menos dos condiciones predisponen a la palabra a convertirse = signo: 1º Coincidencia del límite uniespacial. De manera que aunque se quiera decir mediante el soma *Zeus* precisamente lo contrario del sema *Zeus* []. 2º Aun cuando se despoje un signo de su sentido, la mente siempre pone al menos en el signo o en el soma al menos la INTENCIÓN que pone los MÚSCULOS en movimiento y demuestra así una *voluntad*. 3º El soma será como el cadáver divisible en partes organizadas, lo que es falso.

^{3318.9} *Ítem.* En el ser organizado la función puede morir sin que el órgano muera. Incluso el cadáver posee sus órganos, asunto que compete a la ciencia anatómica. En la palabra no existe nada de anatómico, es decir, ninguna diferencia de piezas que se base en una relación de la función y de la pieza que la realizaba, sólo existe una serie de fonaciones totalmente *semejantes* entre ellas, de modo que nada era más adecuado como pulmón que como pie de la palabra.

Principio de la *Idéntica capacidad*.

^{3319.1} *Ítem.* ¿Diátesis? ¿o diacosmia? Elemento de economía de la lengua en un momento dado (= Idiosincronía).

^{3319.2}*Ítem.* Comparación con la anatomía y la fisiología. Ambas son una única cosa en la lengua; el error consiste precisamente en creer que la *gramática* es la fisiología (que estudia la *función*) mientras que la fonética –¿o la fonología?– sería la anatomía. Muy útil ver por dónde peca la comparación. El ojo no se parece a la mano, ni el pulmón a la espina dorsal; y de este modo, aun haciendo abstracción de la función, el anatomista tiene ante él un *objeto diferente* en cada órgano. Pero no hay ninguna diferencia, por ejemplo entre -î- signo de femenino e -î- signo de optativo; en cuanto se retira la función convencional en lingüística sólo queda la materia bruta. Es la función de la que está investido un fonismo la que hace que atribuyamos de modo pasajero el título de *órgano* a dicho fonismo, que, en sí mismo, se parece a todos los demás fonismos, y es susceptible de adoptar (*tal como es*) absolutamente cualquier función.

Consideración semejante sobre *estructura* de una palabra. También se trata en este caso de una de esas imágenes que bajo la apariencia de claridad recubren mundos de ideas falsas y mal concebidas. Una palabra no tiene ninguna *estructura*. En cuanto se hace abstracción del sentido de las diferentes partes.

^{3319.3}*Ítem.* Lo que es correcto en la comparación con el ajedrez es que la función (valor) es convencional pero en lo que se refiere a la *estructura*, esta comparación no tiene base, ya que cada pieza no es desmontable, no contiene, como en el caso de la unidad de la palabra, partes diversas, con funciones diversas.

^{3319.4} Naturalmente no puede una *máquina*, un *mecanismo*, como tampoco un *organismo*, compararse. También en este caso hay una anatomía y una fisiología.

^{3319.5} Pero en esta cuestión hay que conceder gran atención al «merismo» (a la *divisibilidad en el tiempo*) de las partes de la palabra; es esta divisibilidad de la cadena sonora la que, quizá en mayor medida que la variedad de los sonidos, contribuye a imponer el espejismo de grupos orgánicos. En definitiva, es maravilloso poder poner guiones como λύ-θη-σό-με-vo-ς.

^{3319.6} Por eso la comparación *química*, correcta en algunos aspectos, no dice nada a la mente.

^{3319.7} Ver qué pasa con la comparación *táctica*, disposición de una hileras de ejército.

^{3320.1} *Item*. El *signo*, *soma*, *sema*, etcétera. Realmente no se puede controlar el signo, seguirlo como un globo por el aire, con la seguridad de atraparlo, hasta que uno no se ha dado cuenta completamente de su naturaleza, que es doble y en absoluto consiste en su envoltorio ni en la mente, ni en el aire hidrógeno que se le insufla y que no valdría absolutamente nada sin el envoltorio.

El globo es el *sema* y el envoltorio, el *soma*, pero esto está lejos de la concepción que dice que el envoltorio es el *signo* y el hidrógeno la *significación*, sin que el globo, por su parte, sea nada. Lo es todo para quien estudia aerostática, del mismo modo que el *sema* lo es todo para el lingüista.

^{3320.2} *Item*. El *contrasoma* = significación, ¿podrá, por su parte, ser estudiado alguna vez fuera del *sema*, como el *soma*? Se puede desear, pero de momento esto queda fuera de toda previsión del lingüista o del psicólogo.

Se trata de limitar *en su esfera* respectiva el *soma* o el *antisoma*. Ahora bien, el *soma* queda fácilmente limitado en su esfera, que es enteramente física. Ahí está el origen y la explicación de las orgías de Benfey. El *antisoma* no es en absoluto limitable en su esfera. Entre ambos, el *sema* y la *esfera del sema*.

^{3320.3} *Item*. Lo que se denomina significación es lo que nosotros llamamos *parasoma* y, a diferencia del *soma*, no puede ser separado de modo que se convierta por sí mismo en objeto de investigación u observación. Entendámonos bien: en cierto modo puede convertirse en objeto de investigación y observación con tal que se vuelva sin cesar al *sema*, a los diferentes *semas* que unen ese *parasoma* a algo material, es decir, al *soma*, pero esto no se parece en nada al estudio de los *somas*, al que hemos reconocido independencia.

^{3320.4} *Item*. Paseando, sin decir nada, hago una marca en un árbol, como por distracción. La persona que me acompaña conserva la idea de esta marca y es indiscutible que inmediatamente le asocia dos o tres ideas, mientras que yo no tenía otra idea que tomarle el pelo o divertirme.

Toda cosa material es ya para nosotros *signo*: es decir, una impresión que asociamos a otras, pero la cosa material parece imprescindible. La única particularidad del signo lingüístico es que produce una asociación

más precisa que cualquier otro signo y tal vez se comprenda que tenemos ahí la forma más perfecta de asociación de ideas, que no puede realizarse más que en un soma convencional.

^{3320.5} *Ítem. Breve historia de la lingüística.*

Admirables tonterías vieron la luz, pero admirables en el pasado.

El pasado de la lingüística se compone de una duda general sobre su papel, su lugar, su valor, su [], acompañada de colosales adquisiciones sobre los hechos, sobre hechos de los que no se tenía la menor idea hasta 1810 y no []

Vimos la doctrina ridícula de un Max Müller que presentaba la lengua como un reino natural que existiera por sí mismo []

La *antigüedad* de la lengua fue algo revelado súbitamente, y bajo el nombre de Continuidad de la lengua se convertirá en una de las adquisiciones más importantes de la [].

^{3321.1} *Ítem.* Vimos la doctrina ridícula de Max Müller reivindicando para la lingüística el lugar de una *ciencia natural* y admitiendo una especie de «reino lingüístico» que existiera del mismo modo que «el reino vegetal» estudiado por los botánicos. Esto se decía y se escuchaba en serio. Pero lo que quiero decir es que cuando hubo una reacción nadie podía decir en qué sentido se producía la reacción, porque la lingüística, aunque tuviera vagamente el sentido de las cosas precisas, no tenía posibilidad alguna de crearse una DIRECCIÓN.

^{3321.2} *Ítem.* Es muy cómico contemplar las sucesivas burlas de los lingüistas sobre el punto de vista de A o de B, porque esas burlas parecen suponer que se posee una verdad, mientras que es precisamente la absoluta ausencia de una verdad fundamental lo que caracteriza al lingüista hasta hoy.

^{3322.1} *Ítem. bondad - salud.* En *dudoso*, *amargura* o *negruzco* hay, evidentemente, dos elementos. Pero el primer elemento no es idéntico a *duda*, *amargo* o *negro*. Simplemente tenemos la relación *dudoso*: *duda* = *famoso*: *fama*, etcétera. Es una de las maneras de llegar a aclarar la noción de radical. Buena comparación: *huldvoll* contiene *huld* como palabra, mientras que *huldig* sólo contiene el radical que se encuentra en *huld*.

Véase *würdevoll*, *würdig*, *würde* - *nudo*: *nudoso*, *melancolía*: *melancólico*. (No se trata de una cuestión *histórica*, sino del estado consciente.)

^{3322.2}*Ítem.* En todos los casos el estado histórico y el estado consciente son dos estados que se oponen. Son los dos caminos del signo. De ahí nace la dificultad de no mezclarlos, pero también la necesidad de no hacerlo en ningún caso.

Se oponen como dos estados posibles de una palabra antes de cuya elección la palabra *no es nada*.

Cada palabra se halla en la intersección del punto de vista diacrónico con el sincrónico. Esto si se quiere descansar de la pregunta perpetua «¿es un sema?» tomando la palabra como algo dado, conocido en general.

^{3322.3}Será preciso hacer el recuento total de las maneras de observar y de los «campos de análisis».

^{3323.1}*Ítem.* Mientras que es necesario un análisis para establecer los elementos de la palabra, la propia palabra no resulta del análisis de la frase. Pues la frase no existe más que en el habla, en la lengua discursiva, mientras que la palabra es una unidad que vive fuera de todo discurso en el tesoro mental.

^{3323.2}*Ítem.* Lo que precede no implica que los elementos de la palabra no existan jamás como unidades mentales ellas mismas, sino simplemente que la palabra aparece en todo caso sin análisis.

^{3323.3}*Ítem.* En efecto, la memoria sólo da un número *totalmente restringido* de frases hechas. Y no podría ser de otro modo dada la cantidad ilimitada de combinaciones posibles con unos pocos términos. Por el contrario, la memoria proporciona las *palabras hechas* a miles. Por eso el primer modo de existencia de la palabra no consiste en ser un elemento de la frase, puede considerarse que existe «antes» de la frase, es decir, independientemente de ella, lo que no es el caso de los elementos de la palabra respecto a la unidad de la palabra. Además, *incluso en lo discursivo*, hay cien casos en que se ha de pronunciar una *palabra*, no una frase (entre otros, todos los vocativos).

^{3323.4}*Ítem.* El hecho «educativo» de que tal vez aprendamos frases antes de saber palabras no tiene alcance real. Lleva a constatar que toda lengua entra en nuestra mente por lo discursivo, como hemos dicho y como no puede ser de otro modo. Pero así como el sonido de una palabra, que es algo que entra igualmente en nuestro fuero interno de esa manera, se convierte en una impresión completamente independiente de lo discursivo.

sivo, nuestra mente separa todo el tiempo de lo discursivo lo que sea preciso para dejar sólo la palabra. La manera en que la palabra se fija no tiene importancia una vez realizada la operación, con tal de que se constate que es realmente esta unidad la que reina.

^{3323.5} *Ítem.* Importantísimo observar que cuantas veces hemos estado atentos a un detalle, un matiz de sonido, por ejemplo la pronunciación ligeramente diferente de dos palabras, el único medio que tenemos de interrogarnos es precisar bien la *idea* de la palabra, como cuando pedimos la pronunciación correspondiente. Hasta tal punto es cierto que en el sema el sonido no es separable del resto y que no tomamos posesión del sonido más que cuando tomamos *todo el sema*, por lo tanto con la significación. Por ejemplo, la palabra *perro*, empiezo por pensar en un perro si quiero saber cómo lo pronuncio.

^{3324.1} *Ítem.* Un adjetivo, un sustantivo, un verbo, no tienen necesidad de ningún signo gramatical para existir como adjetivo, como sustantivo, como verbo. Pero si este hecho ofrece una cierta luz, está lejos de revelar positivamente la naturaleza del adjetivo, o positivamente la naturaleza del sustantivo.

^{3324.2} *Ítem.* La enorme diferencia entre los términos como *sujeto*, etcétera, que se admiten en la oración y las «partes de la oración». Los términos de la oración pueden no corresponder a nada lingüísticamente, mientras que un «adjetivo» o un «adverbio», etcétera, tienen al menos la condición de ser representados por una forma vocal. Podemos hablar del sujeto de la oración sin que ese sujeto esté real y materialmente presente ante nosotros, pero no podemos hablar de un sustantivo sin suponer un envoltorio vocal de dicho sustantivo, cosa importantísima (sin que, por lo demás, nada caracterice ese envoltorio como el de un sustantivo).

^{3324.3} *Ítem.* Hay estas tres clases:

Sin necesidad de expresión vocal: sujeto, predicado.

Con necesidad, pero sin decorado vocal que corresponda a las categorías: adjetivo, sustantivo, etcétera.

A continuación vagas expresiones de diferencias.

^{3324.4} *Ítem.* Razonemos un instante sobre este término: «expresiones de una diferencia». Supone forzosamente dos formas vocales, y dos formas mentales asociadas a aquellas []

III. Aforismos

(Edición Engler 1968-1974)

^{3328.1}X. La condición de todo hecho lingüístico es que ocurre entre dos términos como mínimo. Estos pueden ser *sucesivos* o *sincrónicos*. La ausencia del segundo término, si en algún caso pareciera producirse, es sólo aparente.

^{3328.2}XI. En la lengua, como en cualquier otro sistema semiológico, no puede haber diferencia entre lo que caracteriza una cosa y lo que la constituye.

Si lo contrario se constatará una sola vez []

^{3328.3}XII. Elementos y características son lo mismo. Es un rasgo de la lengua y de todo el sistema semiológico en general que no pueda haber diferencia en ella entre lo que distingue una cosa y lo que la constituye.

^{3328.4}XIII. Ninguna ley que se mueva entre términos contemporáneos entre sí tiene sentido obligatorio.

^{3328.5}XIV. Algunas verdades que se encuentran []

No hablemos de *axiomas*, ni de principios, ni de tesis. Son simplemente y en puro sentido etimológico aforismos, *delimitaciones*. [] pero son límites entre los que se encuentra constantemente la verdad, de ahí que se parta []

III

OTROS ESCRITOS SOBRE LINGÜÍSTICA GENERAL

I. Nuevos documentos

(Fondo BPU 1996)

1 [Lenguaje - Lengua - Habla]

El lenguaje es un fenómeno; es el ejercicio de una facultad que está en el hombre. La lengua es el conjunto de formas concordantes que toma este fenómeno en una colectividad de individuos y en una época determinada.

El malentendido en que cayó al principio la escuela fundada por F[rantz] Bopp fue prestar a las lenguas un cuerpo y una existencia imaginarias fuera de los individuos hablantes. La abstracción en materia de lengua, aun hecha conscientemente, sólo acepta en la práctica aplicaciones limitadas –es un procedimiento *lógico*–; con mayor razón aún una abstracción a la que se daba cuerpo y por la que se dejaban llevar iba a constituir un obstáculo...

La escuela de Bopp habría dicho que el lenguaje es una aplicación de la lengua o que esta es la condición necesaria del lenguaje, al considerar la lengua instituida, delimitada. Hoy vemos que hay reciprocidad permanente y que en el acto de lenguaje la lengua obtiene a la vez su aplicación y su fuente única y continua, y que el lenguaje es a la vez aplicación y generador continuo de la lengua [] la reproducción y la producción.

Al mismo tiempo que los puntos de vista de toda la distancia que se para []

Sobre el papel –en el sujeto hablante o en el conjunto de los sujetos hablantes– en el sujeto pensante y hablante []

La [] no trató el lenguaje como fenómeno; dijo:

La lengua es la letra; el lenguaje es la lengua o el idioma, y el idioma es la letra; la lengua es el fonema, es una correlación entre el pensamiento y el fonema.

La primera escuela de lingüística no contempló el lenguaje en su carácter de fenómeno. Hay que decir más. Ignoró el hecho del *lenguaje*, se dirigió directamente a la *lengua*, o sea, al idioma (conjunto de manifestaciones del lenguaje en una época y en un pueblo) y sólo vio el idioma a través del velo de la escritura. No hay habla, no hay más que agrupaciones de letras.

Un primer paso se dio: de la letra se pasó a considerar el sonido articulado y del papel se pasó al sujeto hablante [] Todavía no hay lenguaje, ya hay habla.

La conquista de estos últimos años es haber situado por fin no sólo todo lo que es el lenguaje y la lengua en su verdadero hogar, exclusivamente en el sujeto hablante, sino haber considerado a este como ser humano y como ser social.

El movimiento de la escuela fundada por Franz Bopp a principios de este siglo no consideró el lenguaje en su carácter, su valor, en su aspecto de fenómeno, en su esencia. ¿Era eso desconocer en su naturaleza el objeto que pretendía estudiar, como se le reprocha frecuentemente en la actualidad?

Este reproche parece injusto, pues los adeptos a la joven ciencia no le daban a esta en absoluto como misión y razón de ser el estudio del lenguaje.

En qué medida el lenguaje podía ser objeto de una ciencia propia

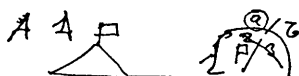
La escuela fundada por F[rantz] Bopp a comienzos de este siglo no contempló el lenguaje en su aspecto de fenómeno ni en su carácter de ejercicio de una facultad del alma. Hoy se le reprocha con frecuencia que no conocía en su esencia el objeto que pretendía estudiar. Esto es más bien suponerle arbitrariamente una misión que no había pensado realizar, que muchos de sus adeptos sin duda habrían rechazado. En realidad es el objeto el que había cambiado: y de manera imperceptible una ciencia diferente sucedió a la primera y pretendió condenar a su antecesora, tal vez

sin estar lo suficientemente segura de la legitimidad de su propia existencia.

Surgida de la filología, esto es, del estudio de las literaturas, de los textos y, subsidiariamente, de las lenguas, la ciencia a la que Bopp y Grim abrían paso se llamó primeramente filología comparada o gramática comparada. Sólo se distinguía de la filología clásica por la búsqueda de sus []

Abrió un campo ilimitado a [] nuevos, ese es el honor indiscutible que le corresponde a la escuela que [] y, sin embargo, nada es más difícil que determinar con precisión qué ciencia quiso fundar esa escuela; ni siquiera si pretendió fundar una ciencia distinta y, en el caso de que no fuera así, qué nuevo principio introducía en las ciencias conocidas.

2 [Signo]



¿Dónde está «el signo» en la concepción inmediata que de él nos hacemos? Está en A en la montaña, y su naturaleza, cualquiera que sea, material o inmaterial, es *simple*, se compone de A.

¿Dónde está «EL SIGNO» en la realidad de las cosas? Está tras nuestra frente, y su naturaleza (material o inmaterial, poco importa) es COMPLEJA; no se compone de A ni siquiera de a, sino de la asociación a/b con *eliminación* de A, de tal modo que es imposible encontrar el signo en b ni en a tomados *separadamente*.

Más arriba: no temo en modo alguno recurrir a un diagrama que puede parecer ridículo o incluso un insulto para la inteligencia del lector. En las cosas elementales de la semiología no se trata de desplegar la inteligencia sino de luchar contra el formidable []

Puede decirse que todo signo es una *operación* de orden psicológico simple —por eso no sorprende—, pero no se puede hablar siempre de esta operación frente a las delimitaciones.

3 [Adivinación - Inducción]

La lingüística procede en realidad por inducción y adivinación, y debe proceder así para lograr resultados fecundos. Sólo cuando ya se ha percibido la hipótesis se parte siempre de ahí, de lo que se reconstruye, para asignar a continuación a cada lengua, sin prejuicios, lo que le corresponde de la mencionada hipótesis. Indudablemente, con ello la exposición gana en claridad. Se acepta como prueba el conjunto satisfactorio que producen los hechos explicados así para quien admite la hipótesis.

(Perdóneseme que escoja un ejemplo personal, ya que lo haré para pedir excusas. En mi *Memoria* cometí el error, de acuerdo con la idea correcta en el fondo, [de] deber, a propósito del fonema [ʔ] supuesto, [de] deber dar la lista de las *o* greco-italicas con sus modificaciones de una manera totalmente objetiva. De modo que a pesar de mi convicción íntima de que el intercambio *o-a*, ὀρθός *arduus*, venía motivado por un fenómeno muy especial, ajeno a ὀγδοός *octavus*, lo incorporaba a la lista *o-a* [porque] ni en el propio greco-italico (ni en el greco-italico combinado con otras lenguas: *simplemente* ausencia de obstáculos), hay prueba del hecho en cuestión y sólo podía [] en virtud del sánscrito. De ahí una confusión en que es difícil buscar el pensamiento del autor).

No se suele tomar la molestia, cosa que deberían hacer incluso los más convencidos de una verdad, de anotar científicamente las pruebas objetivas y la parte exacta que proporcionan o no proporcionan los diversos idiomas. Hay que establecer la lista exacta de las coincidencias que apoyan cada proposición y que deben constituir el centro de la discusión para los adversarios.

La mayoría de las veces algunas coincidencias sólo llaman la atención después de la hipótesis y gracias a ella; hay que catalogarlas haciendo abstracción de la hipótesis, dando la medida exacta de la fuerza de prueba que tienen, y reduciendo dichas coincidencias a sus términos simples, lo que la mayoría de las veces constituye una tarea más delicada de lo que se cree. Es un trabajo que quizá no haya sido hecho de manera rigurosa ni en una sola de las reconstrucciones [¿proétnicas].

Por ejemplo en latín = *ŋ*. Cuando se ha reconstruido un fonema y queda *establecido* en otra lengua sin que en dicha lengua considerada por sí sola se lo pueda distinguir de otros; anotar formalmente el punto de prueba. Lo que no impide admitir –y con certeza.

Deducción

De modo que constantemente se sustituye de manera inconsciente una característica por otra en la definición de una entidad reconstruida.

Nota: que no se objete, que no se mezcle, por ejemplo, αμβᾶ, αμβᾶ (griego α larga/α breve). Nuestro método en este caso no es buscar lo que es, sino reconocer el punto exacto al que se puede llegar sólo con los datos del sánscrito y si por este razonamiento nos vemos llevados a poner lógicamente αμβᾶ, αμβᾶ en una serie que le sea ajena, es un error que el griego más tarde permitirá corregir. Este error, lo repito, no tiene nada que ver con el «catálogo de indicios» que establecemos.

4 [Sobre los compuestos latinos del tipo *agricola*]

Sea cual sea la diversidad de los casos, es una cuestión puramente latina que se plantea por la presencia de palabras *masculinas* en *-a* en la primera declinación latina.

Hablar de las [palabras *masculinas* en *-a* de la primera declinación] es plantear una cuestión puramente latina, porque sólo por hechos puramente latinos han podido ser incorporadas tales palabras.

Sean cuales sean las palabras, siempre es plantear una cuestión eminentemente latina hablar de las palabras []

Nos hallamos lejos de no []

El ejemplo de *agricola*, ... *transfuga*.

Pero en latín se presenta una dificultad que constituye, en nuestra opinión, una razón tan importante para rechazar tal explicación que nuestra refutación consistirá solamente en dicha razón []:

En griego, el nombre compuesto de acción femenino del tipo ἐκλογή o ἐκ-φυγή tiene una cierta extensión. Incluso en esta lengua ha tenido algunos límites que hacen que apenas se construyan palabras como οἰκοδομή, generalmente οἰκο-δομία, etcétera, tan pronto como el primer miembro deja de ser un simple prefijo. En latín el tipo entero está puramente ausente. No sólo [] sino que incluso si se da el pretexto de la existencia del femenino simple, por ejemplo *fuga*, la morfología latina se opone con rigor a un compuesto del mismo orden *transfuga* «transhuída» y le sustituye constantemente otra cosa, como *transfugium*, etcétera.

La hipótesis que deberíamos admitir es, por lo tanto, que 1º el latín tuvo probablemente el tipo ἐκ-λογή, lo que en sí resulta admisible; pero 2º [] este tipo se debía de perder normalmente en latín en un caso, aquel en el que conservaba su sentido primitivo, y se debía de conservar normalmente en el otro, aquel en que había cambiado de sentido por una

aplicación muy especial de un sentido. Ahí está la improbabilidad que nos parece grave.

Al probar otra vía con respecto a [], tratamos de demostrar que si no son masculinos «de la primera declinación», se trata en cambio de viejos masculinos en *a* tan legítimos en el grupo que forman como todos los demás elementos que han terminado por fundirse en las cinco declinaciones clásicas.

5 [faber - Faure (*Favre, Fèvre, Lefèvre, Lefébure*)]

Se ha procedido de varios modos con el nombre del nuevo presidente de la República, para arrancar a las sílabas de ese nombre alguna indicación fatídica. Sin embargo, no era difícil aclarar el sentido misterioso del nombre del joven curtidor que un día había de convertirse en jefe del Estado, ya que estas palabras Félix Faure significan también si hablamos latín: ¡*Feliz obrero!* (*Felix faber!*)

Se ignora en general que el nombre de *Faure* no es diferente del de *Favre*, del que procede merced a una confusión de la ortografía antigua, que mezclaba continuamente la *u* y la *v*. A su vez *favre*, como es bien sabido, es la antigua palabra *faber*, que se extendió mucho y se pronunciaba *fèvre* en otras provincias de Francia, como lo atestigua todavía nuestra palabra *or-fèvre* y el apellido *Le-fèvre*.

Los *Faure*, los *Favre*, los *Fèvre* y los *Lefèvre* forman una misma gran familia que se remonta no sólo a la honorable profesión de los artesanos sino en realidad a la de los artesanos del metal, especialmente honrada en la Edad Media.

Para ser exactos, hay que añadir los *Léfébure*, cuyo apellido se formó también gracias a [], sin lo cual se llamarían *Lefébvre*.

II. Antiguos documentos

(Edición Engler 1968-1974)

1 [Fonología, 1]

^{3282.1 = 930}4° No sólo acústicamente sino también *mecánicamente* la inhibición (es decir, la oclusiva y la sostenida) es una. El sonido *b* sólo comienza en el instante en que el contacto se establece; ^{3282.1 = 921}no empieza con el *movimiento* de cierre, sino con la *posición* de cierre; la operación que precede se traduce acústicamente no en la *b*, sino en el fonema anterior. ^{3282.1 = 931}En cambio, *la explosión* sólo puede comenzar después de que se produzca una abertura, por pequeña que sea. Marca el principio del movimiento que se abre. *Igualmente* desde el punto de vista mecánico, el número y la naturaleza de los términos opuestos aparecen, por lo tanto, de modo diferente: mantenimiento del estado de cierre, abandono del estado de cierre: período estable y período inestable (= abierta), en lugar de dos períodos inestables diferentes, más período estable. ^{= 920}5° La explosión es forzosamente momentánea; la *inhibición* puede tener una duración indefinida. ^{= 922-923}En lugar de la diferencia cualitativa entre la implosión y el período intermedio (¡sostenido!) sólo tenemos diferencias del tiempo concedido a la inhibición.

^{3282.2 = 926-929}Las articulaciones sostenidas tendrían el mismo derecho que las otras a ser consideradas. Aprovechando que, en general, no producen un efecto diferente de las articulaciones de cierre y que, en particular, si una articulación de cierre y una sostenida de la misma clase se siguen, el efecto es continuo de un extremo a otro, imaginamos, para simplificar, que no hay que ocuparse de las articulaciones sostenidas, y entonces nos quedamos de modo más o menos artificial

frente a dos términos solamente: la articulación de abertura y la de cierre.

^{3282.2a = 925} En lo que sigue, supondremos ausentes las plosiones; o, si se presentan, las incluiremos en la categoría de las implosiones. ^{3282.2 = 932} Dos licencias que no deberían permitirse en un auténtico tratado de fonología, aun cuando el efecto acústico de las plosiones sea totalmente análogo al de las implosiones. Efectivamente, cada designación de unidad fonatoria significa que el elemento propuesto es conocido tanto en su vertiente acústica *como* en su vertiente mecánica, y no que viene determinado según una de estas vertientes. Si no se hace así, al poner una junto a otra dos unidades, determinadas por ejemplo sólo según su naturaleza acústica, se podría estar frente a dos casos mecánicos profundamente diferentes con los mismos términos fonológicos. La medida que tomamos, por lo tanto, es lo más antimetódica posible y nos repugna extremadamente, pero fuera de este punto resulta ventajoso en la práctica entrar provisionalmente en el artificio que suprime las plosiones.

^{3282.3 = 1014} Puesto que se da un intento de hacer intervenir la *sílaba* como recurso fácil cuando no se sabe qué hacer con la sonante, subrayemos que es un rasgo muy característico de la escuela de la que hablamos el cultivar ese detestable círculo vicioso y el pensar que cuando dos problemas son difíciles, cada uno en particular, se hacen más sencillos si se suman en un todo único.

No se puede acusar a ninguna escuela por sus errores materiales, pero a todas se les podrá reprochar sin miramientos que propongan cosas que ofenden la rectitud de la mente, haciendo creer que se hace luz con la noche y que hay una doctrina donde sólo existen equívocos. Aun cuando nos quedemos sin saber qué pensar respecto a la sílaba y a la sonante—sobre todo en este caso, añadiremos— hay que evitar implicar uno de estos problemas en el otro. Sólo manteniéndolos separados, ya habremos hecho algo en favor de la claridad, aun cuando tengamos que confesar que no sabemos nada ni de uno ni de otro.

^{3282.4 = 1066} Ciertamente si existiera una letra que correspondiera a *r* (*l*, *m*, *n*) explosiva (supongo por un momento *p*), no habría nada más urgente que proscribir el signo sonántico *r*) y escribir *kpata/krta*, *karta*, como *kjata/kita*, *kaita*. Como desgraciadamente esta letra está ausente, reconocemos que el único sistema lógico sería utilizar en los tres casos *r* (*krata*, *krta*, *karta*) y renunciar a toda distinción, para no introducir una que desentone con el principio seguido por *i* y *j*. Con todo, en la práctica vale más no prescindir de la distinción sonántica cuando no haya ninguna otra, aunque no sea la que habría que señalar y sin olvidar jamás

que separa dos *r* idénticas (krta y karta) y que agrupa dos *r* diferentes (karta - krata). Estas son sencillamente las consideraciones que siempre nos han parecido poder legitimar el mantenimiento de la *r*, como anotación provisional.

^{3282.5 = 1062} Hace unos diez años, la aparición de los signos *ĩ* y *ũ* con el nombre que se les conoce me sumergió en esa época, si se me permite confesarlo, en un asombro sin igual. Se acababa de descubrir y se hacía más necesario que nunca llegar por fin, si fuera posible, a una inteligencia clara de las condiciones fisiológicas de la vocal y de la sílaba. Sin embargo, en mi opinión, nada en realidad podía indicar un más perfecto desconocimiento de esas condiciones que la adopción de estos signos: *ĩ* y *ũ*. ^{= 1060} El problema que plantean los fonemas *i u r l m n* es el de saber, a) por qué esos sonidos pueden tener para el oído dos valores opuestos, mientras que otros fonemas, por ejemplo *p* o *a*, nunca tienen más que una clase de valor para el oído; b) en qué condiciones exactas es o posible o inevitable que tengan tal valor. ^{= 1064} A esta doble pregunta, el sistema de anotación *i - ĩ, u - ũ* responde mediante la pregunta misma. Cuando, en lugar de escribir *srutos, sreymen, sreũo*, se escribe *srutos, sreymen, sreũo*, constato que el fonema *u* aparece bajo dos formas acústicas; es decir, se constata el problema y no se hace absolutamente nada para resolverlo. Este es el lado negativo e inofensivo de esta forma de anotación, que no presenta inconveniente grave, con tal de que esté claro para todos que no va más allá de este alcance negativo. No obstante, todos se verán llevados a suponer que resuelve efectivamente algo del problema, que por ejemplo [], y en ese sentido una anotación así constituye un obstáculo.

^{3286.6} Si se dirigieran ataques fáciles contra nuestro modo de concebir los fenómenos fonéticos con el pretexto de que [], tendríamos derecho a reírnos y extrañarnos. ¿Alguien puede imaginar, por ejemplo, que el solo hecho de hablar como hemos hecho de una *explosión*, sin ningún detalle que explique si por este nombre se entiende una unidad mecánica, una unidad acústica o una unidad fonológica, no sea algo sometido a escrúpulos mayores, para quien crea en ellos, que el de suponer la semejanza práctica de las explosiones? Desde el principio mismo, y no sólo a propósito de tal detalle, habría que renovar de arriba a abajo la exposición por la que hemos optado, si se exige un sistema verdaderamente científico en general. Pero en ese sistema, quizá científico, no se percibirían los temas concretos que, de momento, deseábamos establecer; y el más mínimo intento de dejar de lado ese sistema levantaría protestas mucho más fuertes que el esquematismo benigno que aquí proponemos.

3282.7 = 945 Habremos trazado un retrato exacto de la concepción de nuestros fonólogos diciendo que para ellos hay, o parece haber, dos condiciones fundamentales del fonema: una (sobre la que evitan explicarse) en que el fonema vive aparte, con una vida ciertamente difícil de definir y captar, pero dada como tan presente al sentido que no precisa ser explicada ni justificada. Después otra en la que el fonema, hasta entonces flotando solitario en el espacio, entra en combinación con otros. Esta segunda forma de existencia se ve claramente como un caso particular, y en realidad menos que eso, pues tampoco provoca una explicación clara de la nueva situación del *fonema*; sólo provoca consideraciones sobre el hecho de la combinación y sobre el hecho de que no hay que esperar encontrar en la combinación algo semejante a lo dicho sobre el fonema «aislado». El primer modo de contemplar el fonema ocupa la primera parte de los tratados. El segundo, cuando no está ausente, constituye un capítulo final que parece indicar la coronación de la obra inicial, los resultados a los que se llega cuando uno se ha entregado a análisis tan penetrantes como los leídos en la otra parte.

Contra esta concepción, la protesta que elevo consiste simplemente en esto: hay que definir la unidad de fonación, y cuando se haya definido esta unidad, se verá que no hay diferencia entre la unidad en la cadena o fuera de la cadena. Se dejará de imaginar que los fonemas, por una parte, planean en el cielo y, por otra parte, a veces caen en la cadena hablada. El mayor error de los fonólogos a los que ataco no es el de haber imaginado que los fonemas «al entrar en la cadena» se hallen sometidos a un régimen especial, aunque esta idea sea ya sorprendente, sino el de haber aceptado la idea de que exista cualquier otra forma de los fonemas distinta de la que puedan tener en la cadena y de haber propagado la idea de que B o Z o L representan unidades, incluso «unidades inmediatamente dadas», sin intentar demostrar a qué corresponde tal afirmación.

2a [Primera conferencia en la Universidad de Ginebra (noviembre de 1891)]

³²⁸³ Si la cátedra que tengo el honor de inaugurar en este momento representara un nuevo orden de estudios en nuestra Universidad, si tuviera hoy la misión o el privilegio de introducir a ustedes en el edificio que la ciencia del lenguaje está construyendo desde hace setenta años, describiendo en sus grandes líneas el estado actual de esta ciencia, recorriendo

su pasado, que no es muy largo, o pronosticando su futuro, definiendo su finalidad, su utilidad, señalando el lugar que ocupa en el círculo de los conocimientos humanos y los servicios que puede prestar a una Facultad de Letras, temería no poder cumplir mi tarea dignamente, pero desde luego no podría quejarme aquí de abandono. Sin exaltar exageradamente los méritos de la lingüística, por ejemplo ¿qué provecho pueden obtener de este estudio la erudición clásica, el conocimiento de las lenguas griega, latina y francesa, aunque sólo tenga finalidad literaria, y a continuación el interés que puede tener el mismo estudio para la historia o para la historia de la civilización? Y en este punto tendría que recordar el nombre ginebrino, del que nos sentimos orgullosos también por otros motivos en relación con nuestra patria, el nombre de Adolphe Pictet, el primero en concebir metódicamente el partido que se podía sacar de la lengua como testigo de las edades prehistóricas y que, aun confiando tal vez demasiado —como era inevitable en el entusiasmo primero que provocaba la súbita revelación de un mundo insospechado— *en la verdad*, el valor absoluto de las indicaciones que puede *dar* la lengua, no por ello ha dejado de ser el fundador de una seria rama de investigaciones todavía cultivada con toda razón por una serie ininterrumpida de eruditos —insistiré después de esto en el alcance singularmente preciso que ha adquirido la lingüística para la etnografía, hasta el punto que el dato [lingüístico] sigue siendo, mientras no se demuestre otra cosa, la prueba primera para el etnólogo —y hay que preguntarse cómo habría podido el etnólogo sin ese dato llegar a afirmar por ejemplo (por tomar un ejemplo entre mil) que entre los húngaros, los cingaros representan una raza totalmente distinta de la magiar; que en el imperio austriaco el cingaro, a su vez, representa una raza totalmente distinta de la del checo y el alemán; que, en cambio, el checo y el alemán que se odian de todo corazón, son parientes muy cercanos; que el magiar a su vez es primo cercano de las poblaciones finlandesas del imperio ruso, a orillas del Báltico, de las que jamás ha oído hablar; que a su vez todos los cingaros de los que hablaba son un pueblo originario de la India— pasaré a continuación, y esto nos acercará más al objeto auténtico, a todo lo que la psicología probablemente está llamada a recoger próximamente del estudio del lenguaje; pero después de esto, o antes de esto, más bien les plantearía la siguiente pregunta: ¿piensan ustedes seriamente que el estudio del lenguaje necesita, para justificarse o disculparse por existir, demostrar que es útil a otras ciencias? He comenzado por constatar que cumple ampliamente esta exigencia y quizá en mayor medida que muchas ciencias, pero no veo, lo confieso, justificación para esta exigencia. ¿A qué ciencia se le pone esta

condición preliminar para su existencia, la de comprometerse a entregar resultados destinados a enriquecer otras ciencias que se ocupan de otros objetos? Esto es negarle un objeto propio. Lo único que se puede pedir a las ciencias que aspiran a ser reconocidas es que tengan un objeto digno de atención seria, es decir, un objeto que desempeñe una función indiscutible en las cosas del universo, en el que se hallan comprendidas ante todo las cosas de la humanidad; y el rango que ocupe esta ciencia será proporcional a la importancia del objeto en el gran conjunto de las ideas.

Ahora bien, hay que evaluar si el lenguaje constituye en este conjunto un factor digno de ser percibido o un factor nulo, una cantidad apreciable o inapreciable. De ahí (y solamente de ahí) puede depender un juicio equitativo e ilustrado sobre el valor del estudio del lenguaje en el conocimiento general; los rayos de luz que hayan podido caer súbitamente de la lengua sobre otras disciplinas y otros objetos de investigación, por intensos que hayan sido, no pueden tener más que una importancia absolutamente episódica e incidental para el estudio de la lengua misma, para el desarrollo interior de este estudio y para el objetivo hacia el que se dirige. ¿Vale o no la pena estudiar el fenómeno del lenguaje en sí mismo, ya sea en sus manifestaciones diversas o en sus leyes generales, que no podrán deducirse de otro modo que de sus formas particulares? Ese es, si hay que indicarlo de manera clara y categórica, el terreno en el que se sitúa actualmente la ciencia del lenguaje. ¿El lenguaje o la lengua puede, por lo tanto, considerarse un objeto que exige estudio por sí mismo? Tal es la pregunta que se plantea. Ni siquiera la examino. Les diré, señores, que se ha rechazado a nuestra pobre especie humana todo carácter distintivo respecto a otras especies animales, todo y absolutamente todo, incluyendo el instinto de industria, la religiosidad, la moralidad, el juicio y la razón, todo excepto el lenguaje, o, como se dice, la palabra articulada, expresión en la que ese término de articulado, sobre el que tengo muchas reservas, es en el fondo oscuro y muy vago. No ignoro que en estos momentos varias especies de monos, como han anunciado los periódicos, tratan de disputarnos ese último adorno de nuestra corona, el lenguaje articulado, y no discuto los derechos de esos monos que pueden ser, lo admito, dignos de consideración. Lo que está claro, como se ha repetido mil veces, es que el hombre sin el lenguaje sería tal vez el *hombre*, pero sería un ser que no se acercaría ni de modo aproximado al hombre que conocemos y somos, porque el lenguaje ha sido el más formidable motor de acción colectiva por una parte, y de educación individual por otra, el instrumento sin el cual, en realidad, el individuo o la especie ja-

más habrían podido ni siquiera aspirar a desarrollar en ningún sentido sus facultades innatas.

^{3283 = 3281} En este punto se presenta esta objeción, más o menos fundada en nuestra opinión: transforma usted el estudio de las lenguas en estudio del lenguaje, del lenguaje considerado como facultad del hombre, como uno de los signos distintivos de su especie, como carácter antropológico o, por así decir, zoológico. Señores, este es un tema sobre el que necesitaría disponer de bastante tiempo para exponer, desarrollar y justificar mi punto de vista, que no es otro que el de todos los lingüistas actuales: y es que efectivamente el estudio del lenguaje como hecho humano está del todo o casi del todo contenido en el estudio de las *lenguas*. El fisiólogo, el psicólogo y el lógico podrán disertar extensamente, el filósofo podrá a continuación recoger los resultados combinados de la lógica, la psicología y la fisiología, pero jamás, me permito decirlo, jamás los más elementales fenómenos del lenguaje se podrán sospechar o percibir claramente, clasificar y comprender si no se recurre en primera y última instancia al estudio de las *lenguas*. Lengua y lenguaje son una sola y misma cosa; uno es la generalización de la otra. Querer estudiar el lenguaje sin tomarse la molestia de estudiar sus diversas manifestaciones, que son evidentemente las *lenguas*, es una empresa absolutamente vaga y quimérica; pero querer estudiar las lenguas olvidando que esas lenguas están regidas primordialmente por determinados principios que se resumen en la idea de *lenguaje*, es un trabajo todavía más desprovisto de significación seria, de cualquier auténtica base científica.

En consecuencia el estudio general del lenguaje se alimenta sin cesar de las observaciones de todo tipo que se hayan realizado en el campo particular de tal o cual lengua. Incluso suponiendo que el ejercicio del habla constituyera en el hombre una función natural, punto de vista eminentemente incorrecto en que se sitúan ciertas escuelas de antropólogos y de lingüistas, aun así sería absolutamente preciso sostener que el ejercicio de esta función no se puede abordar científicamente más que por la vertiente de la lengua o por la vertiente de las lenguas *existentes*.

Ahora bien, inversamente, el estudio de esas lenguas existentes se vería condenado a permanecer casi estéril, a permanecer en todo caso desprovisto a la vez de método y del menor principio rector, si no tendiese constantemente a ir a ilustrar el problema general del lenguaje, si no buscase sacar de cada hecho particular que observa el sentido y el provecho neto que de él resulta para nuestro conocimiento de las operaciones posibles del instinto humano aplicado a la lengua. ^{3283 continuación} Y esto no tie-

ne una significación vaga y general: toda persona algo versada en nuestros estudios sabe con qué alegría y qué triunfo cada investigador señala un caso teórico nuevo cuando lo encuentra donde sea, en el último de nuestros dialectos, o en el más ínfimo idioma polinesio. Es una piedra que aporta al edificio y que no será destruida. Actualmente, en todo momento, en cada rama de la ciencia de las lenguas, todos se sienten por encima de todo ansiosos de aclarar lo que puede interesar al lenguaje en general. Y, fenómeno notable, las observaciones teóricas que aportan los que han concentrado su estudio en tal o cual rama especial, como la germánica o la románica, son mucho más apreciadas y consideradas que las observaciones de los lingüistas que abarcan una mayor serie de lenguas. Se comprende que el último detalle de los fenómenos es también su razón última y que, de este modo, la especialización extrema puede ayudar eficazmente a la generalización extrema. No son lingüistas como Friedrich Müller, de la Universidad de Viena, que abarcan casi todos los idiomas del globo, los que han conseguido nunca hacer avanzar un solo paso en el conocimiento del lenguaje; en este sentido los nombres que habría que citar serían los de romanistas como Gaston Paris, Paul Meyer, Schuchardt, los de germanistas como Hermann Paul y los de la escuela rusa que se ocupan especialmente del ruso y del eslavo, como N. Baudouin de Courtenay y Kruszewski.

El punto de vista al que hemos llegado, señores, y que es simplemente el punto de vista en que se inspiran sin excepción los estudios de las lenguas en todas sus ramas, permite comprender claramente que no hay separación entre el estudio del lenguaje y el estudio de las lenguas, o el estudio de tal o cual lengua o familia de lenguas; pero, por otra parte, que cada división o subdivisión de lengua representa un documento nuevo, y que interesa con la misma legitimidad que cualquier otro para el hecho universal del lenguaje. La Universidad de Ginebra ha querido desde el primer día, y con razón, dar un lugar a la ciencia del lenguaje; lo ha hecho creando el curso de Lingüística y ha resumido así en un nombre muy apropiado el conjunto de los estudios relativos al hablar humano. Casi huelga decir que esta enseñanza, impartida desde hace quince años, con una erudición y una experiencia que ustedes no esperan ni por un momento encontrar en estas conferencias, que esta enseñanza jamás ha tenido en sus programas nada que pudiera excluir algún corpus de estudios particular, como el propio de las lenguas románicas, de las lenguas germánicas, lenguas indoeuropeas o lenguas semíticas, etcétera. Al contrario, suscita en torno suyo estos estudios particulares, y la prueba más autorizada, al tiempo que la más agradable, que puedo aportar de ello es

que el nuevo curso de lenguas indoeuropeas creado por el Departamento de Instrucción Pública se ha puesto en marcha en total acuerdo con el eminente titular de la cátedra de lingüística.

Cuanto más especialidades lingüísticas dedicadas al estudio de un grupo de lenguas haya en un centro académico, mayor consistencia adquirirá el conjunto de estos estudios, por su apoyo mutuo, y mejor se percibirán los rasgos generales de la disciplina, que se rompen y fraccionan allí donde desaparecen de repente la información, el interés y la vida, por falta de disciplinas o de maestros. Como lingüista me vería llevado a desear el desarrollo indefinido de las cátedras de lingüística (aunque he de confesar que ese desarrollo indefinido podría tener a la larga inconvenientes inquietantes para todo el mundo).

Si el estudio lingüístico de varias lenguas o de una sola reconoce como objetivo final y principal la comprobación y la búsqueda de las leyes y procedimientos universales del lenguaje, se podría preguntar hasta qué punto estos estudios tienen su lugar en una Facultad de Letras, o si no tendrían un lugar igualmente conveniente en una Facultad de Ciencias. Eso sería replantear la muy conocida cuestión que agitaron hace un tiempo Max Müller y Schleicher; señores, ustedes lo saben, hubo un tiempo en que la ciencia del lenguaje se había persuadido a sí misma de que era una ciencia natural, casi una ciencia física; no pienso demostrar que se trataba de un espejismo, sino que, por el contrario, he de constatar que ese debate está cerrado y bien cerrado. A medida que se ha ido comprendiendo mejor la auténtica naturaleza de los hechos de lenguaje, tan cercanos y por eso mismo más difíciles de captar en su esencia, se ha hecho más evidente que la ciencia del lenguaje es una ciencia histórica y nada más que una ciencia histórica.

Esta cualidad de ciencia histórica autoriza a toda clase de estudios lingüísticos a figurar en una Facultad de Letras. Como se ha insistido particularmente en esta idea de historia en el título del curso —mientras que otras denominaciones como *Gramática comparada* se utilizan más— creo tener la obligación de tratar de hacer un comentario, forzosamente breve e incompleto, sobre el sentido que tiene la palabra *historia* para el lingüista. Me hubiera gustado solicitar su atención en torno a este tema casi sin ningún otro preámbulo, ya que lo contiene todo: cuanto más se estudia la lengua, más claramente se comprende que *todo* en la lengua *es historia*, es decir, que se trata de un objeto de análisis histórico y no de análisis abstracto, que se compone de *hechos* y no de *leyes*, que todo lo que parece *orgánico* en el lenguaje es en realidad *contingente* y completamente accidental.

Hay un primer modo algo superficial de entender que la lingüística es una ciencia histórica, que consiste en observar que no se llega a conocer completamente a un pueblo sin conocer su lengua o sin tener una idea de ella; que la lengua es una parte importante del bagaje de las naciones y contribuye a caracterizar *una época, una sociedad*. La presencia de celtas en las Galias y su lenta desaparición bajo la dominación romana constituyen, por ejemplo, grandes hechos *históricos*. Es el punto de vista de la *Lengua en la Historia*, pero no es el punto de vista de la *historia de la lengua*. Es evidente que por mil hechos la lengua interesará al historiador; añadiré incluso que el historiador a veces no se interesa por ella suficientemente. Hay muy pocas personas en Francia a quienes se les ocurra preguntarse qué lengua se hablaba en la corte de Carlomagno: ¿era románico o alemán, y, si era alemán, era un dialecto desaparecido o uno de los dialectos que subsisten? Muy pocos historiadores se fijan en que los nombres de los jefes hunos, como *Atila*, no son nombres hunos sino germánicos, y esto prueba todo un estado de cosas muy interesante; y en segundo lugar que esos nombres germánicos no pertenecen a cualquier dialecto, no son sajones ni escandinavos, sino claramente godos. Pero todos estos hechos, grandes o pequeños, en que la lengua se halla mezclada con la vida de los pueblos, con la vida política, social, literaria, no son, lo repito, o no son más que de vez en cuando lo que se puede llamar vida de la lengua misma.

Por consiguiente, es desde otro punto de vista desde el que la ciencia del lenguaje reivindica el título de ciencia histórica. Y es que toda la lengua en sí misma tiene una historia que se desarrolla perpetuamente, que está hecha de una sucesión de acontecimientos *lingüísticos*, que no han tenido resonancia exterior y que jamás han sido inscritos por el célebre buril de la historia; del mismo modo que, a su vez, son completamente independientes, en general, de lo que ocurre en el exterior. Toda lengua presenta, un poco como esas morenas que vemos al pie de nuestros glaciares, el cuadro de un amasijo prodigioso de cosas acarreadas a través de los siglos, pero de cosas que *tienen una fecha, y fechas muy diferentes*, del mismo modo que se puede reconocer en los sedimentos glaciares que comparaba antes que tal trozo de granito viene de una distancia de varias leguas de las cumbres más elevadas de la cadena, mientras que tal bloque de cuarzo se remonta apenas a los primeros contrafuertes de la montaña... Así pues, *la lengua tiene una historia*, es una característica constante. ¿Es por sí sola decisiva para situar la ciencia del lenguaje entre las ciencias históricas? Está claro que no. La Tierra, por ejemplo, tiene una historia que es contada por la geología, de lo que no se deduce que la geología sea una *ciencia histórica*, al menos en el sentido estricto y preci-

so que damos a este término. ¿Cuál es entonces la segunda condición que implica la palabra ciencia histórica? Es que el objeto que constituye la materia de la historia –por ejemplo, el arte, la religión, el vestido, etcétera– representa en algún sentido *actos humanos* regidos por la voluntad y la inteligencia humanas, que, por lo demás, deben ser tales que no interesen solamente al individuo sino a la colectividad.

¿Se puede considerar que los hechos lingüísticos son el resultado de actos de nuestra voluntad? Esa es pues la pregunta. La ciencia del lenguaje actual responde afirmativamente a esta pregunta. Pero es preciso añadir inmediatamente que hay muchos grados conocidos en la voluntad consciente e inconsciente, como sabemos; ahora bien, de todos los actos que podrían compararse, el acto lingüístico, si puedo llamarlo así, tiene la característica [de ser] el menos reflexionado, el menos premeditado y, al mismo tiempo, el más impersonal de todos. Vemos ahí una diferencia de grado que va tan lejos que durante mucho tiempo ha producido la ilusión de una diferencia esencial, pero que no es en realidad más que una diferencia de grados.

Observemos ahora más de cerca, señores, lo que contiene esta palabra y esta visión de la Historia aplicada a la lengua. Casi inmediatamente aparecerá la necesidad de clasificar nuestras ideas en dos aspectos. La lengua se diferencia en el tiempo y, a la vez, se diferencia o se diversifica en el espacio. Una lengua examinada en fechas diferentes no es idéntica a sí misma. Examinada en dos puntos más o menos distantes de su territorio tampoco es idéntica a sí misma. Cuando se quiere tener una visión exacta de los acontecimientos las dos cosas se deben considerar de frente y al mismo tiempo. Pero nos vemos obligados a separarlas en teoría para proceder con orden.

Por tanto, hoy consideraré únicamente la marcha de la lengua en el tiempo, suponiendo que no tenemos que preocuparnos en absoluto por el factor de la distancia geográfica.

Incluso sólo me será posible en esta sesión tratar el primer tema principal que hay que plantear; es el principio de la *continuidad* en el tiempo; en la sesión del martes tendremos que examinar el principio que constituye su contrapartida, el de la *transformación* en el tiempo. Después, del mismo modo, consideraremos lo que se puede decir del principio de la *continuidad* en el espacio y del de la *divergencia* en el espacio. Después de esta exposición, que tendrá la ventaja de situarnos en un terreno perfectamente despejado para el estudio de los hechos particulares, trataremos con mayor seguridad el tema especial de la fonética del griego y el latín, en que las ocasiones de aplicar esos principios generales se presentan sin cesar.

Efectivamente, el *primer aspecto* en que debe ser contemplada la idea de *Historia* cuando se trata de la lengua, o la primera cosa que hace que la lengua tenga una historia es el hecho fundamental de su *continuidad en el tiempo*; no digo, tomen nota, por favor, del hecho de que sea *fija*, del que hablaremos más adelante, sino de su *continuidad*. Vale la pena que nos detengamos un instante ante este principio elemental y esencial de la *continuidad* o de la *ininterrupción* forzada, que es la primera característica o la primera ley de la transmisión del hablar humano, y esto sean cuales sean las revoluciones o las sacudidas de todo tipo en torno a la lengua que pueden cambiar todas las condiciones [] Ya se trate de un pueblo que viva tranquilo en el fondo de un valle retirado, de un pueblo agricultor, guerrero, nómada, ya cambie súbitamente de religión, ideas, estado social y civilización, ya cambie de patria y de clima, ya cambie incluso de *lengua* —pues entonces lo que hará es continuar, al adoptarla, la de otro pueblo—, jamás en parte alguna se conoce históricamente una ruptura en la trama continua del lenguaje, y *a priori* no puede concebirse lógicamente que jamás ni en parte alguna pueda producirse.

Cuando consideramos un determinado estado de lengua, como el francés del siglo XIX, y un determinado estado de lengua anterior, como por ejemplo el latín del siglo de Augusto, al principio nos llama la atención la gran distancia que los separa y, me apresuro a añadir, todavía nos llama más la atención la denominación diferente que se les ha dado, al llamar a esto *latín* y a aquello *francés*. Entonces nos vemos llevados a imaginar que hay dos cosas, de las cuales una ha sucedido a la otra. Que haya *sucesión* es inevitable y evidente, pero que haya dos cosas en esa sucesión es lo que es falso, radicalmente falso y peligrosamente falso, *desde el punto de vista* de todas las concepciones que de ello se derivan. Basta con reflexionar un instante, ya que esta sencilla observación lo contiene todo: cada individuo usa al día siguiente el mismo idioma que hablaba la víspera y así ha sido siempre. No existe pues un día en que se haya podido expedir un certificado de defunción de la lengua latina e inscribir el nacimiento de la lengua francesa. Nunca los habitantes de Francia se han levantado diciendo *buenos días* en francés, tras haberse ido a dormir la víspera diciendo *buenas noches* en latín.

No existe ningún objeto completamente comparable a la lengua, que es un ente muy complejo, y eso hace que todas las imágenes de que nos servimos habitualmente conduzcan sin excepción a darnos de ella una idea falsa en algún aspecto. Esas trampas tendidas tras cada locución son quizá lo que más ha atrasado []

Me alegro extraordinariamente de que el primer romanista de nuestro tiempo, el maestro indiscutido que dirige desde hace veinte años todo el movimiento de la filología, Gastón Paris, no haya considerado inútil declarar una guerra sin cuartel a dos de nuestras locuciones más corrientes y más inocentes en apariencia; la primera: *el francés viene del latín*, o bien tal palabra, por ejemplo *chanter* (cantar) *viene del latín cantare*. El francés no *viene* del latín, sino que *es* el latín, el latín tal como se habla en tal fecha precisa y en tales y cuales límites geográficos precisos. *Chanter* no *viene* del latín *cantare*, sino que *es* el latín *cantare*. Es como decir que el francés que hablamos viene del francés de Montesquieu o del de Cornille, de Montaigne, de Froissart o del Cantar de Roldán; esto es una [], pero como todo el mundo dice que *es* el francés de Montesquieu, o el del Cantar de Roldán, no hay ninguna razón para no decir del mismo modo que *es* el latín de Augusto, o el de Plauto, y la manera de hablar antehistórica que ha precedido la manera latina de hablar.

Y la otra locución figurada que vamos a desterrar con Gastón Paris es la que dice *el francés, lengua hija del latín*, o la que dice *el latín, lengua madre* de las lenguas románicas. No hay lenguas hijas, no hay lenguas madres, no las hay en parte alguna ni las ha habido jamás. En cada región del globo hay un estado de lengua que se transforma lentamente, de semana en semana, de mes en mes, de año en año, de siglo en siglo, como veremos luego, pero jamás ha habido en ningún lugar parto ni procreación de un idioma nuevo por un idioma anterior, esto está fuera de todo lo que vemos y de todo lo que podemos representarnos mentalmente, sencillamente por las condiciones en que todos hablamos nuestra lengua materna.

Según lo que se acaba de plantear, ¿qué podemos decir del *nacimiento* y la *muerte* de las lenguas, que desempeñan un importante papel en lo que de ellas se dice en el mundo?

Comencemos por la muerte.

Una lengua no puede tener una muerte natural y en la cama. Sólo puede perecer por muerte violenta. El único modo en que puede cesar es que se vea suprimida por la fuerza, por una causa totalmente exterior a los hechos del lenguaje. Por ejemplo, por el exterminio total de los pueblos que la hablan, como ocurrirá pronto con los idiomas de los indios en América del Norte. O bien por imposición de un nuevo idioma de una raza más fuerte; generalmente no sólo es necesaria una dominación política, sino también una superioridad de civilización, y con frecuencia una lengua *escrita* que se impone a través de la Escuela, la Iglesia, la Administración... y a través de todos los canales de la vida pública y priva-

da. Es el caso que se ha repetido cien veces en la historia: el caso del galo de la Galia suplantado por el latín, el de los negros de Haití que hablan francés, el del fela egipcio que habla árabe, el del habitante de Ginebra que habla el dialecto de Île-de-France²⁰ y no la lengua autóctona que hablaba hace algunos siglos. Pero en estos casos no hay causas *lingüísticas*. Jamás ocurre que una lengua muera por agotamiento interior, tras haber acabado su trayectoria preestablecida. En sí misma una lengua es imprecadera, esto es, no hay ninguna razón para que su transmisión se detenga por una causa debida a la organización de dicha lengua.

Se puede leer en la primera página de una obra de Hovelacque sobre la lingüística: La lengua nace, crece, decae y muere como todo ser organizado. Esta frase es absolutamente típica de la concepción tan extendida, incluso entre los lingüistas, que nos esforzamos en combatir y que ha llevado directamente a hacer de la lingüística una ciencia natural. No, la lengua no es un organismo, no es una vegetación que exista independientemente del hombre, no tiene una vida propia que implique un nacimiento y una muerte. Todo es falso en la frase que he leído: la lengua no es un ser organizado, no muere por sí misma, no decae, no crece, en el sentido de que no tiene ni infancia ni edad madura, y, por último, no nace, como vamos a ver.

Efectivamente, nunca se ha anunciado en el mundo el nacimiento de una nueva lengua. Se han visto aparecer súbitamente nuevos astros en medio de constelaciones del cielo conocidas, y se ha visto en algún momento surgir nuevas tierras en la superficie de algunos mares, pero no se tiene conocimiento de una lengua que no se hablara, o que no se hablara de la misma forma, el día anterior. Se puede citar el volapük. Iba a hablar de él. Pues precisamente el volapük y *las demás lenguas [artificiales]* son un ejemplo excelente para darse cuenta de lo que impide que nazca una lengua o de lo que garantiza la transmisión de las que existen: hay dos factores, el primero la ausencia de toda iniciativa, pues todas las poblaciones se sienten satisfechas con su idioma materno; el segundo es que, incluso si se produjera una iniciativa, lo que supone un conjunto de circunstancias verdaderamente excepcionales, en particular el uso de la escritura, esta iniciativa tropezaría con la resistencia invencible de la masa, que no renunciará a su idioma habitual. El volapük, que no pretendía destronar ninguna lengua existente, a pesar de las favorables condiciones con que se presentaba, no pudo hacer fortuna en este mundo.

Se me podrá decir que negar en este sentido que alguna lengua haya nacido es jugar con las palabras y que basta con definir lo que se entien-

20. Región en que se encuentra el departamento de París. [N. de la T.]

de por nacimiento para no poder negar el nacimiento o el desarrollo progresivo de una lengua como el alemán o el francés. Yo respondo que en este caso se juega con otra palabra, la palabra *lengua*; en realidad la lengua no es un ser definido y delimitado en el tiempo; se distinguen la lengua francesa y la lengua latina, el alemán moderno y el germano de Arminio como se distingue [], y entonces se admite que uno comienza y que otro termina en alguna parte, lo que es arbitrario.

No obstante hay un aspecto de esta cuestión que se refiere a la diferenciación geográfica de las lenguas que no voy a tratar.

Si no se puede hacer nacer una lengua en ninguna parte, nos podemos preguntar qué es la edad que se asigna a cada una de estas lenguas. También en esto hay que ponerse de acuerdo en las palabras. Sobre la palabra *viejo* se producen confusiones singulares cuando se habla de lenguas. Hay tres modos para un hombre de ser más *viejo* o más *anciano* que otro. La primera, no siempre agradable, es haber nacido antes que el otro. La segunda, que aún lo es menos, es haber muerto antes que él: se hablará de los viejos compañeros que ya no están. La tercera, que es la peor, es estar, como decimos familiarmente, *peor conservado* que él. Pues bien, de estos tres modos, el primero no existe en el caso de las lenguas. Todas las lenguas que se hablan en la misma época tienen la misma edad; pues se remontan a un pasado igual. No es necesario determinar la duración de ese pasado. Se puede decir que es el origen del lenguaje, pero sin remontarse a períodos inaccesibles. Si nos detenemos en el período accesible, está claro que cada lengua indoeuropea hablada actualmente tiene exactamente la misma edad en relación con el tiempo en que se hablaba el indoeuropeo primitivo.

No me detengo en el segundo sentido en que una lengua sería más vieja que otra, que no tiene gran importancia; hay lenguas muertas y por consiguiente se pueden llamar antiguas, por ejemplo el galo, el fenicio, etcétera, que fueron extirpadas.

Por último, hay que señalar que en el tercer sentido se puede decir que una lengua es más vieja que otra pero, cosa curiosa, lo que ocurre con las lenguas es lo contrario, es decir, que son las lenguas mejor conservadas las llamadas viejas. En este sentido, por ejemplo, el griego es una lengua más vieja que el latín, considerado en la misma época; está menos alejada del tipo primitivo indoeuropeo. El sánscrito es más viejo, mejor preservado que algunas otras.

En nuestra próxima sesión, al oponer el principio de movimiento al principio de inercia que [], tendremos [].

2b [Segunda conferencia en la Universidad de Ginebra (noviembre de 1891)]

³²⁸⁴ Si en realidad, como acabamos de plantear, ninguna interrupción, ninguna escisión, ningún hiato es imaginable en la tradición de la lengua, si es cierto que la lengua del día siguiente siempre había existido la víspera con la misma forma, nos podemos preguntar qué ha ocurrido para que no hablemos la misma lengua que Julio César, cómo es que Julio César no hablaba el indoeuropeo de sus primeros antepasados. Dios mío, estoy persuadido de que esto es un poco la historia de todo lo que vemos suceder a nuestro alrededor y en nosotros mismos. Un sujeto original de nombre Boguslawski anunció recientemente en una ciudad de Rusia la apertura de una exposición de un género nuevo: se trataba sencillamente de 480 fotografías que representaban todas a la misma persona, él, Boguslawski, y todas con idéntica pose. Desde hacía veinte años, con admirable regularidad, los días uno y quince de cada mes, este hombre entregado a la ciencia acudía a su fotógrafo, y ahora se hallaba en condiciones de hacer al público partícipe del fruto acumulado de su labor. No necesito decirles que si en esta exposición se observaban en la pared dos fotografías contiguas, se tenía el mismo Boguslawski, pero que si se comparaba la n° 480 y la n° 1, se veían dos Boguslawski. Del mismo modo, si se hubiera podido, no fotografiar, sino fonografiar día a día, desde el principio, todo lo que se ha expresado mediante el habla en el mundo o en una parte del mundo, tendríamos imágenes de la lengua siempre semejantes de un día al otro, pero considerablemente diferentes y a veces incalculablemente diferentes de 500 en 500 años, o incluso de 100 en 100 años.

Llegamos así al segundo principio, de valor universal como el primero, y cuya posesión nos puede hacer conocer lo que es la historia de las lenguas: es el punto de vista del *movimiento de la lengua en el tiempo*, pero de un movimiento que en ningún momento, *pues ahí reside todo*, llega a entrar en conflicto con el primer principio de la unidad de la lengua en el tiempo. Hay *transformación*, y siempre más transformación, pero en ningún lugar hay reproducción o producción de un ente lingüístico nuevo que tenga existencia separada de lo que le ha precedido o de lo que le seguirá. No hay lenguas madres, no hay lenguas hijas, sino una lengua, una vez dada, que circulará y se desarrollará indefinidamente en el tiempo, sin ningún término prefijado para su existencia, sin que ni siquiera haya posibilidad interior de que termine, si no hay accidente y violencia, si no se da fuerza mayor, superior y exterior, que venga a abolirla.

Estos dos principios de *continuidad* y *mutabilidad* de la lengua, lejos de ser contradictorios, se hallan en una correlación tan estrecha y tan evidente que, en cuanto descuidamos uno, lesionamos el otro, al mismo tiempo e inevitablemente, sin darnos cuenta. Quien llegue a dejarse llevar por la primera ilusión y se represente el francés como algo inmóvil, en el momento actual o en cualquier otro momento, se ve llevado forzosamente a no comprender nada de lo que pasó en el período comprendido entre los años 500 y 900; supone entonces un salto: un salto de párrafo, un toque de varita mágica o un inaudito alumbramiento por el que un idioma da súbitamente vida a otro idioma. Del mismo modo, si comienza por suprimir la idea de *continuidad*, imaginando que el francés salió un día armado de pies a cabeza de los flancos de la lengua latina, como Minerva del cerebro de Júpiter, cae irremediablemente en el sofisma de la *inmovilidad*; supone naturalmente que entre dos de sus saltos imaginarios la lengua se halla en un estado de equilibrio y reposo, o al menos de un equilibrio que se opone a esos saltos, mientras que en realidad no hay jamás un equilibrio, un punto permanente, estable, en ningún lenguaje. Por lo tanto, consideramos absoluto el principio de la transformación incesante de las lenguas. El caso de un idioma que se encontrara en estado de inmovilidad y de reposo no se presenta. Las impulsiones que crean ese movimiento aparecen incluso tan incomprensibles e incoercibles que lenguas como la nuestra, cuya vida se ha hecho casi totalmente artificial, están obligadas a ceder a dicho movimiento; la tiranía de la lengua escrita, esa especie de camisa de fuerza que es el francés oficial, ciertamente produce el efecto de aminorar esa marcha, pero no puede detenerla por completo, y con frecuencia se nos escapa la distancia a la que ha llegado la lengua *auténtica* (me refiero incluso a la lengua de la conversación culta) a través del trabajo subterráneo que se realiza permanentemente en la lengua viva bajo la superficie congelada, se podría decir, del francés clásico. Así, por ejemplo, estamos prácticamente seguros de que las palabras francesas *quatre* (cuatro), *lettre* (carta/letra), *chambre* (habitación), *double* (doble), *table* (mesa) y todas las que terminan en consonante + *re* o consonante + *le* casi han llegado al momento en que *re* y *le* habrán desaparecido completamente. Ya ahora, un lingüista que fuera a Francia con el objetivo de anotar metódicamente por escrito el francés hablado, el francés real y auténtico, como se recoge metódicamente la lengua de algún pueblo malayo o africano, o como se recogen los dialectos franceses, ese lingüista escribiría sin dudar que en 1891 existe *k-a-t*, *kat* como forma exacta o forma principal del cuarto nombre de número, *l-e-t*, *let*, como palabra que significa *misiva* o *signo del alfabe-*

to. Pues tanto en Ginebra como en Burdeos, París o Lille, en la calle y en los salones, nadie dice otra cosa que *kat places*, *kat jours* o la *let que j'ai reçue*. (En determinadas condiciones, hay una segunda forma *letr*, a saber, ante las vocales: *letr ouverte*; pero incluso delante de vocal se comienza a decir *let ouverte*, *mettre cette let à la poste*, y con toda probabilidad *letr* será una forma totalmente desconocida dentro de cincuenta o setenta y cinco años.) Este es un ejemplo entre muchos que demuestra que fenómenos de transformación semejantes a los que encontramos en todos los idiomas abandonados a sí mismos se producen incluso en una lengua en que todas las condiciones son anormales a causa de la aparentemente todopoderosa escritura.

Pero ha llegado el momento de preguntarnos, y no sólo presentando ejemplos aislados, en qué consisten los cambios que se producen con tan constante necesidad en todas las lenguas, de qué naturaleza son esas modificaciones y transformaciones perpetuas, a qué causas se deben y si tienen el mismo carácter en todas las lenguas.

El estudio del lenguaje cree, desde ahora, poder afirmar, en primer lugar, que la esencia de esos fenómenos es en todas partes la misma, y, en segundo lugar, que siempre ha sido la misma, de modo que es una idea muy errónea creer que el problema del origen del lenguaje sea otro que el de sus transformaciones. Otra cosa sería si se supusiera que otras fuerzas actuaron en el pasado sobre el lenguaje, de lo que no podemos tener idea alguna basándonos en lo que sucede en la actualidad cuando hablamos, pero esta suposición es tan arbitraria como inverosímil; significaría atribuir a la humanidad primitiva facultades o sentidos esencialmente diferentes de los que poseemos; en tercer lugar, en todas partes esos fenómenos son de dos clases distintas y se remontan a dos causas o grupos de causas naturalmente distintas e independientes. Por una parte tenemos el cambio *fonético* y, por otra, el cambio que ha recibido diversos nombres, de los que ninguno es excelente, pero el más utilizado es el de cambio *analógico*. Veremos inmediatamente por qué. Se pueden oponer desde muchos puntos de vista diferentes esos dos grandes factores de renovación lingüística, diciendo, por ejemplo, que el primero representa el lado fisiológico y acústico del habla, mientras que el segundo responde al lado psicológico y mental del mismo acto, que el primero es inconsciente, mientras que el segundo es consciente, recordando siempre que la noción de conciencia es eminentemente relativa, de modo que sólo se trata de dos grados de conciencia del que el más elevado sigue siendo inconsciencia pura, comparado con el grado de reflexión que acompaña la mayor parte de nuestros actos, de tal forma que con frecuencia se oponen

también estos dos órdenes de hechos diciendo que uno afecta a los sonidos y el otro a las formas gramaticales, lo que no representa una idea clara porque las formas de la lengua no son más que los sonidos, pero se puede decir que uno se enfrenta a la forma por la vertiente del sonido y el otro por la de la idea; se puede decir además que uno representa operaciones puramente *mecánicas*, es decir, que en ellas no se puede descubrir finalidad o intención, y el otro, operaciones *inteligentes*, en las que es posible descubrir una finalidad y un sentido.

La observación y el análisis de esos dos órdenes de fenómenos constituyen casi la única ocupación del lingüista, sea cual sea la lengua que ocupe su atención, y se trata de una tarea inacabable, aun limitándola a períodos concretos. Por lo tanto, no puedo ni pensar en entrar en una descripción ni en una clasificación, ni siquiera absolutamente general y aproximada de todo lo que contiene la idea de *cambio fonético* y la de *cambio analógico*.

Tomando en primer lugar el *fenómeno de la analogía*, el fenómeno de la transformación inteligente, veamos algunos ejemplos. El mejor modo de comprenderlo es escuchar hablar a un niño de tres o cuatro años. Su lenguaje es una auténtico tejido de formaciones analógicas que nos hacen sonreír, pero que ofrecen con toda pureza y candor el principio que actúa sin cesar en la historia de las lenguas. *Veniré*. ¿Cómo *veniré*? Para decir esto es preciso, primero, que el niño conozca *venir* y que asocie en su mente la idea contenida en *venir* y lo que quiere expresar; pero esto no basta; es preciso, en segundo lugar, que haya oído decir *ir* e *iré* o *reir*, [*reiré*]. Entonces se produce el fenómeno *ir : iré = venir : veniré*. Señalemos en seguida una de las características de este fenómeno: *en cierto sentido* esto no es una transformación, *es una creación*; pero en último término no es más que una transformación porque todos los elementos de *veniré* están contenidos y dados en las formas existentes que la memoria ofrece; *reiré*, *reír*, o si se prefiere el sufijo *-ir*, el sufijo *-iré*, y su relación de significación. Sin la presencia de estos elementos, *veniré* es sencillamente imposible. Jamás habrá pues creación *ex nihilo*, sino que cada innovación será solamente la aplicación de elementos proporcionados por el estado anterior del lenguaje. De este modo, la renovación analógica, a pesar de ser en cierto sentido muy destructiva, no hace más que continuar la cadena de los elementos transmitidos desde el origen de las lenguas sin poder romperla jamás.

Señalemos también en seguida la razón que ha hecho denominar operación de *analogía*, hechos de *analogía*, a todas estas operaciones psicológicas. El término se ha tomado de la gramática antigua de los griegos,

en la que se contenía otra idea que se situaba en un punto de vista muy diferente del nuestro; pero se ha podido aplicar en el sentido de que el resultado de esas operaciones tiende a restablecer una analogía o una simetría entre las formas; pues *vendré* no es simétrico con *iré*. Sobre una analogía se efectúa el razonamiento que se halla en la base del fenómeno. De modo más general, este fenómeno representa una *asociación de formas* en la mente que viene dictada por la *asociación de las ideas representadas*.

La operación de analogía es más viva y más fértil en el niño, porque su memoria todavía no ha tenido tiempo de almacenar un signo para cada idea, y por ello se ve obligado a confeccionar ese signo en cada momento. Y lo fabricará siempre siguiendo el procedimiento de la analogía. Es posible que si la potencia y la nitidez de nuestra memoria fueran infinitamente superiores a lo que son, las nuevas formaciones por analogía se redujeran a casi nada en la vida del lenguaje. Pero ese no es el caso en la realidad, y una lengua cualquiera en un momento cualquiera no es más que un vasto entramado de formaciones analógicas, unas absolutamente recientes, otras que se remontan tan lejos que no podemos adivinarlas. Pedir a un lingüista que cite formaciones analógicas es como si se pidiera a un mineralogista que citase minerales o a un astrónomo que citase algunas estrellas, e insisto en que no hay ninguna confusión respecto al valor que atribuimos a estos hechos: no son hechos excepcionales y anecdóticos, no son *curiosidades* o anomalías, sino que se trata de la más clara sustancia del lenguaje en todas partes y en todas las épocas, es su historia de todos los días y de todos los tiempos:

En francés, *je treuve, nous trouvons* (encuentro, encontramos), como *je meurs, nous mourons* (muero, morimos). ¿Por qué? Hay una razón excelente, pero [fr. mod. *je trouve*]. Se dijo *je lève, nous lavons* (lavo, lavamos) y decimos *je lave, nous lavons*.

Pretéritos fuertes alemanes casi siempre *zog, wir zogen* (tiré, tiramos); *lieh, liehen* (presté, prestamos); *band, banden* (ligué, ligamos); *half, halfen* (ayudé, ayudamos); *ward, wurden* (devine, devenimos). Siempre un ejemplo en la historia del pretérito: que incluso las formas más familiares para la mente, cosa curiosa, están sujetas [a la analogía]. Durante siglos se dijo *grand*, fem. *grand* (grande), frente a *bon* fem. *bone* (bueno/buena) porque [*grandis* masc. y fem.]. Ya en el siglo XI *grande*.

Contemporáneo: por ejemplo *j'achète, nous achetons* (compro, compramos). ¡Una mujer ya no dice *je me décollette* sino *je me décolte*! (me abro el escote). Claro que no es lo que *hay que* decir (pues no *hay que* decir nada; todo lo que se dice tiene su razón de ser), pero está claro que hasta una época reciente se ha dicho [*je me décollette, nous nous décolle-*

tons] como *j'achète* [*nous achetons*]. Muy posible que se diga un día *j'achte* (ya he oído decir *je cachte*). -*récolter*.

Ejemplo tomado de la historia del verbo *sein* (ser) en alemán. En alemán se dijo durante siglos, hasta pleno siglo XVI, *ich was* «yo era»; *er was* «él era»; *wir waren* «nosotros éramos», estado que, por lo demás, se ha mantenido sin cambios entre los ingleses: *I was, he was, we were*. ¿Por qué? Había una *s* en *was* y una *r* en *waren*, había razones excelentes para ello pero no las examino ahora, pues cualesquiera que fueran esas causas retrospectivas no cambian en nada el estado que tenemos en el momento que hablamos, y tampoco pueden cambiar nada en lo que vaya a pasar a partir de dicho estado. En el fondo la *r* en *waren* es una modificación de la *s*, pero, repito, esto es ajeno a la cuestión.

En el momento en que por una causa cualquiera existe *was - waren*, existe también, y por una razón que no tenemos por qué buscar, *ich fuhr, wir fuhren* «iba en coche, íbamos en coche», o bien *ich gebar, wir gebaren* «yo daba a luz, nosotras dábamos a luz». En estos pretéritos, la *r*, de dondequiera que proceda, recorre toda la flexión y estos pretéritos tienen la ventaja de parecer más sencillos, más lógicos, aunque históricamente no lo sean más que *was - waren*.

No he podido dar más que una idea muy incompleta del fenómeno y no lo he considerado más que en una o dos de sus formas más cautivadoras y captables.

La otra causa de las transformaciones lingüísticas, la causa fonética, solicita ahora nuestra atención.

Por razones que no es posible exponer aquí, escapa a nuestra mirada y a nuestra conciencia. Este movimiento fonético existe en todas las lenguas: *cantare > chanter, campus > champ, cathedra > chaire, calamus > chaume, vacca > vache, capillus*. *Cantare* se descompone *k'antar*.

Otro fenómeno: *civitas > cité* [].

-*ll*- palatalizada.

Característica importante: afecta ciegamente a todas las formas de la lengua en que se encuentra el sonido en cuestión y por consiguiente ofrece un carácter de regularidad matemática.

Este carácter de regularidad es tal que se puede prever, dada una palabra latina, lo que será en francés; dada una palabra indoeuropea, lo que será en griego; dada [] (si no se produce perturbación por analogía).

Ley - Acontecimiento.

Uno de los efectos es la diferenciación de las formas (la analogía restablece, tiende a restablecer la simetría).

2c [Tercera conferencia en la Universidad de Ginebra (noviembre de 1981)]

³²⁸⁵ Los objetos considerados en nuestras dos primeras conferencias ya nos proporcionan, si los agrupamos en nuestra mente, una visión suficiente de lo que es la *condición de la lengua en el Tiempo*; ante el factor *Tiempo*, nos dan una idea de las condiciones universales en que se encuentra cualquier idioma en presencia del hecho «de que transcurre un intervalo de tiempo» –y nos hemos esforzado hasta ahora en que no intervenga ningún otro factor fundamental, sólo la *duración*, la *distancia cronológica*. Si hubiera que recapitular los principales puntos de vista a los que nos ha llevado este primer estudio, ciertamente volvería a insistir en la imposibilidad radical, no sólo de toda ruptura, sino también de todo sobresalto, en la continua tradición de la lengua, desde el mismísimo día primero en que una sociedad humana habló; insistiría también en estos diferentes hechos inmediatamente evidentes: que una lengua no puede *morir* si no es suprimida violentamente; que ninguna tiene vejez ni infancia, y, por último, que ninguna lengua puede nacer bajo el sol; que si se suprime la lengua de un pueblo y se le impone otra, esta otra lengua será naturalmente tan antigua como la que se acaba de abolir, de modo que jamás puede haber en la tierra otra cosa que la continuación de un idioma que existía el día anterior, y que siempre existía el día anterior, hasta llegar a la noche insondable de las épocas claramente antehistóricas.

Me gustaría recordar especialmente, siempre dentro del mismo orden de ideas, que nunca una *lengua sucede a otra*; por ejemplo que el *francés* sucede al *latín*; esta sucesión imaginaria de dos cosas viene únicamente de que nos gusta dar dos nombres sucesivos al mismo idioma, y, consecuentemente, hacemos de él dos cosas separadas en el tiempo.

Seguramente la influencia que ejercen sobre nuestra mente dos nombres sucesivos de este tipo es tan decisiva e inquebrantable, tan profundamente arraigada, que no espero, lo confieso con toda franqueza, deshacer su prejuicio en unos días por hacerles dos o tres consideraciones. Sólo –todos los lingüistas lo saben– [mediante] la observación particularmente prolongada de lo que es la lengua de texto en texto, de cincuenta en cincuenta años, de veinte en veinte años, se consigue quedar convencido profunda y definitivamente de la absoluta vanidad e inanidad de una denominación diferente como *latín* o *francés*. ¿Qué ocurre invariablemente cuando un lingüista se lanza a combatir la idea errónea de que la lengua latina un día *dio a luz* al francés? Dios mío, se abunda en todos los

sentidos, se está de acuerdo en que se trata de una concepción absurda, se sabe que en todas partes y siempre *natura non facit saltus*, se está totalmente convencido de que una transición muy lenta debió realizarse *entre las dos lenguas* —¡subrayemos este término!—, y tras esto, ¿se ha avanzado en algo? En modo alguno, porque se persiste testarudamente en la idea de que existen previamente dos términos unidos, es verdad que mediante una transición insensible, pero que siguen siendo dos términos, dos lenguas, dos seres, dos entidades, dos organismos, dos principios, dos nociones, dos términos diferentes. Se sigue imaginando el latín y el francés como dos follajes que aparecen sucesivamente en el mismo árbol desde la caída de las hojas en otoño hasta la aparición de los nuevos brotes; se acepta con ahínco que hay un paso insensible entre los canales secretos por donde fluye la vida, pero se mantiene que hay dos períodos caracterizados. Esa es indiscutiblemente la idea extendida. Pero ¿a qué puede compararse en realidad la supuesta sucesión del francés al latín? Imaginemos en una ciudad *una* calle muy larga; se podrá discutir en las reuniones de ediles si se le va a dar un nombre único para toda su longitud; por ejemplo *avenida Nacional*; o bien si se dividirá la calle en dos partes, *avenida del Templo* y *avenida de la Escuela*, o bien en tres, *avenida de X*, *de Y* y *de Z*, o, incluso, en diez o quince fracciones que lleven nombres diferentes. La existencia separada de cada una de esas porciones de calle es naturalmente una cosa puramente nominal y ficticia, por lo que no cabe preguntar cómo la *avenida Y* se convierte en la *avenida X*, ni si la *avenida Y* se convierte *súbita* o *insensiblemente* en la *avenida X*, porque, para empezar, en ninguna parte hay una *avenida Y* o una *avenida X*, excepto en nuestra mente. Del mismo modo, en ningún lugar excepto en nuestra mente hay un determinado ser que sea el francés por oposición a un determinado ser que sea el latín, y poco se gana diciendo que uno procede *progresivamente* del otro en lugar de decir que aparece de repente. Lo esencial es comprender que podemos darle un solo nombre a todo el período de veintiún siglos y llamarlo *latín* —o bien dos nombres y llamarlo *latín* y *francés*, —o bien tres nombres y llamarlo *latín*, *románico*, *francés*, —o bien veintiún nombres llamándolo latín del siglo II a.C., del siglo I a.C., del siglo I, II, III, IV, VII, XII, XV, XIX d.C. Y no existe literalmente ningún otro modo de introducir una división, si no es de esta manera arbitraria y convencional. Por lo tanto negamos [en primer lugar] no sólo que una lengua pueda nacer sin ser precedida de otra, no sólo, en segundo lugar, que una lengua pueda nacer súbitamente de otra, sino, en tercer lugar, negamos incluso que una lengua determinada nazca gradualmente de otra, pues no hay ningún ins-

tante en que una lengua esté menos o más determinada que otra; nunca ha habido caracteres permanentes sino sólo transitorios y además delimitados en el tiempo; no hay más que estados de lengua que están perpetuamente en transición entre el estado del día anterior y el estado del día siguiente; querer reunir algunos de estos estados bajo un nombre como el de *latín* o el de *francés* representa la misma operación, ofrece exactamente el mismo valor que si oponemos el siglo XIX al XVIII o al XII. Son puntos de referencia vagos, que no pueden evocar un orden de cosas acabado, y menos aún abandonar la idea del orden apenas diferente que precedía y que seguirá.

Es imposible no señalar aquí que un lingüista que se ocupa del griego contemporáneo, como Jean Psichari, goza de la apreciable ventaja, del privilegio de no tener siquiera que comentar una de esas desastrosas distinciones nominales como la de francés y latín; desde su primera lección se le comprende cuando parte del griego hablado en el siglo VII a.C. para llegar al griego actual, con un intervalo de 2600 años; simplemente porque las dos cosas se llaman *griego*, aunque difieran entre ellas tanto, si no es mucho más en algunos aspectos, como el francés «difiere del latín». Y en el mismo momento en que tengo el honor de hablarles, estoy persuadido, para ser más exacto, estoy absolutamente seguro de que, a pesar de todo lo dicho, la denominación de *francés* y *latín* es infinitamente más fuerte, se mantendrá siempre o muchísimo tiempo más poderosa en su mente que todas las instancias a las que pueda recurrir como lingüista para hundir ese dualismo de cartón que nos obsesiona bajo el nombre de *francés* y *latín*.

Un día habrá un libro especial, que será muy interesante escribir, sobre el papel de la *palabra* como principal perturbadora de la ciencia de las palabras.

El conjunto de este tipo de consideraciones se resume para nosotros en el principio universal de la *continuidad absoluta* de la lengua en el tiempo. Con este primer principio venía a combinarse el segundo, el de la *transformación continua* de la lengua en el tiempo, que depende en sí misma, lo recuerdo, de dos agentes distintos, uno psicológico, que se concentra en la operación de analogía, y otro *mecánico, fisiológico*, que tiene su expresión en los cambios fonéticos. Cada uno actúa además de manera completamente independiente del otro, excepto en algunos casos muy especiales, muy notables, pero verdaderamente excepcionales.

El factor que hemos omitido hasta ahora sistemáticamente es el del *espacio*, el de la distancia *geográfica*, que viene a combinarse con la distancia *cronológica*.

Hemos constatado que, dado un determinado estado de lengua, en un punto determinado, por ejemplo en un pueblo apartado de los Alpes, si se vuelve a pasar por el mismo sitio cien o doscientos años más tarde, ese estado de lengua ha cambiado inevitablemente en alguna medida, incluso sin que haya habido causas particulares que hubieran podido facilitar un cambio. Por lo demás, el cambio experimentado será reducible a un determinado número de fenómenos precisos.

Pero queda por constatar que, si una misma lengua se difunde en un momento dado por una cierta extensión de territorio, el resultado de ese cambio inevitable al cabo de cien o doscientos años *no es el mismo* en los distintos puntos del territorio, ya se trate de un diámetro de quinientas o seiscientas leguas, o de cinco o seis leguas. Los fenómenos ocurridos en el instante son siempre absolutamente precisos y definibles, por ejemplo el cambio de *s* a *h*, pero no son los mismos en las diferentes partes del área geográfica que se tiene que considerar; y por consiguiente ya no es idéntico en las diferentes regiones que se atravesasen.

Si se combina este dato geográfico con el dato cronológico, se comprende que no [nos] encontramos casi nunca, en lingüística, ante un primer término *A* reflejado unos siglos más tarde en un término *B*; sino ante un primer término *A* que ha dado lugar unos siglos más tarde a *B'* *B''* *B'''* *B''''*... Por ejemplo, si en un momento dado se habla el idioma *A* en Ginebra, el mismo idioma *A* en Lyon, el mismo idioma *A* en Bourges o en París, al cabo de doscientos o trescientos años no encontraremos en ninguna parte un idioma que se pueda llamar *B* en relación con *A*, sino que tendremos *B'* en Ginebra, *B''* en Lyon, *B'''* en Bourges, *B''''* en París, por oposición al *A* idéntico del punto de partida.

La diferencia *A : B* representa idealmente la diferencia en el tiempo, pero en realidad no existe más que la diferencia *A : B' B'' B''' B''''*, la única que representa la diferencia a la vez en el tiempo y *en el espacio*. Por eso no descubrimos en ninguna parte, podemos decir, una lengua que se nos presente como una e idéntica; todo idioma que puede citarse sólo es por lo general *una de las múltiples formas* geográficas bajo las que se presenta el mismo hablar en una región un poco extensa. En todas partes constatamos el fraccionamiento dialectal. Con frecuencia este hecho queda oculto por la circunstancia de que uno de los diferentes dialectos toma, o como lengua oficial administrativa, o como lengua de comercio e *intercomunicación* entre las diferentes partes del país, una situación preeminente que hace que sólo este dialecto nos haya llegado en monumentos escritos, o bien hace que los otros dialectos se consideren jergas informes y horribles, que llegan a parecer corrupciones de la lengua ofi-

cial. Y, finalmente, en segundo lugar, ocurre con frecuencia que la lengua adoptada como lengua literaria llega a matar []. Ejemplo: el latín, que ustedes dominan y conocen bien, en sus orígenes puede parecer a un observador superficial la lengua de Italia o, al menos, la del Lacio. En realidad, cuando se echa un vistazo a las inscripciones faliscas, volscas, oscas, sabinas, o a las palabras transmitidas por los gramáticos, se observa que el latín romano, que tuvo tan glorioso destino en la historia, era un pequeño dialecto local que terminaba casi literalmente en las puertas de Roma. Italia está llena de otras formas de la lengua itálica, unas bastante bien conocidas, como el umbrio y el osco, otras de las que sólo tenemos una idea más vaga, como el sabino.

Pero fijémonos en que el dialecto romano, por causas políticas y literarias, acabó por barrer todas las otras formas no menos legítimas del lenguaje itálico. Tardó mucho tiempo (Pompeya); pero finalmente acabó por producirse.

Del mismo modo, si uno quiere hacerse una idea sensata de lo que es, por ejemplo, el alemán moderno en la verdadera extensión del término, hay que comenzar por reducir el alemán oficial que aprendemos no a un valor *cero*, sino al valor de una unidad entre centenares de unidades que se podrán distinguir, sin ir más allá de la Suiza alemana.

La posición del francés con respecto a los dialectos franceses es exactamente la misma; es decir, que el francés oficial representa el dialecto de una sola [región]: París e Île-de-France.

Naturalmente podría multiplicar los ejemplos hasta el infinito. Por tomar uno más alejado de nosotros: podía parecer a principios de siglo que la lengua zenda conservada por los libros sagrados de los parsis representaba la lengua del *Irán* —aqueménidas, dos dialectos persas, pero ciertamente existían muchos otros.

En medio de esta inmensa multiplicidad de formas, insisto en esto para evitar una falsa representación, sería erróneo suponer que sea difícil entenderse y que tengamos ante nosotros el cuadro de un desorden inmenso.

Si tomamos cada uno de los términos de llegada *B'*, *B''*, *B'''*, encontraremos para cada una de esas lenguas un punto de partida *A*, modificado en direcciones diferentes, pero de modo totalmente preciso. Por ejemplo *tsaθi* - *θāté* - *castillo*. Todo esto remonta matemáticamente a *castellum* - *tsaθi* - *tsā* - *θāté* - *θā*, *castillo*, *campo*: *-st > θ : tīθa*.

Se va viendo ya cuán alejada de la verdad estaba la idea que dominó todo el primer período de los estudios lingüísticos, a saber, que para que una lengua o un *hablar* llegara a diferenciarse de otro, era necesario

que se produjera una separación geográfica, por ejemplo la idea de que el inglés sólo difiere del alemán porque []. El caso de la separación geográfica, quiero decir de la *discontinuidad* geográfica absoluta, ese caso, lejos de representar la condición regular para que se produzca divergencia, constituye un *caso particular* que exige ser examinado aparte y que excluyo completamente del presente estudio. El efecto de aislamiento lingüístico de una determinada comunidad probablemente es doble: por una parte las diferencias se producen más rápidamente, y por otra, esas diferencias se producen en una dirección distinta de lo que hubiera ocurrido si la comunidad se hubiera mantenido en contacto con la masa. Pero, lo repito, se trata de un caso que, si no es excepcional, por lo menos exige un estudio especial que sólo puede realizarse si primero se tiene clara la diferenciación que tiene lugar en un cuerpo lingüístico continuo.

Si tratamos ahora de combinar e integrar al mismo tiempo la diferenciación en el tiempo y la diferenciación en el espacio, ¿a qué perspectiva de los fenómenos llegaremos de modo natural? Tomemos una cierta superficie de mil leguas cuadradas en que se habla un idioma en un momento dado: 500 años más tarde hay toda una serie de dialectos diferentes en la misma superficie, B' , B'' , B''' . Pero si partimos en dos la distancia en el tiempo, se nos aparecerá inevitablemente otro aspecto de las diferencias dialectales; es decir, que al cabo de 250 años, no sólo las diferencias dialectales B' , B'' no son todavía lo que serán, sino que todavía no existen como dialectos individuales; al cabo de 250 años sólo habrá dos grandes fracciones en lugar de treinta o cuarenta; y además cada una de esas dos grandes fracciones todavía no estará muy caracterizada, de modo que el habitante de un pueblo del sur extremo todavía podrá hacerse entender en el norte extremo.

Esta visión, señores, por un lado no es muy falsa y por otro no es muy verdadera. Una de las conquistas más apreciables y más recientes de la lingüística, que debemos especialmente a Paul Meyer de la escuela de Chartes, es que los dialectos no son en realidad unidades definidas, que los dialectos no existen geográficamente; pero que en cambio existen geográficamente *características* dialectales.

Si a primera vista este principio puede parecer algo oscuro, tengo la confianza de que inmediatamente va a aclararse...

Cuando se trata de trazar en el mapa los límites de un dialecto *perfectamente conocido*, evidentemente se está obligado a decir cuáles de sus características se consideran distintivas en relación con los de los dialectos circundantes. Por ejemplo, si admito que existe un dialecto de Saboya, mi primera obligación es decir en qué se diferencia ese dialecto, que

es *uno* en sí mismo, de los demás dialectos franceses. Me pondré pues a la búsqueda de esas características comunes que permitirán la distinción. De entrada puedo imaginar, por ejemplo, que la conservación de la *a* final átona latina, como en *feña* «la mujer», *Θenva* «Ginebra», que es un signo común del dialecto de Saboya, es también un distintivo dialectal, pero si profundizo mi observación, constataré que este signo es común al dialecto de Saboya y a todo el sur de Francia; por lo tanto no se trata de una característica distintiva. Me fijo a continuación en que en el sur de Francia el grupo *ca* latino no ha cambiado en *tša*, *ša* u otra cosa, *canto*, mientras que en el dialecto de Saboya hay cambio: *θātā*; ¿corresponderá mejor esta característica? De ninguna manera, porque a su vez la comparte con el noroeste del territorio, enlaza el dialecto de Saboya con el país de Gex, Franco Condado, París. Me concentraré entonces en buscar características más locales; tomaré, por ejemplo, el desplazamiento del acento latino en el dialecto de Saboya, *la lná*, *la spá*, pero pronto me daré cuenta de que este fenómeno, por una parte sólo afecta parcialmente a Saboya y por lo tanto no es una característica común, y por otra parte, que también aparece en Valais y en dirección a Dauphiné; por consiguiente, no es una característica *distintiva*. Y así sucesivamente: jamás una característica llega a coincidir en su área geográfica con otra, una enlaza Saboya con el cantón suizo de Vaud, otra una parte de Saboya con una parte del de Valais, la tercera una []

Al final se llegará a comprender, por tanto, que el área geográfica *de los fenómenos* puede quedar perfectamente trazada en el mapa, pero que emprender la distinción de las unidades dialectales es totalmente vano y quimérico.

Cada región está situada en el recorrido de cierto número de fenómenos lingüísticos, cada uno de los cuales tiene *sus recorridos determinados*; la suma de las características de las superposiciones accidentales de tal o cual fenómeno resultante en cada región es lo que constituye, en cierto modo, el dialecto de esa región. Pero es imposible encontrar una característica que permita delimitar ese dialecto en relación con cualquier otro, a menos que se observe un solo pueblo. Las investigaciones dialectales actualmente se dirigen exclusivamente a este objetivo, delimitar el área de los hechos lingüísticos sin pretender establecer unidades imaginarias de dialectos.

Se puede delimitar de kilómetro en kilómetro la frontera en que se detiene el cambio de *a* latina en *e*: *donar* o *doner*; pero pretender dividir Francia en lengua *de oc* y lengua *de oil* sobre la base de esta característica es completamente erróneo, porque otra característica, por ejemplo,

dividirá Francia transversalmente en otro sentido, en este y oeste; otra tercera irá en diagonal desde los Alpes hasta el Atlántico, etcétera.

A este respecto, nada más interesante que el *Atlas lingüístico* del Imperio alemán.

Todavía más interesante es seguir en el tiempo y en el espacio a la vez la propagación de los grandes fenómenos *Wein, Zeit, Haus, Leute* (vino, tiempo, casa, gente).

El efecto de esos fenómenos sucesivos, que observan todos la ley de la continuidad geográfica, es que el dialecto sólo puede diferir insensiblemente si se parte de una localidad cualquiera en una dirección cualquiera. Por ejemplo, el habitante de Saboya que parte en dirección a Auvergne al cabo de un tiempo llega a la frontera de *θa* para *ca* del latín, y se encontrará, por ejemplo, *tsa*, también *tša*, cosa que no le perturba mucho y no le impide comprender; unas leguas después atraviesa otra frontera, en la que supongo que *pl* se convierte en *pt*; esto no le perturba en mayor medida; pero según se aleja de su aldea natal se van acumulando las diferencias respecto a su dialecto y acaba por no comprender la suma de ellas.

La consecuencia de esta observación es que no existe frontera entre lo que se denomina dos *lenguas* por oposición a dos dialectos cuando estas lenguas tienen el mismo origen y son habladas por poblaciones contiguas sedentarias. Por ejemplo, no existe frontera entre el italiano y el francés, entre los dialectos que se consideran franceses y los []. En condiciones normales, del mismo modo que no hay dialectos delimitados, no hay lenguas delimitadas.

Hemos visto anteriormente que la lengua no es una noción definida en el tiempo y ahora vemos que tampoco lo está en [el espacio]. No hay otro modo de dejar claro lo que se quiere decir al hablar de tal o cual lengua precisa que decir *la lengua de Roma en tal año; la lengua de Annecy en tal año*. Es decir, hay que tomar una sola localidad poco extendida y un solo punto en el tiempo.

Se podrá preguntar entonces, tras estas observaciones, si lenguas contiguas del mismo origen, como el eslavo y el alemán, están unidas como el italiano y el francés por dialectos intermedios que ya no pertenecen ni al primer ni al segundo tipo. No; y esto es prácticamente general en toda la familia indoeuropea. Ya no tenemos las transiciones; pero es preciso recordar que nuestro conocimiento es absolutamente fragmentario; no conocemos el cuerpo de lengua *iliria*, no tenemos el cuerpo de la lengua *frigia*, ni el de la lengua *macedonia*, que probablemente unía el griego con el eslavo; además hay movimientos de poblaciones que han podido

venir continuamente empujando y recubriendo con sus olas los tipos intermedios.

Disponemos de todos los elementos para creer que la diferenciación en el seno del gran cuerpo indoeuropeo en general se hizo del mismo modo que la diferenciación de la lengua latina. En el momento presente, la continuidad es ininterrumpida... pasando por Herat, Merw, Moscú.

Así pues, si tomamos las diferentes lenguas indoeuropeas, cada una representa exactamente el anillo intermedio entre sus dos vecinas del este y del oeste.

Podemos constatar también algunos grandes fenómenos completamente análogos.

Continuidad, pero divergencias.

Fonética.

3a [Nota sobre la historia de las lenguas; crítica de la expresión *gramática comparada*, 1]

³²⁸⁶El título de *gramática comparada* asignado al Curso que tengo el honor de comenzar ante ustedes –por lo demás ampliamente consagrado por el uso– tiene sin duda una ventaja indiscutible: la de sacar radicalmente de la mente, desde el primer momento, la idea de que vaya a tratarse de un estudio en alguna medida literario de los idiomas de los que se trate y la de preparar de antemano al auditorio que se sienta tentado por un curso así a discusiones que traten puramente sobre la lengua en sí. La sola palabra gramática, *comparada* o *no*, establece con nitidez de qué se trata, y da a entender que los monumentos literarios, gloriosos u oscuros que haya producido el idioma griego, por ejemplo, permanecen al margen de nuestra apreciación, o por lo menos, que para nosotros no son más que documentos sobre el propio idioma griego o sobre un período determinado del idioma griego.

Desde todos los demás puntos de vista, se puede decir que el término *gramática comparada*, inventado en una época en que estos estudios todavía estaban en su fase embrionaria, no satisface a la mente; por lo menos exige ir acompañado de muchos comentarios y de reservas. En definitiva, ¿cuál es el papel de la comparación en la historia de las lenguas? Se ha llegado, sin saber demasiado por qué, a hacer del lingüista esencialmente un comparatista. Se da por supuesto que el astrónomo observa y calcula, que el crítico critica, que el historiador cuenta, y que el lingüista

compara. ¿Por qué tiene que comparar el lingüista, o por qué su oficio tiene que condenarlo a *comparar*?

Se comprende fácilmente, señores, que la comparación, lejos de ser para el lingüista el método fundamental y preferido, no es más que el último medio al que recurre, en ciertos casos por necesidad. Es sólo la frecuencia imprevista de esos casos lo que da una importancia fortuita a la comparación.

Si la historia de las lenguas, como la historia de los pueblos, no estuviera sembrada de lagunas enormes, no habría ningún pretexto para aplicar la comparación. El desarrollo de las lenguas románicas surgidas del latín ofrece en esto ejemplos absolutamente tópicos sobre ese principio: 1. *patre(m)* - padre. Más tarde. *tēctum* - tejado. *fuelle* - laguna. 3. *tutius* - otra laguna.

Sólo he hablado de los ejemplos en que la tradición existente está corregida o completada por una comparación de los productos; pero, tras esto, quedan los períodos inconmensurables sobre los que no tenemos ningún tipo de testimonio escrito.

Durante siglos y siglos existió un latín del que no tenemos ninguna noción directa, puesto que nuestros documentos más antiguos sobre el latín comienzan apenas antes del año 200 antes de nuestra era; el griego, que nos es conocido al menos desde el 700 antes de nuestra era, tiene también un pasado detrás. Pero ¿qué es todo esto comparado al eslavo que, siendo evidentemente tan antiguo como el griego, sólo lo conocemos a partir del año 900 o 1000 de nuestra era, es decir, 1700 años después del griego, y del lituano, que sólo conocemos desde hace apenas 350 años?

3b [Crítica de la expresión *gramática comparada*, 2]

³²⁸⁷Les he hablado de un curso académico que se llamaría: *Historia de las lenguas indoeuropeas*.

Es el nombre que los lingüistas tienden a adoptar actualmente como el más apropiado y más exacto para designar la enseñanza que generalmente lleva por título *Gramática comparada* (de las lenguas indoeuropeas).

El nombre de *Gramática comparada* despierta varias ideas erróneas, la peor de las cuales es hacer creer que existe otra gramática científica distinta de la que se sirve de la comparación de las lenguas.

Como la gramática bien entendida es solamente la historia de un idioma y como toda historia presenta muchas lagunas, está claro que la com-

paración de las lenguas se convierte en ocasiones en nuestra única fuente de información (tan preciosa que incluso puede llegar a sustituir el documento directo), pero no deja de ser, en definitiva, un remedio para salir del paso.

Entonces la gramática se hace comparativa por necesidad, en el instante en que el monumento auténtico y preciso falta; nada hay en ello que pueda caracterizar una tendencia, una escuela ni un método particular. Es sencillamente el único modo de hacer gramática. Rechazamos por lo tanto todo epíteto particular como el de *comparatistas*, del mismo modo que negamos naturalmente cualquier tipo de existencia de una gramática que no reconozca la comparación entre sus medios legítimos de investigación.

Sustituir el término de *Gramática comparada* por el de *Historia* tiene otra ventaja, pues el de gramática comparada excluye, en la acepción corriente, las ramificaciones modernas del indoeuropeo, como la familia de las lenguas románicas e incluso la de las lenguas germánicas en su desarrollo más reciente: porque, en ese terreno, la comparación deja de ser un instrumento muy necesario, gracias a la continuidad de la tradición histórica. Esta escisión no justificada []

4 [Distinción entre literatura, filología, lingüística]

³²⁸⁸El estudio de una literatura desde el punto de vista propiamente *literario* es para todo el mundo bastante distinto de los estudios auxiliares relacionados de carácter más técnico y que constituyen el campo de actividad especial del *filólogo*, como, entre otros, la crítica de los textos, la de los manuscritos y ediciones, la paleografía y la epigrafía, la explicación (hermenéutica) de los autores, la lexicografía, la gramática, la métrica de las obras versificadas, etcétera. Además, el filólogo podrá convertirse en ocasiones, momentáneamente, en arqueólogo, jurista, geógrafo, historiador, mitólogo, etcétera, ya que ha de ocuparse de manera general de todo lo que, en mayor o menor medida, contribuya a hacer comprender mejor el espíritu o la letra de los autores. Por lo tanto se capta sin dificultad qué lugar ocupa junto a la erudición puramente *literaria* la erudición o ciencia filológica, en particular porque la enseñanza clásica (al menos en el caso de las lenguas muertas) siempre ha contemplado esos dos objetos a la vez.

En cambio ocurre con frecuencia que se está menos preparado para comprender que *la filología*, a su vez, es distinta de *la lingüística*.

Literatura y filología. El estudio de una literatura sólo comprende, en el sentido en que se entiende generalmente, los objetos que ofrecen un interés literario propiamente dicho; por eso aparece para todo el mundo bastante diferenciada de las ramas de los conocimientos auxiliares de carácter más técnico que constituyen por excelencia el ámbito de la *filología*: así, la crítica de textos, la crítica de manuscritos y ediciones, paleografía, epigrafía, gramática, lexicografía, prosodia, métrica, «hermenéutica» o interpretación de los autores, etcétera. Todos ven el lugar que corresponde legítimamente a los estudios filológicos o lo que los separa de los estudios puramente literarios, en particular porque la enseñanza clásica (al menos en el caso de las lenguas muertas) siempre ha incluido a la vez estos dos órdenes de estudios y nos ha familiarizado con sus contenidos respectivos. En realidad hay tan pocas posibilidades de que los confundamos que más bien es necesario recordar que constituyen un solo orden puesto que, en último término, la filología no es más que el amplio comentario que se inscribe al pie de una literatura. Es esta finalidad absolutamente literaria en su objeto final lo que proporciona a la ciencia filológica su razón de ser y su unidad al mismo tiempo, pues de otro modo abarcaría los estudios más variados. Abarca todo lo que en mayor o menor medida puede contribuir a hacer comprender mejor el espíritu o la letra de los autores, lo que hace que además de los temas precedentes, el filólogo se vea también llevado en ocasiones a hacerse arqueólogo, jurista, geógrafo, historiador, mitólogo, etcétera. Sobre la obra de los escritores se concentra la doble actividad del filólogo y del [].

Filología y lingüística: si nadie confunde al estudioso de la literatura y al filólogo, que se hallan muy próximos, en cambio es muy []

5 [El hecho fonético supone dos épocas]

³²⁸⁹Nos vemos llevados a suponer que los *hechos* de los que se ocupa la fonética son «en una época», o que no hay impedimento en que sean en una época; que sólo su explicación exige, invita o aconseja, según el caso, hacer intervenir una época antecedente, por consiguiente un total de dos épocas.

Este es uno de los errores típicos de la lingüística actual, que nos reservamos para combatirlo en otro momento desde un punto de vista sistemático. Limitémonos a afirmar que más que dos épocas para *explicar* un hecho fonético, es decir establecer una ley sobre él, son necesarias dos

épocas para constituirlo, modificarlo y permitirle *existir*, y *ser* así uno de los objetos sobre los que establecemos leyes.

6a [Fonología, 2]

^{3290 = 640} *Nota:* El término de fonología comprende para nosotros lo que se entiende generalmente en Alemania por *Lautphysiologie*. No disertamos aquí sobre la adecuación de las denominaciones en una u otra lengua; lo esencial es decir que toda cuestión de fonología, en nuestra opinión, se sitúa absolutamente FUERA DE LA LINGÜÍSTICA, y con mayor motivo, fuera de la *fonética*, que es una parte determinada de la lingüística; los términos de FONOLOGÍA y de fonética, por lo tanto, no sólo no pueden confundirse sino que ni siquiera pueden oponerse.

6b [Fonología, 3]

³²⁹¹ No considero una verdad evidente *a priori*, algo que no tiene necesidad de demostración, que, en lo referido a la lengua, nos veamos obligados a ocuparnos del modo en que se forman las palabras en nuestra garganta o en nuestro paladar. Por el contrario, creo que sería interesante para todos preguntarnos por qué exactamente suponemos que esto sería útil; en qué el conocimiento de la producción de los sonidos contribuiría en mayor o menor medida a nuestro conocimiento de la lengua. Las teorías que tienden a decir que por el solo hecho de que utilizamos esos sonidos en el lenguaje debemos preocuparnos *ipso facto* de su producción son totalmente arbitrarias o temerarias hasta que se demuestre que su producción tiene importancia –y de qué clase– en esa materia tan particular que es el lenguaje.

En el fondo estamos acostumbrados a creer que el estudio de las diversidades que produce el aparato fonatorio tiene una gran importancia en lingüística, sin que nadie nos haya dicho por qué, en qué, o desde qué punto de vista. Ahí está la debilidad de esta ciencia, tanto más cuanto que no puede ser considerada ciencia más que en nombre de la lingüística. En efecto, fisiológicamente (más bien: para los fisiólogos) no es una ciencia (tampoco acústicamente). Un fisiólogo o ignora del todo o, en todo caso, no puede considerar las posiciones y acciones que corresponden a *p*, *b*, más que como unas funciones cualesquiera de determinados

músculos, que no son características de un estado del organismo ni dignas de atención particular.

^{3291 = 189} Gran importancia de la afasia gráfica cuando coincide con la afasia lalética e implica que la unidad de un fonema está en el cerebro.

7 [Características del lenguaje]

³²⁹² Características del lenguaje. Continuamente se considera el lenguaje en el *individuo humano*, punto de vista erróneo. La naturaleza nos da al hombre *organizado para el lenguaje articulado*, pero *sin lenguaje articulado*. La lengua es un hecho social. El individuo, organizado para hablar, sólo llegará a utilizar su aparato gracias a la comunidad que le rodea, —y no tiene necesidad de utilizarlo más que en sus relaciones con ella. Depende enteramente de dicha comunidad; su raza es indiferente (excepto, quizá, en algunos hechos de pronunciación). En esto, pues, el hombre solamente queda completo mediante lo que toma de su medio.

El hecho social de la lengua puede compararse a los *usos y costumbres* (constitución, derecho, hábitos, etcétera.) Más alejados se hallan el arte y la religión, que son manifestaciones de la mente en las que la iniciativa personal tiene una función importante y no suponen intercambio entre dos individuos.

Pero la analogía con los «usos y costumbres» es ella misma muy relativa. Veamos los principales puntos de divergencia:

1º El lenguaje, propiedad de la comunidad, como los «usos», responde en el individuo a un órgano especial preparado por la naturaleza. Este hecho no tiene análogo.

2º La lengua es por excelencia un medio, un instrumento, que debe realizar *constante e inmediatamente su finalidad, su fin y efecto*: hacerse entender. Las costumbres de un pueblo son con frecuencia un fin (por ejemplo, las fiestas), o un medio muy indirecto. Y como el fin del lenguaje, que es hacerse inteligible, es de absoluta necesidad en toda sociedad humana en el estado en que las conocemos, de ello resulta que la existencia de un lenguaje es lo propio de toda sociedad.

Los glaciares divergentes son realmente una buena comparación para los idiomas hermanos, ya que permiten captar su origen común, los elementos nuevos, la diferencia de los tiempos y la ausencia de vida orgánica.

Desarrollar: 1º Existencia necesaria del lenguaje en toda comunidad humana.

2º Continuidad absoluta de la lengua:

- a) una interrupción es inconcebible. No se puede suponer un pueblo que prescinda de hablar durante uno o dos días, ni siquiera en caso de trastornos que dejen en suspenso todo lo demás;
- b) la iniciativa de uno, de varios, es imposible, primero por inconsciencia. En estado de conciencia se podría suponer la iniciativa de algunos, pero queda inmediatamente borrada porque estos se vuelven ininteligibles. Si aparece a veces, se trata de innovaciones puramente lexicográficas y además en la mayoría de los casos es preciso que los materiales se obtengan a partir de la lengua común. Hay pérdidas, pero nada se crea. Todo se transforma. – Véase Curtius en el fragmento metodológico de la 5ª edición, comienzo de la segunda parte;
- c) la iniciativa consciente de todos es inútil, inconcebible, sin ejemplo. De modo que la lengua constituye una tradición que se modifica continuamente pero que el tiempo y los sujetos hablantes no pueden romper. Si un pueblo adopta una lengua extranjera, el principio de continuidad subsiste intacto. Una lengua se apaga; la que triunfa es igualmente ininterrumpida. Así, dada una lengua, no se puede decir hasta cuándo durará, pero se puede estar seguro de que remonta tan lejos como sea posible y que trae sus materiales de la más profunda antigüedad, como una morena de glaciar.



8 Morfología

^{3293.1}§1. Se dice que la morfología es el estudio de las formas del lenguaje, mientras que la fonética sería el estudio de los sonidos del lenguaje.

No podemos contentarnos con semejante definición, y no sólo en teoría sino ni siquiera en la práctica, pues con frecuencia nos ocurrirá

que ya no sabremos si hacemos morfología o fonética, como vamos a ver:

Es evidente, para comenzar, que la fonética, aunque se ocupe de los sonidos, y para poder hacerlo, se ve obligada a ocuparse en primer lugar de las formas. Los sonidos no se transmiten de una generación a otra aislados; los sonidos sólo existen, viven y se modifican en el seno de las palabras. No se pronuncia *s* sola y espíritu fuerte. Se pronuncia *serpō*, *sedos*, y luego *herpō*, *hedos*. Y si digo *herpō* viene de *serpō*, *hago fonética* y ninguna otra cosa. Y lo mismo ocurre si digo que la primera persona de los verbos en -ω no puede venir de una antigua primera persona en -ōmi.

Por otra parte, la morfología, a la que se atribuye ocuparse sólo de las formas, se ocupa perfectamente de los sonidos. Por ejemplo, cuando digo que la *o* griega puede alternar con *ε* pero no con *α*: λόγος, λέγω, pero ἄγω, y no ὄγ-, *hago morfología*. Es verdad que para algunas personas esto se llama hacer *fonética*. A causa de la definición incorrecta. Pero se verá claramente a continuación que nada es más erróneo y más peligroso que clasificar un hecho de esta clase con los hechos fonéticos.

De modo que separar los dos ámbitos no es tan sencillo como se imagina a veces, y no es diciendo que uno = estudio de los sonidos y otro, de las formas, como se obtiene una línea de demarcación satisfactoria.

Pero esta línea de demarcación es imperiosamente necesaria para evitar confusiones lamentables.

Principio de dirección: *Cada vez que se considere una misma forma en fechas diferentes, se hace fonética; y cada vez que se consideren formas diversas en una misma fecha, se hace morfología:*

viejo-alto-alemán	zug zugī
nuevo alemán	zug züge

Comparar *zugī* y *züge* es comparar dos formas, y sin embargo no es hacer morfología, sino fonética.

Comparar *u-ü* en *zug*, *züge*, es comparar dos sonidos y, sin embargo, no es hacer fonética.

ἐκ	ἐκως	ἐκωον
ἐκ	ἐκως	ἐκωον
ἐκ	ἐκως	ἐκωον

Las dos esferas se confunden en las locuciones corrientes:

Chantre (cantor) se relaciona etimológicamente con *chanter*
" " con *cantor*

φόρος viene de φέρω
" " *bhoros*

Observación: La *etimología*, considerada a veces como una rama de la ciencia del lenguaje, no representa un orden determinado de investigaciones, y menos todavía un orden determinado de hechos.

Hacer etimología es hacer una determinada aplicación de nuestros conocimientos fonéticos y morfológicos.

foncher
coulehi
collocare colligo locare

Remontar la fonética hasta la época en que la palabra se hace morfológicamente analizable.

Algunas veces la etimología llega a no moverse más que en las modificaciones de la idea: *le barreau* - αὔτως.

^{3293.2}§2. Esto no dice todavía en qué consiste exactamente la morfología:

Definición: La morfología es la ciencia que trata de las unidades de sonidos que corresponden a una parte de la idea y de la agrupación de esas unidades. —La fonética es la ciencia que trata de las unidades de sonidos que hay que establecer a partir de caracteres fisiológicos y acústicos.

El verdadero nombre de morfología sería: la teoría de los signos y no de las formas.

α) Según esta definición, ¿por qué razón la morfología tiene como campo natural lo contemporáneo y la fonética lo sucesivo?

Es absolutamente necesario para la morfología, para poder definir, delimitar cada signo y asignarle su función, que tenga puntos de referencia en los otros signos del mismo sistema. *δοτός* solo es morfológicamente impenetrable. En cuanto tenemos *δοτόν*, *δοτήρ*, se puede analizar. Y naturalmente es preciso que *δοτόν*, *δοτήρ* pertenezcan al mismo sistema.

O: la lengua sólo tiene conciencia del sonido como signo.

Mejor aún: δοτός considerado en relación con sus contemporáneos es portador de una determinada idea, que no es ni la de δοτήρ ni la de δώσω, δοτόν, y lo mismo ocurre con las partes de δοτός. Aparece pues como signo y compete a la morfología.

Fonéticamente, la relación δοτός, δοτήρ, δώσω, es decir, de formas contemporáneas no puede aclararse.

La fonética de una época dada se limitaría a dos páginas de constataciones.

La primera preocupación de una fonética «francesa» es ponernos en presencia del francés antiguo o del latín.

β) ¿Por qué razón la morfología en ocasiones tiene que ocuparse de los sonidos? El sonido puede ser portador de la idea.

Alternancia y cambio fonético

^{3293.3 = 2772-2778}§3. Toda comparación de formas que tengan algo en común conduce al análisis δο/τός δοτήρ. Se plantea la cuestión de saber a qué responde este análisis y cuál es su resultado.

La antigua gramática comparada no se preocupaba en absoluto de esta cuestión. Dividía las palabras en *raíces*, *temas*, *sufijos*, etcétera y daba a estas distinciones un valor absoluto. Ponía en ello tal candor que realmente, al leer a Bopp y a su escuela, llega uno a creer que los griegos habían traído con ellos desde tiempos infinitos un buen bagaje de raíces, temas y sufijos, y que, en lugar de utilizar las palabras para hablar, se entretenían en confeccionarlas, y que los griegos no tenían desde hacía un tiempo infinito la palabra πατήρ «el padre» y los latinos la palabra *pater*, sino una raíz *pa-* «proteger» y un sufijo *ter*, ni la palabra δώσομαι, sino una raíz δώ-, un sufijo -σο- y una desinencia personal.

Tenía que producirse una reacción formidable contra estas aberraciones, reacción en que la consigna, muy correcta, era: observen lo que pasa en las lenguas de hoy, en el lenguaje de todos los días. No atribuyan a los antiguos períodos de la lengua ningún procedimiento o fenómeno que no se pueda constatar en el lenguaje vivo. Y actualmente toda morfología comienza con una declaración de principios que generalmente equivale a decir que *raíz*, *tema*, *sufijo*, etcétera son puras abstracciones, que no hay que creer que estas creaciones de nuestra mente tengan existencia real; 2º *que sin embargo se recurrirá a ellas* porque son imprescindibles para la comodidad de la exposición pero que, claro está, no hay que atribuir (a esas expresiones) más que el valor relativo que tienen.

Resultado: el lector se queda absolutamente desorientado. Pues si el establecimiento de esas categorías no se justifica, ¿por qué se establecen entonces, y en particular, por qué razón es más falso descomponer ζυγόν en ζυγ-ό-v que descomponerlo en ζυ-γόν? La nueva escuela merece verdaderamente que se le reproche el haber reconocido la naturaleza de los fenómenos y haberse quedado hasta cierto punto enredada en el aparato científico de sus predecesores, del que era más fácil ver los defectos que fijar con exactitud su valor positivo. Voy a emitir una proposición ampliamente tachada de herejía: es falso que las distinciones como *raíz*, *tema*, *sufijo* sean puras abstracciones.

Ante todo y antes de llegar a hablar de abstracciones, es preciso tener un criterio fijo en lo tocante a lo que puede llamarse *real* en morfología.

Criterio: Lo que es real, es aquello de lo que los sujetos hablantes tienen conciencia; todo aquello de lo que tienen conciencia y nada más que *aquello* de lo que pueden tener conciencia.

Pero en cualquier estado de lengua los sujetos hablantes tienen conciencia de unidades morfológicas –es decir, de unidades significativas– inferiores a la unidad de la palabra.

En francés por ejemplo tenemos conciencia de un elemento *-eur* que, usado de determinada manera, servirá para dar la idea de autor de una acción: *graveur*, *penseur*, *porteur* (grabador, pensador, portador).

Pregunta: ¿Qué demuestra que este elemento *-eur* se aísla realmente por un análisis de la lengua?

Respuesta: Como en todos los casos semejantes, son los neologismos, es decir, las formas en que la actividad de la lengua y su manera de proceder se atestiguan en un documento irrefragable: *men-eur*, *os-eur*, *recommenc-eur* (dirigente, atrevido, reiniciador)

Por otra parte, las mismas formaciones atestiguan que los elementos *men-*, *os-*, *recommenc-* son igualmente sentidas como unidades significativas.

Junto a *penseur*, tenemos *pensif*. ¡Pues bien! Si es seguro que la lengua aísla *-eur*, lo es mucho menos que aísla *-if*. ¿De dónde viene este juicio? Porque no se puede formar *menif*, *osif*, etcétera.

Conclusion: el análisis morfológico del gramático, en la medida en que se halla de acuerdo con el análisis de la lengua certificado por los neologismos o formaciones de analogía, no puede considerarse un producto de la abstracción.

^{3293.3 continuación} Pero es muy cierto que los sujetos hablantes proceden siempre partiendo de la palabra hecha: es decir, que al formar *oseur* no se

dicen: combino *os-* y *-eur*. Se procede del modo siguiente: *graveur* : *graver*, *je grave* = *x* : *oser*, *j'ose*. - *x* = *oseur*.

Les pregunto ahora si el propio gramático procede en sus análisis de otro modo. También él parte forzosamente de las palabras hechas para obtener *-στάσις* en *δόσις*, compara *δοτός*, y compara por ejemplo *στάσις*. - *δοτός* : *δόσις* = *στάσις* : *στατός*. - Por lo tanto aíslalo *-σις* o *-τος* o *δο-*.

De modo que incluso podría formar *λύσις* (*λυτός*) ¿Quién puede ni siquiera decir si el sentimiento de la lengua procede de tal o cuál manera? *graveur* : *graver* = *penseur* : *penser*. Luego (*oser*) *oseur*.

Observación importante: es esencial señalar que el análisis de la lengua puede descansar sobre una relación aparente de las formas, sobre una relación que no se justifica por la etimología, es decir, por la relación primitiva de esas formas.

Ciertamente. Germánico

<i>kalbiz</i> plural <i>kalbizô</i>
<i>kalb</i> <i>kalbir</i>
(ternero) (terneros)

En la época germánica, signo del plural *-ô*.

En la época alemana, signo del plural *-ir*.

Pues una necesidad fonética había hecho desaparecer accidentalmente *-iz* en singular mientras que se mantenía en plural gracias a la protección de la vocal que seguía: pero como la lengua sólo juzga por las formas, es inevitable que la lengua divida *kalb/ir* y tome *ir* como signo del plural, mientras que en el origen no había nada específicamente plural.

Esto es erróneo históricamente y es correcto para la morfología de la época en cuestión. La vida de la lengua está hecha de estos equívocos. Recordemos que todo lo que está en el sentimiento de los sujetos hablantes es fenómeno real. No tenemos que preocuparnos de lo que haya podido provocar ese sentimiento. El propio estudioso de la morfología debe dividir *kalb/ir*, pues ese es el análisis de la lengua y ese análisis es su única guía. Se atestigua en las nuevas formaciones: por ejemplo, *kind-er* (niño-s).

Moraleja: Una vez más, vemos que la morfología no puede nunca combinar y mezclar varias épocas diferentes; debe ejercer su actividad separadamente en el seno de cada época si no quiere confundir los hechos fonéticos y los hechos morfológicos. No digo que no sea un procedimiento corriente, digo que es un procedimiento detestable.

§4. El método del análisis morfológico retrospectivo o de la anacronía morfológica

La observación con la que concluía el §3 nos ha preparado para comprender lo que es el procedimiento *totalmente artificial* que denomino análisis morfológico retrospectivo. Añado que todas mis consideraciones precedentes no tenían otra finalidad que hacer comprender bien en qué consiste. Pues ahí reside el auténtico nudo de la cuestión tan delicada e importante de las *raíces, sufijos, temas y desinencias*, cuestión sobre la que pueden ustedes leer veinte volúmenes sin hallar la más mínima aclaración.

kalb

kalbir

Si hago intervenir en las formas del siglo IX lo que era verdad en las del siglo I, si digo: no, *ir* no es desinencia del plural puesto que en germánico *kalbiz, kalbiz-ō*, ¿qué estoy haciendo?: morfología protogermánica sobre las formas alemanas, morfología retrospectiva. Algunos, pensando que así restablecen la verdad, la desconocen absolutamente. Pues, repitémoslo, en el siglo IX lo que es cierto es lo que sienten los alemanes del siglo IX, y en absoluto nada más. Las cuestiones de origen no tienen nada que ver en esto. Entonces si introduzco una raíz *kalbiz-* o *kalbir-* en el siglo IX, puede ser cómodo para algunos detalles de la exposición, pero solamente corresponde a una realidad desvanecida desde hace mucho tiempo.

Otro ejemplo: en francés de nuestros días *enfant, entier* (niño, entero) no conllevan ningún análisis en el sentimiento que de estas palabras tienen los franceses, como no lo conllevarían las palabras *pour* o *moi*.

En el siglo I, *infans, integer*, que les corresponden fonéticamente, comportan un análisis, pues por ejemplo *in-auditus* y *fāri, tango*, etcétera, permiten a la lengua la siguiente descomposición: *in-fans, in-teger*.

Si me pongo a dividir *en-fant, en-tier* hago lo mismo que antes: morfología latina sobre formas francesas.

Pues bien, esta morfología constituye la base de todas las gramáticas grecolatinas. Y es esta morfología la que vamos a hacer también nosotros en la mitad de los casos. Pero ahora estarán convenientemente advertidos y preparados, así lo espero, para darse cuenta de su auténtico valor.

Ejemplo: en griego dividiremos: ἵππο-ς, ἵππο-ν, etcétera ἵππο - tema. Es prácticamente seguro que si ἵππος se dividía de algún modo en el sentimiento de los griegos, era en ἵππο-ς, ἵππο-ν.

¿Cómo se prueba? Como siempre, mediante las formaciones nuevas o analógicas: γραμμάτων, ῥήτορον?

La realidad que representa la división ἵππο-ς es una realidad indoeuropea imaginada sobre una forma griega.

Les recuerdo: Realidad = hecho presente en la conciencia de los sujetos hablantes. Los indoeuropeos, o al menos los más antiguos indoeuropeos dividieron *ekwo-s*, *ekwo-m*. Cuando obtenemos un tema ἵππο-, nos basamos en una realidad morfológica anterior en dos o tres mil años a Platón o Sófocles, que ya había dejado de existir para estos escritores y sus contemporáneos.

Otro ejemplo: *patercus*. Lo descomponemos en *patĕr-cus*. Esto es absolutamente cierto en la época en que se formó *patĕrcus* a partir de *patĕr* como *villi/cus* o *vīlicus* a partir de *villa*. No obstante, en una época ya antigua de la lengua latina, *pater-cus* ya es análisis retrospectivo. El análisis actual sería *pat-ercus*. La prueba es la nueva formación *nov-erca*, que demuestra que se aislaba *pat + ercus* y no *pater + cus*.

El análisis retrospectivo sólo busca distribuir los miembros de la palabra según el análisis más antiguo de la lengua; pero este análisis sólo en un número limitado de casos corresponde al análisis más reciente.

Por otra parte, puede corresponder a él perfectamente, y tampoco hay que olvidar esto:

dō - tōr
δῶ - τῶρ

Cuando establecemos subdivisiones de la palabras, como raíz, tema o sufijo, tiene que quedar claro que nos situamos en la época, lejana o cercana en que este análisis se justifica por el sentimiento conforme de la lengua. Época variable, ya que en el caso de δῶ - τῶρ no hay que remontarse más allá del griego, y en el caso de ἵππο-ς, infinitamente lejos más allá del griego.

El primer deber de una morfología verdaderamente científica sería separar las diversas épocas y adentrarse exclusivamente en el espíritu de cada una de ellas, y no imponer marcos abolidos desde hace siglos a las formas históricas. Lo que ocurre es que de este modo sólo tendríamos ideas muy incompletas sobre la génesis de dichas formas. Está claro que si dividiera *pat-ercus* de acuerdo con el sentimiento latino de una determinada fecha, no me daría cuenta del paralelismo entre *pater*, *pater-cus* y *villa*, *villi-cus* (*villā-cus*). Por lo tanto, la práctica impone el anacronismo y la confusión de épocas.

El cambio morfológico

Indirectamente se deduce del §4 que hay en la vida del lenguaje un hecho considerable de gran importancia, que es el *cambio morfológico*. Y que el procedimiento que hemos denominado *morfología retrospectiva* o *anacrónica* o *etimológica* consiste simplemente en erigir en sistema el olvido de ese fenómeno del cambio morfológico.

El cambio morfológico exige un estudio especial que toma el nombre de *Morfología histórica*. Separa las épocas y las compara, mientras que la morfología retrospectiva las confunde. Nos presenta la verdadera perspectiva entre las clasificaciones y las interpretaciones sucesivas a las que ha podido entregarse la lengua sobre las mismas formas, mientras que la morfología retrospectiva busca, si me permiten la imagen, obtener la proyección en el mismo plano de clasificaciones muy diferentes por su fecha.

La morfología histórica dirá que en *kalb*, *kalbir*, a causa de la modificación del sonido, la relación entre la idea y el sonido ha cambiado respecto a sus prototipos *kalbiz* - *kalbizô*. La morfología etimológica sólo ve el estado más primitivo y aplica imperturbablemente el análisis del primer día a los períodos subsiguientes.

No hay fusión posible ya que la morfología etimológica es la negación misma del principio histórico.

Veamos ahora la pregunta que no puede dejar de plantearse, si he conseguido que se siga el desarrollo [de la presente exposición] desde el principio:

Puesto que existe un cambio morfológico y una morfología histórica y una sucesión en los hechos morfológicos, es falso que el juego de las formas morfológicas se ejerza constante y exclusivamente entre formas contemporáneas. En efecto, recordaré que en el primer párrafo presentábamos como principio de primera importancia que los hechos morfológicos ocurren entre formas diversas y *simultáneas*, y los hechos fonéticos entre formas idénticas y sucesivas.

Me será muy fácil demostrarles que este principio no se ve menoscabado ni un solo instante por el hecho del cambio morfológico, sino que recibe más bien una nueva y decisiva ilustración. ¿En qué consiste el cambio morfológico que se realiza entre una época y otra?

1° en el diferente análisis de las mismas formas, o el valor diferente que la lengua les atribuye, o la relación diferente que establece entre

ellas: hechos todos que se mantienen en el ámbito puramente psicológico, pero que no por ello son menos positivos:

Ejemplo:		Época I βέλεσ-σι
		Época II βέλ-εσσι

2º en la creación de formas nuevas, hecho más tangible, más material:

	Época I θηρσί
	Época II θήρεσσι (creación nueva)

Volvamos al primer hecho: el cambio en la percepción de βέλεσσι por la lengua se quedaría en letra muerta si buscáramos su razón en esa forma misma. Pues tiene su única fuente *en las formas que compiten con ella*, como ya hemos dicho. Como el elemento -εσ- no aparece en βέλει, βελέων, etcétera, tras la caída de la s, la lengua no tiene ninguna indicación que le permita dividir βέλεσ-σι y ahora divide βέλ-εσσι. De modo que el movimiento no se ha producido entre βέλεσ-σι y βέλ-εσσι, decirlo sería sencillamente absurdo. *Pero, como siempre en morfología, el movimiento viene de otra parte.* Y volvemos a encontrar, por lo tanto, la condición primordial de toda operación morfológica. Trata de la diversidad o de la relación de las formas simultáneas.

Volvamos al segundo hecho, las nuevas creaciones. Aquí la cosa es aún más evidente: no se trata, en modo alguno, de poner en relación θηρσί, θήρεσσι. El impulso lingüístico que engendró θήρεσσι viene naturalmente *de otra parte*, repito la palabra, de βέλεσσι, etcétera. Para crear θήρεσσι hacía falta un modelo; naturalmente el que lanzaba el neologismo debía conocer bien ese modelo; es decir, que el hecho ocurrió entre formas de lo más contemporáneas, puesto que la asociación se hizo en el cerebro del mismo individuo y no hizo falta ni un cuarto de segundo para ir de βέλ-εσσι a θήρ-εσσι.

Otro ejemplo de cambio que consiste en una creación nueva que sustituye a la antigua:

Nominativo plural	Pronombre	Adjetivo	Sustantivo
indoeuropeo	toi	klutōs	ek ₁ wōs
godo	ƿai	hlūdai	wulfōs
griego	τοί	κλυτοί	ἵπποι

El final *-oi*, primeramente propio del pronombre, en germánico conquistó el adjetivo, en griego, el adjetivo y el sustantivo. Es evidente que no es de *klutōs* de donde partió el cambio que dio *κλυτοί* en su lugar. La formación *κλυτοί* conduce en seguida a la búsqueda de otras formas, y formas *contemporáneas*; no interviene la época anterior, únicamente la propia época de su formación. - τον : τοί = *κλυτόν* : x; x = *κλυτοί*.

La lengua, por lo tanto, debió recurrir a un conjunto de formas simultáneas para llegar a esta creación.

Si comparamos lo que ocurre en el ámbito fonético, observaremos aún más claramente la verdad de nuestro principio, que en morfología hay que moverse siempre en el seno de la misma época; incluso cuando se trata de cambios.

Se ha podido comparar con exactitud el cambio fonético con una escalera cuyos peldaños se hunden a medida que se pasa sobre ellos.

Para que *k₂otros* se convierta en *kwoteros*, es preciso que *k₂otros* desaparezca; para que *kwoteros* llegue a ser *πότερος*, es preciso que *kwoteros* desaparezca. Escribamos:

k₂otros
↓
kwoteros
↓
πότερος

Cambio morfológico: no podemos escribir:

Ni *toi klutōs*
↓
τοί *κλυτοί* (absurdo)
Ni *toi klutōs*
↓
τοί *κλυτοί*,

pues evidentemente no es el *toi* de la generación precedente el que ha engendrado *κλυτοί*. Hay que escribir:

toi klutōs
↘
τοί *κλυτοί*

§6. El cambio morfológico, o el movimiento morfológico de la lengua, suscita otra consideración:

Cuando surgen formas nuevas, como acabamos de ver, todo ocurre por descomposición de formas que existen y recomposición de otras formas por medio de materiales proporcionados por las primeras. Se descompone intuitivamente βέλεσσι en βέλε-σσι y el resultado se aplica para componer θήρεσσι.

Pero nunca es posible que la lengua construya una forma de buenas a primeras mediante un acto verdaderamente creador. Los elementos de la forma nueva se toman siempre del fondo disponible.

Ahora bien, como ese fondo consiste en palabras y no en sufijos, raíces, etcétera, para componer algo nuevo siempre es necesario un trabajo previo y secreto de descomposición. Por muy atrás que nos remontemos, no hallaremos otro procedimiento visible ni admisible teóricamente. La lengua indoeuropea más rezagada no pudo proceder de modo distinto que el griego ni el francés. De modo que las formas que sirvieron de punto de partida a las formaciones nuevas no pudieron componerse ellas mismas más que mediante otras formas en las que la lengua había ejercitado su análisis.

Esto permite comprender la significación que hay que atribuir exactamente a las síntesis que acabamos de realizar. Y aquí es a donde quería llegar a parar.

Cuando decimos, por ejemplo, que se ha añadido a la raíz *bher-* el sufijo *-tor-* y la desinencia *-es* del nominativo plural para formar **bhertores*, «los portadores», cuando decimos esto, no estamos completamente fuera de la verdad lingüística. De nuevo, el escándalo de la escuela.

También aquí considero que sería más útil razonar un poco las famosas abstracciones de la antigua escuela y definir en qué contienen algo exacto y real en lugar de repudiar el todo en teoría para a continuación volver a él en la práctica. En este caso, por ejemplo, basta con introducir un sencillo correctivo a este artificio del gramático para darle un sentido legítimo y exacto.

Nuestra síntesis no difiere en lo esencial de la de la lengua; sólo que la lengua había empezado por un análisis (como, por lo demás, hemos hecho nosotros mismos) []. La lengua había empezado por buscar en alguna parte –buscar en palabras ya hechas– la idea de una raíz *bher-*, la idea de un elemento *-tor-* y de un elemento *-es*, que no conocía como tales, y además el modelo general de su organización y de su funcionamiento. Había por ejemplo tal vez **mentores* «los pensadores» o

**wek₂tores* «los habladores» y, por otra parte, *bherô*, *bhernos*, etcétera. Los elementos que abstraemos, a los que damos ficticiamente existencia propia, vivían solamente en el seno de las formas anteriores y sólo es ahí donde la lengua pudo ir a buscarlos.

^{3293.6 continuación} No puedo suponer que un día se haya tomado *can-* de un repertorio de raíces y que se haya decretado añadirle *-ere*. Es seguro que *can-* no ha existido nunca más que como elemento de *canere*, elemento de *cano*, elemento de *canto*, etcétera. Por consiguiente, una vez más ¿a qué responde este análisis?

Según se esté o no en condiciones de responder a esta pregunta, se descubrirá si se ha profundizado o no en los hechos generales.

La escuela moderna ha captado perfectamente la esencia auténtica de los fenómenos de la lengua, pero ha sido notablemente negligente o impotente para definir la relación que existe entre las categorías y los hechos reales del lenguaje.

Es muy fácil y muy expeditivo decir: la expresión *raíz* o *tema* es anticuada; tiene que quedar claro que son abstracciones. El lenguaje no conoce temas, prefijos o raíces. Pero el caso es que estos términos responden innegablemente a algo, que uno se queda desorientado si no ve la relación, y que se olvida completamente decirnos en qué son erróneos o en qué sentido se justifican, en qué medida nuestros análisis tienen como correlativo un hecho positivo del lenguaje.

Gran principio: lo que es *real* en un estado dado del lenguaje es aquello de lo que los sujetos hablantes tienen conciencia, todo aquello de lo que tienen conciencia y nada más que aquello de lo que pueden tener conciencia.

Ahora bien, 1º, en todo estado de lengua los sujetos hablantes tienen conciencia de unidades inferiores a la unidad de la palabra.

Por ejemplo, en francés tenemos conciencia de un elemento *-eur* cuyo origen no importa y que tiene la capacidad de formar nombres de acción: *grav-eur*, *chant-eur*, *sav-eur*, y gracias a esta conciencia podemos formar neologismos: *os-eur*, *sabr-eur*, *men-eur*. Al mismo tiempo está claro que tenemos conciencia de un elemento *os-*, de un elemento [], etcétera.

2º Es cierto que el proceso que seguiremos al utilizar el elemento *-eur* u *os-* es bastante diferente del que se supone generalmente según el análisis.

No decimos: uno los elementos *os-* y *-eur*. No. Procedemos siempre por proporción: *je grave*, o *graver* : *graveur* = *j'ose* u *oser* : *x*; *x* = *oseur*. Por lo tanto nuestra unidad fundamental es siempre la palabra completa.

Pero ello no impide que realicemos inconscientemente el mismo análisis que el lingüista sobre la palabra. Obtenemos un sonido relativo a tal o cual idea particular, como *oser*, *penser*, y otro sonido destinado a señalar una relación determinada de la palabra con esa idea.

Ahí reside la justificación del análisis morfológico. Si digo que *chan-teur* en el siglo XIX se descompone en *chant* + *eur*, estoy de acuerdo con el sentimiento de la lengua, que se traduce por formaciones nuevas, y si dijera que se descompone en *chan* + *teur*, mi análisis no correspondería a nada.

3º Pero tenemos un hecho crucial: y es que los análisis reproducen el análisis de la lengua misma en un momento dado, no corresponden necesariamente a los análisis hechos en un estado anterior. Entre otras causas, las modificaciones fonéticas: por ejemplo *chant[eur*, pero *can[tor* o *can[torem*. ¿Por qué? Porque *-atorem* se confundió con *-orem* fonéticamente; de modo que a partir de *labour*, *labourer* establecemos entre *chanteur* y *chanter* una relación que los latinos no podían establecer entre *can[tor* y *can[tare*. Todo depende pues de la situación recíproca de las formas emparentadas en cada época dada. El análisis sólo es correcto en un tiempo circunscrito.

4º Pero si a partir de *can[tor* cortamos *chan[teur*, entonces hacemos morfología latina sobre formas neolatinas. Morfología retrospectiva. Y este es el caso habitual para los hechos indoeuropeos. En griego ἵππος, si se dividía por el sentimiento de la lengua, no se dividía de otro modo que ἵππ-ος, ἵππ-οις. Tomar γράμματις. Todo estudio fonético consiste en considerar una misma forma en épocas diferentes, y todo estudio morfológico consiste en considerar formas diversas en una misma época. Uno trata de lo que es sucesivo e idéntico mediante la sustitución. El otro de lo que es diverso y en cambio simultáneo:

	<i>ekwos</i>	<i>ekwon</i>
Esfera	ἵππος	ἵππον
Fonética		
	Esfera morfológica	

Algunas locuciones que ponen de manifiesto la confusión que puede producirse:

φορός «viene de» *bhoros*

Y φορός «viene de» φέρω. Este último caso es absolutamente inadmisibile.

O bien:

chanson «se relaciona etimológicamente con» *cantio*,
chanson «se relaciona etimológicametne con» *chanter*.

Dos órdenes de hechos completamente diferentes. Si hay oscuridad, establezcan rápidamente el esquema:

cantare cantio(nem)

chanter chanson.

Si se mueven en las líneas horizontales, hacen ustedes morfología, comparan formas de composición no idénticas.

II. Toda comparación entre formas contemporáneas, si esas formas tienen algo en común entre ellas, conduce a un análisis:

	<i>ek₁wos</i>	<i>ek₁wom</i>
me llevan a aislar:		
	1° <i>ek₁wo-</i>	
	2° -s y	-m,

y *bherō* y *bhoros* me lleva a aislar: *bher-* o *bhor-*. *cantare*, *cano*, *canti*: *can-*. El trabajo del especialista en morfología siempre puede traducirse en una descomposición de las formas de la lengua.

Entonces se plantea la cuestión de saber a qué responde este análisis en la realidad.

Como gramático, descompongo *ek₁wos* en *ek₁wo* + *s* o *canere* en *can* + *ere*. Pero en la vida del lenguaje ¿cuál es la contrapartida real y tangible, cuál es el resultado, qué fenómeno positivo se puede considerar resultado de este análisis?

Probablemente no sólo los romanos y los griegos, sino los indoeuropeos y quienes pudieron precederles no hablaron nunca más que con palabras completas, es decir con lo que constituye el objeto de mi análisis.

El análisis morfológico retrospectivo

El análisis morfológico de una forma dada, que es correcto en un momento dado, no lo es necesariamente a algunos siglos de distancia, hacia delante o hacia atrás. Y volvemos a encontrar en esto la condición primera de todo estudio morfológico, que es moverse en el seno de una misma época. Por ejemplo:

Lezyö siglo XVII *lez yö*
 siglo XIX *lēzyö*
 (*katr. zyö*). -
 - *lierre* - *kalb*, *kalbiz*

Otro ejemplo: *enfant*, *entier* no comportaban en el siglo XIX y desde hacía tiempo ningún análisis en el sentimiento de la lengua, porque no hay punto de comparación. Las mismas palabras en el siglo I *infans*, *integer* comportaban un análisis en el sentimiento de la lengua *in-fans*, *in-terger*. Pues bien, aquí es donde quería llegar a parar. Si en nombre de la identidad de sustancia entre *enfant* e *infans*, opero en francés el análisis *enfant*, ¿qué estoy haciendo? Hago morfología latina sobre el equivalente francés de una forma latina. Hago *morfología retrospectiva*.

Ese tipo de morfología, en el fondo, es detestable. Es directamente contraria a nuestro principio: ya no se apoya sobre el sentimiento de la lengua. Y por consiguiente no responde a ningún hecho de lenguaje.

Pues bien, es exactamente esa morfología la que encuentran ustedes en las gramáticas grecolatinas y es esa morfología la que vamos a hacer también nosotros, con la diferencia de que ustedes han sido debidamente prevenidos y que se dan cuenta, así lo espero, de lo que vale.

Vamos a hacer sobre formas griegas o latinas morfología indoeuropea. Y en muchos casos incluso arqueo-indoeuropea. Pues puede ocurrir que nuestros análisis respondan sólo a una división de la palabra ya perdida en el último período del indoeuropeo y que sólo existe en un estado todavía anterior de la lengua.

El análisis morfológico griego o latino *puede* corresponder al análisis indoeuropeo pero, en la mitad de los casos, si lo aplicamos, tal vez no corresponda a este.

Con toda seguridad, corresponde en un caso como este: πεπτός - *coctus*.

Los indoeuropeos sólo podían analizar **pek₂-tos*, pues tenían por una parte **pek₂o* y, por otra parte, por ejemplo, *klutos*.

Los griegos, véase πέψω y κλυτός.

O los latinos, véase *coquo*, véase *factus*, etcétera.

En este caso particular nuestras distinciones de raíz, sufijo, etcétera tendrán un valor positivo, una significación real en griego y en latín, y no solamente en indoeuropeo.

Pero, en muchos otros casos, nuestro análisis de las formas griegas y latinas sólo corresponderá a una distinción sentida por el pueblo primitivo o por sus antepasados.

Tomemos, por ejemplo, el mismo πεπτός. Tendremos que hacerle una segunda división πέπ-τός, *coctu-s*. Esta segunda distinción no corresponde con seguridad al sentimiento griego o latino: *-os* y *-us* constituían para ellos un todo solidario. Si en algún momento se sintió que πεπτός contenía un triple elemento, era mediante la división πεπ-τ-ός, contraria al sentimiento indoeuropeo, por lo menos al más antiguo sen-

timiento indoeuropeo. La prueba como siempre la aportan las formaciones nuevas: γραμμάτοις en que vemos la *o*, independiente de la desinencia según el sentimiento primitivo, pero sentida por los griegos como perteneciente a la desinencia.

9 [Crítica de las divisiones usuales en las gramáticas científicas]

³²⁹⁴ XIII. Uno de los espectáculos más divertidos es el modo en que se divide la gramática (*científica*) de una lengua.

En primer lugar encontramos la *Fonética* (en alemán *Lautlehre*), luego la *Morfología* (en alemán *Formenlehre*). Completamente natural, ¿no es cierto? Primero los sonidos, después las combinaciones de sonidos; primero lo sencillo, luego lo compuesto; ¡y lo más maravilloso es que hay quien cree que lo comprende!

¿Cómo la fonética podría ser una parte de la gramática de una lengua si se nutre exclusivamente de lo que la ha precedido? Si quisiera hacer una fonética de la lengua de Ulfilas o de la de la Canción de Roldán prohibiéndome salir de esas épocas (como hago con su morfología), no tendría ni una sola palabra que decir sobre su fonética. Lo que se denomina *su* fonética sólo puede extenderse en el pasado, y fuera de sí misma, en relación con un determinado producto que tomo *yo* en el pasado, pero que no afecta al organismo de esas lenguas.

10a [Notas para un libro sobre lingüística general, 1] (1893-1894)

³²⁹⁵ = ¹⁹⁷⁷ Como el lenguaje no ofrece en ninguna de sus manifestaciones una *sustancia*, sino sólo *acciones* combinadas o aisladas de fuerzas fisiológicas, físicas y mentales, y como sin embargo todas nuestras distinciones, nuestra terminología, todos nuestros modos de hablar están moldeados por el hecho de que suponemos involuntariamente que hay una sustancia, no puede dejar de reconocerse, ante todo, que la tarea esencial de la teoría del lenguaje consistirá en aclarar nuestras primeras distinciones. No podemos aceptar que se tenga derecho a erigir una teoría prescindiendo de este trabajo de definición, aunque esa cómoda manera de proceder haya parecido satisfacer hasta ahora al público lingüista.

³²⁹⁵ = ¹³² Si tomamos lo más material que pueda haber en la lengua, lo más sencillo y más independiente del tiempo, por ejemplo «el grupo *aka*»

o «la vocal a», previamente desprovistos de toda significación, de toda idea de uso, esto no representará más que una serie de *acciones* (fisiológico-acústicas) que consideramos concordantes. En el instante en que las consideramos concordantes, hacemos de *aka* o *a* una *sustancia*. Pero es imposible darse cuenta de lo que vale esta sustancia sin haberse dado cuenta del punto de vista en cuyo nombre la creamos. Jamás podemos considerar una parte del lenguaje como anterior y superior a las otras, y válida como punto de partida. Podríamos hacerlo si hubiera una parte que se diera fuera de las demás, es decir, fuera de toda operación de abstracción y de generalización por nuestra parte; pero basta con reflexionar para comprender que ni una sola de ellas se encuentra en este caso.

^{3295 = 128} Puede parecer, por ejemplo, que tenemos derecho a partir de las figuras vocales, por ejemplo la figura vocal []. La identidad de la figura vocal *cantare*, por ejemplo, con la palabra *kantare* en hotentote, representa otra manera de clasificar los hechos que la identidad *cantare* / *chanter*, y otra, la identidad *cantare* significando tal cosa; pero sólo son distintos modos de dividir.

Hemos llegado por tantas vías diferentes a cada una de las cosas que hemos considerado como una verdad, que confesamos no saber cuál debemos preferir. Para presentar convenientemente el conjunto de nuestras propuestas, sería preciso adoptar un punto de partida fijo y definido. Pero lo que pretendemos establecer es que es erróneo admitir en lingüística un solo hecho como definido en sí. Por lo tanto hay, en verdad, necesariamente una ausencia de cualquier punto de partida, y si algún lector está dispuesto a seguir atentamente nuestro pensamiento del principio al final de este volumen, estamos persuadidos de que sabrá reconocer que era prácticamente imposible seguir un orden muy riguroso. Nos permitimos poner y volver a poner la misma idea ante los ojos del lector, hasta tres y cuatro veces y bajo formas diversas, porque no existe realmente ningún punto de partida más indicado que otro para poder basar en él la demostración.

^{3295 = 126-127} E En el momento en que decidimos entrar en el ámbito de los hechos vocales, ¿hay previamente algo definido en otro ámbito? Absolutamente nada.

2º Si, pese a todo, hubiera algo determinado en otra parte, ¿esta determinación sería decisiva o válida para el ámbito vocal? Ni por un solo instante. Aunque admitiéramos, por ejemplo, que sabemos qué fórmula dar en el sistema griego al valor de *vú* y en francés al valor de *nu*, es evidente que la figura vocal *nü* existía fuera de todo valor y de todo idioma, fuera de todo lugar, todo tiempo y toda circunstancia, sin saber ni siquiera si

corresponde a una palabra griega o a una palabra francesa. Existe porque la declaramos idéntica a sí misma. Pero no podemos declararla idéntica a sí misma sin invocar un *punto de vista*: ^{3295 = 129} de lo contrario, podríamos declarar idéntico a sí mismo *cantāre*: chanter. Por lo tanto, para declarar la existencia de *nū* recurrimos tácitamente al juicio de identidad que pronuncia el oído, pero para afirmar la existencia unida de *cantāre* y *chanter*, recurrimos a otra clase de identidad, que se deriva de otro orden de juicios; pero en ningún caso dejamos de recurrir a una operación muy positiva de la mente: el espejismo de que hay cosas que vienen *dadas naturalmente* en el lenguaje está profundamente arraigado.

Primer modo de razonar: «*Existe cantāre* en latín». Y a continuación comienzan los «desde el punto de vista...»; por ejemplo ese *cantāre*, «desde el punto de vista» de la figura vocal que representa, es idéntico a tal palabra cafre o samoyeda; «desde el punto de vista de» la continuación regular de esta figura, es idéntico al francés *chanter*; «desde el punto de vista de» su valor en latín []

Se comprende entonces que la primera condición para considerar sucesivamente *cantāre* desde tantos puntos de vista, que hacen de esta palabra cosas muy diferentes, sería saber en qué consiste el auténtico *cantāre*, dónde está la garantía de su existencia, o simplemente la forma sólida de su existencia. Y esto nos lleva al:

Segundo modo de razonar: reconocemos efectivamente que no puede decirse: «*Existe cantāre* en latín» porque es absolutamente imposible saber de qué se trata fuera de un punto de vista que hay que escoger. Escogeremos pues un punto de vista que nos proporcionará una base sólida. Declaremos seriamente que *cantāre* es para nosotros la figura vocal *can-tā-re*; todo lo que se añada será atributo.

Tercer modo de razonar, el único admisible en nuestra opinión:

No hay nada, es decir, no sólo nada que esté determinado de antemano fuera del punto de vista, sino ni siquiera un punto de vista que sea más indicado que los demás.

Primeramente sólo hay la crítica comparativa de los puntos de vista. Decir que no se puede hablar de un latín *cantāre* o [] es ridículo o, al contrario, de una evidencia ridícula, como se prefiera.

identidad	<i>cantāre</i>	<i>cantāre</i>
identidad	<i>cantāre</i>	<i>cantāre</i>
	sentido y uso	sentido y uso
identidad	<i>cantāre</i>	<i>chanter</i>

Tenemos la pretensión de que toda clase de operación correcta o errónea sobre la lengua (exceptuando el capítulo de los *préstamos* que dejamos de lado) encuentra una fórmula con la ayuda de los principios que hemos presentado.

Hay diferentes clases de identidad. Esto crea diferentes órdenes de hechos lingüísticos. Fuera de algún tipo de relación de identidad no existe el hecho lingüístico. Pero la relación de identidad depende de un punto de vista variable, el que se decida adoptar; no hay, por lo tanto, ningún rudimento de hecho lingüístico fuera del punto de vista definido que ha de regir las distinciones que se hagan.

10b [Notas para un libro sobre lingüística general, 2]

^{3295a = 130} Tomemos una figura vocal como *alka*, que al pasar de boca en boca se convierte, por ejemplo, en *ôk*.

Si observamos el término final *ôk* y el término inicial *alka*, ¿hay entre ambas cosas un lazo positivo? Y si respondemos afirmativamente, ¿qué clase de lazo?

Nos damos cuenta en seguida de que el lazo entre las cosas preexiste.

A medida que se profundiza la materia propuesta al estudio lingüístico, uno se va convenciendo más de esta verdad que, es inútil tratar de disimularlo, da mucho que pensar: que el lazo que establecemos entre las cosas, en este ámbito, preexiste *a las cosas mismas* y sirve para determinarlas.

^{3295a = 125} En otros ámbitos hay *cosas*, objetos dados, que luego se pueden considerar desde diferentes puntos de vista.

^{3295a = 131} En nuestro ámbito hay primeramente puntos de vista, correctos o erróneos, pero únicamente puntos de vista, con ayuda de los cuales secundariamente se CREAN las cosas. Estas creaciones corresponden a realidades cuando el punto de partida es correcto o no corresponden a ellas en caso contrario. Pero en ambos casos, ninguna cosa, ningún *objeto* se da en sí ni un solo instante. Ni siquiera cuando se trata del hecho más material, el más evidentemente definido en sí en apariencia, como sería una serie de sonidos vocales.

Consideremos por ejemplo la serie de sonidos vocales *alka*, que tras cierto tiempo, al pasar de boca en boca se convierte en *ôk*, y fijémonos en que, para simplificar, nos abstenemos por completo de hacer intervenir el valor significativo de *alka* o de *ôk*, aunque sin este valor no haya ni siquiera el comienzo de un hecho de lenguaje propiamente dicho.

Bien, pues *alka*, por medio del factor TIEMPO, se ve convertido en *ôk*. En el fondo, ¿dónde está el LAZO entre *alka* y *ôk*? Si entramos por esta vía, y es *inflexiblemente necesario hacerlo*, pronto veremos que será preciso preguntarnos dónde está el LAZO entre *alka* y *alka* mismo, y, en ese momento, comprenderemos que en ninguna parte existe como hecho primordial una cosa que es *alka* (ni ninguna cosa), sino que lo que existe primero es una determinada *clase de relaciones* que establecemos nosotros, por ejemplo, la relación entre *alka* y *ôk*, que nos sugiere la idea de una determinada especie de unidad, todavía muy difícil de definir.

Esta es nuestra profesión de fe en materia lingüística. En otros ámbitos se puede hablar de las cosas «*desde tal o cual punto de vista*», porque se está seguro de encontrar terreno firme en el propio objeto. En lingüística negamos en principio que haya objetos dados, que haya cosas que continúen existiendo cuando se pasa de un orden de ideas a otro, y negamos que podamos permitirnos considerar «cosas» en varios órdenes, como si se dieran por sí mismas.

Resumen más general

Este es el sentido más general de lo que hemos tratado de establecer: tenemos prohibido en lingüística, aunque no dejemos de hacerlo, hablar «*de una cosa*» desde diferentes puntos de vista, o de una cosa en general, porque sólo el punto de vista HACE la cosa.

Tan pronto como surge una expresión de este tipo (por ejemplo, *eqvos* desde el punto de vista vocal, desde el punto de vista etimológico, desde el punto de vista de sus derivados, desde el punto de vista de...), flota en el aire la confusión de ideas, que es flagrante, puesto que se empieza por hacer de *eqvos* algo que puede contemplarse desde mil puntos de vista y, por lo tanto, existe independientemente de todos. ¡Pero traten de definir *eqvos* fuera de un punto de vista determinado!

No dudo en decir que cada vez que se introduce una distinción supuesta de «punto de vista», la auténtica cuestión es saber si estamos frente a las mismas «cosas» y, si es así, es por el más completo e inesperado de los azares.

Tantas veces se ha opuesto el *sonido* material a todo lo que se le puede oponer, que mucho nos tememos que también nuestra nueva distinción se confunda con otras. Sin embargo, nuestra posición es nítida. Negamos rotundamente, y sin futura concesión de detalle posible, que entre las cosas que se pueden *oponer* al sonido material se halle la idea.

Lo que puede oponerse al sonido material es *el grupo sonido-idea*, pero en absoluto *la idea*.

10c [Notas para un libro sobre lingüística general, 3]

³²⁹⁶Entre el conjunto de cosas conocidas, ¿hay algo que pueda compararse con exactitud a la lengua?

Primeramente es necesario señalar que esta cuestión, siempre difícil, al menos no tendrá para nosotros el vago sentido que ha tenido inevitablemente para todos aquellos que hayan querido resolverla sin decir previamente ni una sola vez lo que pensaban acerca de la misma.

Desde nuestro punto de vista, esta cuestión equivale a preguntar algo muy diferente de todo lo que ha podido percibirse en ella. Equivale a preguntar si hay algún hecho de la vida social reducible a una fórmula que sea, en cualquier momento que se observe, convencional, y por lo tanto arbitraria, totalmente desprovista de relación con el objeto, absolutamente libre y sin ley con respecto a él; 2º que sea en sí misma el producto no arbitrario y no libre de lo que le ha precedido en esa clase;

A. Vida por la sociedad // Vida interior

Por eso hay que añadir: 3º que esa cosa no puede interrumpirse, ni siquiera en el espacio de 24 horas, y que cada elemento se reedita miles de veces en ese tiempo. La cuestión de saber si la lengua es un hecho social o no es indiferente; en nuestra opinión no es eso lo que puede preguntarse, sino si hay, en algún reino, algo que por la comparación de sus condiciones de existencia y de *cambio* sea simétrico al de la lengua.

I. En un momento dado: 1º La lengua representa un sistema interiormente *ordenado en todas sus partes*, 2º depende de un objeto, pero es libre y *arbitraria respecto a ese objeto*;

II. La lengua misma representa una convención arbitraria, es el producto no libre de hechos que no []

11 [Notas para un artículo sobre Whitney]

³²⁹⁷El objeto que sirve de signo no es nunca *el mismo* dos veces seguidas: desde el primer momento es preciso un examen o una convención inicial para saber en nombre de qué, dentro de qué límites tenemos derecho a

llamarlo el mismo; ahí está la diferencia fundamental con un objeto cualquiera, y la sencillísima primera fuente.

Por ejemplo, la mesa que tengo ante mí es materialmente la misma hoy y mañana, y la letra *b* que escribo es tan material como la mesa, pero no es []

No es uno de los rasgos menos simpáticos de la exposición de Whitney su altura de miras, su estilo amplio y absolutamente impersonal. Presentarse en cualquier parte como un reformador provoca rechazo; la afirmación de una verdad científica es impersonal; el público a quien dirigía sus lecciones puede creer que todo lo que enseña es lo que siempre ha enseñado la lingüística anterior a él. Si hay que corregir ese error corriente, si hay que reducir a la nada tal construcción absurda, son siempre algunos lingüistas aislados [] mientras que en realidad, me atrevo a decir, hubiera sido equitativo en la mayoría de los casos atribuir esa opinión errónea a la mayoría de los lingüistas europeos. Es verdad que algunos pudieron darse cuenta en más de una ocasión que [no] es que el instinto y las cualidades de un polemista estuvieran en modo alguno ausentes del temperamento natural de Whitney. Temería incluso arrebatarse a la figura del sabio especialista en sánscrito del Yale College uno de sus rasgos más pintorescos si olvidara recordar los grandes arrebatos de cólera de que era capaz, pero no pudimos darnos cuenta [] Todo el mundo podrá testimoniar ejemplarmente que no nos habríamos dado cuenta de ese aspecto combativo e impaciente de su carácter []. Sería difícil decir que todos los «jóvenes» que se beneficiaron de las lecciones científicas de Whitney no parecen haberlo tomado en la misma medida como modelo en ese aspecto moral. El pensamiento en el que se ha inspirado la *American Philological Association* al pedir a muchos [] americanos y [] que resuman según su opinión el papel que desempeñó Whitney en los diferentes departamentos científicos que les competen me parece uno de los más logrados pensamientos.

Sólo comparando los juicios expresados libremente desde distintas orientaciones, obtendremos al mismo tiempo enseñanzas y un completo homenaje a quien añoramos juntamente con ustedes, a la memoria de aquel cuya pérdida reciente lamentamos con ustedes. Ustedes no exigen nada a quienes se unen de buen grado a esta tarea piadosa, no imponen nada a quienes se unen a ustedes en la tarea de resumir en nombre de su ciencia respectiva la obra realizada por Whitney, lo que exigiría más tiempo y más autoridad que las que se conceden a sí mismos una parte de sus colaboradores. En estas circunstancias es más fácil dejar volar la pluma. Papel y destino singulares los de Whitney.

Esto es lo que se dirá, imagino: 1° Que no habiendo escrito una sola página con la que pretendiera hacer gramática comparada, influyó en todos los estudios de gramática comparada, lo que no es el caso de ningún otro lingüista. Fue el primer guía de los principios que sirvieron después de método en la práctica. 2° Que los diversos intentos realizados *por primera vez* entre los años 1860 y 1870 para obtener de la suma de los resultados acumulada por la gramática comparada algo general sobre el lenguaje, fracasaron todos excepto el de Whitney, que se situó de entrada en la buena dirección y ahora basta con que ésta se siga con paciencia. Fue el primer generalizador que supo no llegar a conclusiones absurdas sobre el Lenguaje a partir de la obra de la gramática.

Consideremos ante todo ese segundo papel, pues es evidente que es por eso, porque inculcó a los lingüistas una visión más sana de lo que era en general el objeto tratado bajo el nombre de lenguaje por lo que, recíprocamente, los decidía a utilizar procedimientos algo diferentes de los del pasado en el laboratorio de sus comparaciones cotidianas. Ambas cosas, una buena generalización sobre el lenguaje, que puede interesar a cualquiera, o un método sano que proponer a la gramática comparada respecto a las operaciones precisas de cada [] son en realidad lo mismo.

^{3297 = 52} Siempre será un tema de reflexión filosófica que durante cincuenta años la ciencia lingüística, nacida en Alemania, desarrollada en Alemania, querida en Alemania por innumerables individuos, jamás haya tenido la veleidad de elevarse a ese grado de abstracción necesario para dominar por una parte, *lo que se hace* y, por otra parte, en qué medida *lo que se hace* tiene legitimidad y razón de ser en el conjunto de las ciencias; pero un segundo tema de asombro será el haber visto que cuando al fin esta ciencia parece despertar de su letargo, venga a parar al ensayo risible de Schleicher, quien se hundió bajo su propio papel ridículo. Ha sido tal el prestigio de Schleicher, simplemente por haber tratado de decir algo general sobre la lengua, que todavía hoy parece que sea una figura sin par en la historia de los estudios lingüísticos, y vemos a lingüistas adoptar aires cómicamente graves cuando se habla de esta gran figura... (como si se pudiera decir []). Todo lo que hemos podido comprobar nos indica que era la mediocridad más completa, lo que no excluye tener pretensiones. A este respecto, nada más significativo que su manera de comportarse en relación con el acento lituano, puesto que Schleicher quiso meterse con el acento lituano. Su papel en este ámbito consistió en a) rechazar (*¡en una nota!*) por ridícula la distinción de Kurschat referente a [], b) copiar, en cambio, muchas de sus indicaciones, pero sin reconocerle su mérito, y a hacer por eso totalmente ininteligible []

³²⁹⁷ = ⁶⁴² Si la fonología —esa ciencia particular a la que no se le ha encontrado nunca nombre, quiero decir la «de las condiciones naturales de la producción de los diferentes sonidos por nuestros órganos⁽¹⁾»—, si la fonología, decía, compete a la lingüística, hay que señalar que Whitney le aportó varias contribuciones positivas en diferentes ocasiones, ya que, por lo demás, a causa de sus estudios sobre los *Prātiçākhyas* de diferentes *Veda*, estuvo atento desde el primer momento a todos los detalles que pueden aclarar la pronunciación.

⁽¹⁾ Para la fisiología no es una ciencia, ya que se trata de la aplicación particular de los órganos a tal o cual efecto. Tampoco para la acústica. Por último, para la lingüística, es una ciencia, pues en la fonología se contienen las condiciones teóricas e infranqueables. Pero es solamente una ciencia *auxiliar* y formalmente situada. Situada de este modo entre []

No menciono los [] como *Remarks on utterance of vowels*, pues no considero precisamente que la lingüística tenga un interés de primer orden en saber []

³²⁹⁷ continuación Pero hubo un intento de Whitney de resolver una cuestión mucho más interesante para la lingüística. Y aunque no resolvió el problema (sencillamente porque olvidó *un* elemento, es cierto que el más decisivo, pero no podré hablar aquí de esto), dijo al menos lo más razonable que se pueda decir sobre esa cuestión.

Por lo demás, no nos engañemos. Llegará un día, y somos absolutamente conscientes del alcance de [], en que se reconocerá que las cantidades del lenguaje y sus relaciones se pueden expresar, *por su naturaleza fundamental*, mediante fórmulas matemáticas. Es preciso renunciar a []. Esto, muy a pesar nuestro, cambia mucho el valor de todo lo que se ha dicho, incluso de lo dicho por hombres muy eminentes. Consideramos que los sucesivos intentos de interpretar [] marcan una sucesión de etapas progresivas sin duda alguna; pero aproximadamente de la misma manera que si una progresión de experiencias nos llevara a entrever, a creer, que el cuadrado de la hipotenusa es igual al cuadrado de los otros dos lados [] En ese momento, ya no hay nada más que decir, sólo que hay que cambiar radicalmente de base y partir de la definición de la línea recta sin ocuparse en experiencias. No hay que entretenerse en investigaciones y medidas exteriores para llegar al hecho.

Pues si partimos del contrato fundamental entre la mente y el signo en cualquier momento, el accidente histórico, aun incluso cuando no fuera una variable conocida, no puede producir más que tal o cual desplazamiento concebible de antemano, clasificable de antemano, si la teoría de los signos es perfecta. Bogamos en pleno *a priori* en una ciencia a

la que le horroriza el [], es decir que la diversidad sucesiva de las combinaciones lingüísticas (llamadas estados de lengua) que ocurren por accidente son claramente comparables a una partida de ajedrez. Ahora bien, cada una de estas situaciones, o no exige nada o exige una descripción y una apreciación matemáticas, pero no necesita disertaciones vagas que partan del exterior, con el pretexto de que es una fuerza exterior (el jugador) o que es un acontecimiento histórico (el juego precedente) el que ha cambiado la posición de las piezas, y que un momento antes la situación del rey o el estado de la palabra *x* no debía ser totalmente el mismo que es ahora.

^{3297 = 1489} Los teóricos del lenguaje antes de los nuevos fundamentos y los estudiosos prácticos de la lingüística tras Bopp no dejaron de considerar la lengua como UNA POSICIÓN de partida de ajedrez (*sin antecedente ni continuación*) y se preguntaban cuál era, en esa posición, el valor, la potencia respectiva de las piezas.

La gramática histórica, tras descubrir que había *JUGADAS de ajedrez*, se burló de sus predecesores. Por su parte, sólo reconoce la continuación de las jugadas y pretende, por lo que parece, tener así una visión perfecta de la partida, las posiciones ya no le preocupan, desde hace mucho tiempo no son dignas de atraer su atención. Pero no nos entretendremos ni un instante en ninguno de estos dos errores, de los que sería difícil decir cuál es mayor o más profundo por sus consecuencias, sino que, como estamos seguros de que una lengua sólo puede compararse con la idea *completa* de la partida de ajedrez, que supone a la vez las *posiciones* y las *jugadas*, a la vez *cambios* y *estados* en la sucesión (nada impide, para introducir en la comparación un rasgo bastante esencial, suponer que el jugador es completamente absurdo y desprovisto de inteligencia, como es el azar de los acontecimientos fonéticos y de otros en []: nos preguntamos entonces si la naturaleza de esta cosa, en todo caso doble, en su esencia es más profundamente *histórica* —o más profundamente de naturaleza abstracta, ya que escapa a las fuerzas históricas en virtud de un dato fundamental e incoercible, que en el ajedrez es la convención inicial que reaparece tras cada jugada y en la lengua la acción totalmente ineluctable de los signos en relación con la mente, que se establecerá por sí misma tras cada acontecimiento, cada jugada. ^{3297 = 1392} Un sencillo ejemplo: *fôt* : *fôti*; el signo del plural es *i*. Jugada y por lo tanto, nueva posición de los términos: *fot* : *foet*; ahora el signo de plural es la oposición *ô* : *oe* (se quiera o no). ^{3297 = 1399} Pero estas dos clases de oposiciones no están de ningún modo en sí mismas y en su principio ligadas al acontecimiento que las ha producido, como tampoco si observo por casualidad *en la*

lengua de Kamchatka [] y tampoco si obtengo tras dos partidas totalmente diferentes la misma posición de las piezas del ajedrez en un momento dado.

Repetición: por eso mismo dudaremos sobre la naturaleza de la lengua, o en creer que alguien pueda definir esa naturaleza, *puesto que es fundamentalmente doble*: ahí está la verdad central.

En efecto, para la mente no hay ninguna analogía entre lo que es una *posición en ajedrez* y una *jugada de ajedrez* (que suponemos inepta) como o incluso si la supusiéramos guiada por una []; además es imposible decir cuál de estas dos cosas, totalmente distintas, constituye en mayor medida que la otra la vertiente decisiva del conjunto, de manera que permita alguna clasificación.

^{3297 continuación} Estamos previendo desde el principio una objeción: se podría decir igualmente que no hay ninguna analogía entre *el régimen* monárquico bajo Pisístrato y *el golpe de Estado* que permitió ese régimen; sin embargo, jamás se ha puesto en duda que ambas cosas pertenezcan con igual derecho al ámbito de la historia. La historia de los pueblos, como la historia de las instituciones, como la historia de la lengua, se compone de *crisis*, parciales o totales, y de *estados* cambiados por esas crisis; es el *abc* de todo.

En las cosas históricas generales no hay ninguna antítesis absoluta entre lo que es un estado y lo que es una crisis, entre los []

Por ejemplo, el instante en que se derriba un régimen democrático para []

¿Por qué? Porque son exactamente los mismos factores, las mismas pasiones, los mismos intereses, los mismos [] los que explican o la crisis o el estado; en lingüística los estados tienen una razón orgánica (interna). El conocimiento de los antecedentes históricos no ayuda a comprender ni a establecer en ningún momento la relación del signo con la idea; por ejemplo, si se sustituye la letra [], es ciertamente interesante, pero []

Si se toma la palabra *historia* en su más amplio sentido, es esencialmente erróneo creer que la lengua sea un objeto histórico por más de un aspecto determinado, que puede resolverse mediante consideraciones [] o presentar en algún momento una claridad, si nos atenemos a esas consideraciones históricas.

¿La causa? Es muy sencilla.

Algunos filósofos, lógicos, psicólogos quizá nos han enseñado cuál era el contrato fundamental entre la idea y el símbolo, en particular entre [aquella] y un símbolo independiente que la represente. Tal vez podemos decir: entendemos por símbolo independiente las categorías de

símbolos que tienen la característica importantísima de no tener *ninguna clase de lazo visible* con el objeto que designan y que, por consiguiente, no pueden depender de él ni siquiera indirectamente en la continuación de sus destinos. Por ejemplo, si represento un *hombre* mediante una figura, aunque esté mal hecha, o si lo represento mediante el signo gráfico *x* o mediante la figura vocal *ἄνθρωπος*. Por otra parte, los historiadores y los lingüistas nos han enseñado que el lenguaje (ese sistema particular de símbolos *independientes* que es el lenguaje), no deja de conocer las vicisitudes []

Lo que se les ha escapado a los filósofos y a los lógicos es que si un sistema de símbolos es *independiente* de los objetos designados, estaba sujeto a experimentar, a *causa del tiempo*, desplazamientos *no calculables para el lógico*, manteniéndose por lo demás forzosamente siempre []

Y lo que, inversamente, se les ha escapado a los lingüistas es que en este caso *la materia que experimenta la acción histórica* no depende en modo alguno de la apreciación histórica simple, como ocurre por ejemplo con los hechos políticos. Todo en este mundo afecta por una lado a [], y el propio sistema solar no es []. De ello no se deriva que [la astronomía] sea una ciencia histórica.

La situación exacta del lenguaje entre las cosas humanas es tal que es extremadamente dudoso y delicado decir si se trata más bien de un objeto histórico o más bien de otra cosa pero en el estado actual de las tendencias no hay ningún peligro en insistir especialmente en su vertiente no histórica.

Que en cada momento de su existencia el lenguaje es *un producto histórico*, es lo que es evidente. Pero que en ningún momento del lenguaje ese producto histórico represente otra cosa que el último compromiso que acepta la mente con ciertos símbolos, esa es una verdad más absoluta todavía, pues sin este último hecho no habría lenguaje. Pero el modo en que la mente puede utilizar un símbolo (dado, en primer lugar, que *el símbolo no cambia*) es toda una ciencia que no tiene nada que ver con las consideraciones históricas. Además, si el símbolo cambia, se produce inmediatamente después un nuevo estado, que exige una aplicación nueva de las leyes universales.

Desde hace largos años alimentamos la convicción de que la lingüística es una ciencia *doble*, y tan profunda e irremediabilmente doble que en realidad puede uno preguntarse si existe una razón suficiente para mantener bajo el nombre de *lingüística* una unidad facticia, generadora precisamente de todos los errores, de todas las trampas inextricables contra las que nos debatimos todos los días, con la impresión []

Antes de que se haya reconocido esta dualidad fundamental, o al menos de que se haya discutido, admitimos que puede haber una parte de las opiniones que sean sencillamente quiméricas, y otras que tienen el mérito de no contradecir la realidad de los hechos y de dedicarse a su observación; pero nos es imposible conceder que unas sean más instructivas que otras, que se apoyen en bases naturales y que puedan ilustrarnos positivamente. Es aproximadamente lo mismo (guardando las necesarias distancias) que si uno dijera, al cabo de una serie de observaciones exteriores, que el cuadrado de la hipotenusa es el doble del cuadrado de los dos otros lados, que otro dijera que no hay relación entre ellos y que un tercero dijera que es igual a la suma de los cuadrados de los otros lados. No se puede negar al tercero la superioridad de su resultado o de su vista sobre los otros dos; sería un error []; pero entre la afirmación que es correcta (y comprobable, hagámoslo notar) y aquellas en las que aparece el error, no hay realmente progreso de método; y sólo podrá haberlo si se cambia []

Ninguna de esas afirmaciones tiene más valor que otra porque les falta en el mismo grado la noción del auténtico punto de partida.

Esta casa es una cosa; la impresión que recibe mi retina de ella (que *debe* recibir de ella) según las leyes matemáticas es otra a la distancia de cien metros, profundamente distinta de la primera, pero es sólo esta última la que cuenta en el lenguaje. Esa casa se hunde, se arruina por uno de sus lados.

Si comparo ahora los dos estados de la casa, *las dos perspectivas recibidas*, es exacto que no son independientes una de otra; sería un engaño absoluto creer que una procede de la otra, o que me sirve de algo conocer el estado anterior de la casa o la perspectiva anterior para explicarme el estado actual de la perspectiva. No hay ningún medio de deducir una de otra en nombre de las leyes de la perspectiva, aunque eso sea lo que se supone todos los []

^{3297 = 1265-1266} Algunos iluminados dijeron: el lenguaje es algo completamente extrahumano y organizado en sí, como una vegetación parásita extendida por la superficie de nuestra especie».

Otros: el lenguaje es una cosa humana, pero a la manera de una función natural.

Whitney dijo: el lenguaje es una *Institución* humana. Esto cambió el eje de la lingüística.

Creemos que el porvenir dirá: es una institución humana, pero de tal naturaleza que todas las instituciones humanas, *excepto la de la escritura*, sólo pueden engañarnos sobre su auténtica esencia, si por desgracia nos fiáramos de la analogía.

^{3297 = 1261} En efecto, todas las otras instituciones se basan (en grados diversos) en las relaciones NATURALES de las cosas, en una adecuación entre [] como principio. Por ejemplo, el *derecho* de una nación, el sistema político o incluso la moda en el vestir, incluso esa caprichosa moda que decreta nuestra ropa, que no puede ni un instante descuidar las [proporciones] del cuerpo humano. De ello se deriva que todos los cambios, todas las innovaciones... continúan dependiendo del primer principio, que actúa en esa misma esfera, que sólo se halla en el fondo del alma humana.

^{3297 = 1264} Pero el lenguaje y la escritura NO SE BASAN en una relación natural de las cosas. No hay en ningún momento ninguna relación entre determinado sonido silbante y la letra S, y no es más difícil que sea la palabra *cow* que la palabra *vacca* la que designe una vaca.

Esto es lo que Whitney no se cansó de repetir para hacer comprender mejor que el lenguaje es una institución pura. Pero esto demuestra todavía mucho más, a saber, que el lenguaje (al que añadiremos la escritura) es una institución QUE NO TIENE ANÁLOGO y que sería verdaderamente presuntuoso creer que la historia del lenguaje deba asemejarse, ni siquiera de lejos, a la de otra institución y que el lenguaje no ponga en juego en cada momento fuerzas psicológicas semejantes.

A este propósito, nos equivocáramos en desdeñar, aunque sólo sea recordándolo de pasada, el muy conocido doble hecho de que la facultad del lenguaje está localizada absolutamente en el cerebro y, en segundo lugar, que las lesiones que afectan a esta parte conllevan en la mayoría de los casos la incapacidad para [la escritura]. Esta es pues la casilla por la que percibimos relaciones *convencionales*.

^{3297 = 1263} 1º Las otras instituciones (ESTADO) no dejan de ser *simples* en su complicación; por el contrario, es fundamentalmente imposible que una sola entidad del lenguaje sea *simple*, ya que supone la combinación de dos cosas desprovistas de *relación*, una idea y un objeto simbólico sin lazo interno alguno con dicha idea.

1º Por otra parte, las *transiciones* están motivadas por los *mismos factores*, que se afirman en las []

^{3297 = 404-407} Confesamos que no podemos dejar de expresar las reservas más explícitas a todas esas conclusiones que se tienden a sacar sobre que la lengua se vio obligada a adoptar un nombre como *telégrafo*. En primer lugar son conclusiones que sólo tienen alcance general porque se insinúa tácitamente que serían muy ingenuos quienes no vieran que tanto en nuestra época como en *todas* las otras, los pueblos han tenido que conocer *objetos* nuevos y darles un nombre. Pero ¿cuál es la consecuencia?

¿qué cambio visible aporta al carácter de una lengua que se añadan a su vocabulario (a la parte más material de su vocabulario) cien o doscientos sustantivos como *telégrafo*? Con todo, no reside ahí la auténtica objeción. Sino que aun admitiendo que cada [], la cuestión precisa sería saber: ¿es este un elemento constante sin el cuál no captaríamos el curso natural de los hechos lingüísticos?

El dialecto de algunos valles retirados en los que se han introducido términos artificiales en un grado poco alejado de cero, ¿está por eso fuera de las condiciones naturales de la lengua? Se sostendrá que es ese dialecto el que está fuera de las condiciones regulares del lenguaje, que es él el que exige un estudio teratológico, como si no hubiera experimentado mezclas [] este elemento supuesto in[] Por el contrario representa la condición []. No sólo eso [], sino que aun admitiendo que no existieran más que dialectos sometidos continuamente a recibir los aluviones [], el verdadero problema sería preguntarse: ¿esos aluviones constituyen un elemento vital sin el cual no concebiríamos que una lengua se perpetúe? No. Pues esos elementos son un hecho accesorio para quien quiera darse cuenta [] y seguirían siéndolo, aun cuando esta complicación exterior fuera []

Una lengua está formada por un determinado número de objetos exteriores que la mente usa como signos. La medida exacta en que el objeto exterior es signo (y percibido como signo) que implica [] forma parte del lenguaje de algún modo. La palabra *s* [] es un signo, una palabra, en el mismo grado que la palabra *salto* la cual [] Pero el paso entre *salto* [], que es también un signo exterior, no puede convertirse en signo por ningún medio. Mediante este criterio comprendo []

^{3297 continuación} Antes de que esta verdad se inscriba en la primerísima página de una obra sobre []

Hay tan pocas posibilidades [] sin [] como de buscar las propiedades de las figuras geométricas sin considerar que es muy importante trazar un esquema [] Sería ilusorio buscar las propiedades geométricas de un cuerpo.

Al recibir su muy honorable carta, fechada el 29 de octubre en Bryn Mawr y recibida el 10 de noviembre, mi deber [habría sido], si hubiera reaccionado inmediatamente, escribirles esto:

1º Me hacen el gran honor de pedirme que realice una apreciación sobre Whitney *as a comparative philologist*. Pero Whitney nunca quiso ser un *comparative philologist*. No nos ha dejado una sola página que permita evaluarlo como *comparative philologist*. Sólo nos ha dejado trabajos que deducen de los resultados de la gramática comparada una visión

superior y general sobre el lenguaje, y esta fue precisamente su gran originalidad desde 1867. Y otra de las originalidades que no dejaba de señalar allí donde tuviera ocasión era que nunca confundía la lingüística con el estudio de [] Eso es.

2º Puesto que ya no se trata más que de las cosas universales que se pueden decir sobre el lenguaje, no me siento de acuerdo con ninguna escuela en general, y no más con la razonable doctrina de Whitney que con las irrazonables doctrinas que [combatió] victoriosamente. Y este desacuerdo es de tal naturaleza que no contiene concesión ni matiz, bajo pena de escribir cosas que no tienen ningún sentido a mis ojos.

Por todo ello habría debido rogarles que me liberaran inmediatamente del deber de hablar de la obra de Whitney en lingüística, en un momento en que es mucho [] Sin embargo no servía de nada, dado el tiempo []

1º El lenguaje institución.

2º La lingüística es doble

^{3297 = 1262}Jamás hay ruptura []

Ya se trate de los trajes o de [],

la relación natural de las cosas siempre se impone tras una extravagancia y es lo que se mantiene a través de las épocas como unidad directriz, y sigue constituyendo la regla a través de todos los cambios. Mientras que el lenguaje, para realizar la función que le corresponde entre las instituciones humanas, carece de cualquier límite en sus actividades (al menos de un límite que alguien nos hubiera hecho ver). Como la ausencia de afinidad desde el principio entre [] es algo RADICAL y no algo que contenga el más mínimo matiz, la consecuencia es que el lenguaje no se contiene en una regla humana, corregida o dirigida constantemente, corregible o dirigible por la razón humana.

Es la razón la que dicta las demás []

^{3297 = 1210-1212}Probablemente la institución del matrimonio monógamo es más razonable que la forma polígama. Esto puede discutirse filosóficamente. Pero la institución de cualquier signo, por ejemplo σ o s, o bien *cow* o *vacca* para designar la idea de *vaca* se basa sobre la *sinrazón* misma; es decir, que no hay ninguna razón basada en la naturaleza de las cosas y su conveniencia que intervenga en ningún momento ni para mantener ni para suprimir una []

^{3297 = 1268}Por el hecho mismo de que nunca hay en la lengua huella de correlación interna entre los signos vocales y la idea, entre la idea y su instrumento, esos signos quedan abandonados a su propia vida material de un modo desconocido en los ámbitos en que la forma exterior puede afirmar el más ligero grado de conexión natural con la idea. Como son

esos otros fenómenos los que nos son familiares en las historias de las sociedades, basándonos en ellos juzgamos erróneamente lo que deben de ser las condiciones del lenguaje, en particular suponiendo que no pueden diferir en lo fundamental de las de otra institución.

³²⁹⁷ continuación **1º** La Gramática Comparada.

2º La Gramática Comparada y la lingüística.

3º El lenguaje, institución humana.

4º La lingüística, ciencia doble.

5º Whitney y la escuela de los neogramáticos.

6º Whitney fonólogo.

³²⁹⁷ = ¹⁶⁶ Whitney no dejó de situarse en ese terreno a lo largo de su obra, pero hay dos fragmentos más adecuados que todos los demás que permiten percibir desde el primer momento el pensamiento exacto [].

³²⁹⁷ = ¹⁶⁸ En uno de los últimos capítulos de *Life and Growth of Language*, Whitney dice que los hombres han utilizado la voz para dar signos a sus ideas, como hubieran podido utilizar el gesto u otra cosa, y porque les pareció *más cómodo* servirse de la voz. ³²⁹⁷ = ¹⁷³⁻¹⁷⁴ Consideramos que estas líneas, que parecen una gran paradoja, [] aportan la idea filosófica más exacta que jamás se haya dado sobre el lenguaje; y además que nuestra práctica cotidiana de los objetos que sometemos a análisis tendría mucho que ganar si partiese de esta constatación. Pues establece que el lenguaje no es más que un caso particular del signo y queda fuera de la posibilidad de ser juzgado en sí mismo.

³²⁹⁷ = ³²⁴⁰⁻³²⁴² Por su *génesis*, un procedimiento proviene de cualquier azar. Por ejemplo, *Hôtel-Dieu* (hospital) (que en la Edad Media significaba exactamente *Casa de Dios*) ofrece un procedimiento en todo idéntico al hebreo [*tsédek Yahweh*] «justicia de Dios». El procedimiento hebreo se usa sin restricción en cientos de yuxtaposiciones en francés.

Entonces se podría decir que el francés antiguo, saliéndose de las seculares vías del indoeuropeo cayó [];

La verdad es que una simple casualidad []; y entonces queda igualmente claro que una casualidad del mismo tipo pudo precipitar el proto-semítico hacia lo que parece ser uno de sus rasgos indelebles: no hay el menor indicio de una diferencia mental accidental; ³²⁹⁷ = ³²⁴⁶ todo ocurre fuera de la mente, en la esfera de las mutaciones de sonidos, que imponen pronto su yugo a la mente y la fuerzan a entrar por la vía especial que le deja el estado material de los signos.

³²⁹⁷ = ³²⁴⁴⁻³²⁴⁵ Del mismo modo, compuestos como *Bet-haus*, *Springbrunnen* (en que el primer término ofrece una idea verbal) se podrían utilizar para decir que el alemán no es una lengua indoeuropea.

Todo esto no tiene ningún alcance. El procedimiento es el que haya de ser según el estado de los sonidos; casi siempre nace de algo no sólo fortuito y material sino además negativo, como el caso de la supresión de la *a* en *beta-hûs* que se convierte en germen fecundo.

Vale la pena decir que un procedimiento al dejar de []

^{3297 = 3248} Pero entonces, ¿qué valor tiene una clasificación de las lenguas según los procedimientos que utilizan para expresar el pensamiento? O ¿a qué corresponde? A nada absolutamente que no sea su estado momentáneo y modificable sin cesar. ^{3297 = 3247} Ni sus antecedentes, ni sus parentescos, ni, todavía menos, el espíritu de la raza tienen ninguna relación necesaria con un procedimiento que está a la merced del accidente de vocal o de acento más nimio que se produzca un instante después en la misma lengua. ^{3297 = 3280} Al reconocer que la pretensión de Schleicher de hacer de la lengua algo orgánico independiente de la mente humana era un absurdo, sin darnos cuenta seguimos queriendo hacer de ella algo orgánico en otro sentido, si suponemos que el genio indoeuropeo o el genio semítico velan sin descanso para llevar fatalmente la lengua hacia las mismas vías. Pero no hay una sola observación que no nos conduzca a reafirmarnos en la convicción de lo contrario y a []. El «genio de la lengua» pesa *cero* frente a un solo hecho como la supresión de la *o* final, que puede en todo momento revolucionar de abajo arriba la relación entre el signo y la idea en cualquier forma de lenguaje dada [] y de modo que el nuevo procedimiento []

^{3297 = 1484-1485} De la antihistoricidad del lenguaje

[] se ocupa de un objeto doble de un modo que nos parecería inextricable si no recurriéramos a una comparación.

En una partida de ajedrez, cualquier posición tiene como característica singular el ser independiente de las anteriores, es decir, que no es «más o menos» indiferente sino *totalmente indiferente* que se haya llegado a tal posición por una vía o por otra; o decir que el que ha seguido toda la partida no tiene la más mínima ventaja sobre el curioso que llega para observar esa partida en el momento crítico. O también que a nadie se le ocurrirá describir la posición mezclando ora lo que *es*, ora lo que *ha sido*, aunque sólo sea diez segundos antes.

Este es exactamente el punto de partida para la lengua. Si se admite, queda por preguntar por qué vertiente un objeto así puede ser *histórico*. En efecto, por su esencia parece rebelde a toda consideración histó-

rica, más bien inclinado a la especulación abstracta, como la que puede comportar la posición de ajedrez de que hablábamos. Y vamos a seguir con esa comparación, porque estoy persuadido de que no habría muchas otras que nos permitiesen entrever tan bien la complejísima naturaleza de la semiología particular llamada lenguaje para definir de una vez por todas esa semiología particular que es el lenguaje, no por uno de sus lados, sino en su irritante duplicidad que nos impedirá siempre asirlo.

³²⁹⁷ continuación No hay «lengua» ni ciencia de la lengua más que haciendo abstracción de lo precedente, de lo que une dos épocas entre ellas. No hay lingüística más que haciendo precisamente lo contrario. [] otra historia [] en todo caso lo que no exige es que se haga abstracción []. En un estado es condición absoluta para comprender lo que ocurre, o solamente lo que es, el hacer abstracción de lo que no pertenece a ese estado, por ejemplo de lo que lo ha precedido, especialmente de lo que lo ha precedido.

¿Y qué se deriva de ello para generalizar? Generalizar es imposible []

Del mismo modo que tal producto mineral puede considerarse desde el punto de vista de lo que representa en mineralogía, o desde el punto de vista de los acontecimientos *históricos* que lo han hecho nacer en tal parte del planeta, en tal capa, en tal momento []. Mientras se considere un solo producto determinado y localizado, existe la posibilidad de mantener el espejismo de que no vale la pena dividir, que incluso sería un evidente sofisma querer separar ambos puntos de vista. ¿No vemos claramente que se trata de esa misma materia? Es la naturaleza física de los elementos producidos [], y es el valor []

Bien. Pero tratemos de generalizar.

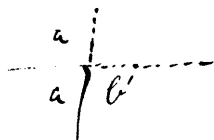
Entonces nos daremos cuenta de que no hay generalización posible si continuamos considerando cada producto en su génesis y en su esencia a la vez. Tras esto se verá que una de las ciencias es esencialmente *histórica* (la geología), mientras que la otra, que sin embargo obtiene sus objetos de esos mismos acontecimientos históricos, es esencialmente antihistórica y no puede reconocer, a menos que deje de ser, que dos rocas diferentes por su formación, por la *época*, por las *condiciones*, por la propia naturaleza de la *combinación*, en fin por todo lo histórico que podamos imaginar, son diferentes si realizan la misma fórmula en la esfera de las ideas permanentes. No se puede generalizar, no tiene *ningún sentido* generalizar sobre un cristal tetra-romboide antes de saber y decir seriamente si se quiere hablar de las condiciones que han permitido que ese cristal se forme, aquí o en otra parte (cosa *histórica*) o si se quiere hablar

de lo que es, por ejemplo en relación con los cristales tri-romboides, lo cual no afecta en modo alguno a la manera, el tiempo y el lugar en que se han formado esos diferentes productos. Imaginar una generalización que abarcara ambas cosas es pedir algo absurdo. Y esa clase de absurdo es el que la lingüística, desde su nacimiento, quiere imponer a la mente. No existe el menor atenuante en esta comparación del orden de las cosas lingüísticas, muy al contrario. El error sería creer que *a veces* se puede evitar su inexorable necesidad; no se puede evitar exactamente en ningún momento, ni siquiera para []. Pues sería imposible discurrir sobre un solo término de los usados en lingüística en la práctica de cada día sin retomar desde el principio la cuestión total del lenguaje y menos aún formular una apreciación sobre una doctrina que no tuvo en cuenta, por más racional que fuese [].

Todas las maneras de expresarse que por intervalos parecen establecer una conjunción entre los hechos [verticales] y los hechos horizontales son sin excepción imágenes; otra causa de rechazo es que no se puede prescindir de esas imágenes ni se puede decidir aceptarlas.

$$3297 = 1903-1910 \quad \text{O bien } \frac{a}{a'} \quad \text{o bien } \frac{a:b}{(a':b')}$$

Nos atrevemos a decir que la ley definitivamente final del lenguaje es que no hay nada que pueda residir en un término (como consecuencia directa de que los símbolos lingüísticos no tienen relación con lo que deben designar), que *a* no puede designar nada sin ayuda de *b*, ni este sin la ayuda de *a*; o que ambos sólo valen por su *diferencia* recíproca, o que ninguno vale, ni siquiera por alguna de sus partes (supongo «la raíz» etcétera) más que por ese mismo entramado de diferencias eternamente negativas. Esto causa asombro. Pero ¿dónde está la posibilidad de lo contrario? ¿Dónde está, ni por un momento, el punto de razonamiento positivo en todo el lenguaje, si no hay una imagen vocal que responda mejor que otra a lo que está encargada de decir? Incluso *a priori*, es absolutamente evidente que no habrá jamás un solo fragmento de lengua que pueda basarse, como principio último, sobre otra cosa que no sea su no-coincidencia, o el grado de no-coincidencia con lo demás; pues la forma positiva es indiferente hasta un grado del que no tenemos todavía ninguna idea tras haber aprendido cinco o seis lenguas en que []; pues ese grado es totalmente igual a cero.



Esto sólo tiene importancia según el punto de vista retrospectivo o prospectivo, en que se []. Toda regla, toda frase, toda palabra relativa a las cosas del lenguaje evoca necesariamente o bien la relación a/b o bien la relación $\frac{a}{a'}$, *so pena de no significar nada de nada* si se analiza.

No se comprende fácilmente, pero por lo mismo se comprende más claramente tras haber reflexionado, que lo que ocurre es que los términos a y b son radicalmente incapaces de llegar como tales a las regiones de la conciencia, que sólo percibe la *diferencia* a/b y que cada uno de esos términos se ve expuesto a (o se ve libre de) modificarse según leyes distintas de las que resultarían de una atención constante de la mente. Volvemos así a la afirmación fundamental mediante la que tratábamos de aclarar más arriba la diferencia de la institución del lenguaje con respecto a otras instituciones humanas; a saber, que aquella no está sometida a la corrección continua de la mente, porque desde los orígenes no procede de una armonía visible entre la idea y el medio de expresión y esto es una diferencia capital, a pesar de todos los espejismos exteriores, con respecto por ejemplo a casos como los de los ritos religiosos, los de las formas políticas, los de los usos [] por no hablar de los instrumentos.

^{3297 = 1267} *Reserva.* La impresión general que se desprende de las obras de Whitney es que basta con el sentido común, con el sentido común de un hombre familiarizado con [], o para hacer que se desvanezcan todos los fantasmas o para captar en su esencia los []

Pero no es esta nuestra convicción. Al contrario, estamos profundamente convencidos de que quienquiera que pise el terreno de la *lengua* se ve abandonado por todas las analogías del cielo y de la *tierra*. Por eso precisamente se han podido hacer sobre la lengua construcciones tan fantásticas como la que derrumbó Whitney, pero también por eso queda mucho que decir en otro sentido.

1º El lenguaje no es más que un *caso particular* de la teoría de los signos. Pero justamente por ese hecho ya se encuentra en la imposibilidad absoluta de ser una cosa simple (ni una cosa que nuestra mente pueda captar directamente en su manera de ser) mientras que, además, en la teoría general de los signos el caso particular de los signos vocales no se

ría, además, ni mil veces el más *complejo* de todos los casos particulares conocidos, como la *escritura*, la *numeración*, etcétera.

2º Será la reacción importantísima del estudio del lenguaje sobre la teoría de los signos, será el horizonte para siempre diferente que habrá abierto [] haberle enseñado y revelado *todo un nuevo lado del signo*, a saber, que este sólo empieza a ser realmente conocido cuando se comprende que es algo no solamente transmisible, sino que por su naturaleza está *destinado a ser transmitido*, 2º modificable. Sólo para quien quiera hacer teoría del lenguaje, c es la complicación centuplicada []

3297 continuación

Mientras subsista una comunidad de nombre (solamente *de nombre*), entre un objeto que aparece ante los sentidos y los [], hay ahí una primera categoría de seres mitológicos dignos de ser opuestos fundamentalmente a los demás, como clasificación primera de la idea mitológica. El *nombre*, por lo tanto, es de verdad el principio decisivo, el único, no de la invención de los seres mitológicos –pues ¿quién puede explorar esto en sus fundamentos?– sino del instante en que los seres se convierten en *puramente* mitológicos y cortan su último lazo con la tierra para ir a poblar el Olimpo tras muchos []

Mientras la palabra *agni* designe a la vez, con la confusión resultante, el fuego de cada día y al dios *Agni*, mientras *Djeus* sea a la vez el nombre de [], es imposible, hágase lo que se haga, que *Agni* o que *Djeus* sea una figura del mismo orden que *Varuṇa* o Ἀπόλλων, cuyos nombres tienen la particularidad de no designar nada sobre la tierra en el mismo momento.

Si hay un instante determinado en que *Agni* deje de participar [], ese instante no consiste en nada más que en el accidente que llevará a la ruptura del nombre con el objeto sensible, como el fuego; y este accidente está a la merced del primer hecho de lengua que se presente, y sin relación necesaria con la esfera de las ideas mitológicas. Si un *chaudron* (caldero) se ha llamado sucesivamente[], puede ocurrir que se llame al fuego *agni* y de otro modo sucesivamente. Y en ese momento el dios *Agni* y el dios Ζεύς serán promovidos INEVITABLEMENTE al rango de las divinidades inescrutables, como *Varuṇa*, en lugar de correr en la esfera final de las divinidades como *Usas*. De modo que, ¿a qué se debe un cambio tan crucial y tan positivo en mitología? A nada, sólo a un hecho que no solamente es *puramente lingüístico*, sino que no tiene ninguna importancia visible en el curso de los acontecimientos históricos de todos los días. Por esa razón es definitivamente cierto, no que los *nūmina* sean *nōmina*, según la célebre fórmula, sino que de la suerte del *nōmen* depende muy decisivamente y de segundo en segundo, por así decir, la

suerte del *nūmen*. También es verdad que la más amplia categoría de los seres situados en el Panteón de cada pueblo antiguo proviene, no de la impresión que produce un objeto real, como *agni*, sino del juego infinito de los epítetos que acompañan cada nombre y que permiten en cada momento crear tantos sustitutos (de «[]») como se quiera []. No será eso lo que nos disuadirá de la influencia fundamental de los nombres y de la lengua en la creación de las figuras. Si acordamos que en la palabra es [], aquí la palabra es simplemente *determinante*; es realmente el primer sugeridor y la única razón final de la nueva divinidad que aparece un día creada junto a la precedente.

- Whitney no pasajero.
- Whitney no ha escrito gramática comparada.
- Diccionario alemán actualmente.
- No es necesaria la gramática comparada para trabajar en []
- Pero la gramática sánscrita no da ocasión []
- Whitney y la sílaba.
- Whitney merece haberse independizado bastante de la gramática comparada, aun [] por haber sido el primero que extrajo de ella una visión filosófica.
- Papel sin pretensión.
- Whitney y la institución.
- Whitney y los neogramáticos.
- Valor definitivo.

El nombre de Whitney es tan universal que una persona ajena a los estudios lingüísticos probablemente se extrañaría al enterarse de que un autor tan valorado no ha publicado nunca [] directamente relativo a lo que []. Creo que el mejor y más sencillo homenaje que se puede rendir a la obra de Whitney tomada en todos sus aspectos es constatar lo poco que la ha menoscabado el tiempo. Y un elogio así, que quizá no sea corriente, es extraordinario en la lingüística propiamente dicha. De todos los libros, generales o especializados, que tienen ahora treinta años, sinceramente, ¿hay alguno que no haya envejecido irremediablemente? Busco y no encuentro más que []

Con esto no tenemos ninguna intención de decir que el libro de Whitney sea definitivo, o que contenga todo lo que se puede desear; ni el propio autor lo habría pretendido, pero lo que contiene, y lo que Whitney fue el primero en decir en 1867, sigue siendo válido en 1894 y así es admitido de modo universal. Estamos ante un hecho mucho más instructivo que muchos comentarios para servir como piedra de toque de la estima por una mente, por esta mente.

12a [*Status y motus* (estado y acontecimiento). Notas para un libro de lingüística general, 1]

³²⁹⁸Cada vez que se produce en la lengua un *acontecimiento*, pequeño o grande, su consecuencia es evidentemente que el estado recíproco de los términos tras el acontecimiento ya no es el mismo que antes de él. Si en una fecha determinada, la *t* final griega cae, por ejemplo en **egnōt*, se trata de un acontecimiento que parece no afectar en modo alguno a **egnōn* y, así es, no le afecta mientras se hable *del acontecimiento* o *de un acontecimiento*. Pero si se habla de los estados, entonces se comprende que la relación recíproca **egnōn* : **egnōt* se sustituye por una relación **egnōn* : **egnō*. Y esto es tan importante, si no más importante que lo que ocurre en el acontecimiento. Cuando, del mismo modo –o por lo menos, no es este el lugar de analizar las diferencias–, en viejo alto-alemán *faris* se convierte en *feris*, estamos ante un hecho que no afecta a *faru*, y no es menos cierto ni menos importante constatar que por eso el estado recíproco *faru* : *faris* ha tenido que ceder su sitio a un nuevo estado recíproco que es ahora *faru* : *faris*.

Este comienzo es tan bueno como cualquier otro para introducir la distinción a la que es preciso llegar, de la que es increíble que desde hace tiempo no dependan toda idea general y toda []:

$$\begin{array}{ccc}
 1 \text{ egnōn} \leftrightarrow 2^{\circ} \text{ egnōt} & & 1 \text{ faru} \leftrightarrow 2 \text{ faris} \\
 & \downarrow & \downarrow \\
 3 \text{ egnōn} \leftrightarrow 4^{\circ} \text{ egnō} & & 3 \text{ faru} \leftrightarrow 4 \text{ feris}
 \end{array}$$

1° Ausencia de sentido en lingüística para una de las formas de la vida de la lengua: el STATUS.

De cuántas maneras se habrá logrado confundir estas dos cosas fundamentales: el *motus* y el *status* de la lengua, es algo que podría algún día ser objeto de un trabajo retrospectivo interesante. Con todo, hay dos modos de equivocarse aunque ambos conduzcan a un mismo desconocimiento del *status*.

Uno es (por hipertrofia del sentido histórico) suprimir pura y simplemente la noción de *status* e imaginar que la lengua vive de hechos como la supresión de una *t*, es decir, de *acontecimientos*. Con el pretexto de que esos acontecimientos son normalmente la causa de cada *status*, los representantes de este punto de vista no tienen ningún sentido para []

El otro es (por perversión del sentido histórico) expresar acontecimientos mediante la fórmula que convendría a los *status*, lo que es el

modo más grave de falsearlo y confundirlo todo. Por ejemplo, decir : «en viejo-alto-alemán *a* se convierte en *e* ante *i*: *faru* - *feris*». En lugar de decir: existe *a*) un hecho que exige un tiempo en el que *faris* y no *faru* se convierte en *feris*, *b*) un hecho que no exige ningún tiempo en el que *faru*, tras esto, se encuentra en oposición a *feris*».

Status y motus

¿De cuántas clases son los fenómenos lingüísticos?

Si nos orientamos y nos dejamos guiar por la enseñanza actual o pasada, parece que los fenómenos lingüísticos sean de una sola clase, o bien de clases infinitas, según la clasificación por la que cada uno le guste optar. Nosotros decimos que son exactamente de dos clases, ni de una ni de tres, que no dependen del principio que se prefiera, sino del propio objeto, por clara necesidad interior.

1º ¿De cuántas clases son los fenómenos lingüísticos?

2º ¿Cómo puede un orden completo de fenómenos pasar desapercibido a causa de otro?

Status y motus

La idea de que los fenómenos lingüísticos forman una sola trama y que para captarla basta con situarse en su encadenamiento histórico es *natural*. 1º ¿De cuántas clases son los fenómenos lingüísticos? A esta pregunta []

Status y motus

Todos los fenómenos particulares o generales de los que la lengua puede ser teatro, o forman parte de un estado que caracterizan cada uno en su [medida] o se presentan a nuestros ojos en forma de acontecimiento.

No hay en esto nada sorprendente de entrada. ¿Por qué, entre los ciento y un principios de distinción posibles en lingüística, dar una importancia particular al que separa el estado del acontecimiento, el acontecimiento del estado? O más bien, ¿por qué razón no es evidente que todo lo que está en el estado se contiene antes en el acontecimiento: si de algún modo se tiene *gero* : *gestus* (estado) es porque el acontecimiento

había hecho de *gesō gerō? En este punto se halla la lingüística. Estado o acontecimiento le son indiferentes, o más bien ni siquiera se distinguen, ni siquiera se mencionan en alguna parte como poseedores, quizá, de valor independiente.

12b [*Status y motus*. Notas para un libro de lingüística general, 2]

³²⁹⁹ Por una inclinación de nuestra mente que habrá que considerar natural, en todo objeto que implica un desarrollo, una serie histórica, una sucesión de cosas en el tiempo, la atención se dirige por sí misma a los acontecimientos y tiende a desinteresarse de los estados. Este rasgo puede llegar en ciertos eruditos hasta la abolición total del sentido de lo que puede ser un estado, o limitarse a no atribuir una función particular a los estados de los que surgen los acontecimientos. No nos sentimos en disposición de decidir en qué medida esta disposición mental puede resultar grave fuera de la lingüística, en las numerosísimas ciencias que, como esta, han de contar con el factor histórico. En qué medida trastorna la lingüística es lo que hemos de tratar de esbozar, aunque en realidad ningún análisis lo agotaría, ya que la distinción []

Es fácil ver de dónde viene esta tendencia. El acontecimiento es la causa del estado y lo que lo explica (en cierto sentido).

Nunca se da un equilibrio, una posición recíproca de los términos.

Pero, aun cuando viniera dada por el catálogo de los acontecimientos, esa posición es esencialmente otra cosa que esos acontecimientos y tal vez merezca []

Comparación con partida de ajedrez.

El status considerado en sí mismo

Oscuridad e inanidad de la idea de una oposición entre el sonido y la idea, la forma y el sentido, el signo y la significación. (Cómo se debe deducir de las afirmaciones, a veces que la forma se opone al sentido, a veces que la forma se opone al sonido, sin que exista una definición de la forma.)

Ejemplo godo de fórmulas de reglas:

1° <i>u</i> delante de vocal se convierte en <i>w</i>	}	falso, incluso rectificando la expresión y diciendo: a <i>u</i> delante de vocal corresponde [<i>w</i>].
2° <i>w</i> delante de consonante se convierte en <i>u</i>		
3° <i>w</i> []		

Nada puede hacer que un acontecimiento *sea* un estado por el hecho de explicar un estado. Pero en la mayoría de las ciencias explicar el origen de un estado lo es todo y el propio estado no tiene interés ni función particular que lo distinga como estado mientras que en la lengua son los estados y sólo los estados los que tienen capacidad de significar; por otra parte, la lengua, fuera de esa «capacidad [de] significar» perdería cualquier tipo de existencia; de modo que vemos que en este ámbito incluso tras [], no se habría captado en lo más mínimo el objeto de que se trata, a pesar de jactarse de haberlo explicado.

Más vale precisar de entrada: no consideramos que la lingüística sea una ciencia en la que hay que encontrar un buen principio de división, con excepción de uno o dos aspectos, como una ciencia que trata de aunar en un todo dos objetos completamente distintos desde el principio, tratando de persuadirse de que forman un solo objeto. Lo más grave es que nuestra ciencia queda satisfecha con esta asociación, y no parece en absoluto atormentarla la impresión vaga de que hay algo falso en su base; no manifiesta ningún malestar ante las más oblicuas concepciones que está aceptando todos los días e incluso se siente tan en posesión de su objeto que no tiene ninguna dificultad en extraer de vez en cuando, de ese desorden general de ideas, teorías del lenguaje que se presentan con total candidez.

El primer objeto que puede llamar la atención:

1° una forma tomada al azar: *ἐγνων*.

Nada hay que decir de esta forma mientras no se la oponga a nada, mientras no se designe el segundo término con el que habría que examinar su relación.

¿Con qué se la puede relacionar? Ciertamente, y cualesquiera que fuera la naturaleza de esa primera relación, con *egnōt*, que existía en otra época.

Pero también ciertamente con *egnō*, que reina en la misma época.

¡Consideremos ahora la naturaleza de esas relaciones! Tenemos la vaga impresión de que son diferentes. No pidamos a la lingüística que defina, que empiece por establecer *la segunda* y a partir de ahí, que marque la diferencia con la primera, sería el caos puro, pero facilitemos las cosas y planteemos la cuestión en el terreno más familiar para la lingüís-

tica y preguntemos lo que caracteriza en primer lugar a la primera relación (*egnōt* : *egnō*).

Nos dirá que es el hecho de ser *fonética* o de ser relativa a los sonidos, mientras que la otra relación (*egnō egnōn*) no es fonética, no es relativa a los sonidos, sino a algo que, por lo demás, no sabe cómo definir, que sería como quien dice gramatical, o morfológico, tal vez semántico, pero quizá finalmente más o menos fonético. ¡Pues bien! no nos inquietemos por las divagaciones de la [].

En las líneas precedentes hemos dado por supuesto que lo que se ofrecía de entrada como objeto posible era una *forma*. Pero también hay que suponer que se pueda tomar un *acontecimiento* como primer objeto posible, y de modo subsiguiente también cualquier otra cosa, pues nada absolutamente puede determinar dónde se halla el objeto inmediato que se ofrece al conocimiento en la lengua (y esta es la fatalidad de esta ciencia). En cualquier otra ciencia los objetos se presentan ante los sentidos, al menos momentáneamente, y se parte de ahí para analizarlos manteniendo el dominio sobre ellos.

[] entra por esta razón directamente en la psicología y espera que esta le ilustre?

Ahora bien, ¿tiene la psicología una semiología? Pregunta inútil, ya que si la tuviera, los fenómenos de la lengua que la psicología ignora serían por sí solos tan preponderantes como base del hecho semiológico, que inevitablemente todo lo que dijera el psicólogo al margen de ellos no representaría nada o casi nada.

Si un lingüista que comprendiera el sentido de la cuestión nos demostrara que existe en la lengua un objeto primero tangible, absolutamente cualquiera que fuera, pero anterior al análisis y no posterior a este, no sólo dejaríamos de escribir, sino que [].

1° se proponga no una relación sino una forma, es decir, un solo término.

2° se proponga no una «forma» sino una relación que una dos términos, y además, sea la que sea.

3° se proponga la generalización de la relación entre dos términos, por ejemplo: en sánscrito *m* delante de *t* se convierte (o se convirtió) en *n*.

ÍNDICE

DIACRÓNICO. Es lo opuesto a *sincrónico* o *idiosincrónico*. 000. Por qué equivalente de *fonético*.

(HECHO.) Véase *fenómeno*.

CONVENCIONAL (signo). Ver todo el capítulo *Semiología*. En qué sentido todos los signos lingüísticos son convencionales, contrariamente a ciertas ideas del lingüista. En qué sentido ninguno es convencional, contrariamente a otras ideas que se encuentran en los filósofos.

LEY. No es definible, a menos que se distingan las dos cosas que ese nombre representa. 000.

No hay palabra ni término aplicable con exactitud más que en el caso en que no haya nada obligatorio (leyes idiosincrónicas), p. 000. Son casi iguales el grado de necesidad y de absurdo para designar de este modo la fórmula de un acontecimiento (leyes diacrónicas).

^{3299 147}ORIGEN DEL LENGUAJE: La cuestión es inane para quien, antes de considerar sus condiciones de génesis tiene una idea correcta de lo que es un sistema semiológico y de sus condiciones de vida, p. 000. No hay ningún momento en que la génesis difiera de modo característico de la *vida* del lenguaje, y lo esencial es haber comprendido la vida.

^{3299 continuación}FENÓMENO. Debería entenderse tanto de un estado como del acontecimiento que lo causa (pues ambos son, *cada uno en su orden*, un fenómeno). 000. Pero se entiende siempre del acontecimiento solo o bien se convierte en una noción híbrida inadmisibles. 000. La palabra *hecho* sigue siendo el único recurso para quien quiere designar a la vez los hechos estáticos y diacrónicos, pues no hace pensar, como la palabra *fenómeno*, que se refiere especialmente a estos últimos. 00.

IDIOSINCRÓNICO. No es idiosincrónico lo que es fonético (diacrónico). 000. – Gramatical = idiosincrónico, y sólo es una noción clara en relación con la idea de idiosincrónico.

Cuadrado lingüístico

Todas las consideraciones posibles sobre un hecho lingüístico quedan encerradas inmediatamente en una figura simple y siempre la misma, que comprende cuatro términos:



El sentido vertical marca el valor del tiempo, y la distancia horizontal []

Las relaciones posibles quedan marcadas por las líneas. Por ejemplo, no hay ninguna relación posible entre a y b' o b y a' , siguiendo una línea diagonal.

Con la condición de saber que no se quiere aplicar ningún espíritu histórico a los hechos, la figura no sólo podrá sino que deberá reducirse a $a - b$.

Sólo tenemos cuatro principios:

El primero, que hay que *distinguir* el acontecimiento del estado.

El segundo, que hay que *oponerlos*, por ejemplo subordinar uno a otro.

El tercero, que hay que *separarlos*; y esto, además, de modo tan absoluto que la única cuestión que queda es la de saber [].

El cuarto, por último, es que todo otro modo de clasificar es vano hasta un grado tal que nada puede dar idea de él. De antemano es absolutamente nula toda []

La idea de que las cosas de la lengua deben poder exponerse por una vía *una* y continuada es la misma idea errónea que hace suponer que la lengua en sí misma es una cosa una. Negamos que la lengua sea una cosa una y así nos vemos autorizados a presentar como queramos los dos elementos que descubrimos en ella.

Basta con pronunciar la palabra *convencional* para oponer las ideas correctas e incorrectas sobre la lengua, []

Lo que hay de particular en el signo *convencional* es que las disciplinas que podían ocuparse de él no se han dado cuenta de que este signo era, 2º) *transmisibile*, y que por ello estaba dotado de una segunda vida, de la que puede decirse que estas disciplinas (del mismo modo que el público (en general) no tienen ninguna clase de noción si antes no se ha tratado de [] que «la delimitación de los signos» cambia por eso la idea filosófica del signo convencional es absolutamente incompleta desde hace []. E, inversamente, lo que es erróneo en el lingüista es que este, de tanto observar la transmisión y la tradición, ellas mismas dominadas por las fuerzas mecánicas, deja de concebir el signo lingüístico en su esencia de signo convencional. Le atribuye algún tipo de esencia misteriosa o aparte, o relacionada con la historia. [] ni la historia ni la naturaleza ni la intención le determinan a designar el aoristo []. Se vuelve a encontrar lo convencional cuando se comprende que todo signo reposa simplemente sobre un co-status negativo.

La mayor parte de las concepciones que se forman o al menos presentan los filósofos del lenguaje hacen pensar en nuestro primer padre Adán cuando llamaba los diversos animales a su lado y les daba un nombre a cada uno.

Invariablemente tres cosas faltan en la concepción que el filósofo tiene del lenguaje.

En primer lugar, esa verdad, sobre la que ni siquiera insistimos, de que el fondo del lenguaje no está constituido por nombres. Es un accidente cuando el signo lingüístico corresponde a un objeto definido por los sentidos como un *caballo*, el *fuego*, el *sol* más que a una idea, como ἔθηκε «depósito». Sea cual sea la cantidad de casos así, no hay ninguna razón evidente, más bien al contrario, para tomarlos como tipo del lenguaje. En cierto sentido no se trata más que, por parte de quien así lo entiende, de un error en el ejemplo.

Pero, implícitamente, hay en ello una tendencia que no podemos ignorar ni dejar pasar sobre lo que es en definitiva el lenguaje: esto es, una nomenclatura de objetos. Objetos dados en primer lugar. *Primero* el objeto, luego el signo; por lo tanto (cosa que negaremos siempre) se da base exterior al signo y se da figuración al lenguaje mediante la siguiente relación:

$$\text{Objetos} \left\{ \begin{array}{l} *-a \\ *-b \\ *-c \end{array} \right\} \text{Nombres}$$

mientras que la verdadera figuración es: $a - b - c$, fuera de todo conocimiento de una relación efectiva como $*-a$, basada en un objeto. Si en algún lugar un objeto pudiera ser el término sobre el que se fija el signo, la lingüística dejaría instantáneamente de ser lo que es, de la cima a la base; y también, al mismo tiempo, la mente humana, como esta discusión pone en evidencia.

Pero, como acabamos de decir, esto sólo es el reproche que dirigiríamos de manera incidental al modo tradicional de considerar el lenguaje cuando se lo quiere tratar filosóficamente.

Ciertamente, es desafortunado que se empiece por mezclar con él, como objeto primordial, los *objetos designados*, que no constituyen en él ningún elemento. Con todo, no se trata en este caso más que de un ejemplo mal escogido y el sustituir ἦλιος, *ignis* o *Pferd* por algo como [],

equivale a situarse más allá de la tentación de reducir la lengua a algo externo. Mucho más grave es el segundo error en que caen generalmente los filósofos y que consiste en imaginar:

2º ¡que una vez que se ha designado un objeto con un nombre se tiene un todo que va a transmitirse sin otros fenómenos que prever! Si se produce una alteración, se supone que sólo hay que preverla en el nombre, por ejemplo, *fraxinus* que se convierte en *frêne* (fresno). Pero también en la parte de la idea: []

Tenemos aquí materia de reflexión sobre la unión de una idea y un nombre cuando interviene ese factor imprevisto, absolutamente ignorado en la combinación filosófica, EL TIEMPO. Pero no habría en ello nada que llamase la atención, nada característico, nada especialmente propio del lenguaje si sólo hubiera estos dos tipos de alteración y ese primer tipo de disociación por el que la idea abandona el signo espontáneamente, se altere este o no.

Hasta aquí ambas cosas siguen siendo entidades separadas, al menos para un []

^{3299 = 1950-1956}Lo característico son los innumerables casos en que es la alteración del signo la que cambia la propia idea y en que se ve de repente que no hay diferencia en absoluto, entre un momento y otro, entre la suma de las ideas que se distinguen y la suma de los signos distintivos. Por alteración fonética se confunden dos signos: la idea, en una medida determinada (determinada por el conjunto de los otros elementos), se confundirá. Un signo se diferencia por el mismo procedimiento ciego; de modo infalible se asocia un sentido a la diferencia que acaba de nacer. Veamos algunos ejemplos, pero constatemos inmediatamente la completa insignificancia de un punto de vista que parte de la relación de una idea y de un signo fuera del tiempo, fuera de la transmisión, que es la única que nos enseña (experimentalmente) lo que vale el signo. Ejemplos.

Continuación: *Convencional*

Todo hecho estático, por oposición a los hechos diacrónicos, va acompañado de significación (y por eso mismo, de otra característica fundamental).

^{3299 continuación}Todo lo que de algún modo contribuye a la significación es, a su vez, estático.

En la primera parte hablamos de los fenómenos que ocurren entre tales y cuales términos, como si esos términos no tuvieran que definirse

mejor que cualquier objeto visible, como si no fueran ellos mismos lo que habría que definir primero. Esto es una ficción. Es precisamente el punto más delicado de la lingüística darse cuenta de lo que hace la existencia de un término, pues ninguno nos es dado como un tipo de identidad claro si no fuera por el espejismo que nos crea la costumbre.

¿De cuántos tipos son los fenómenos lingüísticos? O de uno solo o de innumerables tipos, dirá la lingüística, que comete entonces su error más fundamental. De uno solo, piensa, como si fueran todos lingüísticos y pertenecientes entonces a un mismo todo, a una misma unidad general evidente. O bien de innumerables tipos, según todos los «puntos de vista» que se quiera aplicar a los hechos y que sirvan para clasificarlos. Dirá que hay en la lengua, por ejemplo, el sonido y la significación (idea). Hechos que tienen que ver con acciones *fonéticas* y hechos que provienen de acciones *analógicas*. O bien hechos fonéticos, hechos morfológicos, hechos sintácticos, quizá también hechos lexicológicos.

El *presente* de una forma está en las formas que la rodean en cada momento (cosas que están fuera de ella) y que no dependen de ella; sólo su continuidad a través del tiempo está en ella.

La idea de que para ver lo que está en el fondo de las formas basta con «analizar esas formas», como cuando se analiza una sustancia química o como cuando se diseca, encierra un mundo de ingenuidades y concepciones asombrosas. Es poner de manifiesto que:

1º hay veinte clases de análisis que no tienen nada en común y que sólo adquieren valor cuando han sido clasificados

2º el objeto no es analizable antes de tener una existencia definida. De modo que hay que darse cuenta de las condiciones en las que existe una cosa como una forma de []

El estado y el acontecimiento confundidos

En todas las ciencias hay distinciones más o menos esenciales, más o menos importantes para el estudio, que aporta mayor o menor claridad, y fuera de las cuales los hechos se coordinan y se comprenden mal. Quizá sólo ocurra en lingüística que haya una distinción sin la que los hechos no se comprendan en modo alguno, o sólo como un espejismo, sin la que esos hechos ni siquiera pueden quedar establecidos, captados, sin la cual ninguna claridad es posible []

Tal es en lingüística la distinción entre el estado y el acontecimiento; pues incluso podemos llegar a preguntarnos si esa distinción, una vez re-

conocida y comprendida, sigue permitiendo la unidad de la lingüística, si no tiene como consecuencia hacernos ver en la lengua dos objetos totalmente diferentes, que exigen dos ciencias que ni siquiera calificaría de paralelas sino de []

Para confundir el estado y el acontecimiento la lingüística dispone de inagotables recursos. La confusión está en las ideas, pero aunque sólo estuviera en las palabras, en la manera en que nos vemos obligados a expresar los hechos []

Características del primer tipo de hechos (relaciones) lingüísticos

Se producen entre dos términos *sucesivos*. Sup[]

13a [Sobre las dificultades de la terminología en lingüística («¡No más figuras!»)]

^{3300 = 96}¡No más figuras! De modo qué, ¿sólo expresiones que respondan a las realidades absolutas del lenguaje? Bonito programa, []

¡No más figuras! Es un bonito programa que no cuesta nada elaborar. Pero ¿qué hay que hacer para llevarlo a la práctica? Poca cosa, sencillamente servirse sólo de expresiones que respondan a las realidades absolutas del lenguaje, clasificadas de manera infalible. Por ejemplo, si veo que [] se denomina con la palabra *ablaut* (modificación del timbre), quién me impedirá decir que es una figura de lenguaje, nada más, aunque por consiguiente toda discusión que se desarrolle sobre el *ablaut* []

Se protestará, se distinguirá, se reirá; y en modo alguno pretendo tener razón; pero el único fin útil de la discusión es demostrarme lo que es el *ablaut* en su esencia, para que pueda disponer de un primer medio que me permita juzgar si mi denominación merece o no el nombre de «figura».

Y así sucesivamente para cada término. ^{3300 = 101}Proscribir la figura es creerse en posesión de todas las verdades, si no, queda usted radicalmente fuera de la posibilidad de decir dónde comienza o acaba una metáfora.

Son estas verdades tan simples que estoy persuadido []. Sería estupendo si creyésemos por un instante que los que prestan ese juramento tienen la menor idea de aquello a lo que se comprometen. ¿Se acabaron

las figuras? ¿de modo que nada más que términos que respondan a las realidades absolutas del lenguaje? Esto equivale a decir que las realidades absolutas del lenguaje no ofrecen misterio para los neogramáticos, que nos las han revelado.

³³⁰⁰ continuación El precepto programático que consiste en decir que es preciso ocuparse del período moderno y contemporáneo de las lenguas para comprender bien el sentido de los períodos más antiguos era el más indicado para dejar estupefacto a un hombre como Whitney, que desde el primer instante de su actividad científica y mucho antes de que a ninguna escuela se le ocurriera hacer suya esta enseña, ni siquiera había imaginado que el estudio del lenguaje pudiera realizarse sobre una base que no fuera la de la observación de los hechos actuales. Para el autor de *Life and Growth of Language*, como quizá para más de algún otro, había algo de ligeramente risible en la pretensión de una escuela que descubría de repente el mundo de las lenguas vivas y lo mostraba al universo. Se comprende que, entre los méritos que estaba dispuesto a conceder a la nueva escuela, Whitney no incluye ni puede en modo alguno incluir el de haberse dado cuenta de la importancia de las comprobaciones modernas de cada fenómeno. ¿Hubiera sido igualmente justo que algún otro que no fuera Whitney discutiera a la nueva dirección, si no su originalidad, al menos la novedad de su tendencia en este aspecto? Podemos preguntárnoslo. Por una parte el movimiento [] nunca dejó de reconocer lo que debía a Whitney, por otra, [] sólo se puede []

De nuevo aquí, y situándonos en un punto de vista intermedio entre Whitney y [], nos atrevemos a repetir que no vale la pena discutir si no se sabe sobre qué se discute. Desde el origen de los tiempos hay en la lengua dos tipos de cosas totalmente diferentes que suscitan en nosotros la idea de *ley*.

En ninguna de las dos clases de fenómenos indiferentemente hay razón alguna para aferrarse al término *ley*; muy al contrario, sería extremadamente beneficioso para los estudios lingüísticos librarlos radicalmente de esta palabra que sólo sería inepta una vez si designara la ley fonética, pero lo es tres veces:

- a) porque confunde estas dos cosas: el fenómeno mediante el cual [],
- b) porque si se separa —¡gran progreso!— y se aplica la *ley* a las relaciones [], esto expresa simplemente un orden establecido, *sin ninguna fuerza imperativa*; pues el sentido de *ley* es el de «fórmula de un orden» del mismo modo que si digo que las partículas de un cuerpo están dispuestas en espirales. Esto no implica ni que esas

- partículas *deban estar* en espiral por su naturaleza, si una fuerza anterior de la que no hemos de ocuparnos no las hubiera organizado de este modo, ni que *deban mantenerse* en espiral, si una nueva fuerza las perturbara; implica simplemente que en el momento actual no es imposible percibir que *están* en espiral y que ese es su orden, su *ley* actual. Por tanto, *ley* significa en este caso *organización*, orden de las cosas existentes, orden de las cosas *coexistentes* [];
- c) con fuerza imperativa, que en apariencia justifica algo mejor el nombre de *ley*.

Es posible que se considere que si la oposición a la ley morfológica tuviera justificación en sí misma, habría poca razón en hablar sobre la ley fonética. Esto es lo que discutimos. Antes de saber si en lingüística hay en total *una* clase de leyes, o *dos*, o *tres*, o, en definitiva, cuántas clases, no tiene ningún sentido en absoluto preguntar si «las leyes» son []

13b [Sobre las dificultades de la terminología en lingüística (la expresión simple)]

³³⁰¹ Como cada noción, por ejemplo sílaba, diptongo *eu*, sólo puede marcarse en una columna, si admitimos (según la comprensión del término) varios estados sucesivos, o en todo caso varias épocas, es totalmente inútil debatirse con la terminología [] e imaginar mucho tiempo, ingenuamente, que es por torpeza o por disposición incompleta del vocabulario por lo que no encontramos las expresiones simples. No hay en absoluto expresión simple para las cosas que han de distinguirse primariamente en lingüística; y no puede haberla. La expresión simple será algebraica o no será.

14a [De la articulación]

^{3302 = 177} De la articulación

Hay términos que, aun inventados en un período primitivo y de tanteo, han venido a responder a las distinciones necesarias y de este modo han contribuido históricamente al progreso del estudio en las ciencias. Hay otros que son radicalmente erróneos o (lo que es probablemente más grave) medio erróneos y usurpan un lugar junto a las distinciones naturales para crear el mundo de los equívocos y los malentendidos.

Pero fuera de estas dos categorías reconocidas, de las que se beneficia o resulta perjudicado el progreso de una disciplina, existe a veces una tercera categoría muy curiosa, la de los términos exactos en sí mismos, y percibidos como exactos, sin que se haya podido determinar jamás su alcance y su contenido ni decidir qué idea contienen. La impresión de su exactitud nace de que nunca crean dificultades: es el caso de la palabra *articulación*, que en ningún caso crea dificultad, aun cuando no veamos nítidamente lo que contiene, mientras que, por ejemplo, la palabra consonante []. Zoólogos, antropólogos, etnólogos y lingüistas hablan a porfía al público de *lenguaje articulado*, como de una (cosa) que sólo puede estar perfectamente clara en la mente de todo el mundo. Con ello demuestran que confunden «la articulación» con algún hecho cerebral, como sería la «serie de ideas» dada al lenguaje. Pues nadie indica que la articulación tenga una significación bucal.

14b [Implosión + implosión]

3303 = 983 **Implosión + implosión**

Dos implosiones consecutivas pueden aparecer a) como dos implosiones separadas b) como las partes de una sola implosión general. De nuevo no hay límite restrictivo en el primer caso, que es siempre realizable con nuestra voluntad; pero existe un límite en el segundo, que no es realizable en determinadas condiciones, ni siquiera con nuestra voluntad. Y de nuevo otra vez, esas condiciones dependen fundamentalmente de la apertura de los fonemas, de tal modo que se puede hacer un *eslabón implosivo* de *rí*, porque la apertura va disminuyendo, pero no de *ír*, que está condenado a seguir siendo *ír* (*serie implosiva simple*), por más que tengamos la mayor voluntad de hacer de ella un eslabón implosivo, porque la apertura va aumentando.

Hay que añadir además que del mismo modo que el eslabón implosivo admite VARIOS fonemas, como admite dos, con tal de que la apertura vaya, como *decíamos*, *crescendo*, también el eslabón implosivo admite varios fonemas, con tal de que la apertura vaya *decreciendo*. Y si el límite de la extensión del eslabón implosivo viene de que al cabo de cuatro o cinco fonemas es imposible encontrar un sexto todavía más abierto, del mismo modo el límite de la extensión del eslabón implosivo se debe a que en muy poco tiempo ya no se encontrará un fonema más cerrado que el precedente: por ejemplo, después de *áírfí* ya no se puede subir más

alto en la escala de las oclusiones. (Lo que viene más allá, como hemos dicho a propósito de la explosión, ya no compete en absoluto a la cuestión del eslabón implosivo, sólo puede responder a la cuestión de saber lo que puede ir a continuación de un eslabón implosivo, cuántas cosas pueden ir a continuación, dada primero la intención de pronunciar algo como elemento imprescindible.)

³³⁰³ continuación [] tendremos la tentación de reírnos y de preguntar primero por dónde habría que empezar si se quisiera hablar de situar sobre una base fija las distinciones de la fonología. Algunos imaginan que el menor [].

Ocurre con la fonología como con la lingüística y como ocurrirá con toda disciplina que tenga la desgracia de transcurrir entre dos órdenes de hechos separados, en que únicamente la correlación crea *el hecho que se ha de considerar*. Del mismo modo que afirmaremos en otro lugar que es grandemente ilusorio suponer que se puede discernir en lingüística un primer orden: SONIDOS, y un segundo orden: SIGNIFICACIONES, por la sencilla razón de que el hecho lingüístico es fundamentalmente incapaz de componerse de una sola de esas cosas y en ningún instante reclama para existir una SUSTANCIA ni DOS sustancias, de ese mismo modo constatamos que ni el hecho mecánico ni el hecho acústico, cada uno situado en su esfera, representan el hecho fonológico, del cual nos vemos obligados a partir y al cual es preciso volver; sino que es la forma continua de su *correlación* lo que llamamos hecho fonológico.

14c [Teoría de la sílaba (¿1897?)]

³³⁰⁴ = ¹⁰¹⁵ Lo que acabamos de decir de la representación *i - ĭ*, etcétera, se puede repetir de la *teoría* de la que procede dicha representación. Esta «teoría» no explica nada, se limita literalmente a constatar la cosa (es decir, el efecto acústico del que no comprendemos la causa) que habría que explicar. El único aspecto de la teoría que tendría carácter de *explicación*, y ya no de *constatación*, es que los sonidos tienen la función sonántica cuando reciben el *acento silábico*. Esto podría proporcionarnos quizá un punto de partida, con tal de que la misma teoría nos hubiera aclarado perfectamente lo que es una sílaba, tercer efecto acústico que hay que explicar. Pero estamos ante el último tema sobre el que cualquier claridad [], aparte del hecho de que hay siempre una sonante en cada sílaba, de modo que la sílaba depende de la sonante y la sonante depende de la sílaba, sin que nada permita romper este círculo vicioso por algún punto.

^{3304 = 1061}2° Se subrayará que esta teoría, aunque no explique nada, al menos es absolutamente inofensiva; y que la representación *i - i*, con tal de que quede bien claro que no constituye ningún progreso respecto a lo que sabemos simplemente por el testimonio de nuestro oído, continúa estando justificada en esta [], y como constatación de un hecho acústico real.

^{3304 = 908}3° Si se quiere [], ya no es ni la función de *i u r l m n*, ni la cuestión especial de consonante y sonante, ni la cuestión especial de la sílaba la que debe preocupar de antemano, sino simplemente la de saber según qué posibilidades se pospone o antepone en general una serie cualquiera de elementos en el habla: es lo que llamamos teoría de la *cadena sonora*. Dos circunstancias dictan todas las condiciones relativas a este encadenamiento:

^{3304 = 803-805}La APERTURA de las diversas especies fonológicas, es decir, el grado de cierre o apertura que representa, por ejemplo, la articulación bucal de una *b*, de una *r*, etcétera.

Apertura cero: *p t k; b d g*

1 *m*

1 *s f β*, etcétera; *z v d*, etcétera.

2 *r l*

3 *i u ü*

4 *e o ö*

5 *a*

^{3304 = 909}2° La forma implosiva o explosiva que pueden tener constantemente las mismas especies fonológicas, ^{= 916-917}*sea cual sea su grado de apertura*, con excepción de la especie *a*, porque la apertura de esta última es tan grande que ya no hay []

^{3304 = 934}A partir de ahora diferenciaremos mediante la representación la forma implosiva o explosiva de cada fonema, señalando con mayúscula las implosivas; por ejemplo, *T* y *t*, *N* y *n*. Las clases *i* y *u* son las únicas que disfrutan a partir de ahora []

^{3304 = 941}Dadas estas dos circunstancias, se comprende que una de ellas sola no tenga ninguna significación, por ejemplo que no tiene ningún sentido buscar lo que vale un grupo *g + t* o *p + i*, o *m + r*; son fragmentos de cadena *totalmente indeterminados* hasta que se sepa, tanto del primero como del segundo elemento del grupo, si se le supone implosivo o explosivo. (Por ejemplo, *p + i* puede significar *Pj* o *pj*, o *pI* o quizá *PI*, según la distinción que se da más abajo; lo mismo respecto a *m + r* *Mr* o *mr* o *mR*; y así sucesivamente.)

^{3304 = 940}*Nota.* Las clases *i* y *u* son las únicas que disponen actualmente de una marca diferente en el alfabeto según aparezcan bajo forma implo-

siva (*i*, *u*) o bajo forma explosiva (*j*, *w*). En lugar de suprimir esta marca distintiva, vamos a extenderla a todas las clases y utilizaremos las mayúsculas *T*, *N*, *R*, etcétera para la implosión; para la explosión nos serviremos de las letras corrientes *t*, *n*, *r*, etcétera. Sólo habrá que marcar regularmente *I*, *U* con una mayúscula y *j*, *w* con una minúscula para no romper la correspondencia con las otras implosiones y explosiones.

^{3304 = 960} *Leyes*. En la cadena sonora siempre se puede llegar a posponer dos clases fonéticas cualquiera, incluso si se estipula que las dos sean explosivas, con tal de que declaremos de antemano indiferente el efecto acústico que de ello resulte. Pero 2° para obtener un efecto acústico determinado no se puede combinar de cualquier manera.

^{3304 = 968} *Condiciones del eslabón explosivo*. Se obtiene un primer efecto acústico particular (eslabón explosivo) cuando varias explosiones sucesivas pertenecen a clases fonéticas cada vez más *abiertas*, por ejemplo *ksrj-AUN*, en que las cuatro explosiones *ksrj* corresponden a aperturas crecientes 0.1.2.3 (mientras que la sucesión *ksrtaun* no podrá producir jamás esta impresión, porque las aperturas son 0.1.2.0, ni siquiera intentando convertir en explosivos los cuatro elementos *ksrt*). La impresión del *eslabón explosivo* (que precisa de apertura creciente al mismo tiempo que de explosión constante de todos los elementos) es, entre otras, la de un eslabón sin duración.

^{3304 = 984} *Condiciones del eslabón implosivo*. Se obtiene un segundo efecto acústico (eslabón implosivo) cuando []

^{3304 = 995-996} *Condiciones de la vocal*. Se comprende que la vocal o sonante es independiente en sí de toda consideración sobre la naturaleza de los sonidos y corresponde *simplemente a cada primera implosión de la cadena sonora*; es este hecho el que produce la impresión de vocal, de tal modo que incluso *kPtO* puede, tal como *kRtO* o *kItO* producir esa impresión.

^{3304 = 862} La única razón por la que en general son sonidos de baja apertura los que aparecen como primera implosión, es decir como vocal, es que [], aunque en nuestra opinión sea necesario ante todo afirmar que la alternancia de vocal y consonante es un fenómeno producido por la articulación bucal y no por la calidad de los sonidos y resulta, por una consecuencia totalmente []: cuanto mayor es la apertura bucal, más []. Es por eso por lo que en una sucesión de sonidos como *gZdA* –y por un principio distinto al general– parece que solamente la *A* sea vocal. Una nueva circunstancia, la de la fuerza del sonido laríngeo cuando no encuentra ningún obstáculo *enturbia* aquí la distinción fundamental []

^{3304 = 959} Toda la teoría de la cadena sonora –y esto es lo que hace de ella uno de los estudios más [], [] valor de las palabras imposible y posible.

Cuando se establecen *determinadas condiciones* que han de *cumplirse*, ciertas combinaciones son «imposibles». Si no se establecen condiciones, si sólo se establecen vagamente o si, como es corriente entre los que tienen [], se cambian tácitamente en medio de una frase, entonces todo es «posible» y todo es también indeterminado en esta []. ¡Y no hablo de los casos demasiado numerosos en que se nos habla de transformaciones históricas acaecidas en tal grupo como si eso fuera una prueba de su naturaleza intrínseca!

^{3304 = 969}Supongamos que se haga la propuesta de articular *dos o varias explosiones consecutivas* estipulando que deben producir un efecto único e ininterrumpido en el oído. Se verá que, por mucho esfuerzo que se haga, esto es imposible si una de las explosiones corresponde a una apertura menor que la precedente. De modo que quizá sea posible pronunciar *ksrj*, *tlm*, pero no lo es pronunciar estos elementos produciendo un efecto en el oído. Esto ocurre porque la apertura es 0.1.2.1.3. 2º Esto siempre es posible⁽¹⁾ –Por lo menos dentro de límites que es inútil considerar aquí, pues no [] aquí más que lo esencial– si ninguno de los elementos explosivos tiene una apertura inferior []: 0.1.2.3.

^{3304 = 976}La sucesión de explosiones que produce este efecto acústico no quebrado, y del que hemos visto las condi []

^{3304 = 961}Si se intenta pronunciar sucesivamente una *explosión* y una *implosión*, de modo que se obtenga una impresión acústica tan ininterrumpida [], se verá que –al contrario de lo que ocurría []– se puede obtener el efecto buscado *uniendo cualquier implosión a cualquier explosión*, pues el grado de apertura ya no cuenta; por ejemplo, tanto *wm* o *wp* (aperturas 3.1 o 3.0) como *w̥a* o *k̥a* (aperturas 3.5 o 0.5). Se observará también, aunque independientemente de esto, que esta unión, paralelamente a su efecto continuo, da la i[]

^{3304 = 942}En la representación de la cadena sonora las letras tienen un sentido muy distinto que en un tratado de fonología. ¿Qué es esa otra clase de unidades? Es el espacio de tiempo ocupado por []. Solamente en un tratado de fonología una letra no señala un espacio de tiempo y por esta misma razón [] en la cadena sonora, en que las letras señalan *espacios de tiempo* ocupados por un [] idéntico []

^{3304 = 1063}El que se pone a explicar []

primer error gravísimo: no hay oposición entre la *u* de *seuō* y la de *seu̥men*, la *r* de *bherō* y la de *bhermen*;

segundo error todavía más grave por []: en cambio hay oposición entre la *u* de *seu̥men* y la de *sutos* o la *r* de *bhermen* y la de *bh̥rtos* []

Acústicamente

sutos -seumen seŭō

bhytos -bhermen bherō

Mecánicamente

sUtos seUmen -sewō

bhRtos bheRmen -bherō

El valor de sonante en la cadena sonora no corresponde ni, primero a

[]

^{3304 = 1007-1008} *Observación.* El *desideratum* inicial era que se definiese o

la sílaba o la sonante de modo que por alguna vía saliéramos de la tautología de definir la una mediante la otra. Comprendemos ahora que en realidad la definición de una sola aún no hubiera sido suficiente, pues el hecho de que haya tantas sílabas como sonantes, y viceversa, no nace en modo alguno de una dependencia *recíproca* de esos dos términos. Nace de una dependencia *común* de esos dos términos respecto a un tercero que se ha puesto en evidencia más arriba, la sucesión de las implosiones y de las explosiones; si siempre hay una sonante en una sílaba es porque cada inicio de eslabón implosivo da impresión de sonante y cada fin []

^{3304 = 1017} 1º Teoría de la sílaba «articulada»: es decir, de las unidades o de los contrastes que resultan de la abertura y el cierre de los órganos bucales fuera de la voz y la espiración.

^{3304 = 1009} 2º Teoría de la sílaba «vocalizada», es decir, de las unidades o contrastes que resultan de la plenitud del sonido laríngeo *cuando llega al oído* (cosa no independiente de la articulación en su mecanismo, aunque independiente en cuanto a su efecto).

^{3304 = 1013} Teoría de la sílaba «espiratoria»: es decir, de los [] que resultan de la distribución de la espiración []. ^{3304 = 1019-1021} Esta [] no se plantea aquí por su propio valor, sino para hacer comprender de dónde vienen los defectos de []

Las sonantes y sílabas que corresponden A LA VEZ a las divisiones que hay que establecer respecto a la articulación, a las divisiones que hay que establecer respecto al sonido vocal (*percibido*) y a las divisiones que hay que establecer respecto a la espiración constituyen la inmensa mayoría. Por eso en general basta con considerar sólo la articulación, que sigue siendo en todo caso el hecho más importante para el oído, pero también el que no depende de ningún otro en su mecanismo. Con todo, puede presentarse el caso en que haya una sílaba o sonante *puramente articulatoria* o *puramente espiratoria*, etcétera, es decir, no provista como las demás sílabas de la triple validez de la voz, la espiración y la articulación: y en ese caso deja de ser posible dar cuenta de las unidades acústicas sólo mediante la articulación.

^{3304 = 1024-1025} Ejemplo de una sílaba puramente articulatoria: en el grupo *gzɖu*, si se aplica el principio de la articulación, hay dos sílabas y dos sonantes exactamente tan indiscutibles una como otra. Sin embargo ese grupo da (o tiende a dar) la impresión de una sola sílaba *gzɖu*. ¿Será, pues, falsa la teoría articulatoria? En modo alguno. Hay ahí realmente dos sonantes articulatorias. Pero como la casi totalidad de las demás sílabas articulatorias se acompaña, dadas determinadas causas, de un *sonido laríngeo* incomparablemente más pleno que el [], ocurre que nuestro oído, juzgando según el efecto total, no queda suficientemente impresionado cuando sólo lo solicita la forma articulatoria.

^{3304 = 1055} Otro ejemplo de una sílaba puramente articulatoria: diversas lenguas han tenido diptongos como *uo*, *ie*. Articulatoriamente es imposible aceptar que *uo*, *ie* formen menos de dos sílabas. No pueden, como los grupos inversos *ou*, *ei*, formar un eslabón implosivo, dada la apertura descendente de los elementos sucesivos; no pueden formar más que dos implosiones (eslabón implosivo roto), por lo tanto, dos sonantes y dos sílabas. Si, a pesar de esto, llegan a producir una impresión acústica más o menos semejante (aunque jamás comparable) a la de *ei*, *ou*, es que, de nuevo, la sílaba articulatoria queda positivamente falseada para el oído como resultado de una espiración semejante a la []. En los dos ejemplos hay una reducción del número real de sílabas porque la articulación []

14d [Notas de fonología; apertura; teoría de la sílaba (¿1897?)]

^{3305.1} No nos gusta la fonología y rogamos al lector que crea que la especie de sistema que usamos desde hace quince años para nuestro uso personal sólo pretende sustituir las enseñanzas de los fonólogos hasta que los fonólogos tengan a bien ocuparse de la silabación e instruirnos sobre esta ellos mismos. Quizá no sea el lingüista quien deba reparar las omisiones de la fonología. Desgraciadamente esas omisiones son de tal calibre que a este último no le queda otra alternativa que construir mejor o peor su propia fonología.

^{3305.2} Consideraciones sobre i-j, u-w, y sobre la teoría natural de la sílaba

Las consideraciones que siguen sólo son simples fragmentos de una teoría completa sobre la *sílaba* que desde hace mucho tiempo teníamos in-

tención de publicar. El tema es tan amplio que comporta inevitablemente adiciones y correcciones continuas. Pero ante la enorme herejía que vemos propagarse todos los días en obras de lingüística indoeuropea en que, como todos saben, se escribe *wekō* como *eukō* = *wekō*, *eukō*(1)

(1) esta manía afecta a todo el mundo, incluso en Francia. Desde hace dos o tres años no hay un solo escrito de lingüística, ni siquiera la más oscura tesis doctoral, que no se crea obligado a insertar en algún rincón los caracteres *i* y *u* aun a costa de todos los sacrificios que pueda exigir esta renovación tipográfica y no parece realmente fuera de lugar empezar ya a elevar una protesta motivada.

1º La cuestión de la *u* consonante y de la *u* vocal, *i* consonante e *i* vocal es absolutamente dependiente de la cuestión de la *sílaba*. Cualquiera que profese una opinión determinada sobre *u* consonante y *u* vocal sin poseer una visión perfectamente nítida y precisa sobre la *sílaba*, habla por hablar. Sin embargo, hay que constatar que ni un solo manual de lingüística da la idea de sílaba que, además, como por una fatalidad, a medida que la fonética se hacía más precisa y más aguda entre los matices de la escuela inglesa y noruega de los Bell, los Ellis, los Sweet y los Storm, olvidaba del modo más absoluto dirigir su atención hacia las condiciones de yuxtaposición de los fonemas en el habla, es decir, hacia las condiciones naturales e infranqueables de la sílaba.

2º Desde el instante en que se vio que no eran solamente *i* (*ü*) *u*, sino también *r l m n* los que gozaban de la facultad de ser indiferentemente vocales o consonantes, hemos oído diversos cantos triunfales sobre ese resultado; pero nunca nos hemos enterado []

^{3505.3} Señalamos, si hay que especificarlo, que entendemos por Fonología lo que se entiende por el conocido término *Lautphysiologie*, estudio de la fonación, fisiología del habla; poco importa el nombre con tal que se mantenga constantemente separado del de *fonética*, que representa una parte de la lingüística, y además la parte que implica de modo más absoluto el componente histórico. Mientras que la fonología, ciencia útil para los lingüistas, ni forma parte de la lingüística ni generalmente del orden de las consideraciones históricas, y además es tan incompatible []

(1) Está por saber si tienen interés por sí mismas. El interés de las cosas fonológicas, ¿debe medirse según la lengua y su función en la lengua? En ese caso una sana apreciación de lo que es la lengua pone de manifiesto que conocer los valores absolutos que en ella se encuentran sólo tiene un interés muy limitado, con tal de que esta oposición (*diferencia*) de valores, sea cual sea, se observe escrupulosamente []

^{3305.4}(1) Por lo demás, aún sería una gran cuestión, que no queremos tratar, el saber si tienen en sí mismas tanto interés como se piensa. ¿Se mide el interés de las cosas fonológicas según la lengua y su función en la lengua? Si es así, una sana apreciación del mecanismo de la lengua pone de manifiesto que sólo tiene una importancia muy limitada conocer los valores que hay en ella, con tal de que su oposición –lo que ni siquiera significa en este caso su diferencia, sino solamente su identidad o no identidad, su número en definitiva– se observe rigurosamente. La suposición contraria equivale a no darse cuenta de las condiciones fundamentales de la cosa significada y del signo, que regulan el lenguaje hablado como cualquier otro sistema de signos. Es cierto que no nos ocupamos aquí de la transformación del signo en el tiempo (fonética), que constituye la *segunda vertiente* de todo lenguaje, y que es el único que exige una cierta precisión en los valores absolutos. Efectivamente, esto siempre será pretexto para llevar al extremo las distinciones de clases, indiferentes en un estado de la lengua, importantes solamente para lo que resulte de este. Pero, entrando sin reserva en el segundo orden de ideas, hemos de constatar que las tres cuartas partes de las transformaciones están regidas, a su vez, mucho más por las cosas comunes, por la situación de los elementos en algunos marcos *naturales*, como la sílaba, a los que no pueden escapar, que por la diversidad idiomática de estos elementos. Por lo que desde ningún punto de vista vemos que tenga especial utilidad para la lingüística animar a los fonólogos a que distingan las clases cada vez con mayor sutileza, como si de esto pudiera esperar alguna luz o esto respondiera a sus necesidades.

^{3305.5}*Opertura.* Cada clase se caracteriza por un determinado grado de cierre (bucal) que es, por ejemplo, mayor en una *P* que en una *R*, mayor en una *R* que en una *U*. De ello resulta que una de las principales cosas que se establecen al indicar la cualidad de algunos fonemas sucesivos (ejemplo al azar: *keirp-*), son los niveles o grados de cierre entre los que tendrá que moverse la cadena fonatoria. [] amplitud []

^{3305.6}(1) Varios alfabetos han tenido veleidades de practicar para clases distintas de *I*, *U* el sistema racional que nosotros sólo practicamos para *I*, *U*. El alfabeto zenda posee dos letras diferentes que corresponden a *n* explosiva y *n* implosiva. La letra licia en que Deecke descubre la *ṇ sonante* nos produce todo el efecto de tratarse simplemente de la *n implosiva* (sonante o consonante). El cuneiforme persa y el silabario chipriota distinguen (al menos negativamente) la *n* explosiva de la otra, marcando la primera con una letra y dejando la otra inexpresada.

Sólo queremos conmemorar tímidamente el *dēvanāgarī* por las cuestiones históricas que pueden cambiar el sentido de muchos hechos, sin

embargo es digno de mención el hecho de que en él la *r* explosiva se distingue constantemente de la *r* implosiva; el pecado venial de esta representación es que sólo admite un tercer signo para la *r* implosiva *sonante*. Pasamos por alto multitud de hechos que tienden a demostrar que apenas existe escritura antigua o reciente que no haya tenido en algunos momentos la intuición de que hay que establecer alguna distinción entre el sonido explosivo y el implosivo.

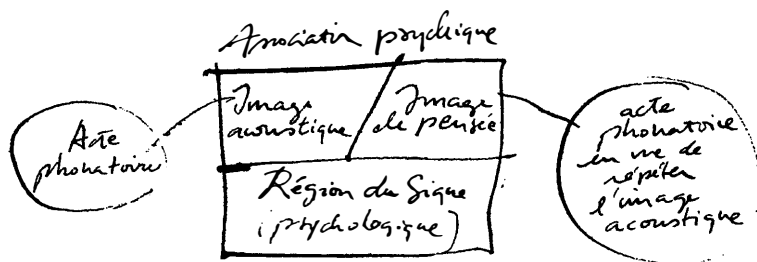
^{3305.7} 13° ¿Es definible la impresión acústica? No es más definible que la sensación visual del rojo o del azul, que es psíquica y totalmente independiente en sí de que el rojo dependa de 72000 vibraciones que penetran en el ojo, o de las que se quieran. Pero, ¿es segura y nítida? Perfectamente segura y nítida; no necesita de ninguna ayuda. Cuando los griegos distinguieron las letras de su inimitable alfabeto, ¿creen ustedes que se pusieron a estudiar? No. Sencillamente se dieron cuenta de que *l* era una impresión acústica diferente de *r*, *r* diferente de *s*, etcétera.

14° Pero aparentemente existe un obstáculo para la separación: que la lengua tiene una vertiente involuntaria, y no pasiva, por la que hacemos trabajar nuestros órganos en todo momento de cara a la lengua. Tal como oímos, *hablamos*. Sí señores, y jamás de otro modo que según la impresión recibida, pero recibida en nuestra mente y esta es la única soberana para decidir sobre lo que ejecutamos. Ella lo dirige todo, basta con considerarla para saber que la impresión será ejecutada, y, lo repito, es necesaria incluso para que haya una determinada unidad que ejecutar. (Está claro que esto corresponde al hecho, ante todo social, de la lengua.)

En lugar de:



[Se tendrá]



El acto fonatorio aparece como un instrumento necesario, pero en sí tan poco esencial como, en el caso de las señales marítimas, el acto del tintorero que haya preparado las banderas para producir la impresión de verde, de rojo, de negro, etcétera. Me he interesado algo por la teoría fisiológica. Pues bien, ya nada me ha convencido totalmente de la validez única de la forma acústica de las unidades fonatorias, a la que no había dedicado mi atención.

13. La mejor prueba que se puede dar de que solamente la impresión acústica tiene valor es que sería perfectamente imposible para los propios fisiólogos distinguir las unidades en el juego de la voz, fuera de las unidades previamente proporcionadas por la sensación acústica. ¿Qué hace un fisiólogo que nos explica los movimientos necesarios para producir *b*? Empieza por tomar como base la unidad que *b* da a su oído. Si no fuera así haría su trabajo en vano, ni siquiera se podría hablar de una *b*. Al considerar una serie de movimientos, nunca sabría si está en *b* o fuera de *b* ni dónde está; sólo habría movimientos desprovistos de sentido y de definición si no tuvieran un límite que es la impresión *acústica b*. Y lo mismo ocurre con cualquier otra cosa: la sílaba puede y debe descansar sobre bases fisiológicas, pero el problema no consiste nunca más que en buscar en qué una impresión acústica como la de la sílaba corresponde a tales o cuales hechos fisiológicos. Estos hechos fisiológicos serían por sí mismos incapaces de encontrar un orden y una limitación. Sólo la sensación acústica dice que hay aquí una unidad como la sílaba, o que no la hay, o que hay allí una unidad como la *b* diferente por ejemplo de la *a*, o que no la hay.

^{3305.8} Habría algo de ingenuidad en querer edificar una fonología sobre la suposición de que el hecho fisiológico es la causa de la que las figuras acústicas son el efecto; pues si esto es cierto fisiológicamente, también está claro, en otro sentido, que son las figuras acústicas que hay que producir las que son la *causa* permanente de todos los fenómenos fisiológicos ejecutados. No podemos debatirnos ni contra la primera verdad ni contra la segunda; tienen la misma fuerza y desafían todo intento que conduzca a librarse de una de ellas. Sólo nos queda reconocer su solidaridad y admitir que esta solidaridad constituye la base misma del hecho FONATORIO, lo que hace que se le pueda distinguir del hecho fisiológico o del hecho acústico. De este modo reconocemos que el hecho fonatorio no empieza ni en el orden acústico ni en el orden fisiológico, sino que representa, por su propia naturaleza esencial, un equilibrio entre ambos, que constituye un orden propio, que exige sus propias leyes y sus propias unidades⁽¹⁾.

(1) La idea de que una tal concepción tenga algo de raro, si viniera de un lingüista, demostraría sencillamente que ese lingüista jamás ha reflexionado sobre algo que le interesa más directamente, saber la naturaleza de un *hecho lingüístico*. Del mismo modo que el hecho fonológico (que por lo demás no es en grado alguno lingüístico) descansa siempre en el equilibrio.

En lugar de hablar de causas y efectos, que supone partir de uno de los dos órdenes, hablemos de *equivalencias* en el mismo tiempo y todo quedará expresado. La unidad fonatoria es una DIVISIÓN DEL TIEMPO marcada simultáneamente por un hecho fisiológico y un hecho acústico, reconocidos porque se corresponden, de tal modo que tan pronto como se introduzca una división basada en el puro oído, o en el puro movimiento muscular, se abandona el terreno fonatorio.

2º Una representación cualquiera como *řp* pretende, por lo tanto, *inclure* dos cosas y *exclure* una tercera. Lo que se quiere incluir son al mismo tiempo las figuras acústicas *rp* y los movimientos fisiológicos *rp* convertidos en tan inseparables en la unidad fonatoria que ni se le ha pasado por la mente a ningún fonólogo separarlos mediante dos letras, ni siquiera cuando ese fonólogo es lo bastante atrevido como para pasar en la misma frase de la unidad fisiológica a la unidad acústica y a la unidad fonatoria. Decir si *řp* representa más bien una cosa que otra es absolutamente imposible y, por otra parte, inútil: representa el esquema *fonatorio* que implica una y otra. Y esto es tan verdadero que no se le ha pasado por la mente a ningún fonólogo separar gráficamente los acustemas *rp* de los mecanemas *rp*, mientras que esa era la condición primordial de toda teoría que olvidase la unidad fonatoria para entrar en la teoría de los efectos. La única diferencia es que la relación por la que el sonido despierta la idea en lingüística, o a la inversa, es una relación arbitraria en su primer origen, a diferencia del lazo que une el movimiento fisiológico con el sonido, del que se ocupa la fonología, que está siempre regulado por una ley física. Pero a pesar de esta circunstancia, la comparación sigue siendo absolutamente correcta.

^{3305.9}En la concepción que nos guía constantemente, lo que es *fonatorio* se opone tanto a lo que es simplemente *mecánico* como a lo que es simplemente acústico. Es la correspondencia [de un mecanema y un acustema]

Si a nuestro parecer esto es lo único posible para la fonología, se precisaría alguna dosis de ingenuidad para no ver implícitamente []

Ni los sonidos ni las ideas son objetos lingüísticos. El error que impedirá toda fonología de los grupos es no saber en qué orden de ideas se basan las unidades, o si hay un orden de ideas fijo.

Sólo hay un orden de ideas []. Dos segmentos fonatorios consecutivos que se separan en la cadena sonora representan forzosamente estas combinaciones: implosión + explosión, explosión + implosión, implosión + implosión, explosión + explosión.

^{3305.10}(1) Puede decirse que todo es mecánico en fonología, pero en qué sentido sólo puede haber una «mecánica» con *dos* fonemas, no con *uno*, eso es lo que intentamos explicar en otro capítulo y es la base misma de la idea del hecho fonatorio. Lo que es común, constante, esencial e irreducible en la fonación son algunas leyes que rigen el ordenamiento de los fonemas, pues varían de un modo [], mientras que los fonemas, por su parte, varían de modo ilimitado según las lenguas, la vertiente accidental y local de la fonación. Pero, si se puede preguntar, ¿qué se espera de este análisis? Y esto no sólo [].

Se diría que gracias a la disección cada vez más fuerte de los fonemas []

^{3305.11}El grupo implosivo-explosivo

No hay condición restrictiva que limite la posibilidad de componer este grupo a voluntad, si el primero es implosivo, es decir, si se toma como tipo *nd* (por ejemplo, *pa/nd/o*), [en que] el primer momento [es] implosivo, se pueden intercambiar todas las clases sin que se llegue a un punto en que el carácter del grupo cambie a causa de la clase.

Por ahí vemos que todas las cuestiones de posibilidad (de imposibilidad) que constituyen el fondo de la fonología combinatoria, en un sistema bien hecho, tendrían que revestir no la forma de la regla que, admitiendo un punto de partida dado, parece implicar que, una vez sus límites franqueados, nos encontraremos en otro caso determinado por la fuerza del mismo dato, sino exactamente la de la ecuación algebraica que, fuera del equilibrio de algunos términos, ignora lo que puede ocurrir si se sobrepasan. Sería preciso, para alcanzar []

^{3305.12}Implosión + implosión. – Explosión + explosión

No se puede, a diferencia de los casos precedentes, unir dos fonemas tomados al azar en un grupo continuo si dichos fonemas van en el mismo sentido articulatorio, en otros términos, si se les fuerza a ser ambos implosivos (o ambos explosivos). Sólo se pueden unir en determinadas []

2. Los grupos continuos (sólo realizables en las condiciones indicadas) que se componen de implosión + implosión [].

(1) Simplemente con expresiones como las que nos vemos obligados a utilizar se puede palpar con el dedo, por así decir, este hecho patente que no se puede silenciar, que toda verdad fonológica tiene como expresión natural la *ecuación*, no la *regla*. Pregunto, ¿de dónde sale la base de una regla? Es decir, ¿de dónde viene la idea singular de que a través de los casos es posible descubrir una cierta condición que determinaría primero la relación de los demás en un solo caso, y a continuación, y con mayor razón, en varios? Si esta consideración es errónea, que se intenten encontrar los términos de esta condición o el entramado cualquiera de condiciones que podría ser tomado como dato natural para determinar la segunda parte de estos términos.

3305.13 El grupo

En cuanto dos momentos que se consideren tienen la misma forma articulatoria (explosión + explosión, o implosión + implosión), [].

^{3305.14}2. Llegamos a una de las dificultades o, en nuestra opinión, a la dificultad central de toda fonología combinatoria, si esta quiere ser sistemática y no una serie de observaciones sin []

Si está absolutamente claro que pensamos que un grupo no puede quedar determinado si antes no lo están sus elementos, por otra parte es cierto que []

Dado un grupo, es decir una vez sus componentes han sido dados, aún puede pronunciarse de dos maneras: *continua* y *discontinua*, lo que no depende de la naturaleza de sus componentes sino de la manera de unirlos. Nótese que la manera discontinua no consiste en la interposición de un silencio. Esto suprimiría la dificultad, pues entonces ya no habría *grupo* (véase más arriba). La dificultad se encuentra solamente, como debe reconocerse, en el límite más allá del cual nos encontramos efectivamente frente al fonema aislado y sin continuación.

La diferencia de la que hablamos es la que se constata por ejemplo entre *ai* y *ai̥* (en alemán *Hain* [bosquecillo], en francés *maïs* [maíz]). Una de estas palabras permite ver el modo discontinuo, y la otra el modo continuo de pronunciar los dos mismos elementos (*a* implosivo + *i* implosivo). Este caso particular afecta al grupo implosión + implosión, pero cualquier otro grupo da también lugar a ello: por ejemplo, con las dos

explosiones iniciales que se encuentran en el francés *plus* pueden formar un grupo continuo, como el que oímos normalmente en esa palabra, o también un grupo discontinuo que dé la impresión vaga de *p_elus*, sin que sea más que *p* explosivo + *l* explosivo.

Lo mismo ocurre en []

Como la clasificación de los grupos en continuos y discontinuos realizables con los mismo elementos no nos enseña nada sobre el fondo de esa diferencia, no tratamos de disimular que tenemos ahí una laguna grave que dejaremos atrás al proseguir nuestro camino.

Aunque sólo tuviéramos que ocuparnos en la práctica de los grupos continuos (lo que no se aleja demasiado de la verdad) []

Pero cada uno de estos medios []

El grupo explosivo-implosivo roto. Para tener una idea: tomar un grupo inicial *kha*-; suprimir el elemento intermedio *h* (que para nosotros es asimilable a un silencio).

Para indicar mejor aún [], fijémonos en que en [], cuando []

Nota: Vertiente articuladora de la fonación no significa nada más para nosotros que vertiente fisiológica por oposición a vertiente acústica. Pero = la vertiente que (ya en el hecho acústico, ya en el hecho mecánico) está regulada por los movimientos bucales, por oposición a las otras partes ya [], que []

^{3305.15}1° Un grupo solo puede estar completamente determinado si antes lo están sus elementos, estos no quedarán completamente determinados si se sabe []

En cambio tomar dos elementos como *m + r*, de los que sólo se conozca la clase fonética (hasta el final) y buscar con eso lo que [], no es una forma de problema []

Por lo tanto se pueden suponer dos movimientos fonatorios conocidos en cuanto a la clase, como *m + r*, y examinar a continuación lo que comportan cuando se hace variar de todas las maneras la forma articuladora (*ṁ + ṙ*, *ṁ + ṙ*, *ṁ + ṙ*, *ṁ + ṙ*). Después pasar a *m + n*, y así sucesivamente.

O también: suponer los dos momentos conocidos en su forma articuladora, por ejemplo *x + x* y buscar lo que comporta el grupo así caracterizado cuando se intercambian las clases: por ejemplo *ṅ + ù̇*, *ġ + ṗ*, *i̇ + ṙ*, *ṙ + ì̇*, etcétera. Después pasar a *... + ...*; así [sucesivamente]. Manera de proceder preferible.

2. Desgraciadamente, si es cierto que un grupo no puede ser definido si no se empieza por determinarlo en *sus elementos*, no es menos cierto que esta determinación no basta.

Queda una puerta abierta a las variaciones: está en el *modo de unión* de los dos elementos, por mucho que haya costado establecer cada uno de ellos.

1. La única condición para que haya *grupo*, en el sentido que queremos dar a esta palabra, es que se considere que no hay silencio entre los dos elementos fonatorios propuestos. Sin interposición de silencio (que suprimiría el «grupo») y sin []

^{3305.16}(1) Mecánicamente. El grupo fonatorio implosivo-explosivo sólo se obtiene a costa de algún movimiento mudo.

Se exceptúan, no en este caso, sino una vez por todas, los ejemplos favorecidos por circunstancias excepcionales como la homorgania de los dos elementos: $m + b$, $l + t$, etcétera. El movimiento mudo que exige el grupo implosivo-explosivo es de forma diversa según la naturaleza de los elementos y no insistiremos más en ello, ya que este caso ha servido de ejemplo más arriba. Cuando los dos elementos sean como $g\dot{r}$ de apertura decreciente (véase más abajo) el movimiento mudo será siempre el movimiento de abertura del primer elemento.

Esto ocurre incluso si son de apertura creciente dentro de ciertos límites, por ejemplo $r\dot{g}$. Pero llega un punto en que el movimiento []

FONATORIO, mecánico acústico. Los movimientos mudos («descubiertos» y «cubiertos»).

Como el sujeto hablante no se propone nunca ejecutar «movimientos», sino los movimientos que impone una serie fija que hay que realizar, esto tiene como resultado que una fonología que se imagine que puede extraer el principio de sus unidades, de sus distinciones y de sus combinaciones de la observación no conduce a nada y no es una fonología.

Consideremos []

En el caso de *apa* se trata de un movimiento mudo que se sitúa entre los dos momentos fonatorios, en el de *arka*, de un movimiento mudo que disimula su presencia al amparo y durante la duración del momento fonatorio *k* explosivo.

Esto basta para hacer ver [] cuán diversos son [] si la fonología tuviera como una de sus tareas primarias el saber cómo y por qué artificios se obtiene en cada ocasión []

Pero []

No sólo []

(1) Mecánicamente. En el grupo explosivo-explosivo, sean cuáles sean los fonemas, el movimiento mudo consiste en un movimiento de cierre, se produce *al amparo del PRIMER momento* y consiste en un movimiento de apertura para el segundo momento. La sanción, es decir, lo

que ocurrirá si se descuida el movimiento mudo *al tiempo que se tiene la intención de pronunciar dos explosiones* []

(1) Mecánicamente. El grupo explosivo-implosivo se sitúa aparte de todos los demás en posición alta, desde el punto de vista de su composición mecánica. Es el único en que los dos momentos fonatorios corresponden casi directamente a dos momentos mecánicos simples: un movimiento de abertura = explosión + uno de cierre = implosión, sin complicación de movimientos mudos, salvo una muy pequeña preparación para el cierre durante la explosión, sin la cual, hay que reconocerlo, el grupo se convertiría, por ejemplo, en $\dot{g}r$, explosivo-implosivo en hiato, en lugar de no tener hiato. Por las mismas causas en ese grupo ya no hay situación particular para las clases homórganas; y, por ejemplo, incluso componiéndolo de una clase idéntica $\dot{n} + \dot{n}$, el grupo no ofrece absolutamente ningún detalle mecánico más digno de mención que si se tratara de $\dot{g} + \dot{n}$ o $\dot{r} + \dot{m}$; lo que no ocurriría con ningún otro grupo.

^{3305.17}(1) Un movimiento mudo o es *resolutorio* de una posición tomada, posición tomada para producir un cierto instante fonatorio, y debe resolverse a continuación en el silencio porque el nuevo instante fonatorio excluye [],

o es *preparatorio* de la posición que hay que tomar.

En ambos casos el movimiento mudo no tiene otra fuente de existencia ni merece atención por otra cosa que no sean las realidades fonatorias que se van a producir: sólo estas constituyen pues la base []

1º Un movimiento mudo []

No perturba la composición del grupo fonatorio, y la idea de hacer intervenir los *movimientos* como base equivale a saber sobre qué se piensa que se basa la fonología en general. ¿Sobre los movimientos o sobre los movimientos representados por un equivalente acústico?

^{3305.18}Si se considera un grupo $\dot{r}\dot{k}$ (como en *arka*), se constata que ese grupo no puede realizarse sin un movimiento abriente de *r* que

se ejecutará *mientras dura el movimiento 2 (k)*, y que

no es más que una *consecuencia involuntaria del momento 1* querido (*r* implosivo) *siempre que ese momento pasado vaya seguido* []

¿Cuál es el valor []?

^{3305.19}Los procedimientos que se utilizan para realizar un grupo pueden resumirse en la idea de los «movimientos mudos», pues los movimientos audibles son naturalmente []

1º Al establecer un grupo, por ejemplo $\dot{a}\dot{p}$ (*apa*), se tienen en cuenta todos los movimientos audibles (no porque se piense respecto a $\dot{a}\dot{p}$ en designar más bien esos *movimientos* que las figuras acústicas *a* y *p*). El orden fo-

natorio tiene precisamente la particularidad de no ser nunca menos acústico que mecánico. Es un orden complejo, distinto de los dos órdenes que consideramos a propósito de él. Pero los movimientos relativos [].

^{3305.20} Cuando un grupo queda establecido de acuerdo con nuestro método, se conocen directamente sus movimientos audibles y también sus movimientos inaudibles: por lo menos se tiene una base para clasificar estos últimos. Es sencillamente evidente que el movimiento no efectivo (no percibido) que se produce en el habla sólo puede ser dependiente de las unidades efectivas que hay que realizar en cada momento; si no fuera así, se hablaría para producir movimientos musculares y no para producir sonidos. En consecuencia quedan determinados todos los movimientos no efectivos sencillamente logrando representar los que son efectivos o equivalentes de cada unidad audible. Además no hay *otro medio* de estudiar esos movimientos; dado que ante un problema lo primero que hay que saber es lo que se quiere pronunciar y que lo que se quiere pronunciar está representado por los movimientos efectivos. En tercer lugar, no hay *interés final* en estudiar ese movimiento oculto, si no es, una vez más como siempre, para volver al grupo audible. Por todas estas razones, consideramos no sólo legítimo clasificar todos los grupos según el puro movimiento audible, sino que además consideraríamos erróneo, y por lo demás absolutamente impracticable, un sistema que estableciera divisiones sobre el movimiento en sí.

^{3305.21} Por mi parte, daría centenares de observaciones sobre el modo en que se pronuncia la *s* en Java o una *r* en París a cambio de una sola consideración sobre la mecánica de los fonemas y las formas que aquella se ve obligada a seguir. Pero, ¿qué se espera de este análisis? ¿A dónde quiere conducir la lingüística e ir a parar el propio análisis[]?

15a [¿Ante qué clase de entidades estamos en lingüística?]

³³²⁵ ¿Ante qué clase de entidades estamos en lingüística?

Léase la *Semántica* de Bréal, pp. 29-35, por ejemplo; llega un momento en que se ve que por una parte no puede quedar nada en la mente de tales *ausführungen*, y al mismo tiempo que esto se debe a que se trata siempre de lo que ocurre entre los términos del lenguaje; pero para seguir sería primero necesario saber qué es lo que se toma como existente, antes de hablar de los fenómenos entre los términos.

Sin embargo, véase p. 40 y sg.

15b [Reflexiones sobre las entidades]

³³²⁶3º Recuento de las causas que hacen del lenguaje un objeto situado fuera de toda comparación y *no clasificado* ni en la mente de los lingüistas ni en la de los filósofos.

Primera causa: ausencia de lenguajes importantes que se basen en algún instrumento distinto de la voz para producir el signo.

De ahí que se haya llegado incluso a calificar el lenguaje hablado de función del organismo humano, mezclando de este modo sin remisión lo que es relativo a la voz y lo que sólo es relativo a la traducción del pensamiento mediante un signo que puede ser de cualquier clase y conllevar un perfeccionamiento y una gramática tanto según signos visuales o táctiles como según los signos menos convencionales que se escogerán en la voz.

³²²⁷16 [Anatomía y fisiología]

^{3227.1} Anatomía y fisiología

¿Existe una cosa que sea el análisis *anatómico* de la palabra? No. Por la siguiente razón: el disector separa, en un cuerpo organizado, partes que, *abstracción hecha de la vida, son sin embargo un hecho de la vida*. Anatómicamente, el estómago es una cosa, como es fisiológicamente durante la vida: por eso el disector no clava su cuchillo en medio del estómago, siempre sigue sus contornos, dictados y establecidos por la vida, que le conducen alrededor del estómago y al mismo tiempo le impiden confundirlo con el bazo o con otra cosa... Tomemos ahora la *palabra* privada de vida (su *sustancia fónica*): ¿forma todavía un cuerpo organizado? En modo alguno y en ningún grado. Por el principio central de que la relación del sentido con el soma es arbitrario, sucede irremisiblemente que lo que hace un momento era ἀπο-δεικ-τος, ya no es más que una masa amorfa a + p + o + d + e + ...

Hay que poner en algún sitio: con *soma*, aun hago una concesión, pues un σῶμα, aunque esté muerto, evoca el órgano.

^{3227.2}¿Primero el sema? –El soma. Y es necesaria esta inelegancia fecunda, profunda, voluntaria del término para que por fin quede suprimida toda vía hacia la paronimia perpetua que produce en el discurso el equívoco []

Y todavía no estoy convencido de que, si se acepta *soma*, no volva-

mos a verlo pronto, de nuevo en el doble sentido de la palabra, con todos los vicios *indelebles* que van unidos al primero.

La razón es sencillamente la vida: una palabra sólo vive [], y está en la *vida general* únicamente a causa de []

Pero esta razón es tan poderosa que es casi una empresa imposible buscar términos que establezcan la separación entre lo que es forma y lo que es sentido, entendiendo por esto términos que valgan de modo absoluto y que no nos expongan a ser víctimas de engaño a la primera vuelta del camino. Pues estos términos se tomarán siempre de la disección de un cuerpo vivo []

17 [Notas sobre *Programa y métodos de la lingüística teórica* de Albert Secchaye, 1908]

³³³⁰ Todo ensayo sobre los fundamentos del lenguaje, cuando va acompañado de la preocupación por un método consecuente y al mismo tiempo de un conocimiento profundo de las lenguas, merece de entrada una consideración bastante alta, dado que sólo puede ser producto de una reflexión personal considerable.

En esto no hay ruta trazada en la que se descubra aquí y allá algún ramal, ni siquiera un sendero que proporcione la primera dirección que hay que seguir.

A veces en el seno de la lingüística indoeuropea, a veces fuera de ese movimiento, ha habido algunos intentos para comprender la naturaleza auténtica de los objetos que se manipulaban con el nombre de *palabras*, *sufijos*, *prefijos*, etcétera, —reconociéndoles no sólo existencia independiente sino también todos los atributos del ser, incluida su modificación por el tiempo. Si examinara esos ensayos, desde Wilhem Humboldt hasta Hermann Paul y el psicólogo Wundt, sería para decir que todos están llenos de materiales que podrían servir para construir el edificio, pero que ni uno solo ha trazado los cimientos de ese edificio. Algunos lingüistas rusos, en especial Baudoin de Courtenay y Kruszewski, se han acercado más que nadie a una visión teórica de la lengua sin salir de puras consideraciones lingüísticas; hay que decir, por cierto, que han sido ignorados por la generalidad de los especialistas occidentales.

El americano *Whitney*, al que reverencio, nunca dijo una sola palabra sobre los mismos temas que no fuera correcta pero, como a todos los demás, no se le ocurre pensar que la lengua tenga necesidad de una sistemática.

Un ensayo sistemático de cualquier tipo constituye, por lo tanto, una cosa que me atrevería a llamar nueva y que demuestra inmediatamente un esfuerzo personal muy independiente y muy prolongado, sólo posible si se reúnen conocimientos lingüísticos.

Si se quiere hacer decididamente una *Psicología del lenguaje* —no voy a decidir aquí si es esto lo que Sechehaye ha querido hacer realmente—, parece ser muy necesario situar primero la lingüística respecto a las otras ciencias que pueden competir a la lingüística; por ejemplo Lingüística y Ciencias sociales, Lingüística y [], para que se sepa al principio en qué medida la psicología, por su parte, se halla implicada. Esto se hace doblemente necesario si se plantea, como hace Sechehaye, la lingüística como una pura ramificación (o encaje), de lo que se aparta aquí [] de la psicología, individual o colectiva. En este caso se puede exigir todavía más seriamente que se nos dé toda la luz para comprender la filiación directa, sin que se interponga ninguna clase de límite, entre un fenómeno preciso como el del lenguaje y el conjunto de los fenómenos psicológicos.

^{3330 = 184} Sechehaye, al hacer una psicología del lenguaje, parece que no habría debido ahorrarse apostar por la localización cerebral de Broca y las observaciones patológicas hechas sobre las diversas formas de afasia, que son del mayor interés no sólo para juzgar las relaciones de la psicología con [] sino, lo que tiene otro alcance, con la propia gramática. Recuerdo por ejemplo los casos de afasia en que falta por entero la categoría de los sustantivos, mientras que otras categorías establecidas desde el mismo punto de vista de la lógica se mantienen a la disposición del sujeto.

^{3330 = 188} Añado, entre paréntesis, que nada proporciona una confirmación mejor ni más seria que estos hechos desde el punto de vista que he expuesto como correcto según otros datos. Si es verdad, como planteaba, esto equivale a decir *a priori*, si se sabe que la parálisis de una parte del cerebro afectaba al lenguaje, que

a) la signología completa queda afectada, es decir, tanto []

b) ^{3330 = 187} Efectivamente

1º se constata siempre, a la luz de los casos de afasia, que la facultad de emitir (sonidos) sigue siendo algo diferente de la facultad de recordar los signos de un lenguaje corriente, lo que corresponde a nuestra afirmación.

^{3330 = 185} 2º Cosa no menos importante y característica, las perturbaciones del lenguaje oral se hallan mezcladas de cien maneras con las []
^{3330 continuación} de las subdivisiones naturales de la lingüística, si no se consideran todos los fenómenos lingüísticos más que según su etiología psicológica. Como la etiología se descompone, según vemos, en causas para

los cambios y en razones para los estados que adquieren un equilibrio, una estabilidad, sin que por ello el autor pretenda []

Del mismo modo que para hacer []. Mucho antes que la lingüística, todas las ciencias sociales, al menos todas las que se ocupan del *valor*, en último término, son también perfectamente reducibles a la psicología; esto no es obstáculo para que haya una enorme línea de demarcación entre la psicología general y estas ciencias; cada una de ellas necesita nociones que no proporcionaba la psicología general, ni siquiera colectiva []

Si las divulgaciones con pretensión lingüística de Max Müller no pueden ser declaradas vergonzosas, es porque toda la ciencia de la época de Max Müller se limitaba aproximadamente a correr de uno de los mil temas lingüísticos posibles a otro, desde un punto de vista anecdótico, y esto sin ninguna clase de noción o de aspiración seria a la constitución de las bases científicas de la lingüística.

He señalado mis críticas. En resumen, Sechehaye, tras haber reprochado a Wundt, con razón, que hubiera ignorado el problema gramatical, no llega él mismo a hacerse de éste una idea suficiente. Pues la única idea suficiente sería plantear el hecho gramatical en sí mismo, y en lo que lo distingue de cualquier otro acto psicológico, o lógico además. Cuanto más se esfuerza el autor en derribar lo que considera una barrera ilegítima entre la forma pensada y el pensamiento, más nos parece que se aleja de su propio objetivo, que sería establecer el campo de la expresión, y concebir sus leyes, no en lo que tienen en común con nuestro psiquismo en general, sino, al contrario, en lo que tienen de específico y de absolutamente único en el fenómeno de la lengua.

Deseo señalar que esto no afecta en absoluto al valor que pueda tener la teoría de los *encajes*, que es, por así decir, una segunda tesis de Sechehaye sobre la clasificación general de las ciencias, que circula fuera de lo que forma su Psicología de la lengua.

Debo repetir primero que el encaje, correcto o no en Psicología []

18 [Notas diversas no clasificables]

^{3341.1} alternancia pues de formas diferentes –raíz tomada a la vez de *φέρ-ω φόρ-ος* amplitud y nitidez– *couloir* (pasillo), *vouloir* (querer) –condición fonética. ^{3341.2} [] esquema situado en lo abstracto. Pero queda el hecho ciertamente notable de que la correspondencia *bhar* [] se percibió antes incluso que toda teoría referente al valor de la *a* en sánscrito. El hecho de que se haya visto y afirmado desde el primer día, con bastante

anterioridad a cualquier teoría sobre el valor de *a* en sánscrito, la relación entre *bhar-*, *bhāray*, y *φερ-*, *φορε* sigue siendo por ello tanto más notable. Se puede decir que había de conducir por sí solo []

^{3341.3}1° La columna B-B'. Su INDEPENDENCIA respecto a la otra.

La primera garantía imprescindible para establecer esta independencia es que la clase de hechos a los que responde esta columna no entra en una de las categorías ya comprendidas en cada sílaba bajo el nombre de fonismo (columna A-A').

Pero además es preciso asegurarse, puesto que es todavía nuevo para nosotros, de que este orden de hechos, aun estando *coordinado*, no depende por un lazo fundamental de la columna A-A', puesto que todavía es nuevo para nosotros. Dos tipos de relación pueden imaginarse.

2° La columna B-B'. Su vínculo.

3° La columna B-B'. Su desigualdad única.

4° La columna B-B' y las tres preguntas que con ella []

5° La columna B-B' y la forma de las tres preguntas.

Operaciones inadmisibles (primer grado). Operar partiendo de la columna A-A' distinguiendo todavía ambas columnas.

Si, al tiempo que distinguiera escrupulosamente la columna A-A' de la columna B-B', alguien tratara de partir de la columna A-A' para dar cuenta de la articulación, según lo precedente estaría ya en un terreno absolutamente injustificable.

^{3341.4}Leyes del final de palabra. 1. Orden actual = Acontecimiento del pasado.

19 [Semiología]

^{3342.1}Ha habido discusiones para saber si la lingüística pertenecía al orden de las ciencias naturales o al de las ciencias históricas. No pertenece a ninguno de los dos, sino a un compartimento de las ciencias que, si no existe, debería existir con el nombre de *semiología*, es decir, ciencia de los signos o estudio de lo que se produce cuando el hombre trata de significar su pensamiento por medio de una convención necesaria. Entre todos los sistemas semiológicos el sistema «lengua» es el único (junto a la escritura, de la que hablaremos a su debido tiempo y en el lugar adecuado) que ha tenido que enfrentarse a la prueba de encontrarse en presencia del *Tiempo*, que no se basa simplemente en el mutuo consentimiento de vecino a vecino, sino también en la relación de padre a hijo por imperiosa tradición y está sometido *al azar de lo que ocurra en esta tradición*, cosa

inexperimentada fuera de este ámbito, ni conocida ni descrita). Este hecho, el primero que podría excitar el interés del filósofo, es ignorado por los filósofos: ninguno de ellos enseña lo que sucede en la transmisión de una semiología. Y en cambio ese mismo hecho acapara de tal modo la atención de los lingüistas que estos llegan a creer que su ciencia es histórica o eminentemente *histórica*, cuando no es nada más que *semiológica*; por eso está enteramente incluida en la psicología, con tal de que esta por su parte comprenda que tiene en la lengua un objeto que se extiende a través del tiempo y la obliga absolutamente a salir de sus especulaciones sobre el signo momentáneo y la idea momentánea.

^{334.2.2}1º No hay en lingüística diferentes puntos de vista que puedan aplicarse a voluntad, sino dos puntos de vista obligatorios, que resultan del propio objeto (sincrónico y metacrónico).

2º Para el hecho lingüístico *elemento* y *carácter* son eternamente lo mismo. Es propio de la lengua, como de todo sistema semiológico, no admitir ninguna diferencia entre lo que distingue una cosa y lo que la constituye (porque las «cosas» de las que aquí hablamos son signos que no tienen otra misión ni esencia que la de ser distinguibles).

3º Todo hecho lingüístico consiste en una relación y nada más que en una relación.

4º Todo hecho lingüístico supone dos términos, que pueden ser sucesivos o sincrónicos.

5º No hay ningún tipo de substrato de las entidades lingüísticas; tienen la propiedad de existir por su diferencia sin que el pronombre *ellas* llegue en parte alguna a designar algo que no sea una diferencia.

6º Ninguna ley que se mueva entre términos contemporáneos tiene sentido obligatorio. Un fragmento cualquiera de lengua arrancado y sorprendido en la masa viva de un idioma (por lo que *no* está entonces, a diferencia de todo lo que se manipula en lingüística, determinado de antemano por un punto de vista, seguramente tan sobreentendido y arbitrario como lo serán todos los siguientes), un fragmento de lengua examinado así con la más completa indiferencia inicial: 1º tampoco tiene un número ilimitado de modos de existir según le parezca a cada cual. Sino que tiene exactamente tres modos de existencia:

A) Es algo PANCRÓNICAMENTE,

B) Es algo IDIOSINCRÓNICAMENTE,

C) Es algo DIACRÓNICAMENTE.

Y no es en absoluto nada más, excepto las divisiones que para []

1º No existe nada que sea Z, ni siquiera en ficción. No existe ningún objeto central que permita relacionar z-palabra y z, ni, además, ninguna

idea central, ni siquiera elaborada artificialmente, que permita hacer una sola masa de esas dos cosas en la mente. Es exactamente como si intentáramos decirnos que existe una idea común y central entre el ROJO como hecho dado y el rojo (mismo hecho) que sirve para distinguir los hombres de determinado batallón o de una determinada graduación en un regimiento. Retenemos en la fórmula:

$$z // z \text{ --- } \overbrace{\text{X}}^{\text{Z}}$$

Si un elemento de la palabra se designa mediante z , las cosas de que se ocupa la gramática se representan exclusivamente mediante $z/\text{PALABRA}$. Nunca se representan mediante z .

El que declara que quiere estudiar Z estudiará entonces z en sí mismo (o no estudiará nada). Además, tras haber estudiado z de todas las maneras, aún no habrá comenzado en ningún grado a ocuparse de cosas gramaticales. Se ocupará de cosas gramaticales si estudia $\frac{Z}{\text{PALABRA}}$.

¿Quiere demostrar entonces que z y $\frac{Z}{\text{PALABRA}}$ competen a un mismo estudio ideal que sería Z , aunque fuese a costa de algún artificio del pensamiento que le concedamos? En este punto oponemos del modo más absoluto nuestro rechazo a su tesis, negamos esencialmente que haya un tema general z .

^{3342.3} La primera característica general del lenguaje es que vive gracias a diferencias y *únicamente diferencias*, sin ningún atenuante como el que provendría de introducir un término positivo cualquiera en un momento cualquiera. Sin embargo, la segunda característica es que el juego de esas diferencias es en cada momento extremadamente restringido comparado con lo que podría ser. Treinta o cuarenta elementos (1)

(1) Con esto queremos decir exclusivamente: «la suma de *diferencias* que se puede obtener por medio de treinta o cuarenta elementos». Que esos elementos no puedan valer por sí mismos, ese es el axioma.

Treinta o cuarenta elementos lo cubren todo salvo en caso de excepción importante. Y nada que vaya más allá de esas treinta o cuarenta entidades tiene interés para la lengua. Entonces []

^{3342.4} Hay contrarios a los que va unida una serie de ideas inevitables independiente de su propia oposición, por ejemplo, si hablo del *derecho*

y el *revés* de un traje se crea inmediatamente en torno a la sola idea de *revés* la idea de algo contrario a lo esperado, de modo que *revés* ya no es literalmente el simple co-respectivo de *derecho*. Si hablo en cambio del *anverso* y del *reverso* de una página, entonces se trata de contrarios que se mantienen totalmente co-respectivos uno y otro, ya que de antemano no existe ninguna característica que distinga especialmente el anverso del reverso o viceversa. Si no me equivoco, la terminología numismática busca un []

^{3342.5}Escojo al azar: si en algún lugar un escritor dice *senescencia* en lugar de *vejez*, la palabra ejerce inmediatamente su acción, es decir, cientos de asociaciones, de ideas que quería apartar son apartadas, y cientos de asociaciones que quería evocar y sugerir son evocadas y sugeridas. La palabra (*senescencia* u otra) entra pues en el vocabulario y parece que algo se haya creado, y en efecto, algo se ha creado, porque la creación que va del pensamiento al signo es absolutamente indefinida. Consideremos solamente []. Si la lingüística fuera una ciencia organizada, como podría serlo fácilmente, pero como hasta ahora no lo es, una de sus afirmaciones más inmediatas sería: *la imposibilidad de crear un sinónimo*, como la cosa más absoluta y más notable que se impone entre todas las cuestiones relativas al signo. La dificultad que experimentamos en señalar lo que es general en la lengua, en los *signos del habla* que constituyen el lenguaje, es la impresión de que esos signos competen a una ciencia más vasta que no es la «ciencia del lenguaje». Se ha hablado algo prematuramente de una *ciencia del lenguaje*. Era una época en que nadie todavía, aparte de unos pocos romanistas, podía haber concebido lo que es la LENGUA, ni siquiera UNA lengua en su evolución. El primer intento []

^{3342.6}La palabra *signología*, desde el punto de vista de su formación, no es más chocante que las de *terminología*, *sociología*, *mineralogía*, y otras palabras en las que se ha injertado *-logía* a un término latino. Si este término parece, erróneamente, tener algo de particular es porque desde hace mucho tiempo, en el estado artificial de nuestra lengua, no se sabe si hay que pronunciar *gn* como en *signe* (signo) o como en el latín *signum*: pero de esto el autor es inocente, sólo la lengua es culpable, si es que puede aplicarse el nombre respetado de lengua a convenciones ortográficas desprovistas de toda clase de valor histórico o lógico. Podemos, en todo caso, remitirnos a la autoridad académica del término jurídico *cognat* (pariente por parte materna) pronunciado *cog-nat*, y decir de igual modo *sig-nología*, no tiene la menor importancia. De las dos maneras estaremos haciendo francés, ya que sabemos que ni nuestra *n* lí-

quida ni *-gn-* corresponden a la pronunciación auténticamente latina de *gn*. Oponer a *signología** la composición francesa *-gue*.

El nombre de *signología* exige una explicación. Primeramente había utilizado el nombre de *semiología*. Con este nombre Ad. Naville, en su nueva edición revisada de la *Clasificación de las ciencias*, le ha hecho el honor de recibirla en el círculo []

^{3342.7} Por la sencilla razón de que ningún elemento *existe* (o por mil otras razones, pues no pretendemos hacer un sistema cartesiano de cosas que caen por su peso por todas partes) se comprende que (con más razón todavía) ningún elemento se halla en estado de *transformarse*; lo que puede ocurrirle es que se le sustituya por otra cosa, incluso cuando se trata de «fonética» y por eso toda operación en general y toda la diferencia de las operaciones reside en la naturaleza de las sustituciones que realizamos al hablar. Quien dice sustitución empieza por suponer que el término al que se da un sustituto tiene existencia, etcétera.

20 [Acontecimiento, estado, analogía]

^{3343.1} *Analogía*

1º Pasividad o receptividad [<i>b</i>]. Interpretación del signo, que es una actividad completamente receptiva	2º Coordinación (Digestión)	3º Actividad según la coordinación concebida (creación en el sentido de nueva aplicación)
--	-----------------------------------	--

Es maravilloso ver cómo, cualquiera que sea el modo de perturbación que aporten los elementos diacrónicos, el instinto lingüístico se las arregla para obtener lo mejor para una []. Esto hace pensar en el hormiguero cuando se clava un palo e inmediatamente se reparan las brechas, quiero decir que la tendencia al sistema o al orden no se cansará nunca: por más que se le ampute a una lengua lo mejor que tenía de su organización el día anterior, se verá al día siguiente que los materiales que se han mantenido habrán experimentado una reorganización lógica en algún sentido, y esta reorganización puede funcionar en lugar de lo perdido, aunque algunas veces en un plano general diferente.

* Saussure se refiere a la pronunciación del término *signologie* en francés. [N. de la T.]

Hay dos cosas que hay que captar. (No diré nada más que lo ya dicho; lo volveré a expresar de otro modo:) Los *acontecimientos* de la lengua y los sistemas de lengua. Ningún sistema se alimenta de acontecimientos, ni en el más mínimo grado. Implica la idea de una estabilidad, de una estática. Inversamente, ninguna *masa* de acontecimientos, cualesquiera que estos sean, tomada en su propio orden constituye un sistema; todo lo más se podrá ver una cierta derivación común, pero no concatena entre ellos esos acontecimientos como un valor simple.

^{3342.2}Un acontecimiento de la misma naturaleza ha podido producir en tal caso un cambio relativo, limitado, y en otro caso, un cambio absoluto, ilimitado, puesto que inaugura un estado nuevo de *todos* los términos. Esto depende simplemente de saber si la diferencia de cantidad producida era la *primera*, según lo que hasta entonces existía, o no era la primera. Esto no tiene en absoluto relación con la naturaleza del acontecimiento. Toda la diferencia, si se admite que vale la pena, no reside entonces en el acontecimiento modificador, sino en la clase de estado que modifica. El acontecimiento, por su parte, es siempre particular. Un acontecimiento semejante, idéntico en su esencia, habrá producido, pues, un cambio relativo y limitado mientras se aplique a A, absoluto e ilimitado, cuando se aplica a B (dado que en este último caso, al crear [] inaugura, se quiera o no, un estado nuevo de *todos* los términos). El acontecimiento, siendo parcial, comporta consecuencias parciales en A, pero generales en B, y todo consiste en saber en qué clase de estado inicial se injerta. El mismo acontecimiento particular (o, mejor dicho, parcial) comporta consecuencias que pueden ser generales o parciales, y esto depende únicamente de saber lo que es el punto de partida sobre el que actúa el acontecimiento.

21 [Familias de lenguas]

³³⁴⁴1ª cuestión : Lenguas no reducibles a un tipo común.

En las familias «occidentales» –indoeuropeo, semítico, finougrio– el parentesco o no parentesco de dos idiomas es algo visible a simple vista y basta para reconocerlo con un examen superficial, a menos que la lengua se conozca mal (o esté muy mezclada con elementos extranjeros). Aunque cientos de palabras hubieran sido llevadas por el movimiento fonético de la lengua a una forma irreconocible, la masa general conserva todas las posibilidades de poder ser reconocida al primer vistazo. Y es que, efectivamente, el trabajo de transformación fonética que se opera

continuamente en el seno de cualquier lengua se mantiene a pesar de todo contenido en ciertos límites naturales. Por ejemplo, poniéndonos en el peor caso, una *t* puede llegar a dar una *l* a través de muchas etapas, pero una *p* tiene una posibilidad igual a cero de dar alguna vez *l* en cualquier dialecto, ni siquiera en cuatro o cinco mil años. Gracias a la permanencia de estas condiciones generales, basadas en la propia conformación del órgano humano, un idioma, aun muy alterado, probablemente no llegará jamás a despistarnos completamente sobre su genealogía; a menos que el núcleo primitivo se encuentre sumergido bajo una marea extranjera tan poderosa que no quede apenas razón para que el idioma se denomine *indoeuropeo*, *semítico* o *finougrio*.

Pero las tres familias que he nombrado tienen la ventaja de presentar palabras de una cierta longitud, lo que da a las comparaciones una precisión y una seguridad considerables. Me resulta difícil apreciar si las lenguas monosilábicas proporcionan un punto de apoyo tan firme. Me parece evidente que el cambio de un sonido en una lengua monosilábica debe de tener consecuencias mucho más graves que en nuestros idiomas, en que ese sonido sólo representa un elemento de los seis o siete que forman la palabra: en aquellos parajes representa un elemento de cada dos o tres. Esta sería una razón para desanimarse menos fácilmente ante la aparente irreductibilidad de dos tipos como el anamita y el chino. Creo que las condiciones de la investigación son muy diferentes de lo que son en el caso de los tipos polisílabos.

2ª cuestión: Método de la investigación lingüística. El método de investigación depende naturalmente de la idea que uno haya llegado a hacerse de la vida del lenguaje. Cuanto mejor se conocen los fenómenos universales del lenguaje que deben reproducirse en todas partes, mejor se sabe por qué vía enfrentarse a un idioma dado y reconstruir su pasado remontando el curso de los fenómenos. Estos fenómenos son de dos órdenes: *fonéticos* y *analógicos*, materiales y psicológicos.

1º *Fenómeno fonético*. Dada una lengua cualquiera, si se la observa durante el espacio de uno o dos siglos, se puede prever prácticamente que algo se habrá modificado durante ese espacio de tiempo en el conjunto de los sonidos que la constituían.

En segundo lugar, es todavía más seguro que cada una de las modificaciones que haya experimentado habrá seguido una ley regular: por ejemplo, si una *s* se ha convertido en *z* en tal palabra, se verá que todas las *s* situadas en las mismas condiciones que en esa palabra también se habrán convertido en *z*. El *cambio fonético* se opera con una regularidad matemática y por esta razón recibe con frecuencia el nombre de *ley fonética*.

Por ejemplo en francés, como *c* (es decir, *k*) seguido de *a* se convirtió en *š* (escrito *ch*) en *chat* (gato) = lat. *cattus*, se puede calcular de antemano que ocurrirá lo mismo con todos los ejemplos semejantes y tenemos efectivamente *chaud* (caliente) = *cal(i)dus*, *chaîne* (cadena) = *catena*, *chant* (canto) = *cantus*, *char* (carro) = *carrus*, *chair* (carne) = *caro*, *cher* (querido) = *carus*, *vache* (vaca) = *vacca*, *mouche* (mosca) = *musca*, etcétera.

22 [Prefijos o preposiciones]

³³⁴⁵La cuestión de los prefijos y preposiciones germánicas es una cuestión que nunca ha sido tratada convenientemente (que podría ser objeto de un trabajo inmenso que exigiría, sin embargo, toda clase de conocimientos).

En efecto, este tema va relacionado con cinco o seis temas diferentes, algunos de los cuales permanecen igualmente inexplorados hasta ahora.

I. Esta cuestión plantea la de los prefijos y preposiciones indoeuropeos. Por mi parte, incluyo en el tema partículas como *ἀπό*, *ἐπί*, que hacen de *prefijos* y de *preposiciones* en la actualidad.

1º (*negativamente*), no hicieron en indoeuropeo NI DE PREFIJOS ni de PREPOSICIONES.

2º *positivamente* constituyeron la onceava parte de la oración, ignorada por nuestras clasificaciones, que llega a veces a reproducirse en las lenguas modernas y que pasa absolutamente desapercibida por los gramáticos y los lógicos.

Parte negativa: el indoeuropeo sólo dijo muy excepcionalmente o más bien accidentalmente **apo-eimi* «me voy» pero en ningún caso dijo *apo ekwôd* «lejos del caballo». Ni en sánscrito védico y ni siquiera en sánscrito clásico una partícula como *apa* es jamás preposición: no se puede decir *apa açvād*, *αφ'ἵππων*, se puede decir en todo caso *açvād apa*, y entonces la partícula *apa* depende directamente del verbo, lo que corresponde al caso importantísimo que contemplaremos luego.

En todas las lenguas hijas se continúa observando: 1º en cuanto a *apo-eimi*, que se trata de una composición absolutamente reciente, lo que queda probado por mil clases de hechos, por ejemplo *κατ-ἀγορεύω* frente a *κἀν-ῥήγρις*.

2º en cuanto a *apo ekwôd*, que es igualmente histerógeno y que *ekwôd* solo estaba encargado originariamente de representar esta idea.

Parte positiva: basta con observar y establecer la función de partículas como *apa*, *ava*, *upa*, *ni* en sánscrito védico para establecer su función indoeuropea, que no es ni la de una preposición ni la de un prefijo verbal.

Afirmo 3° que esta función tampoco es entonces, como podría creerse, la de un adverbio puro y simple, sino que constituye, lo repito, una verdadera onceava parte de la oración.

23 [Alternancias]

³³⁴⁶ unidad y diversidad de sonido	—misma letra y letra modificada
unidad y diversidad en el tiempo	—misma sección horizontal o dos secciones
diversidad de condiciones (= pluralidad de las formas en que se encuentra el sonido)	—sobreentendida con la repetición de la letra

La oposición fonética, que es una coexistencia de estas div[ersidades], se imagina como un movimiento entre dos formas (términos de *permutación*, *intercambio*, etcétera); este movimiento pretendido a su vez se confunde con un cambio fonético o ley fonética.

Esta confusión de orden lógico lleva forzosamente con ella un anacronismo (se sustituyen dos épocas que sería preciso distinguir por una sola época). Confusión de orden histórico. —*a* se convierte en *i* cuando pasa a una sílaba no inicial. —*taceo* —*conticeo*. —Es falso. No hay tal paso ni tal cambio. —*adamāre* —Concepción oscura, oblicua, indefinible, pero demasiado []

<i>ve</i>	<i>tu</i>	<i>s</i>	→	<i>ve</i>	<i>teris</i>	<i>taceo</i>	→	<i>conticeo</i>	1° <i>taceo</i>	→	<i>conticeo</i>
	<i>2d</i>	<i>en</i>	↗			↑	↗	↑	2° <i>taceo</i>	—	<i>conticeo</i>
<i>ve</i>	<i>tu</i>	<i>s</i>		<i>ve</i>	<i>tesis</i>	<i>taceo</i>		<i>contaceo</i>	<i>taceo</i>	↗	
									3° <i>taceo</i>	—	<i>conticeo</i>
									<i>taceo</i>	—	<i>contaceo</i>

Locuciones que vienen de la forma típica o []: nominativo, infinitivo, y consecuencia de que las leyes fonéticas sólo se apliquen a estas formas típicas. —*El colmo*: se vuelve a convertir en *a*. —*wermen*, *warmta*.

—*Umlaut* (metafonía o modificación de la vocal radical) en el doble sentido de divergencia que depende del *umlaut* y de ley fonética del *umlaut*.

Caso en que los dos sonidos han experimentado un cambio. —*eî* viejo-alto-alemán se convierte en *ê* cuando se halla delante de *ω*, *r* o *h*: *meist-mero*, *eigum-êht*. Naturalmente hay que remontarse al pasado y a la ley fonética.

1º ley fonética I *maist, mair*

II *maist maero*

2º ley fonética III *meist maero*

3º ley fonética IV *meist mêro*

Hay por lo tanto independencia de la anacronía, no es *ei* el que ha cambiado sino *ai*, y *ai* no ha cambiado a *ê* sino a *ae*. Entonces no es sólo el desarrollo del fenómeno el que ha sido oscuro, sino también la naturaleza del fenómeno []

En lugar del prototipo anterior a la ley fonética se cita la palabra contemporánea, que no lleva rastro de la ley porque el prototipo que le corresponde no realiza []

24 [Informe sobre la creación de una cátedra de estilística]

³³⁴⁷ Cátedra de estilística

El nombre de *estilística* es un nombre impuesto a falta de otro. Estilo y estilística constituyen un desafortunado equívoco. Veamos las correcciones que hay que hacer para comprender exactamente lo que significa:

1º La palabra *estilo* evoca la idea de una persona, de un individuo, de procedimiento individual. (El *estilo* es el hombre, etcétera.) Precisamente al contrario, la *estilística* concebida del modo como la han ilustrado los trabajos de Bally se propone estudiar los medios de expresión de la lengua porque constituyen la ratificación de un uso común, porque entran en la categoría del hecho social y por consiguiente están establecidos fuera del individuo. La presencia en la lengua de «Tú no me las das con queso» o «¡Por todos los diablos!» entra en la *estilística*, porque decir eso no es individual y porque, por otra parte, hay que añadir que estas expresiones, aunque sean de lo más corrientes, son siempre indicio de un modo de sentir que hay que estudiar tras ellas. El *estilo* depende del individuo, y la *estilística* se sitúa inicialmente por encima del individuo en la esfera lingüística y social.

2º La palabra *estilo* evoca la idea de lo que es literario o, al menos, de lo que se *escribe*.

La *estilística*, sin desinteresarse de lo que se escribe, ve ante todo su objeto en la observación de lo que se habla, en las formas vivas del lenguaje, recogidas o no en un texto. El *estilo* depende de las letras, pero la *estilística* se sitúa preferentemente fuera de las letras, en la esfera del habla pura.

3° La estilística no tiene como *objetivo* el estilo, *aunque este le pueda ser útil*. No es una ciencia normativa que dicta reglas. Pretende, y tiene derecho a ello, ser una ciencia de observación pura, que consigna los hechos y los clasifica.

Por último, lo añadiremos inmediatamente, se entregará a esta tarea indiferentemente sobre cualquier idioma. No serán especialmente las fórmulas y las locuciones francesas las que le proporcionarán su alimento, en la concepción []. Señores, llegaré incluso a decir que lo que se podría temer realmente de la cátedra de *estilística* como un peligro, no son en modo alguno las prevenciones que se derivan del equívoco con la ciencia del estilo, sino, muy al contrario, la siguiente objeción: pero entonces, lo que se nos ofrece bajo el nombre de estilística es simplemente lingüística. Sí señores, simplemente lingüística. Lo que ocurre es que la lingüística, me atrevo a decirlo, es muy amplia. Particularmente, comporta dos partes: una que se halla más cerca de la *lengua*, acervo pasivo, y otra que se halla más cerca del *habla*, fuerza activa y auténtico origen de los fenómenos que se perciben a continuación en la otra mitad del lenguaje. No es demasiado que ambas [].

En resumen: 1° no a lo que es individual sino lo que está ratificado por el uso social, lo que reúne las condiciones que hacen que una cosa sea lingüística:

2° no necesariamente lo que se escribe sino preferentemente lo que se habla;

3° no con una finalidad normativa y para dar reglas de buena expresión, sino

4° por último, con el objetivo de generalizar las observaciones, llegar a una teoría aplicable a las lenguas.

Lejos de que [], objeción real que podría presentarse, es que se diga: entonces es simplemente lingüística. Efectivamente; pero el ámbito de la lingüística es vasto; tiene bastante trabajo, me atrevo a decirlo, en sus secciones más elementales o en las que están dirigidas en otro sentido, como por ejemplo la historia evolutiva de las formas. Por consiguiente, hay que dar la bienvenida [] la explicación de las fórmulas de la lengua por estar motivadas por tal o cual estado psicológico.

III. Nota sobre el discurso

(Fondo BPU 1996)

La lengua sólo se ha creado para el discurso, pero ¿qué separa el discurso de la lengua, o qué es lo que en un determinado momento permite decir que la lengua *entra en acción como discurso*?

Conceptos variados se hallan ahí, preparados en la lengua (es decir, revestidos de una forma lingüística), como *buey, lago, cielo, fuerte, rojo, triste, cinco, hendir, ver*. ¿En qué momento o en virtud de qué operación, de qué *juego* establecido entre ellos, de qué condiciones, esos conceptos formarán el DISCURSO?

La serie de palabras, por rica que sea, por más ideas que evoque, jamás indicará a un individuo humano que otro individuo, al pronunciarlas, quiera significarle algo. ¿Qué es preciso para que pensemos que se quiere significar algo usando términos que están a nuestra disposición en la lengua? Es la misma pregunta que la de querer saber lo que es el *discurso*, y a primera vista la respuesta es sencilla: el discurso consiste, aunque sea rudimentariamente y por vías que ignoramos, en afirmar un lazo entre dos de los conceptos que se presentan revestidos de forma lingüística, mientras que la lengua, previamente, sólo realiza conceptos aislados, que quedan en espera de ser relacionados entre ellos para que haya significación de pensamiento.

IV. *Unde exoriar*

(Fondo BPU 1996)

Unde exoriar? - Es la pregunta poco pretenciosa y al mismo tiempo terriblemente positiva y modesta que podemos plantearnos antes de intentar explorar por alguna parte la sustancia resbaladiza de la lengua. Si lo que quiero decir de ella es verdadero, no hay una sola parte que constituya el punto de partida evidente.

Ítem. En todo ámbito, antes de que se hable de un *fenómeno*, hay que saber en qué objetos o entre qué objetos se produce el fenómeno. Como la lengua es teatro de deslumbrantes fenómenos, estos han parecido suficientes para el estudio, y apenas se ha planteado la pregunta en torno a qué términos o de qué naturaleza son los términos que dan lugar al fenómeno. El ardor con el que algunos se aferran al movimiento *a – b* sólo tiene parangón con la falta de reflexión sobre lo que son, previamente, *a* o *b* e incluso sobre la posibilidad inmediata de definir *a* o *b* [] y este fenómeno parece claro. Pero, previamente, ¿dónde existe [], qué clase de cuerpo, qué clase de entidad representa en el conjunto de las cosas de este mundo? Nos equivocáramos, según confiesan todos, si supusiéramos que es una serie de letras. Entonces, ¿es una serie de sonidos? Tampoco, pues []. ¿Entonces es []?

Además es erróneo decir: esta palabra. Hay que decir: hábito de los sujetos hablantes de hacer corresponder esta serie de sonidos a una idea determinada. Empezamos a entrar en la realidad, pero solamente la terminación a la derecha y a la izquierda [] Pues bien, ¿no es admirable que la unidad *cantare* parezca ser algo tan definido como la columna de

Trajanos, algo que no exige ninguna explicación (previa) sobre su clase de realidad, sobre su valor de unidad. ¡La unidad! Ni siquiera hay que pensar en ella, puesto que jamás habrá una palabra que realice su unidad o su «existencia» de otro modo que no sea la combinación de hechos bucales con una operación mental, de orden totalmente diferente. Es ahora cuando empezamos a entrever que a y b son más difíciles de captar que el fenómeno $a - b$.

Se podría creer que, ya que [] se podría realizar una vez por todas la operación algebraica de considerar las palabras como unidades que existen en una esfera algebraica (habiendo quedado claro que se ha reconocido que cada palabra [] pero, como esta situación es igual para todas, se puede hacer abstracción de esta operación fonatorio-mental y []).

IV

NOTAS PREPARATORIAS PARA EL CURSO DE LINGÜÍSTICA GENERAL

I. Nuevos documentos

(Fondo BPU 1996)

1 [Naturaleza incorpórea de las unidades de la lengua]

Naturaleza *incorpórea*, como ocurre con todo valor, de lo que hace las unidades de la lengua. No es la materia fónica, sustancia vocal lo que []. No podemos explorar la lengua ni un instante sin ocuparnos del sonido y de los sonidos, el cambio de los sonidos es un factor importantísimo, pero esto no impide que en cierto sentido el sonido sea ajeno a la naturaleza etcétera. Por ejemplo, lo mismo ocurre con el material que forma una moneda, no es algo de lo que no haya que ocuparse, pero sería un craso error creer que es eso lo que constituye dicha moneda; el valor lingüístico es como el valor de una moneda de cinco francos. Este valor viene determinado por multitud de cosas distintas del metal que la compone; en el momento actual, esta moneda vale un cuarto de una moneda de veinte francos, pero según su metal no valdría más que una octava parte, si esa moneda además, con la misma cantidad exactamente, lleva tal efigie o tal otra; a la derecha o a la izquierda de un frontispicio.

Ese valor es algo *incorpóreo*; entonces, si se quiere decir la verdad, es preciso representarse las palabras del mismo modo, como unidades incorpóreas; no se toma []

2 [Indiferencia del instrumento]

La indiferencia del instrumento en relación con el fenómeno, como hecha en sí, como caracterizadora del propio fenómeno.

Frente a cualquier otro fenómeno el instrumento o la materia.

3 [Lengua]

1. La lengua no forma parte de lo que nos llama la atención en el individuo, de lo que nos llama la atención antropológicamente.

2. La lengua no está en lo que nos llama la atención como indispensable para producirla, juego de los órganos vocales o convención de tipo voluntario.

4 [Semiología]

A) Todo lo que aleja la lengua de los demás sistemas semiológicos debe ser visto como lo menos esencial, para [definir sus?]; por ejemplo, cuando se empieza fijándose en el juego del aparato vocal, porque hemos dicho que [], esto no debe de ser tan esencial como parece, pues no es semiológico, ya que existen sistemas que no utilizan el aparato vocal.

Al mismo tiempo en los hechos comunes a la lengua y a los demás sistemas semiológicos, discernimos que lo que puede llamarse contrato primitivo, la convención de partida, es menos esencial: para estudiarlos *a priori*, tal convención, que se asemeja a lo que acuerdan dos individuos, es una manera sencilla, pero entrevemos que []

5 [Sistema de signos - Colectividad]

Cuando un sistema de signos se convierte en el bien de una colectividad, y esto, además, cualquiera que este sea en sí o por su procedencia, entonces ocurren dos cosas:

1. Es inútil tratar de apreciarlo fuera de las consecuencias que tenga por su carácter colectivo.

2. Es suficiente, e incluso necesario, no tomar más que ese producto social, []

La primera es que deja de poder ser apreciado por sus características internas o naturales: porque, efectivamente, a partir del momento en que el sistema de signos pertenece a la colectividad ya nada garantiza que sea una razón interior, una razón hecha a la imagen de nuestra razón individual, la que va a continuar rigiendo la relación del signo con la idea. Ya no sabemos qué fuerza ni qué ley (fuerzas y ley o por qué leyes, en plural) van a mezclarse con este sistema de signos, no podemos saberlo, adivinarlo, antes, justamente, de haberlas estudiado y observado mediante un estudio profundamente diferente del que consiste en imaginar las condiciones *normales o puramente racionales* del signo en relación con la idea (según una medida racional, []).

La lengua, o cualquier sistema semiológico, no es un navío en los astilleros sino un navío en alta mar. Desde el instante en que toca la mar, sería vano pensar que pueda predecirse de su ruta, con el pretexto de que se conoce exactamente el maderaje de que está compuesto, su construcción interna de acuerdo con un plano.

Pero 2º, pues acabo de decir que de la entrada de un sistema de signos en la colectividad se derivaban dos cosas. ¿Cuál es el auténtico, el navío bajo techo en manos de los constructores navales o el navío en alta mar? Está clarísimo que sólo el navío en la mar es instructivo sobre lo que es un navío, y, añadámoslo, incluso lo único que es un navío, un objeto limpiamente ofrecido al estudio como navío. Y esta es la segunda parte.

Solamente el sistema de signos convertido en cosa de la colectividad merece el nombre de, es un sistema de signos: porque desde ese momento el conjunto de sus condiciones de vida es tan distinto de todo lo que puede constituirlo fuera de esto que el resto aparece desprovisto de importancia. Y se puede añadir inmediatamente: que si ese medio de la colectividad lo cambia todo en el sistema de signos, ese medio es también, desde el origen, el auténtico lugar de desarrollo hacia el que tiende desde su nacimiento un sistema de signos: un sistema de signos hecho específicamente para la colectividad como el navío para la mar. Está hecho solamente para entenderse entre varios o muchos y no para entenderse uno solo. Por eso en ningún momento, contrariamente a las apariencias, sea cual sea el fenómeno sociológico, no deja fuera de sí el elemento de la colectividad social: la colectividad social y sus leyes es uno de sus elementos *internos* y no *externos*, tal es nuestro punto de vista.

Llegados a este punto, vemos definirse, precisarse mejor, el horizonte de la semiología, porque negamos que todo lo que se asemeja al signo tenga una naturaleza basada en las condiciones individuales, o más exactamente, sólo reconocemos como semiológica la parte de los fenómenos que aparece como producto social de modo característico.

6 [Valor - Colectividad]

2) Pero, a la inversa, si puede parecer paradójico que el sonido sea algo [], no se puede decir lo mismo de la idea que se asocia a una palabra, que se asocia a las diferentes unidades. Esta tampoco representará nunca más que uno de los elementos del valor, y sería un espejismo creer que en nombre de ese elemento podamos enfrentarnos mediante la pura psicología a las diferentes unidades de la lengua. Además, y entre paréntesis, no pretendo decir que la palabra quede por lo menos establecida por

$$\frac{\text{idea}}{\text{sonido}}$$

al decir que la idea sólo es uno de los elementos, no quiero decir que sean dos en total, por ejemplo:

$$\left\{ \frac{\text{idea a}}{\text{sonido a}} \quad \times \quad \frac{\text{idea b}}{\text{sonido b}} \right\} \quad \frac{A}{B}, \text{ etcétera.}$$

Sea cual sea su naturaleza más particular, la lengua, como las otras clases de signos, es ante todo un *sistema de valores*, y esto pone el fenómeno en su lugar. En efecto, toda clase de valor, aunque recurra a elementos muy diversos, solamente tiene su base en el medio y la potencia sociales. Es la colectividad la que es creadora del valor, lo cual significa que este no existe *antes y fuera* de aquella, ni en sus elementos descompuestos ni en los individuos.

1° no en los individuos aislados: ningún valor puede quedar establecido aisladamente, y además, las variaciones tampoco serán individuales.

No hay hecho lingüístico más que mediante [:]

2° pero lo que no es menos importante, no es lo que entra en un signo lingüístico lo que contiene los elementos auténticos, eso sólo son cosas utilizadas para el valor.

7 [Discontinuidad geográfica]

Para empezar, podemos contemplar como caso que presenta condiciones muy sencillas el de una lengua que haya sido transportada a distancia y se haya desarrollado separadamente en dos hogares, anglosajón, Canadá; caso de la *discontinuidad geográfica* (puede ser ilustrado de otro modo, no es un caso teórico: rumano). Veremos más tarde que en realidad la *discontinuidad* no crea condiciones tan esencialmente diferentes como parece y que es bastante difícil evaluar su influencia exacta; pero en el primer momento, un grupo cortado en dos materialmente, visiblemente.

Al cabo de cierto tiempo de esta separación geográfica, se observarán diferencias entre el idioma, que era primitivamente uno, hablado a ambos lados del océano. Diferencias de todo orden, clasificadas como vocabulario, gramática, fonética, pronunciación. Señalemos claramente desde el principio que no hay que imaginar que es el idioma llevado lejos el que se modificará, mientras que el otro permanece inmóvil. Tampoco ocurre lo contrario. Sino que en cada detalle ocurrirá a veces una cosa, a veces la otra.

$$\frac{AA}{BA} \quad \frac{AA}{AB}$$

$$\text{o bien } \frac{AA}{BC}$$

Sería vano creer que se tiene que estudiar la particularización del idioma aislado en la isla: se tienen que estudiar los dos, uno frente a otro. Ejemplo: $\beta w - \ddot{a}$

Tal será el cuadro []

Pero aquí es donde quería llegar con este primer ejemplo: ¿qué es lo que ha creado esas diferencias que están produciendo dos lenguas distintas? ¿Es la distancia en el espacio, la diferencia de lugar: nos vemos llevados casi invenciblemente []

Pero basta con reflexionar para comprender que esas diferencias son provocadas por el tiempo. Es evidente que al día siguiente del desembarco los sajones y anglos hablaban exactamente la misma []. Cambio implica tiempo transcurrido.

Es una figura de lenguaje, por así decir, que nos veamos llevados a considerar que es la separación geográfica la que []; como el tiempo es algo obvio y transcurre en ambas partes, lo suponemos []

Hay más: únicamente por el tiempo; la diferencia geográfica ha de traducirse en diferencias temporales.

mejor (*medzo*) *geogr.*

medio *medio*
mejor *medzo*

Nunca se pasó de *mejor* a *medzo*, sino que lo real [es] que se pasó de *medio* a *mejor*.

Y esto ocurre en el tiempo.

sección – corte horizontal

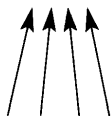
No hay que buscar el movimiento donde no está (movimiento río arriba).

Nota sobre el «medio», influencia del clima, imponderables, determinación del sentido de los movimientos

Por lo tanto, tener que explicar las diferencias geográficas es idéntico a estudiar las diferencias que causaría el tiempo en la lengua, dado que en cada lugar sólo hay una modificación en el tiempo

a	a	no b-c
b	c	

Diferencia geográfica suscita la idea de *unidad*. ¿Dónde se encuentra esa unidad? Se encuentra en el pasado, por lo tanto en el tiempo.



en un ámbito que no preveíamos inmediatamente.

Las diferencias geográficas dan diferencias evolutivas. Toda la evolución, que es una de las grandes partes de la lingüística, es evocada. No puede hacerse sin preparación

Fonéticamente

{ geografía sólo es aplicación
particular: evolución
en lugares diferentes }

Morfológicamente

La evolución en la continuidad geográfica.

Caso que hay que considerar como normal y central

Consideremos no ya una isla,

sino una superficie continua en que, en un momento dado, reina la misma lengua.

1º Seguro que al cabo de cien años []

Principio del movimiento inevitable. (Lengua literaria)

Habíamos planteado dos clases de diversidad posibles entre dos idiomas: diversidad en el parentesco, que supone grados; y diversidad sin parentesco, que es una diversidad absoluta, radical, infranqueable. No había citado ejemplos ni de una ni de otra; o no los había citado expresamente, pues los ejemplos se hallan en cantidad ilimitada en ambos casos y cada tipo de diversidad tiene por ejemplo la noción de que no hay ninguna clase de parentesco entre el chino y cualquiera de nuestras lenguas indoeuropeas, o entre el turco y nuestras lenguas indoeuropeas; en cambio la diversidad entre el francés y el español se mueve en el parentesco; e incluso la diversidad entre el conjunto de las lenguas románicas y el alemán se mueve en el parentesco.

III. La diversidad geográfica contemplada desde el punto de vista de sus causas

Hemos constatado que era el hecho mismo el que llamaba la atención en un primer tiempo. Ahora lo tomamos como un fenómeno que hay que explicar, que hay que reducir a causas.

Primera observación: El problema no se plantea en el caso de la diversidad absoluta, o por lo menos, si se plantea, a nadie se le ocurre que haya que comenzar por ahí. Además, todo el mundo puede darse cuenta de que ni siquiera hay analogía entre los dos problemas, si estamos de acuerdo en que hay dos.

En un caso, la diversidad en el parentesco, estamos situados puramente en el terreno de la observación, y todo nos promete que sin abandonar ese terreno tendremos con qué darle soluciones seguras. Las diferencias entre el francés y el provenzal no han existido siempre y por lo tanto ha de ser posible comprender cómo se han creado o desarrollado.

En cuanto al otro problema, reconozco que también puede ser legítimo plantearlo; pero sólo puede ser un planteamiento de orden especulativo.

8 [Intercomunicación (*Intercourse*)]

En todas esas ocasiones la lengua se mezcla, se iguala.

Una innovación aparecida en un lugar puede, por la *intercomunicación*, llegar a borrarse, a quedar ahogada en [la] lengua, lo que reestablece la unidad. O al contrario, esa innovación se vuelve contagiosa por la intercomunicación, que ejerce una fuerza *propagadora*, y esto también establece una unidad.

Fijémonos bien en que la propagación puede producirse a gran distancia; –las intercomunicaciones locales forman una cadena más amplia; y de este modo, dos lugares del territorio que no tienen ninguna comunicación entre ellos acaban a pesar de todo por []

II. Antiguos documentos

(Edición Engler 1968-1974)

1 [Notas para el curso 1 (1907)]

³³²⁹En la vida del lenguaje:

I Las evoluciones

1° El cambio fonético

2°.....

Quienes hayan seguido []. Este es el punto en que nos encontramos exactamente.

Aunque no hayamos terminado el capítulo de los cambios fonéticos, del que puede decirse que no tiene fin y no se termina jamás, al menos lo hemos *cerrado* en lo que respecta a lo que de él queríamos decir de manera expresa en este principio de curso.

Así pues, ¿cuáles serán las demás formas de la evolución lingüística procedentes de factores que ya no sean fonéticos? Esto es lo que es preciso examinar ahora y el primer tema que nos espera.

Pero antes de entrar en esta nueva cuestión que proponemos a su atención, me parece útil resumir de qué se compone para nosotros en adelante «la fonética». Esto puede ser útil (incluso diría saludable), no sólo para recapitular principios expuestos hasta ahora, sino también para pasar a las cosas no fonéticas que van a presentarse ante nosotros. No basta con ocuparse de los sonidos, sino de los sonidos en su normal sucesión.

Dedicaré toda esta primera sesión a examinar con ustedes lo que compone el ámbito especial de la lingüística llamado La Fonética, o lo

que puede componerlo en principio, tras las cosas que hemos expuesto como verdades generales en diferentes ocasiones durante el primer semestre.

Primeramente procederé mediante preguntas y ejemplos de modo totalmente analítico.

1º ¿Se hace fonética cuando se pregunta, por ejemplo, si el sonido del inglés *sh* en *shirt*, *show* es el mismo que el del francés *ch* en *cher* o *chose*?

Respuesta: se hace fisiología pura (es decir, no sólo no se hace fonética sino que ni siquiera se hace lingüística en grado alguno). Pues la pregunta busca saber si la clase fisiológica $\check{s}^1$ que se descubre en el inglés *shirt* coincide o no fisiológicamente con $\check{s}^2$ en *šer*.

¿Pero cuál es la característica más especial que me demuestra inmediatamente y de forma negativa que no estoy haciendo fonética? Es que no sitúo uno frente a otro dos términos sucesivos en que uno sucede a otro.

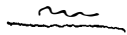
2º Otra pregunta mediante []. Si discuto qué valor tiene en francés la *e* muda en final de palabra: *apporte*, *mère*, *ordre*, []. Pregunta gramatical o gráfico-gramatical. Si yo []

2a [Notas para el curso II (1908-1909): Dualidades]

3331 = 133-141 I El lenguaje es reducible a cinco o seis DUALIDADES o *pares de cosas*.

II Es una considerable ventaja poder reducirlo a un número determinado de pares. Tal como se nos ofrece, el lenguaje prometía tan sólo la idea de una *multiplicidad*, compuesta ella misma de hechos heterogéneos que formaban un conjunto inclasificable. III La ley de la Dualidad se mantiene infranqueable.

El primer par o *dualidad*: las dos caras psicológicas del signo.

Asociación 

El segundo par o dualidad: individuo / masa.

La *lengua*, cosa en sí sin relación con la masa humana que existe, está indisolublemente ligada con la masa humana.

Otras formas: La lengua es social o no existe.

Para imponerse en la mente del individuo, la lengua debe recibir primero la ratificación de la colectividad.

³³³¹ = 241-246 El tercer par de cosas está constituido por la lengua y el habla (el signo, previamente doble por la asociación interna que contiene y por su existencia en dos sistemas, experimenta una doble manipulación).

La lengua está confirmada socialmente y no depende del individuo.

Es del Individuo o del habla: a) Todo lo que es Fonación

b) todo lo que es combinación – todo lo que es Voluntad.

Dualidad

Habla		Lengua
Voluntad individual		pasividad social

Aquí, por vez primera, la cuestión de las dos lingüísticas.

2b [Notas para el curso II (1908-1909): Whitney]

³³³² Whitney, *Oriental & Linguistic studies*, 1er. vol., New York, 1873, pág. 200: «Cuando se pretende que la ciencia del lenguaje tiene su principal base en la filología comparada indoeuropea, no debe entenderse por ello que se quiera limitar la atención de la ciencia a los idiomas de esta familia. El objeto de la lingüística es comprender el lenguaje en el más amplio sentido, y en el menos restringido, comprender el cuerpo entero del lenguaje humano en todas sus manifestaciones y en todas las relaciones que ofrece, en todas sus variedades, con su historia y las causas de sus diversidades. El estudio sería incompleto, sus perspectivas serían sólo parciales y sus resultados limitados, si no tuviera en cuenta tanto las familias de lenguas más elementales e insignificantes como las que ocupan un lugar más elevado. En la hipótesis más favorable, no tendremos realmente nunca a nuestra disposición más que una pequeña parte de los materiales que deseáramos tener, y de esta parte accesible no podemos permitirnos descartar nada. Para que el lingüista de otro lugar tenga medios para captar el desarrollo histórico de las diversas formas del lenguaje humano y para describir las condiciones internas y externas que las han hecho lo que son, sería preciso poseer (tiene necesidad de poseer) documentos auténticos sobre todas las porciones y todos los períodos de cada forma, mientras que lo que ocurre en realidad es que sólo las fases recientes de una pequeña cantidad de éstas, se podría decir incluso que sólo las últimas fases de la mayoría, están situadas ante sus ojos. Por lo tanto sus conclusiones se han de obtener por inducción, por medio del estudio y la compa-

ración cuidadosa que ha de hacer de fragmentos más o menos alejados. Era una necesidad evidente establecer, de un modo u otro, el método de acuerdo con el cual esos materiales fragmentarios debían ser estudiados, decidir las reglas y los principios del razonamiento lingüístico y de la interpretación de las pruebas en este ámbito, trazar las líneas generales del desarrollo lingüístico, ya sean confirmadas o modificadas por la investigación ulterior.

Ahora bien, ¿cómo se podría cumplir este programa más que mediante el estudio especial de la familia indoeuropea? Sólo en ella se hallaba un conjunto casi ilimitado de hechos comprobados, unidos entre ellos por hilos que pueden seguirse y permiten percibir su conexión; solamente en esa familia se ofrecía una profusión de formas que se distinguía tanto por su variedad como por un alto grado de desarrollo en su estructura, y esto con la posibilidad de seguir el curso de ese desarrollo hasta un estado primitivo de sencillez. En otras partes existen monumentos del hablar humano tan antiguos como los monumentos más viejos del indoeuropeo, o incluso más antiguos; pero generalmente están rodeados de condiciones que hacen de ellos documentos incomparablemente menos preciosos para el lingüista. Las palabras escritas del egipcio han llegado hasta nosotros desde el fondo de una época más alejada que ninguna otra; pero el egipcio es una lengua que se halla casi aislada de toda familia y tiene una estructura tan extremadamente sencilla que a penas puede hablarse de su historia.

En relación con este último aspecto, todavía la supera el chino, que pertenece a una clase tan excepcional que sólo puede aclarar algo sobre la parte más débil del desarrollo general del lenguaje. En cuestión de antigüedad, el semítico es el único rival que subsiste frente al indoeuropeo, pero el semítico también es enormemente inferior al indoeuropeo por la riqueza y variedad de ilustración lingüística que proporciona [...] (Suprimo los desarrollos). Sólo en el medio de los idiomas de raíz indoeuropea se ofrecía un campo extenso de historia lingüística con continuidad y nitidez. En él era posible seguir todos los procesos o estadios del crecimiento en su trabajo múltiple, desde los rudimentos hasta el tipo más elevado de perfección en el lenguaje jamás conocido.

Ahí se podía crear un núcleo en torno al cual más tarde tomaría forma y se moldearía una ciencia entera. Ahí se podía intentar generalizar, elaborar métodos de investigación que encontrarían aplicación cuando se estudiaran familias de lenguas que presentan una materia más pobre y por ello incluso más difícil [...]

Que no se diga entonces que se exaltan indebidamente los méritos del indoeuropeo o que se hace prueba de parcialidad reprensible hacia los

idiomas cuya raíz está emparentada con el nuestro cuando se afirma con verdad que la ciencia entera del lenguaje descansa esencialmente en su estudio.

Si estas lenguas han desbrozado en proporciones extraordinarias los trabajos de los lingüistas, esto es debido o a las causas que se acaban de exponer o a la importancia histórica de las razas que las hablan o, por último, a la superioridad misma de esas lenguas, así como de las literaturas en que se reflejan. Como en cualquier otro campo científico, en lingüística no se puede prohibir al que se entrega a una ciencia que levante su tienda especialmente en las regiones de su ámbito que son más instructivas y están marcadas por la mayor suma de correspondencias interesantes entre los hechos.»

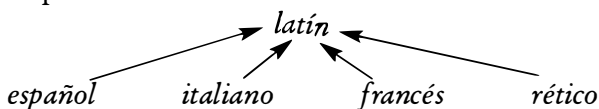
Esta página está escrita (por una parte) como respuesta a ciertos ataques, en particular del asiriólogo Oppert, contra la función que tendía a arrogarse la lingüística indoeuropea, considerada exorbitante; es algo polémica, pero se ve un poco en todas las obras de Whitney que este sabio vuelve constantemente a esta idea de la necesaria preponderancia de la lingüística indoeuropea, y si he escogido este fragmento de sus obras es porque da de modo más completo que en otras partes las razones que justifican su punto de vista. Por otra parte, estas palabras tienen 35 años y se puede conceder que la lingüística de las otras familias de lenguas ha hecho algunos progresos desde esa época: progresos que, por lo demás, no hay que exagerar. Si se quisieran señalar, habría que constatar esos progresos principalmente en una familia de lenguas de la que Whitney no habla, a saber, la familia llamada uralo-altáica, que comprende el finougrio, el turco, el tártaro, gran parte de las lenguas de Siberia, etcétera. En ese campo hay cierta actividad, nombres de Radloff y V. Thomsen. Pero lo que nos dice Whitney sigue siendo verdad, por así decir, en todo tiempo por la siguiente razón: sería totalmente inútil para quienes quisieran basar la lingüística en otros grupos de lenguas emprender esa tarea sin haber tenido previamente íntimo conocimiento de la lingüística indoeuropea. El especialista del semítico que, con el pretexto de conocer profundamente el árabe, el hebreo, el fenicio, el asirio, el etíope y todo lo que compone la familia semítica, imaginara que es capaz de realizar la historia lingüística de esta familia sin lanzar una mirada a los principios establecidos por la lingüística indoeuropea, fracasaría lamentablemente, a menos que por azar fuera una mente lo bastante genial como para rehacer sola lo que han enseñado a esta última, no sin esfuerzo, noventa años de estudio y observación colectivos. Pero, como dice

también Whitney, la lingüística indoeuropea puede permitirse hablar a las demás, no sólo porque la casualidad la ha hecho la hermana mayor, sino porque sus marcos superan los marcos menos complicados de las otras familias. No habría que caer en el espejismo algo infantil de creer que el francés, el latín o el alemán, porque esas lenguas nos son familiares, son tipos más sencillos que el hebreo o el chino, de los que se pronuncia el nombre cuando se quiere dar la idea del no va más de la dificultad lingüística. En la escala de la complejidad, es precisamente lo contrario lo que ocurre, y esto se hace extensivo a la forma que obtenemos por reconstrucción del primer indoeuropeo, que se afirma desde su origen como mucho más complejo que el protosemítico, el prototurano o el protomalasio.

Como desde sus principios tenía entre manos tipos más complejos, y también más variados (ambas cosas son coherentes) que los que iban a producir multitud de otras lenguas, la lingüística indoeuropea mantiene también desde este punto de vista un lugar director indiscutible, como lo será el de todo estudio hecho sobre un organismo superior comparado al hecho sobre un organismo inferior. No entro en mayor detalle: evidentemente esto no significa que la lingüística indoeuropea trace de antemano y encierre de antemano todos los casos realizables; significa solamente que tiene posibilidades, por su mayor amplitud, de contemplar muchos más casos que ninguna otra: y añadido, para que no se crea que hay algo que desestimar, que eso se cumple en los casos históricos o diacrónicos y en los casos sincrónicos o gramaticales.

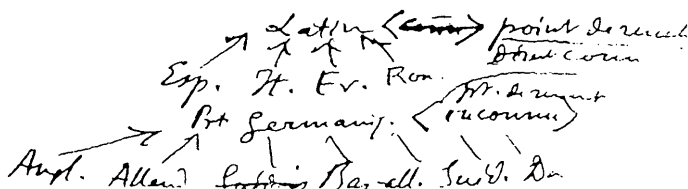
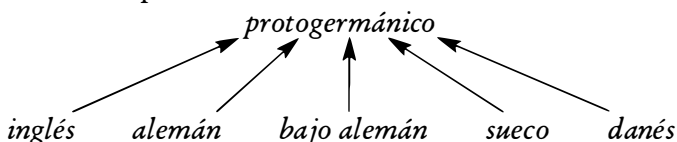
^{3332 = 83}Una cosa podría sorprender, si seguimos refiriéndonos a las líneas de Whitney que he citado, y es que no menciona la lingüística de las lenguas románicas como otra circunscripción no menos adecuada para constituir una base útil para la lingüística general. Esto puede explicarse en primer lugar sin explicación, por el simple hecho de que el desarrollo de las lenguas románicas sólo es una rama del indoeuropeo, pues equivale a toda la historia del latín, a la historia de una de las lenguas de la familia, sin que se tenga que decir historia *ulterior* o *subhistoria*. Las lenguas románicas no son un epílogo imprevisto del latín, sino su simple y pura continuación, exactamente como el inglés, el sueco o el inglés moderno son la continuación del ramal germánico indoeuropeo. Con todo, existe una diferencia que caracteriza únicamente a la familia románica, y consecuentemente a la lingüística románica, y es que el español, el italiano, el francés, el rético, etcétera se encuentran en un prototipo conocido,

punto de encuentro conocido directamente



mientras que

punto de encuentro desconocido



Lo mismo ocurre en todas las subfamilias del indoeuropeo excepto en la románica. Ninguna tiene su punto de encuentro en un idioma conocido; por ejemplo, la familia eslava (checo, polaco, ruso, serbio, etcétera): no se conoce directamente el prototipo eslavo. Por este hecho, que es un hecho de puro azar externo, la situación de la lingüística románica, en el conjunto de cuestiones que le competen, es una situación excepcional, no sólo diferente de la situación del lingüista que considera el conjunto de la familia indoeuropea, sino igualmente diferente si nos limitamos a otra subfamilia como la germánica. Esto crea una lingüística especial en la vertiente románica, absolutamente privilegiada en relación con las demás; y es en este sentido en el que digo que se podía esperar que el autor que he citado mencionara la lingüística románica como aquella en que existe la máxima certeza gracias a la doble serie de las documentaciones; pero también en este sentido se la podría poner aparte con justicia, porque se trata de un caso totalmente excepcional, el único en que no se tiene que recurrir al método inductivo que hay que utilizar normalmente.

2c [Notas para el curso II (1908-1909): Las lenguas celtas]

³³³³Las lenguas celtas

1º Dificultad de fijar o delimitar el país de los celtas en los siglos que preceden el siglo I de nuestra era.

En cuanto se trata de los celtas, todos piensan naturalmente, por una parte en las Galias, por otra parte en las islas Británicas. Pero son los propios hablantes del celta, y los propios hablantes *franceses* los que se han inclinado a introducir una opinión según la cual es erróneo suponer que el centro de la raza esté particularmente relacionado con las regiones del oeste.

El más eminente de los que sostienen esta idea, ahora en boga, es el celtólogo H. D'Arbois de Jubainville, profesor en el *Collège de France*, y encontrarán sus demostraciones más peculiares en su obra en dos volúmenes *Les habitants primitifs de l'Europe* [*Los habitantes primitivos de Europa*] (escrito al margen, de mano de Saussure), cuyos resultados respecto a los celtas han obtenido igualmente más o menos adhesión de los sabios alemanes. Las indicaciones que voy a dar brevemente no son un análisis en toda regla de una obra así.

Lo que caracteriza la nueva visión

a) No está claro si el sur de Francia estuvo nunca ocupado densamente por los celtas. Es seguro que especialmente el sureste, toda la costa de Marsella y mucho más hacia el norte, era país ligur.

¿Quiénes eran los ligures? Esta es otra cuestión, veremos (si tenemos tiempo) que una parte de los lingüistas pretenden que eran indoeuropeos. En todo caso, para nadie son celtas y por ello caben reservas sobre la población celta de buena parte de Francia.

b) Por el contrario, no hay duda alguna de que masas considerables de población celta se extendieron por Europa central.

Alejandro Magno

Boïens	Durostorum
Volcae	Eburodunum-Brünn
	Carrodunum-Croatia

Pero además en todo el valle del Danubio.

El nombre *Hercynia silva* es celta.

c) Numerosos términos germánicos tomados de los celtas, en parti-

cular en el campo del derecho público o privado, lo que parece indicar un dominio de los celtas en país germánico. Obsérvese que en la actualidad incluso Hirt admite dominio.

Los textos más antiguos del bretón armoricano no se remontan más allá del siglo XV; pero hay unas cuantas glosas más antiguas.

Estadística de 1855: 1 300 000 de los que la mitad son monolingües

Características frente al indoeuropeo

1º Los diferentes estados preliterarios celtas (insulares o generalmente de las Galias), no sólo tienen la llamativa característica de una gran diferencia en lo que les sucede a corto plazo, sino también la de una extraordinaria fidelidad al tipo indoeuropeo. Sólo a partir de lo que se obtiene de los nombres geográficos antiguos de las Galias, no puede existir duda alguna de que el galo tuviera un valor igual al del griego en el indoeuropeo = casi el máximo, y en todo caso infinitamente superior al latín por la exacta conservación y el conocimiento del indoeuropeo.

Es una de las desgracias irreparables de la lingüística indoeuropea no haber podido conservar el galo, o por lo menos cualquier dialecto celta de la misma época que diera idea del galo.

2º Integridad y limpidez de los nombres celtas de la época [] (las Galias o las islas).

3a [Notas para el curso III (1910-1911): División del curso y lingüística geográfica]

³³³⁴ = ²⁸⁴⁴ Como se ha indicado, dividimos nuestro curso en tres partes, y el título de las dos primeras sólo difiere por un singular o un plural: 1ª parte: *Las lenguas*, 2ª parte: *La lengua*. En realidad esta diferencia basta para señalar casi rigurosamente sin equívoco lo que ha de ser la diferencia de contenido entre ambas partes. Una será una especie de generalización de la otra. No es útil ni prudente, como se podría creer tal vez, explicar de entrada la oposición, por ejemplo oponiendo 1º *Las lenguas*, 2º *La Vida de la lengua*. ³³³⁴ = ²⁸⁴⁶ Efectivamente, seríamos realmente temerarios, al menos así lo considero, sobreentendiendo en el título que las cosas que tienen un valor general para caracterizar la lengua forman parte todas de una vida, de una *biología* o de una historia de ese organismo que hubiera que escribir: muchas ofrecen este aspecto, cercano a los fenómenos de

la vida o de la historia, pero hay otras que no entrarían en absoluto en ese marco, entre otras toda la cara lógica de la lengua depende o puede depender de datos inmutables a los que no afectan los accidentes de tiempo y de lugar geográfico. De modo que un título como *Vida de la lengua* estaría bastante mal escogido, por ser demasiado preciso y restringido. Aun cuando sólo fuera una opinión, se comprende que haya lugar a no querer zanjar la cuestión en los títulos mismos: *Las lenguas* es el objeto concreto que se ofrece al lingüista en la superficie de la tierra. *La lengua* es el título que se puede dar a lo que el lingüista haya sabido obtener de sus observaciones sobre el conjunto de las lenguas a través del tiempo y a través del espacio.

^{3334 = 2845} **Diversidad geográfica de la lengua. Es el primer hecho que se presenta a la atención. Diferentes clases y grados de esa diversidad**

^{3334 = 2847-2862} La pluralidad de las formas de lengua en la tierra, la diversidad de la lengua cuando pasamos de un país a otro, o de un distrito a otro, esa es, puede decirse, la constatación primordial, la que todos tienen a su alcance hacer inmediatamente. Provisionalmente, no mezclemos con ello la preocupación por sus causas posibles, tomémosla tal como se presenta. Digo que esa diversidad geográfica es el primer hecho que se impone al lingüista o a cualquiera en general. Mientras que la variación de la lengua en el tiempo al principio se le escapa forzosamente al observador, es imposible que se le escape la variación en el espacio. Volveremos más adelante a esta variación en el tiempo y veremos que en el fondo no es separable de la del espacio; pero sólo la segunda, lo repito, nos es dada de modo inmediato. El observador está situado en una determinada generación y al principio no sabe nada de lo que pudo ser la lengua antes de que él existiera; por lo tanto no puede darse cuenta []. Por el contrario []. Incluso las tribus salvajes...

Y por eso se puede decir que hasta el más bajo pueblo toma conciencia de la lengua.

Contacto con los que hablan otras lenguas... El viejo mito de la torre de Babel manifiesta qué problema []

El más tosco campesino que habla el dialecto de su terruño []

Señalemos de paso cómo los pueblos primitivos se inclinan a concebir []; no deja de tener interés. Por una parte, es lo que distingue otras vidas []. Es una característica; y vestido, peinado, armamento. Esto es bastante. Hábito (no color de la piel), estatura.

ἰδίωμα tiene los dos sentidos.

Pero hay que añadir que está claro generalmente que cada pueblo atribuye superioridad a su propio idioma: *bègues* (tartamudo) -βάρβαρος, *mlêchas* (en esto, rasgo general, incluso los más civilizados alimentan sobre cada fenómeno de la lengua corriente la concepción más contraria al sentido común).

En cuanto a la propia lingüística []. Sólo ha habido lingüística cuando

La gramática análisis interno [].

Los griegos []. διόλεκτοι. Observación incidental: proteico. Poca relación entre la gramática y la diferencia de las lenguas. Otra observación. Si la lengua se presenta inmediatamente como algo geográficamente diverso, ¿no se presenta también como diferenciadora de etnismos? Mucho más complejo.

Étnico = principio de variación en el tiempo, o de relativa resistencia a la variación en el tiempo.

Entonces, ya por esto, se mezclarían consideraciones que no se presentan de modo inmediato.

Segunda constatación a continuación del hecho de la diversidad: analogía más o menos fuerte, semejanza o disparidad más o menos fuerte. Constatación de que es mucho más sencillo de lo que se podría imaginar al ver lo que ha tardado la gramática comparada.

El más tosco campesino... Siente curiosidad por... No sólo algunos dialectos, sino italiano y francés.

Los griegos comprendieron que el latín contenía multitud de []

¿A qué conduce esta observación tratada científicamente? Cuando la semejanza se considera importante: *parentesco*. *Parentesco supone genealogía, y por lo tanto regreso al pasado, hacia una fuente*. Por eso es imposible desbrozarla seguidamente en sus detalles: solamente el principio.

Familias de lenguas. Comparadas a su vez, esos grupos []

Límites infranqueables

^{3334 = 2872} Dos grandes casos:

{ Diversidad en el parentesco

{ Diversidad sin parentesco reconocible

^{3330 = 2863-2865} 1º ¿Cabe esperar que se franquee []?

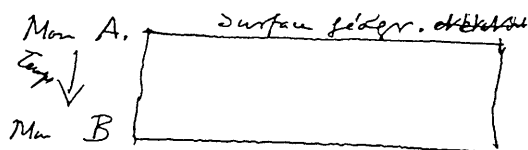
Semítico - indoeuropeo. Trombetti. *Demostrable y verdadero*.

^{3334 = 2875} 2º ¿Está prohibida toda comparación? Toda comparación histórica, sí, pero no toda comparación sobre la organización gramatical.

3334 = 2919 1º Diversificación de una lengua *originariamente* una. Principio del fraccionamiento en el mismo espacio.

Como principio general se reconoce que el proceso por el que una lengua se hace múltiple, se fracciona en diversas lenguas, no está necesariamente en relación con desplazamientos de poblaciones. Estos desplazamientos pueden ser un factor que viene a mezclarse, y puede decirse a superponerse, pero es esencial constatar primero que el fenómeno se produce tanto fuera de ese factor como con la complicación de ese factor.

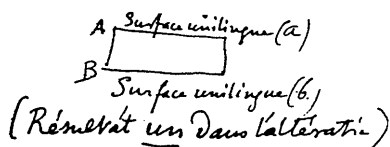
Dada una superficie geográficamente determinada y monolingüe en el momento A, hay



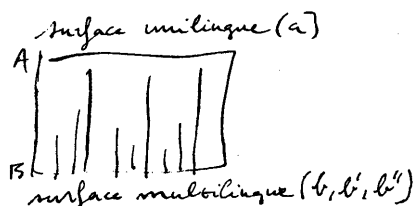
en realidad dos cosas que plantear y que aclarar igualmente.

La primera cosa que sabemos previamente es que el momento B presentará otro estado de lengua más o menos modificado en relación con A. Esto es la consecuencia del Tiempo, o del principio de que la lengua se modifica en el Tiempo.

Ahora bien, ese primer hecho sería concebible perfectamente por sí solo, es decir, que B, aunque represente un estado segundo, no sería menos monolingüe que A.



Pero el segundo principio comprobado por observación es que la modificación no conduce jamás a un resultado idéntico en toda la superficie. Ocurre siempre que al menos una parte de las modificaciones toma direcciones diferentes en distintos lugares de la superficie; y entonces la modificación en el Tiempo corresponde siempre a la vez a una diversificación en el espacio.



Tratándose de lengua, si se da Tiempo al Espacio (bastante tiempo para hacerse valer y sentir) o, lo que viene a ser lo mismo, cuando se habla de tiempo, si se da un elemento del espacio a la acción del tiempo, nunca ocurrirá que el resultado no sea el múltiplo del espacio y del tiempo, es decir, que no sea un []. Una diversidad de idiomas

b, b', b''

independientemente de la alteración del idioma.

Ejemplo, en toda Italia se habla, en un momento determinado, el latín. Un latín sensiblemente idéntico.

Si volvemos a fijarnos en el mismo espacio geográfico actualmente, el cambio se traduce en que

- A latín uniforme
- B ¿italiano uniforme?

De ningún modo. El italiano que se habla en Génova, en Venecia, en Florencia []

Es cierto que hay un intento permanente de lengua común que se llama italiano literario, pero esto es un producto de la literatura y de la voluntad de la nación [] basado principalmente en el dialecto toscano.

^{3334 = 2919} Los productos directos del latín son tan diferentes que un milanés cuando va a ver una obra de teatro local en una sala de Nápoles, no comprende a los actores. Idea de Europa vacía de pueblos.

^{3334 = 2951-2953} Formación de la diversidad en la continuidad geográfica

Nos situábamos frente a una extensión de territorio en otro tiempo perfectamente multilingüe, o que pudiera considerarse tal. Y suponíamos, por lo demás, una población estable y sedentaria en todo el territorio.

Se puede tomar como tipo el territorio de las Galias hacia el 250, que tenía efectivamente una lengua que podía ser considerada uniforme en aquel momento de un extremo a otro, como consecuencia de la asimilación romana, el del latín hablado en Treveris, en Tours o en Toulouse, Ginebra o Marsella, que fue un momento idéntico.

Primer hecho seguro y que atañe únicamente al tiempo. Si nos situamos frente a la página en blanco de una lengua al cabo de un período más o menos largo, por ejemplo 500 años, o mucho menos, puede predecirse, fuera de cualquier otro hecho que se haya añadido secundariamente, que ya no será la misma, idéntica a sí misma, cuando la observemos al otro extremo de ese período de tiempo.

¿Cómo lo sabemos? Porque así lo dice la experiencia universal. En cualquier ejemplo en que la historia nos permite seguir a través de dos o tres siglos una lengua, se constata que el espacio transcurrido corresponde regularmente a una modificación más o menos importante de dicha lengua.

^{3334 = 2205-2207} No hay ejemplo de inmovilidad absoluta. Lo que es absoluto es el principio del movimiento de la lengua en el tiempo. Movimiento que se hace de modo diverso y más o menos rápidamente según los casos, pero que se hace de manera fatal. Nada puede obstaculizarlo: tal vez los períodos agitados por guerras, por perturbaciones civiles, por crisis nacionales consigue acelerarlo, como se ha pretendido con frecuencia; pero esto es indiferente con respecto al principio pues, ni siquiera en el período más tranquilo se verá jamás que el río de la lengua sea idéntico, tomándolo más arriba o más abajo de un intervalo determinado, y poco importa si hay cataratas entre ambos puntos. Es sacrificar el hecho general al accidente insistir sobre las causas que a veces pueden precipitar el movimiento; basta con el hecho de su existencia imperturbable y natural, por encima de toda circunstancia.

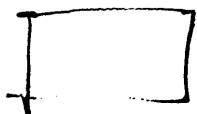
A decir verdad, el hecho de ese movimiento continuo se nos oculta por las lenguas literarias, lenguas que resultan ser las primeras o incluso las únicas a las que se remite nuestro pensamiento.

^{3334 = 2209} En efecto, toda lengua literaria, una vez que ha logrado formarse en algún lugar, es relativamente inmóvil, en todo caso no es la más indicada para hacernos percibir hasta qué punto la lengua auténtica, la lengua libremente viva en el seno de una masa social es una materia que se modifica en función del tiempo.

^{3334 = 2208} En nuestro curso hemos señalado precedentemente que la presencia de esas lenguas literarias representaba un producto *geográficamente superpuesto a otro*, geográficamente superpuesto a la lengua natural. Del mismo modo que le está superpuesto geográficamente, se mue-

ve en otras condiciones de vida, y nosotros sólo contemplamos las condiciones de vida del producto natural.

^{3334 = 2210} Las *causas* por las que las lenguas literarias resisten más o menos a la tendencia al cambio general en la lengua, o no tienen participación plena en él, las consideramos en otra parte. Aquí sólo se trata, como hemos señalado antes, de poner claramente aparte el caso de la lengua literaria –y de este modo, dicho esto, nos volvemos a situar ante el cuadrado que representa una

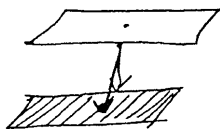


superficie lingüística *unilingüe* entregada *libremente* a las fuerzas que actúan sobre ella.

^{3334 = 2954-2962} Hemos establecido como primer punto que la lengua ya no sería la misma al cabo de un tiempo determinado.

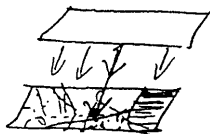
Y es preciso añadir inmediatamente como segundo punto, no menos seguro que el primero, que no se modificará de la misma manera en todo el territorio.

De este modo se aprecia la verdad de lo que decíamos: que la modificación es siempre una cosa relativa únicamente al tiempo, aunque sea diferente en el espacio. El tiempo, aun reducido a un solo lugar en el espacio, producirá modificación. Por el contrario, el espacio sin el tiempo no puede producir ninguna. La diferencia geográfica no es más que la proyección de cambios en el tiempo, cuando se quiere explicar, sólo cabe considerarla verticalmente y no horizontalmente en la figura.



Caso desconocido

(Evolución en el Tiempo que da el mismo resultado en todos los lugares del territorio)



Caso real

y que se comprueba como inevitable sin excepciones. Evolución en el tiempo que va acompañada de modificaciones diversas según el lugar

Pero hay que estudiar desde un segundo punto de vista lo que se acaba de indicar de manera muy sumaria para empezar.

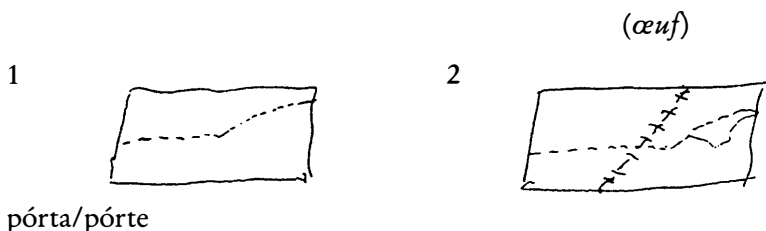
¿Cómo se iniciará, cómo se dibujará poco a poco la variedad que conduce a innumerables dialectos? Este punto es muy []

1º Por innovaciones sucesivas precisas, que constituyen otros tantos detalles que se pueden especificar.

Por ejemplo, en el orden morfológico *gëbamēs gëbam (ēs)*,

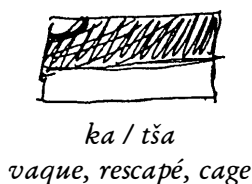
En el orden fonético, tal cambio *s > z*, etcétera.

2º Cada una de esas innovaciones tendrá lo que se llama su *área*: una de dos: cubrirá todo el territorio, se cumplirá en todas partes. Será el caso más infrecuente, y este caso, naturalmente, aunque modifique la lengua respecto al estado de partida, no crea diferencia interior, diferencia geográfica. O bien, al contrario, lo que ocurre con mayor frecuencia, territorio limitado, *área* de un fenómeno de innovación. Y ahí está el nudo de todas las formaciones de dialectos y de toda diferencia geográfica:

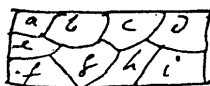


Esta área puede no estar determinada de antemano por nada, ni por provincias y no es la misma en cada una, solución de continuidad.

¡Áreas diferentes, dibujo verdaderamente exacto!

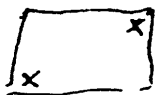


^{3334 = 2969-2970}Pregunta: ¿Formará esto *dialectos*, es decir una serie de tipos lingüísticos cerrados, correspondiente a tal provincia, con fronteras nítidas en todos los sentidos?:



Sería muy imprudente decir esto y veremos, al contrario, lo mucho que se ha atacado precisamente la noción de dialecto desde que ha quedado claro el hecho de que las innovaciones tienen cada una su área libre.

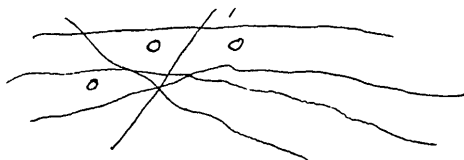
Por lo tanto evitaremos formular el resultado de manera demasiado precisa de antemano y muy especialmente hablar de dialectos,^{3334 = 2963-2987} pero esto es lo que se podrá decir: al cabo de 1000 años, en los dos extremos ya no se comprenden.



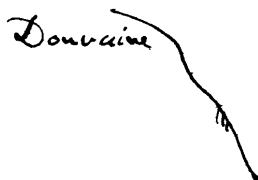
Pero, una vez escogido un lugar cualquiera, se puede ir en todas las direcciones.

Pero se puede atravesar sin observar nunca más que cambios insensibles, porque la suma de las innovaciones sólo varía parcialmente.

Ha llegado el momento de tomar la cosa por otro lado, para que podamos darnos cuenta mejor de los hechos que señalamos: el de volver a la observación *geográfica*. Pues

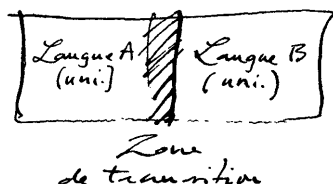


ha sido mediante observaciones geográficas como se ha hecho la luz en lingüística sobre ese gran hecho de la diferenciación dialectal. (Obligatoriamente hay que observar primero el *resultado* de la acción del tiempo.) Si nos situamos en cualquier lugar (francés), en un pueblo preciso, se observarán particularidades. Cada una de esas particularidades seguirá produciéndose al avanzar por el mapa, pero es imposible prever hasta qué punto.

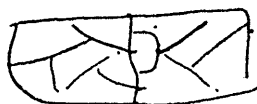


^{3334 = 2989} Si se consideran extensiones lo bastante grandes para que pueda hablarse de dos lenguas, y no únicamente de dialectos –y siempre suponiendo que el desarrollo de la zona no se ha visto perturbado

^{3334 = 2996} 1º El principio según el cual no habrá lugar preciso en que comience una de las lenguas y en que termine la otra es el mismo que el que establece que cada una de ellas se subdivide en dialectos. Está claro que si se diera



La cosa sería sorprendente e incomprensible. Pero
 lengua A – suma de dialectos que se relacionan entre ellos en todo el territorio;
 lengua B – " " " " " "



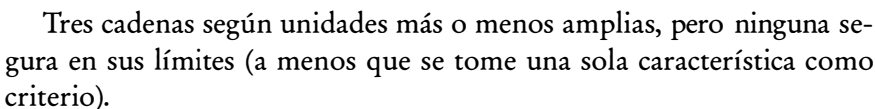
En A habrá dialectos más diferentes de B o menos diferentes de B, según su relación, de modo que todo es transición de un extremo a otro de la cadena. De la misma manera que hay pasos en el interior de []

^{3334 = 2994} 2º En la fórmula que acaba de darse se ha hablado de *dialectos* cerrados para simplificar. Todavía queda más claro si sólo hay variedades que difieren de lugar por la suma de las ondas lingüísticas.

^{3334 = 2997} ¿De dónde procede el hecho de que en realidad raramente se constate ese caso del paso insensible de una lengua a otra?

Para ello es preciso que las condiciones históricas hayan sido muy favorables, es preciso en particular que todo haya quedado en su sitio, como entre el italiano y el francés.

^{3334 = 2992} Ejemplo en un caso muy cercano: si se anda en diagonal a través de Francia, desde Pas de Calais a los Alpes, y después se continúa hasta Turín, no hay un lugar preciso en que pueda decirse: dejo el francés y entro en el italiano.



En un estado tal, la noción de lenguas separadas sólo es una noción de distancia. A poca distancia no se sabe si se [está] en una o en otra. Afirmo que sería ideal poder tener una cadena semejante entre las grandes unidades indoeuropeas.

Gran ejemplo de la familia indoeuropea. De manera general, se nota muy bien que cada uno de los dialectos es la transición entre otros dos u otros varios.

por otra parte, *itálico*:

Hasta tal punto que sin conocer la situación en el mapa, se podría dibujar []

La frontera lingüística se acentúa porque las poblaciones fronterizas se ven ahogadas o desaparecen (dos hojas de papel).

Lo mismo puede perturbar también el estado de los dialectos en una lengua dada. Grecia antigua.

Las ondas lingüísticas han sido comparadas a los límites de vegetación. Naturalmente, sólo para dar una idea de la cosa. Límites de la viña, del olivo, del []. Muy buen ejemplo para dar una idea del «dialecto».

Pero volvamos a esa comparación. Inmutables. Mientras que si la población se pone en movimiento []

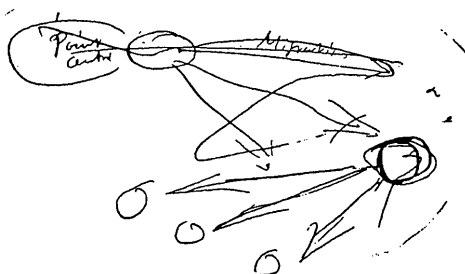
Complejidad visible, si nos planteamos la transición entre el germánico y el itálico. ¿Dónde están los dialectos que, tal vez 1500 años antes de nuestra era, constituían el paso entre germánico e itálico mucho más lejos?

Se estudie la familia indoeuropea u otra, o incluso se estudie una subfamilia cualquiera (de cualquier familia, teniendo en cuenta además que todo ocurre en la época prehistórica o en la época histórica) siempre se verá que estas cuatro cosas están enlazadas:

- { La suma de expansión territorial de una familia lingüística;
- { La suma de división interior del bloque que puede expresarse con la palabra dialectos;
- { El punto central primitivo, lateralmente

4º La cuestión de las migraciones de los pueblos.

Repito que la primera idea fue que los tres primeros hechos tenían que resolverse mediante el cuarto



Por eso *Interviene la noción del fraccionamiento en el mismo sitio*

Noción lingüístico-geográfico-histórica.

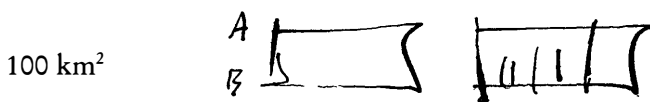
Se trata de un principio general, que no tiene una relación más especial con la masa indoeuropea que con otra masa.

Toda masa lingüística, como enseña la experiencia, llega necesariamente a diversificarse en el mismo sitio, sin que ese hecho suponga ninguna clase de desplazamiento.

O, dicho con mayor precisión: al cambio necesario en el tiempo corresponde []

Una superficie geográfica multilingüe está necesariamente destinada a convertirse en una superficie multilingüe por fraccionamiento del tipo de lengua primitivo.

Den al Espacio tiempo suficiente,	}	
Den al tiempo un cierto Espacio geográfico,		
invariablemente el producto [no será]		a sino a a a
	a	
	b	b' b'' b'''



Ya se trate []

En toda masa humana que forma una masa geográficamente continua, se debe reconocer la existencia simultánea e incesante de dos factores que son exactamente lo contrario uno de otro y se encaminan a fines directamente contrarios unos de otros. Es por ese carácter de contrarios, podemos añadir inmediatamente, por lo que en ningún caso es posible prever la parte respectiva que les corresponde en el estado final, pues este aparece como resultado de una lucha. Estos dos factores, de los que ninguno puede nunca ser reducido a cero, son simplemente la fuerza local, por una parte, y la fuerza de la intercomunicación (*intercourse*), por otra. (Me mantengo de momento en estas dos designaciones, que considero claras y de las que no estoy muy seguro que puedan ser sustituidas sin perjuicio de lo que se pretende decir).

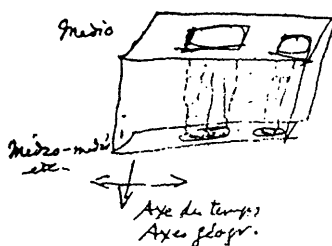
Por una parte, lo local, es decir, los hábitos que se desarrollan en una comunidad cuyos miembros están estrechamente relacionados entre sí en un medio restringido, por ejemplo un pueblo, una pequeña comarca. Estos hábitos, tanto más fuertes para cada individuo por cuanto en general representan para él los hábitos de su infancia, pueden ser considerados la fuerza central y fundamental sin peligro para la teoría. Si esta fuerza fundamental tuviera rienda suelta, sin contrapeso ninguno, el resultado sería una infinita particularización, de la lengua o de todos los hábitos más o menos comparables, como el vestido. Sin embargo, junto a lo que hace a los hombres sedentarios en un lugar, está todo lo que los fuerza a mezclarse unos con otros a través de alguna distancia.

Segunda fuerza, la intercomunicación (*intercourse*), que será un correctivo de la primera. En un pueblo dado, habrá gente de paso venida de más o menos lejos. Pero, aún más importante, una parte de la población irá también a lugares vecinos, por ejemplo con ocasión de una fiesta o una feria, y en esa misma fiesta []. O habrá reclutamientos para la guerra que unan en un ejército hombres de todos los pueblos. Y así sucesivamente, de manera que []. La existencia en localidades separadas es a la vez algo ilusorio y algo verdadero. Cuenta o no cuenta, pero sin que pueda preverse por qué detalle. Los dos principios están luchando sin cesar, mientras uno tiende a igualar, el otro tiende a particularizar. Influencias divisoras / Influencias unificadoras = ocasiones que acercan. Unificadoras – propagadoras

o resistentes

cohesión en un sentido o en otro por oposición a dispersión.

considerados en una cierta superficie, cooperan. Toda onda de innovación supone a la vez fuerza divisora y unificadora de tal []. Misterioso a gran distancia []. 1º caso del aislamiento. ^{3334 = 3032-3071} Inútil creer que los hechos de []

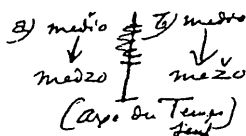


Sin el hecho de la propagación

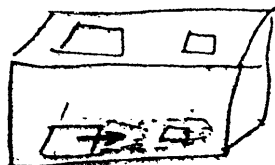
Primer principio. La diferencia geográfica sería puramente reducible al tiempo. Lo que equivale a decir que materialmente no hay paso entre las formas geográficas en ningún momento.

medzo-medžo

sino únicamente entre



o del desarrollo histórico *libre* de un lugar a otro. Por toda clase de razones este es el esquema del que debemos preocuparnos y que debemos asimilar en primer lugar, el que es correcto como base general. Pero lo que se acaba de añadir, el hecho de la propagación contagiosa de una característica a otras regiones, nos obliga a complicar el esquema



ya que *medzo* vence y envuelve a *medžo*, en este caso por conquista geográfica a la que ya no le corresponde el esquema

$\downarrow$ $\downarrow$
medzo sino $\rightarrow$ *medžo*

Dos ejes

Desde el punto de vista de quien quiere establecer lo que ocurre de verdad, cabe distinguir los *lugares*, que dependen únicamente del eje del tiempo, y las áreas de *contagio* que apelan a la doble noción del tiempo y la propagación por el espacio.

Primera observación a propósito de las extensiones geográficas de los caracteres lingüísticos;

cuando se observa un pueblo, es decir *un solo punto* del territorio lingüístico, cada rasgo de la lengua puede ser clasificado de entrada dentro de los hechos locales o hechos generales que no diferencian la lengua local de lo que la rodea. Y será fácil, mientras nos mantengamos en ese único punto, conducir unos y otros a un factor que tenemos.

Respecto a *un punto*

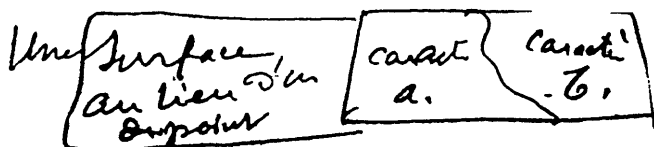
suma de características = influencia de la intercomunicación (*intercourse*)

comunes con otras regiones serán evidentemente = unificadoras

propias = influencias *locales* (divisoras);

Pero en cuanto en lugar de hablar de un pueblo se habla aunque sólo sea de una pequeña comarca, y en vez de un punto pequeño se trata de una *superficie geográfica*, entonces vemos que se produce la paradoja de que ya no se puede decir si los fenómenos se deben principalmente al

factor A o B, y que en realidad los dos cooperan, ambos están implicados, aunque tengan tendencias opuestas: «Siempre hay regiones con las que es común».

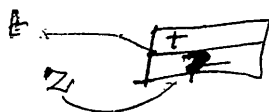


¿Qué es lo más importante? Forzosamente, si a difiere de b , se precisa la misma fuerza divisora de la que hablábamos con respecto al pueblo, pero, en el mismo instante, vemos algo mucho más llamativo, la cohesión (y el acuerdo) que se manifestó en el territorio a para establecer esa diferencia con b . Y por lo tanto se puede decir, si se trata de una superficie (el caso más corriente), que un fenómeno que divide esa superficie comprende exactamente tantas fuerzas unificadoras como fuerzas divisoras que crean dispersión, diferencia.

Pero lo único que no se puede decir es en qué medida, en cada caso, actuarán unas u otras de esas fuerzas.

En el ámbito germánico que se extiende entre los Alpes y el Mar del Norte, se vio producirse cohesión al reducirse β a d ; βu se convirtió en du en todas partes.

Pero en cambio no hay cohesión total en el caso de t delante de z , pues el norte conservó t .



Ahora bien, si se nos invita a una reflexión filosófica sobre esto, habrá que decir que el segundo fenómeno no está separado fundamentalmente del primero por el hecho de no haber podido extenderse en la totalidad del territorio. Por el contrario, es extremadamente parecido, aunque se haya establecido una oposición t/z en el sur y no en el norte, pues fueron necesarias las mismas fuerzas de cohesión misteriosas fuera de toda comunicación directa para que se estableciera en uno de los casos la solidaridad de los $3/3$ y en el otro de los $2/3$ del territorio.

Nuestra observación número *uno* equivale a decir que al considerar una superficie, hay que hacer abstracción de la fuerza particularizadora

y explicarlo todo por la fuerza que solidariza, que se manifiesta en grados diversos.

En el caso en que la característica se manifiesta por encima del territorio entero conduce al mantenimiento de la unidad.

Si no tiene bastante fuerza para llegar a esto, conduce a una división lingüística, pero con la pequeña ventaja de que no complica el factor de resistencia, dado que el propio factor de resistencia *descansaría* en la cohesión lingüística de otra parte del territorio.

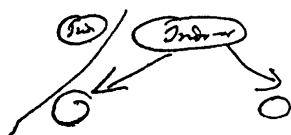
En cuanto se deja el pueblo (= lugar único) todo puede atribuirse a una sola fuerza, que es la mayor o menor fuerza cohesiva en el territorio, que se manifiesta a propósito de cada innovación particular.

Segunda observación: cuando se ha comprendido bien que, por una parte, en una masa de población con habla homogénea las innovaciones pueden ser generales, pero que, por otra parte, pueden no ser generales porque la cohesión se manifiesta y se afirma en grados muy diversos respecto a un fenómeno *a, b* o *c*; entonces cuando uno se ha dado cuenta de las posibles consecuencias de la continuidad geográfica, entonces, y sólo entonces, como tenemos que añadir, se debe dirigir la mirada hacia la colonia separada de la masa, hacia el caso de la *discontinuidad geográfica*.

Hay algo cómico en la idea generalmente extendida de que sería más sencillo evaluar la diferencia de lengua en el caso de la discontinuidad geográfica. ¿Más sencillo que qué? Aparentemente eso quiere decir más sencillo que en el de la continuidad. Entonces, ¿pretenden ustedes no estudiar la continuidad, que es el caso normal, y oponer sin más la discontinuidad, que es un caso especialmente particular? Voy a demostrar que no es posible ni tiene sentido ninguna opinión sobre la discontinuidad sin una opinión previa sobre los efectos de la continuidad.

La historia de la lingüística indoeuropea pone de manifiesto que los propios lingüistas, cosa curiosa, no han dejado de pretender que una diferencia de lengua corresponde a una separación geográfica material. Durante todo el período en que existió una ciencia de las lenguas indoeuropeas, había acuerdo en que cada pueblo, celtas, germanos, griegos, etcétera, con su lengua representaba una *migración*, como quien dice un enjambre de abejas que hubiera transportado a lo lejos la lengua recibida al partir de las mesetas del Pamir. Un buen día los *celtas*, otro día los *eslavos*, etcétera, se habían ido lentamente de aquellas alturas asiáticas de forma totalmente independiente unos de otros y como si fuera algo esencial que estuviesen geográficamente separados de la masa. Este

ejemplo sólo demuestra una cosa, que a nuestra mente le gustan las representaciones que pueden traducirse visualmente: estamos ante dos lenguas diferentes de una precedente, pues bien, vamos a situar la primera aquí,



y después hacemos salir globos que transportan el indoeuropeo a otra parte y explican, según dicen, que ya no es idéntico a sí mismo a causa de la separación geográfica.

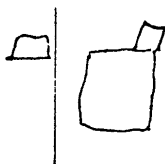
Era una concepción totalmente infantil, por la sencilla razón de que era inútil. Pues, si supusiéramos que el indoeuropeo subsistió compacto en alguna parte, se habría producido lo mismo exactamente, si no en cada detalle, al menos en general: 1º Ese indoeuropeo no se hubiera mantenido igual; 2º fatalmente se habría []

Es lo que acabaron por ver los indoeuropeístas.

Pero fue necesario un texto muy sonado, publicado en 1877 por Joh. Schmidt, *Die Verwandtschaftsverhältnisse der Indogermanischen Sprachen*. No es este el lugar para entrar en debate sobre este hecho: hemos querido oponer las dos concepciones. En lo que se refiere al hecho, hay que añadir la importante consideración de que los idiomas indoeuropeos forman una cadena de transiciones y la contigüidad de *a* y *b* corresponde a características comunes más o menos señaladas, lo que es decisivo para creer en un desarrollo en la continuidad geográfica. Desde esta fecha, en lo que se refiere a la familia indoeuropea, a la teoría de las migraciones se opuso la teoría del desarrollo continuo (*Wellentheorie*).

Teóricamente el desarrollo separado constituye obligatoriamente el caso secundario y no el caso primario que hay que considerar en sus efectos: dado que, efectivamente, no tenemos otro medio de establecer el valor de sus efectos que medirlo a escala del otro desarrollo. Sólo se pueden apreciar los efectos de la discontinuidad en relación con los de la continuidad. Ahora bien, ha quedado establecido que la continuidad misma tiene esos efectos diferenciadores, lo que []

Inglaterra. Para juzgar, represéntense Jutland. Respecto a cada supuesto efecto de la separación:



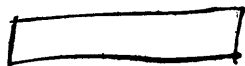
1º cuando se dice: la separación permitió que se mantuviera β , se quiere decir en realidad algo que afecta al continente, a saber, que *la continuidad propagó* []

Planteémonos la pregunta: ¿Acaso [] prueba de $t > z$?

Finalmente Holanda demuestra que el desarrollo []

3b [Notas para el curso III (1910-1911): Análisis de la cadena acústica]

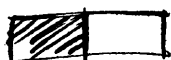
^{3335 = 720-725} El análisis de la cadena en tiempo es el punto de partida explícito o implícito [], y los creadores de alfabetos primitivos no procedieron de otro modo. No podemos analizar las impresiones acústicas, pero si tomamos una «cadena de habla acústica», podemos distinguir inmediatamente si un espacio es semejante a sí mismo de un extremo al



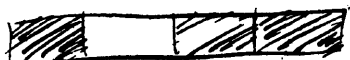
otro o no semejante a sí mismo. Si marcamos cada espacio semejante a sí mismo y diferente de los dos vecinos sin preocuparnos de su duración,



recogeremos entonces las *unidades irreducibles de la cadena*; a esas unidades, establecidas simplemente por su diferencia y nada más, los griegos les dieron signos como



K H *malgré latin*



T A N K

«En condiciones de inmediata distinción» No es siempre el caso.³³³⁵
⁼⁷⁴¹⁻⁷⁵⁹ Pero otros pueblos no buscaron las unidades irreducibles, inferioridad; se orientaban según otro principio:

pa, ka, ti, do («silábico»)

La escritura a continuación no tiene que preocuparse de los movimientos silábicos correspondientes. Basta con anotar las diferencias de efectos acústicos.

El fonólogo



Durante el espacio acústicamente homogéneo marcado T, ¿cuáles son exactamente los movimientos del aparato vocal?

El fonólogo parte de ese espacio homogéneo para el oído, sin lo cual no se podría delimitar la unidad en la cadena de habla fonatoria.

Por otra parte, mientras que la unidad acústica es inanalizable, puede analizar []. Otros tantos *momentos* de la cadena, el []

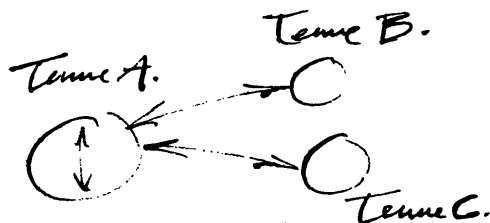
En una unidad que no es reducible no se puede hacer abstracción de la sucesión en el tiempo, es decir que la unidad compleja sigue siendo siempre un trozo de cadena: *eslabón + eslabón*.

En cambio, los eslabones *irreducibles* pueden, por eso mismo, no ser considerados ya como *eslabones*, *momentos*, sino ser tratados en abstracto. Así, se podrá hablar de *f*, de *i*, etcétera como de la clase *f*, de la clase *i*. Lo mismo que *do-re-mi*.

^{3335 = 791-801}

Articulación { consonantes
 vocales: sonido laríngeo
 caja de resonancia

Grados de cierre bucal: seis gra[dos]



3c [Notas para el curso III (1910-1911): Nomenclatura]

^{3336 = 1085}El problema del lenguaje sólo se plantea a la mayoría de las mentes en forma de una nomenclatura. En el capítulo IV del *Génesis*, vemos que Adán da nombres [] y si [] se puede decir que [].

3d [Notas para el curso III (1919-1911): Entidades y secciones]

^{3337 = 1762-1764, 1765, 1772}*Secciones*. Identidades. Tren de las 4h. «la guerra, le estoy diciendo, ¡la guerra!». ^{3337 = 2165}Entidades abstractas.

^{3337 = 2190}Orden – *hôtel-dieu* (hospital) – *Dois-je* (¿debo?) – *désireux* (deseoso) (Se basa en secciones). Genitivo.

^{3337 = 2195}1º con todo, se basa en unidades materiales.

2º abstracto = no lingüístico

3º si = a la conciencia del sujeto hablante, todo es concreto.

3e [Notas para el curso III (1910-1911): Lo arbitrario del signo y noción de término]

^{3338 = 2105}Importancia de la palabra *término*. No concebible. Reducción en todo sistema de lengua de lo arbitrario absoluto a lo arbitrario relativo, lo que constituye el «sistema». Si fuera posible que una lengua consistiera únicamente en nombrar los objetos, los diferentes términos de esta lengua no tendrían relación entre ellos, estarían tan separados unos de otros como los propios objetos; aunque, por lo demás, los términos se destinan a nombrar cosas materiales y visibles. Por ejemplo *pan*, *guijarrro*. *Oficio*

^{3338 = 2117}Observación

Entre otras cosas, la expresión base de todo estudio. Comprende el estudio de las significaciones. Base entre otras de la expresión: significación.

directo – indirecto

simple – complejo

no descomponible – descomponible

(sintético – analítico)

1º «analítico» nunca contiene todo

2º «sintético»

«totalmente arbitrario» – «parcialmente arbitrario» –

3338 = 2090-2096 Hay elementos relativamente arbitrarios y otros que lo son absolutamente:

<i>vingt</i> (veinte)	<i>dix-neuf</i> (diecinueve)
<i>ormeau</i> (olmo)	<i>poirier</i> (peral)
<i>berger</i> (pastor)	<i>vacher</i> (vaquero)
<i>geôle</i> (cárcel)	<i>prison</i> (prisión)
<i>hache</i> (hacha)	<i>couperet</i> (cuchilla)
<i>concierge</i> (portero)	<i>portier</i> (portero)
<i>jadis</i> (antiguamente)	<i>autrefois, toujours</i> (en otro tiempo, siempre)
<i>souvent</i> (a menudo)	<i>fréquemment</i> (con frecuencia)
<i>parfois</i> (a veces)	
<i>aveugle, sourd</i> (ciego, sordo)	
<i>chauve</i> (calvo)	<i>bossu, boiteux</i> (jorobado, cojo)
<i>commencer</i> (comenzar)	<i>entreprendre</i> (emprender)
	<i>violet</i> (violeta)
	<i>lentille</i> (lenteja)
	<i>bien (bon)</i> (bien [bueno])
	<i>feuillage</i> (follaje)

al.

/inversamente:

<i>Laub</i>	<i>feuillage</i>
	1 = <i>feuille</i> 2 -age
<i>métier</i> (oficio)	<i>Handwerk</i>

3338 (2119-2123)



Asociación interna – externa

–sistema: mecanismo gramatical

«lexicológico»

Lenguas aislantes – coordinantes

Casillero. Casillas aisladas, Casillas que se corresponden

Alemán, inglés, chino.

Evolución. Latín > francés.

separare

ministerium

3f [Notas para el curso III (1910-1911): Necesidad de la alteración de los signos; sincronía y diacronía]

3339 = 1278-1280 Antes de terminar este capítulo quiero poner una especie de posdata en respuesta a una aparente laguna que podría verse en él.

Tal vez dirán ustedes que, mientras tratábamos de profundizar en las causas que garantizan la *continuidad* = la no libertad a través del Tiempo, no hemos atribuido ninguna causa especial a la alteración [] que nace del tiempo. Hemos dicho, y deseo subrayarlo de nuevo, que sólo es una forma de la continuidad, que es por el hecho mismo de que los signos se siguen por lo que *llegan a* alterarse.

Pero no hemos dicho, lo reconozco, por qué *deben* alterarse. Pero me resulta fácil indicar la razón de esta abstención. Ya al principio he señalado que había factores de alteración distintos, pero tan mezclados en su efecto que no es prudente querer separarlos en el instante mismo. He dicho que el conjunto del hecho sólo podía traducirse con seguridad mediante la palabra *desplazamiento de la relación* total entre significante y significado, ya la alteración se produzca en el significante, ya se produzca en el significado.

Por lo tanto tomaremos la alteración sin separar sus causas ni sus formas, porque es algo peligroso querer hacerlo sin ninguna precaución.

Ya que nos ponemos en la situación de quien ignora previamente las causas particulares, es evidente que no podemos decir al mismo tiempo que vamos a profundizar en esas causas.

La cuestión de la *necesidad* o del carácter *ineluctable* se presentaría separadamente en cada factor de alteración; por ejemplo, ¿es ineluctable que en una masa social condicionada por el tiempo los signos se alteren fonéticamente (materialmente) (en su imagen acústica)?

El que haya explorado esta necesidad no habrá respondido nada todavía, respondido sí, y explicado a fondo las causas, casi misterios, pero no se habrá comprometido para nada respecto a tal otra que representa igualmente una alteración distinta de la fonética, de modo que se comprende que: []

Las causas de la continuidad general a través del tiempo están al alcance de cualquier observador como apriorismos; lo único que hemos hecho ha sido señalar algunas causas desapercibidas por su propia evidencia, como el hecho de que todo el mundo todos los días usa la lengua.

Cuando se trata de la *alteración* a través del tiempo, vale más no hablar de modo inmediato más que del *desplazamiento de la relación global de los términos y de los valores*, renunciando a explorar el grado de

necesidad *a priori*, puesto que se renuncia a distinguir las causas una por una.

Podemos referirnos provisionalmente al simple hecho de que todas las cosas sometidas al Tiempo se modifican, y que entonces la lengua o suma de relaciones []. (por lo tanto, la lengua = suma de relaciones entre el significante [].)

3339 = 1301-1317 *Capítulo IV*, ha de insertarse antes como el precedente:

La lingüística estática y la lingüística histórica

Dualidad de la lingüística

Este capítulo es la continuación directa del anterior al tiempo que la indicación de la base general sobre la que vamos a situarnos a continuación.

No hay ninguna contradicción con el esquema primitivo de este curso, del que quizá hay un reflejo en los apuntes que toman ustedes. Simplemente ha habido una inversión del momento en que he hecho intervenir el elemento Tiempo, la noción histórica que he introducido en el capítulo tercero. Se puede efectivamente dudar sobre el momento exacto en que hay que establecer la aparición del elemento Tiempo. Como verán, en realidad habría podido darle su sitio un poco más tarde y evitarles a ustedes una reorganización incómoda en el orden de los capítulos; pues estos no quedan modificados más que en su sucesión.

Pero precisamente porque sólo se trataba de números, sin que se cambie nada a la sustancia misma, no he dudado, al ver sus ventajas, en colocar los capítulos sobre las consecuencias del tiempo antes de lo que había previsto.

Primeramente, el hecho de que le Tiempo intervenga para alterar la lengua, como interviene para alterar y modificarlo todo, no parece un hecho muy grave para las condiciones de la ciencia lingüística. Debo añadir que sólo veo una ínfima proporción de lingüistas, o quizá ninguna, que esté dispuesta a creer que la cuestión del Tiempo cree condiciones particulares, dificultades particulares y cuestiones particulares a la Lingüística, ni tampoco una cuestión central que pueda conducir a escindir la Lingüística en dos ciencias.

Cuando dirigimos la mirada hacia otras ciencias, apenas podemos, lo repito, señalar un efecto particular producido por la consideración del factor Tiempo (= alteración de los términos en presencia).

Vemos que la astronomía ha constatado cambios enormes en el cielo en el mínimo tiempo del que ha dispuesto, pero esto no da razón alguna para separar la astronomía en dos y convertirla en dos disciplinas.

Vemos que la geología, un poco a la inversa de la astrología, razona prácticamente siempre sobre hechos que se suceden, sobre cambios en el tiempo, pero cuando se ocupa también de estados fijos en la Tierra considerados fuera del Tiempo, no hace de estas dos cosas objetos fundamentalmente separados.

Vemos que hay una Ciencia del derecho y una Historia del derecho, según la época, pero que a nadie se le ocurriría por ello declarar que la historia del derecho constituye una disciplina separada de la ciencia del derecho.

Vemos que la historia política de los Estados se hace principalmente en el tiempo, pero no se hace ninguna distinción si, por el contrario, un historiador traza el cuadro de una *época* y por consiguiente excluye los cambios en el tiempo.

Vemos que la historia de las *instituciones políticas* investiga los estados de las cosas ante todo fuera del tiempo, pero no cree cambiar de tema si al mismo tiempo habla de las modificaciones consecutivas en el tiempo.

Vemos que la *Economía política* (*Wirtschaftslehre*) se ocupa principalmente del equilibrio entre trabajo y capital como fuerzas sociales, con todas las fuerzas intermedias.

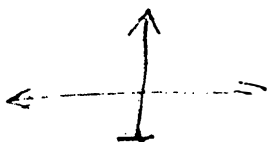
Pero ahora, en este momento, cosa notable, esto es lo que vemos de repente, como si hubiera cambiado el decorado:

que, contrariamente a lo que ocurría en las ciencias citadas, ahora resulta que se nos habla de *Historia económica* (= Economía política en el tiempo) como de una ciencia aparte. No quiero juzgar hasta qué punto está aparte en el detalle de los hechos, me basta con ver que cualquier universidad, como la nuestra, entrega a dos profesores diferentes la Historia económica o la Economía política. ¿Por qué? Tal vez porque, aunque probablemente no se sea plenamente consciente, no se hace más que obedecer a la necesidad interna. Pero es por la razón que en seguida nos permitirá comprender el dualismo de la ciencia lingüística; a saber, que en Economía política se está frente a la noción de *valor*: me corrijo, que *ya* en Economía política, aunque en menor grado que en Lingüística, se está frente al Valor (*ipso facto* = *sistema de valores*, pues todo valor implica un sistema de valores).

^{3339 = 1323} Pues bien, es algo verdaderamente notable que en este campo se hayan visto llevados a experimentar, incluso sin quererlo, que ya en

una primera ciencia de valores es imposible salir adelante con estos dos objetos: el sistema de valores tomado en sí mismo (o en *un* momento) y el sistema de valores según el Tiempo.

^{3339 = 1319-1322} La auténtica verdad es que incluso las ciencias que se ocupan de cosas saldrían ganando si establecieran más claramente la diferencia entre los dos ejes en que existen las cosas.



eje de las contemporaneidades
(en que se puede hacer
desaparecer el factor Tiempo)

y eje de lo que se sucede (cosas x
Tiempo).

Cuando llegamos a las ciencias que se ocupan de *valores*, la distinción, que hasta entonces era casi optativa, se convierte en una necesidad práctica y teórica de primer orden. Desde ese momento se puede desafiar a quien sea a establecer una ciencia nítida fuera de la separación de ambos ejes. ^{3339 = 1324-1329} Tercero, cuando llegamos a ciencias que se ocupan, no ya de valores que se enraízan en las cosas, sino de valor *establecido arbitrariamente* (semiología), = signo establecido arbitrariamente (lingüística), entonces la necesidad de distinguir los dos ejes alcanza el máximo de los máximos, puesto que, por simple evidencia *a priori*, sólo vale lo que es válido en el instante.

Todo valor tiene dos caras, como el signo lingüístico. Mientras ese valor tenga, al menos en una de sus caras, una raíz en las cosas, por ejemplo ^{3339 = 1326}

finca Z
50.000 francos

Valor: en relación con el franco, todavía es relativamente posible seguirlo en el tiempo con las variaciones de su valor, sin olvidar que a su vez su contravalor (50000 francos) varía según la abundancia del oro, etcétera. Pero todo esto tiene un valor final según las cosas, y lo más frecuente es que no pueda superar determinado límite.

Por el contrario, en la asociación que constituye el signo, desde el primer momento no hay más que dos *valores que existen uno en virtud del otro* (lo arbitrario del signo). Si se pudiera considerar que una de las dos caras del signo lingüístico tiene existencia en sí misma, esta sería la cara conceptual, la idea como base del signo.

^{3339 = 1282}En el lenguaje, la lengua está liberada del Habla, reside en [] el alma de una masa hablante, lo que no ocurre con el habla.

^{3339 = 1292-1293}Al observar la lengua, nada hay a primera vista que impida concebir la lengua como lógica, pues el signo es arbitrario. El hecho de la masa hablante no cambia las cosas más que en sentido psicológico-lógico, pero no pone de manifiesto inmediatamente []

Pero cuando interviene el Tiempo combinado con el hecho de la psicología social, entonces nos damos cuenta de que la lengua no es libre; la masa hablante $\times$ Tiempo.

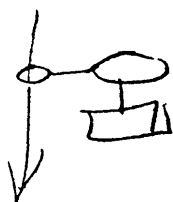
^{3339 = 1283-1290}Definición: Cuando se elimina del lenguaje todo lo que es sólo *Habla*, lo que queda puede llamarse la Lengua con propiedad y sólo comprende términos psíquicos, el nudo psíquico entre idea y signo, lo que no puede decirse del habla.

Pero eso sería solamente la lengua tomada fuera de su realidad social y sería irreal puesto que es necesaria una masa hablante que use la Lengua para que haya lengua. La lengua reside en el alma colectiva, y este hecho segundo entrará en la propia definición. De nuevo no Habla



Esta es la lengua, ya concebible o viable; pero fuera de la realidad histórica. Como el signo lingüístico es arbitrario por naturaleza, parece a primera vista que nada impida [] un sistema libre que sólo dependa de sus propios principios lógicos, y como una ciencia pura de relaciones abstractas.

^{33379 = 1294-1300}Realidad histórica o Tiempo. (Masa hablante sin Tiempo – Tiempo sin masa parlante



La lengua no es libre, por el principio de continuidad o de solidaridad indefinida con las edades precedentes.

2º La continuidad encierra el hecho de la alteración que es un desplazamiento de valores.

3g [Notas para el curso III (1910-1911): El valor lingüístico]

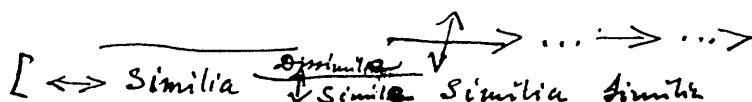
^{3340 = 1864} *Valor*. Lo que es inseparable de todo valor, o lo que hace el valor no es ni

el ser inseparable de una serie de magnitudes oponibles que forman un *sistema*, ni

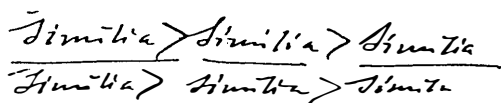
b) tener [];

sino las dos cosas a la vez e *inseparablemente* ligadas entre ellas.

Valor es fundamentalmente sinónimo en cada instante de término situado en un sistema de términos similares, del mismo modo que es fundamentalmente sinónimo en cada instante de cosa intercambiable. [] Si tomamos la cosa intercambiable por una parte, y por otra los términos co-sistemáticos, esto no presenta ningún parentesco. Lo propio del *valor* es poner en relación esas dos cosas. Las pone en relación de un modo que llega a exasperar la mente, por la imposibilidad de explorar si las dos caras del valor difieren por dicho valor o por otra cosa. Lo único indiscutible es que el valor va en esos dos ejes, que se determina según esos dos ejes a la vez:



No es absolutamente importante darse cuenta de que los *similia* están a su vez provistos cada uno de su *dissimilia*, y que el cuadro correcto entonces sería:



Por el contrario es ese cuadro final y corriente lo que hace que el valor se asemeje a una cosa que ve en ella su regla y que deja suponer falsamente que existe una realidad absoluta.

En todo caso, conservar el esquema

$$\begin{array}{c} \text{Dissimile} \\ \hline \text{Similia} \leftarrow \text{Similia} \leftarrow \text{Simile} \rightarrow \text{Similia} \rightarrow \text{Similia} \end{array}$$

La relación *simile* : *dissimile* es algo totalmente diferente de la relación *simile* – *similia*, y sin embargo esta relación es muy difícil de captar y está en lo más profundo de la noción de valor.

Índice de términos

- abertura: 125, 214, 217
 abierto(a): 125, 197, 212, 215, 226
ablaut (modificación del timbre): 209
 abriente: 126, 227-228
 absoluto (a): 30-31, 38-39, 41, 47-48, 70-71, 73, 77-78, 81, 96, 129, 141, 148, 151, 160, 163, 186-187, 194, 205, 209-210, 219-220, 231, 237, 239, 257, 272, 287, 295
 abstracción: 94, 100, 109, 119, 122, 164, 177, 183, 194, 248, 283, 286
 accidente: 43, 56, 58, 71, 140, 184, 193, 197, 206, 268, 272
 acento: 73, 152, 183, 193, 213
 acervo: 244
 acto: 94, 119, 135, 142, 171, 222, 233
 acustema: 223
 acústico: 29, 31-32, 108, 126, 142, 162, 213-216, 222-223, 226-229, 286
 adición: 219
 adivinación: 122
 adjetivo: 97, 113, 170
 [adquisición]: 116
 afasia: 159, 232
 agrupable: 105
 agrupación: 162
 aislantes, lenguas: 288
 alfabeto: 142, 215, 220-221, 285
 alteración: 70, 207, 271, 289-290, 294
 alternancia: 31, 35, 40, 54, 62, 65-66, 163, 215, 233, 242
 ámbito: 24-27, 31, 35-36, 38, 42, 47-48, 57, 59, 64, 66-67, 70, 72, 74-75, 80, 82, 85-86, 95, 104, 157, 161, 169-170, 177, 179-180, 183, 186, 191, 202, 235, 244, 247, 256, 260, 262-263, 282
 amorfo: 230
 anacronía: 166, 243
 análisis: 14, 17, 31, 34, 58, 69, 106, 112, 128, 133, 143, 163-168, 171-175, 192, 201, 203, 208, 224, 229-230, 266, 269, 285
 analítico: 260, 287
 analogía: 105, 143-145, 148, 159, 164, 186, 188, 196, 238, 258, 269
 anatomía: 103, 106, 108-109, 230
 anti-: 53, 126, 193-194
 antiguo(a): 18-20, 27, 72, 97-98, 103, 111, 124-125, 139, 143, 146, 155, 161, 163, 167, 169, 171, 175, 192, 198, 210, 221, 259, 262, 267
 apertura: 212, 214-216, 218, 227
 aposema: 101-104
 arbitrario: 139, 181, 230, 235, 287-288, 292-293
 área: 149, 152, 274-275, 281
 armonía: 196

- articulación: 32, 73, 125-126, 211-212, 214-215, 217-218, 234, 286
- asociación: 24, 51, 57, 93, 101, 110, 121, 144, 169, 202, 260-261, 288, 292
- atributo: 82-83, 87, 178, 231
- audible: 228-229
- base: 14-15, 30, 35, 38-40, 44, 48, 52, 54, 63, 77-78, 80, 84-86, 102, 108-109, 131, 144, 152, 166, 178, 184, 188, 202-203, 206, 210, 213, 222, 224-225, 228-230, 233, 254, 261, 264, 281, 287, 290, 292
- cadena: 31, 106, 109, 128, 134, 143, 200, 214-217, 220, 224, 239-240, 258, 276-277, 284-286
- cambio: 44-47, 56, 63, 86-87, 104, 142-143, 145, 148-149, 151-152, 163, 168-171, 181, 185, 190-191, 197, 233, 239-240, 242, 251, 255, 259, 271, 273-275, 279, 291
- campo: 14, 29, 53, 70, 112, 121, 131, 150, 156, 162, 233, 262-263, 267, 291
- cantidad: 16, 28, 47, 53, 73, 112, 130, 184, 206, 239, 251, 257, 261
- cara: 79, 260, 268, 292, 294
- carácter: 15, 50, 61, 64, 66, 88, 101-102, 107, 120, 130-131, 142, 145, 156-157, 182, 190, 213, 224, 235, 252, 279, 289
- característica: 15, 24, 27, 31, 57, 60, 63-65, 81, 88, 99, 115, 122, 134-136, 143, 145, 151-153, 159, 187, 193, 207, 209, 232, 236-237, 253, 260, 267-268, 277, 281, 283-284
- casilla: 189, 288
- categoría: 13, 42, 48, 54, 56, 58, 65, 71-72, 74, 78, 82, 88, 113, 126, 164, 172, 186, 197-198, 212, 232, 234, 243
- cerebral: 51, 212, 232
- [cerebro]: 141, 159, 169, 189, 232
- cero: 51, 61, 70-71, 150, 190, 193, 195, 214, 239, 279
- [ciencia]: 14-19, 25, 48, 67-68, 83, 86-88, 104, 108, 111, 120-121, 128-130, 132-135, 138, 140, 148, 156-158, 162, 182-184, 187, 192, 194, 201-203, 208-209, 211, 219, 232-235, 237-238, 244, 261-263, 283, 290-293
- clase: 60, 262
- coexistente: 45, 78, 211
- coincidencia: 39-40, 108, 122, 199
- [colectividad]: 64, 119, 135, 252-254, 260
- combinación: 24, 46, 64, 68, 96, 99, 128, 189, 194, 207, 248, 261
- comparación: 24, 46, 51, 57, 71, 80, 87, 103, 108-109, 111, 154-156, 159, 163, 174-175, 181, 185, 193-195, 201, 223, 230, 269, 278
- complejo: 16, 24, 26, 28, 34, 87, 136, 197, 229, 264, 269, 287
- compuesto: 34, 46-47, 123, 176, 192, 253-254
- [concepto]: 88, 96, 245
- conciencia: 23, 25, 41-42, 49, 52, 70, 84, 86, 102, 104, 142, 145, 160, 162, 164, 167, 172, 196, 268, 287
- concreto(a): 30-31, 36, 38-39, 70, 78, 127, 143, 268, 287
- confusión: 28, 100, 122, 124, 144, 167, 173, 180, 197, 209, 242
- conjugación: 99
- conjunción: 97, 195
- consonante: 220
- constitución: 159, 233
- construcción: 78, 182, 253
- contenido(a): 13, 33, 43, 57, 64, 78-81, 131, 143, 157, 212, 239, 267
- continuidad: 20, 111, 135-136, 141, 148, 153-154, 156, 160, 208, 257, 262, 271, 274, 283-285, 289, 294
- contrario: 29, 78-79, 100, 108, 115, 139, 194, 237, 255, 279
- contrasoma: 110
- contrato: 99, 184, 186, 252
- contravalor: 292
- convención: 100, 181, 185, 234, 252

coordinación: 238
 coordinantes lenguas: 288
 co-respectivo: 237
 [correlación]: 30-31, 75, 85, 101, 120, 141, 191, 213
 corte: 106, 256
 cosa: 18, 25, 27-28, 35, 40-43, 45-49, 53-56, 58, 61-63, 66-68, 70-71, 75-78, 83-88, 93-94, 97-98, 101-103, 105, 107-108, 110-111, 113, 115, 121-123, 126, 129-131, 134-136, 139, 142, 144, 146-148, 152-153, 161, 169, 177-181, 183, 185-189, 191-192, 195-196, 199, 201-213, 217, 219-220, 222-223, 228, 230, 232, 234-238, 244, 247, 251-255, 259-261, 264, 267, 270, 273, 275-278, 283-284, 287, 290-295
 co-status: 205
 creación: 104, 143, 169-170, 198, 237-238, 243

 declinación: 52, 71, 100, 123-124
 delimitación: 77, 115, 121, 205
 denominación: 13-14, 77, 136, 146, 148, 209
 dental: 41, 54
 derivado: 180
 descomponible, no: 287
 descomposición: 166, 171, 174
 designar [designación]: 14, 33, 72, 81, 96, 101, 126, 155, 187, 191, 195, 197, 204-207, 210, 228, 235-236, 279
 desinencia: 163, 166, 171, 176
 desplazamiento: 87, 152, 184, 187, 270, 277-278, 289, 294
 determinante: 198
 diacosmia: 108
 diacronía: 15, 289
 dialecto: 41, 101, 132, 134, 138, 141, 149-153, 190, 239, 267-269, 271, 274-278
 diátesis: 108
 diferencia: 15-16, 20, 30, 33-35, 37, 39-41, 43, 46-47, 49, 52, 56, 58, 65, 67-68, 70, 72-75, 77, 80-81, 83-85, 88, 99-100, 103-104, 108-110, 113, 115, 125, 128, 135, 149-153, 157, 159, 175, 182, 192, 195-196, 199, 202, 207, 214, 219-220, 223-226, 235-236, 238-239, 252, 255-256, 258, 264, 267, 269, 273-274, 280-286, 292
 diferenciación: 139, 145, 151, 154, 275
 diferencial: 67
 diferente:
 diptongo: 60, 211, 218
 discontinuidad: 151, 255, 283-284
 discontinuo(a): 225-226
 discursivo(a): 95, 101, 112
 discurso: 95, 112, 230, 245
 disposición: 79, 109, 201, 211, 232, 245, 261
 distintivo: 72, 88, 130-131, 152, 207
 distinto:
 distribución: 76, 217
 [diversidad] 38, 40, 54-56, 66, 123, 158, 169, 185, 220, 242, 257-258, 261, 268-269, 271
 divisibilidad: 106, 109
 división: 31, 44, 83, 95, 105, 107, 132, 147, 167, 175-176, 202, 217, 223, 229, 235, 267, 278, 283
 dualidad: 23-24, 26, 81, 83, 188, 260-261, 290
 [dualismo]: 26, 148, 291

 efectivo(a): 64, 206, 229
 efecto: 53, 59, 81, 125-126, 141, 145, 151, 153, 159, 184, 213, 215-218, 220, 222-223, 283-284, 286, 289-290
 elipsis: 98
 eje: 188, 281, 292, 294
 ejecutar: 221, 227-228
 encadenamiento: 200, 214
 entidad: 25-26, 28-30, 36-38, 40, 46, 54, 66-67, 83-84, 122, 147, 189, 207, 229-230, 235-236, 247, 287
 entorno: 70, 104
 entramado: 144, 195, 225

- equilibrio: 68, 148, 201, 222-224, 233, 291
- esencial: 57, 59, 66, 72, 84, 135-136, 147, 158, 165, 171, 185, 204, 208, 216, 222, 224, 252, 270, 283
- esfera: 41, 49, 68, 81-82, 84, 110, 162, 173, 189, 192, 194, 197, 213, 243, 248
- eslabón: 212-213, 215, 217-218, 286
- espacialmente: 108
- espacio: 76, 128, 135, 148-149, 151, 153, 181, 216, 240, 255, 268, 270-273, 279, 281, 285-286
- espíritu: 39, 156-157, 161, 167, 193, 205
- esquema: 38, 61, 174, 190, 223, 233, 265, 281, 290, 295
- estático: 204, 207, 238, 290
- estructura: 30, 109, 262
- etnismo: 269
- evolución: 237, 257, 259, 273, 288
- existir: 64, 70, 96, 111, 113, 129, 158, 167, 213, 234-235, 267
- explicar: 59, 61, 128, 157, 188, 202, 213, 216, 224, 256-257, 264, 267, 273, 283
- explosión: 125, 127, 213, 215-216, 224-225, 228
- exponente: 71
- expresión: 13-14, 24, 26, 43, 50, 62-63, 84, 86, 103, 113, 130, 148, 154-155, 172, 180, 196, 211, 215, 225, 233, 243-244, 287
- [exterior]: 26, 45, 74, 77, 85, 102, 104, 134, 137, 140, 185, 190, 191, 206
- externo(a): 23, 207, 253, 261, 265, 288
- factor: 42, 86, 130, 135, 138, 142, 146, 148, 180, 186, 189, 201, 207, 251, 259, 270, 279, 281-283, 289-290, 292
- familia: 81, 112, 124, 132, 153, 156, 239-241, 261-265, 269, 277, 278, 284
- fenómeno: 16, 23, 26, 37, 39, 51, 53, 66, 73, 87-88, 94, 98, 102, 104, 119-120, 122, 127, 130-132, 142-145, 149, 151-154, 163-165, 168, 172, 174, 192, 200, 203-204, 207-208, 210, 215, 222, 229, 232-233, 240, 243-244, 247-248, 252-254, 257, 267, 269-270, 274, 281-283
- filología: 121, 137, 156-157, 261
- [filosofía]: 14-15, 17, 79, 100
- fisiología: 25, 36, 103, 108-109, 131, 184, 219, 230, 260
- fonación: 83, 128, 219, 224, 226, 261
- fonatorio: 83, 126, 158, 220, 222-224, 226-229, 248, 286
- fonema: 30-31, 120, 122, 125, 127-128, 159, 212, 214, 219-220, 224-225, 227, 229
- fonética: 14, 29, 34-35, 39-40, 48-49, 51, 53-54, 57, 59-64, 66, 68, 70-71, 73, 75, 83, 95, 98, 100, 107, 109, 135, 145, 154, 157-158, 160-163, 165-166, 173, 176, 203, 207-208, 210-211, 215, 219-220, 226, 233, 238-240, 242-243, 255, 257, 259-260, 289
- fónico: 16, 46, 101, 103, 107, 230, 251
- fonismo: 109, 234
- fonología: 83, 109, 125-126, 158, 184, 213, 216, 218-219, 222-225, 227-228
- forma: 23, 24, 31, 33-36, 40-47, 50, 51-54, 60, 62, 65-66, 68, 70-72, 82, 83, 85, 87, 95, 96, 97-101, 103, 104, 113, 119, 127, 128, 130, 140, 141-145, 149, 150, 160-162, 164-176, 178, 193, 195, 199-203, 213-215, 218, 222, 224-229, 231, 232, 234, 239, 242-244, 245, 259-264, 268, 277, 280, 289
- fortuito(a): 59, 155, 193
- fragmento: 19-20, 106, 160, 192, 195, 214, 218, 235, 262-263
- franja: 94, 98, 242
- frase: 48, 94, 98, 101, 108, 112, 138, 196, 216, 223
- fuerte: 41, 127, 137, 144, 148, 161, 224, 245, 269, 279

- generalización: 28, 38, 131-132, 177, 183, 194-195, 203, 267
- grabar: 140
- gramática: 14-15, 23, 26, 44, 48, 51, 58-59, 66, 109, 121, 133, 143, 154-157, 163, 166, 175-176, 183, 185, 190, 192, 198, 230, 232, 236, 255, 269
- [gramática comparada]: 14-15, 121, 133, 154-156, 163, 183, 190, 192, 198, 269
- grupo: 19, 32-33, 38, 41, 71, 73-74, 109, 124, 133, 142, 152, 177, 181, 214, 216, 218, 223, 229, 255, 263, 269
- gutural: 32, 41
- habla: 15, 36, 64, 78, 97, 106, 112, 119-120, 131, 140, 142, 214, 219, 229, 237, 243-244, 261, 283, 285-286, 293
- hiato: 140, 228
- historia: 16, 33, 46, 50, 77, 111, 129, 133-136, 138, 140, 143-145, 150, 154, 157, 183, 186-187, 189, 192, 194, 205, 244, 261-264, 267-268, 272, 283, 291
- homogéneo: 26, 286
- homorgania: 227
- idea: 16-17, 23-27, 29, 33-34, 36, 38-40, 42-44, 46-49, 52-57, 59, 63-67, 72, 74-81, 83-87, 97-98, 102, 104-105, 107, 109-111, 113, 122, 128, 130-131, 133-136, 141-151, 154-155, 162-164, 167-168, 171, 173, 177, 180-181, 185-186, 189, 191-197, 199-202, 204-210, 212, 219-220, 223-226, 228, 233, 235-238, 240-241, 243, 245, 247, 253-254, 256, 260, 263-264, 266-267, 271, 277-278, 283, 292-293
- identidad: 24-25, 27, 31, 35-38, 50, 69, 71, 75, 83, 85, 175, 177-179, 208, 220, 287
- [identificación]: 69
- ideográfico: 106
- idioma: 76, 79, 120, 122, 132, 136-138, 141-142, 146, 149, 151, 154-155, 159, 177, 220, 235, 239-240, 244, 255, 257, 261-263, 265, 269, 271, 284
- idiosincrónico: 100, 203-204, 235
- imagen: 74, 168, 195, 253, 289
- implosión: 125, 212, 215-216, 224-225, 228
- impresión acústica: 215-218, 221-222, 226
- inanalizable: 286
- inaudible: 229
- [inconsciente]: 54, 122, 135, 142, 173
- incorpóreo: 251
- [indiferencia]: 40-41, 70, 235, 252
- [inducción]: 122, 261
- inercia: 139
- informe: 149
- inhibición: 125
- ininterrupción: 136
- innovación: 87, 95, 143, 258, 274, 280, 283
- inmediato(a): 24-25, 36, 42, 45, 49, 54, 69, 73, 81, 121, 146, 203, 237, 247, 268-269, 286, 289
- inmutable: 268, 278
- [instantáneo]: 26, 31, 45, 51, 53, 60-61, 63-64, 66, 75
- institución: 188-189, 191-192, 196, 198
- [instrumento]: 130, 156, 159, 191, 196, 222, 230, 252
- [integración]: 88
- intercomunicación (*intercourse*): 149, 258, 279, 281
- interior: 26, 34, 47, 82, 85, 104, 130, 138, 140, 181, 200, 253, 274, 276, 278
- interno(a): 23, 112, 186, 189, 191, 253, 261, 269, 288, 291
- irreducible: 27-28, 30, 39, 43-44, 49-50, 96, 224, 285-286
- kenoma: 15, 93

- lado: 28, 32, 37, 42, 45, 62, 84, 87, 127, 142, 184, 188, 194, 197
- laríngeo: 215, 217-217, 286
- latente: 28
- lazo: 179-180, 181, 189, 197, 223, 234, 245
- lengua: 13, 15, 18, 23, 25-27, 30-33, 35-37, 39, 41-44, 46-52, 56-59, 61-63, 65-69, 71-75, 77-83, 85-88, 93-105, 108, 111-112, 115, 119-123, 128-187, 189-191, 193-210, 218-221, 224, 231, 233-245, 247, 251-258, 260-264, 266-274, 276-279, 281, 283-284, 287-290, 293-294
- lenguaje: 13-15, 17, 19, 21, 24-26, 28, 32, 37, 39, 46, 49-54, 57, 67-68, 73, 78, 82, 85, 87-88, 95, 98, 101, 106, 119-120, 128-137, 139, 141-144, 150, 158-160, 162-163, 168, 172, 174-179, 183-185, 187-197, 202, 204, 206-207, 209-210, 212, 220, 229-232, 236-237, 240, 243-244, 255, 259-263, 283, 293
- lenguaje, origen del: 50, 139, 142, 204
- lenguaje, vida del: 50, 57, 144, 168, 174, 204, 240, 259
- letra: 33, 120, 126, 141, 156-157, 169, 182, 186, 189, 215-216, 220-221, 223, 242-243, 247
- lexicología: 15
- ley: 96, 98, 100, 102, 115, 130, 133, 136, 145, 153, 157-158, 181, 187-188, 195-196, 204, 210, 211, 215, 222-224, 233-235, 240, 242-243, 253, 260
- libre: 96, 100, 181-182, 218, 272-273, 275, 281, 293-294
- limitación: 222
- línea: 19, 39, 58, 108, 128, 161, 174, 184, 192, 203, 205, 233, 262, 264
- lingüística: 13-20, 23-30, 37, 39, 42, 48-50, 52-53, 64, 68, 70, 78, 82-83, 87-88, 94-96, 104-106, 108-109, 111, 113, 120, 122, 129, 132-133, 138, 142, 145, 149, 151, 156-158, 176-177, 179-188, 191-202, 206, 208, 209, 211, 213, 219-220, 223, 229, 231-235, 237, 240, 243-245, 257, 259-265, 267, 269, 273, 275-278, 283, 290-292
- [literatura]: 121, 156-157, 163, 271
- local (*clocher*): 279, 281
- marcar: 100, 211, 215
- margen: 41, 73
- masa hablante: 293
- material (a.): 25, 33, 35, 40, 42, 76-79, 84, 88, 96, 101-104, 110, 121, 126, 169, 176, 179-182, 190-193, 240, 283, 287
- material (n.): 24, 69, 160, 171, 231, 238, 251, 261-262
- mecanema: 223
- mecánico: 32, 125-126, 148, 213, 223-224, 226-229
- mecanismo: 44, 50, 52, 73, 109, 217, 220, 288
- mente: 28, 39, 43, 47-49, 57-58, 64, 67-68, 77, 84, 88, 96, 108-110, 126, 144, 154, 159, 178, 184-187, 190, 192-193, 195-196, 198, 206, 212, 223, 229-230, 236, 260, 263, 294
- merismo: 109
- metacrónico: 235
- [metáfora]: 209
- miembro: 65, 106-107, 123, 167, 279
- modificación: 70-71, 145, 168, 209, 231, 242, 256, 270, 272-273
- momento: 25, 29, 31, 35, 37, 39, 42, 45, 47, 49-51, 53, 58-59, 62-65, 67, 70-71, 73-79, 84-86, 88-89, 93-96, 98-99, 103, 108, 110, 126-128, 130, 132, 138, 140-142, 144-145, 148-149, 151, 154, 157, 173-175, 177, 180-181, 184-187, 189, 191-195, 197-198, 204, 207-208, 211, 221, 224-230, 236, 245, 251, 253, 255, 257, 270-272, 275, 277, 279-280, 286, 290-292
- monolingüe: 267, 270
- monosilábico: 240
- morfología: 15, 27, 34-36, 39, 46, 48,

- 57, 68, 70-71, 86, 104, 127, 160-170, 173-176
- motus*: 199-201
- movimiento: 46, 63, 86, 96, 108, 120, 125, 137, 139-141, 145, 153, 169, 171, 210, 222-223, 226-229, 231, 239, 242, 247, 256-257, 272, 278, 286
- multiespacial: 107
- multiforme: 106
- mutabilidad: 141
- mutación: 192
- nasal: 47
- [naturaleza]: 25-26, 28, 53, 62, 64, 69, 76-77, 84, 87, 97, 106, 110, 113, 120-121, 125-126, 133, 142, 159, 168, 184-185, 188, 191, 194, 197, 202, 205, 211, 215-216, 222-223, 225, 227, 231, 238-239, 243-247, 251, 254, 275, 293
- [negatividad]: 15, 67, 73-76
- negativo(a): 30, 34, 40, 42-43, 47, 51, 58, 67-68, 72-82, 89, 93, 127, 193, 195, 205, 241, 260
- neologismo: 164, 169, 172
- neutro: 52, 72
- no-: 38, 107, 195
- nombre: 25-26, 31-33, 38, 47, 51-52, 54, 63, 71, 74, 77, 82, 97, 100-103, 107, 111, 123-124, 127, 129, 132, 134, 140-142, 146-148, 155, 158, 162, 168-170, 172, 175, 177, 181-184, 187-189, 197-198, 204, 206-207, 209, 211, 219, 231, 234-235, 237-238, 240, 243-244, 253-258, 263-264, 266-267, 287
- [nomenclatura]: 206, 287
- nominativo: 169, 171, 242
- normativo(a): 244
- nulidad: 43, 105
- objetivo(a): 26, 49, 84, 122
- objeto: 13, 15, 18, 24-26, 28-30, 32, 37-38, 42, 49-50, 53, 57, 59, 61, 63, 66-68, 76-79, 82, 85-88, 101, 107, 109-110, 120, 129-130, 133, 135-136, 146, 156-158, 174, 179-183, 186-190, 192-194, 197-203, 206-209, 223, 230-231, 235, 241, 243, 247, 253, 261, 268, 287, 291-292
- onimia: 101
- [operación]: 16, 28, 32, 35, 38-39, 100, 112, 121, 125, 143-144, 148, 169, 177-179, 238, 245, 248
- apertura: 220
- oposición: 15-16, 26, 30-31, 34-38, 43, 45, 51-52, 56, 61, 63-64, 66-72, 74, 76, 78-82, 87-88, 106, 122, 147, 149, 153, 164, 185, 200-201, 207, 211, 216, 219-220, 226, 236, 242, 267, 280, 282
- oración: 97-98, 113, 241-242
- [oral]: 232
- orden: 19-20, 24-25, 27-31, 34, 36-40, 51, 55, 58, 61-62, 66-68, 75, 78, 80, 83-84, 87, 121, 123, 128, 135, 146, 148, 150, 157, 162, 177-178, 180-181, 184, 195, 197, 200, 202, 204, 210-211, 213, 219-220, 222-224, 228-229, 234, 238-239, 242, 248, 255, 258, 266, 274, 287, 290, 292
- organismo: 46, 106, 109, 132, 147, 159, 176, 230, 264, 267
- órgano: 108-109, 159, 184, 217, 221, 230, 240, 252
- ortografía: 124
- palabra: 18-19, 24-25, 29-30, 33, 35, 41-42, 44-45, 47-49, 51-58, 60, 62-64, 66, 69-70, 72, 74, 76-84, 87, 93, 96-99, 101-109, 111-113, 123-124, 130, 133, 135, 137-139, 141-145, 148, 150, 154, 158, 161-167, 169, 171-178, 185-186, 189-190, 196-198, 204-205, 209-210, 212, 225-227, 230-231, 234-237, 239-240, 243, 245, 247-248, 251, 254, 260, 262-263, 278, 287, 289
- palatal: 30, 32-33, 145
- paradigma: 100
- [paralelia]: 64-65, 64

- parasema: 101-102, 104
 parasoma: 110
 parentesco: 62, 102-103, 193, 239, 257-258, 269, 294
 partícula: 210-211, 241
 pensamiento: 14-17, 42, 47-51, 58, 79, 82, 86-87, 95, 98, 120, 122, 177, 182, 192-193, 230, 233-234, 236-237, 245, 272
 período: 49, 71, 75, 125, 139, 141, 143, 147, 150, 154-155, 163, 168, 175, 210-211, 261, 272, 283
 permutación: 242
 perspectiva: 15, 51, 53, 71, 75, 151, 168, 188, 261
 pieza: 69, 95, 106, 108-109, 185-186
 plano: 168, 238, 253
 plural: 51, 70-72, 165-166, 169, 171, 185, 253, 267
 polisílabo: 240
 positivo(a): 40, 51, 56, 58, 65, 67-68, 71-74, 76-82, 84, 88, 93, 164, 169, 172, 174-175, 178-179, 184, 195, 197, 236, 241, 247
 [posmeditación]: 88
 pre-: 267
 predicado: 97, 113
 prefijo: 123, 172, 231, 241
 prehistórico: 70, 129, 278
 preposición: 241
 primario: 79, 284
 principio: 13, 15, 19-20, 23, 26, 30-31, 35, 38-39, 43, 46, 49-50, 53-54, 57, 63, 71-73, 81, 83-84, 95-97, 100, 103, 105-108, 115, 119-121, 125-127, 131, 135-136, 139-141, 143, 147-148, 150-151, 155, 160-161, 163, 168, 170, 172, 175, 177, 179-180, 183, 185-187, 189, 191, 195, 197, 200, 202, 205, 215, 218, 227, 230, 232, 255, 257, 259-260, 262-264, 268-270, 272, 276, 278, 280, 286, 289, 293-294
 procedencia: 252
 procedimiento: 28, 37, 61, 119, 133, 144, 163, 165-166, 168, 171, 183, 192-193, 207, 228, 243
 proceso: 172, 262, 270
 producido(a): 33, 135, 154, 169, 185, 194, 215, 239, 284, 290
 proétnico: 122
 pronunciación: 54, 73, 113, 159, 184, 237, 255
 proposición: 78, 81, 122, 164
 prospectivo(a): 14, 196
 proteico: 269
 proyección: 27, 168, 273
 psicología: 104, 129, 131, 203, 232-233, 235, 254, 293
 [psicológico]: 24, 99, 102, 121, 142, 148, 169, 232-233, 240, 244, 293
 [psíquico]: 26, 66-67, 221, 293
 punto de vista: 25-30, 32, 39, 41-42, 46-47, 50, 59, 61, 63, 68-70, 78, 81-84, 95, 101, 111-112, 125, 131-132, 134, 136, 140, 144, 156-159, 177-181, 194, 196, 199, 207, 210, 220, 228, 232-233, 235, 237, 253, 257, 263-264, 274, 281
 radical: 87, 111, 146, 191, 242, 257
 raíz: 51, 163-164, 166-167, 171-172, 175, 195, 233, 262-263, 292
 raza: 129, 137, 159, 193, 263, 266
 realidad: 15, 26, 43, 67, 84, 96, 99, 121, 144, 166-167, 174, 179, 188, 209-210, 228, 247-249, 293, 295
 receptividad: 238
 recomposición: 171
 reconstrucción: 264
 relación: 16, 27, 34, 43-45, 47-48, 52-53, 63, 80, 86-87, 99, 108, 111, 143, 163, 165, 168-169, 172-173, 179-181, 186, 188-189, 191, 193, 195-197, 199, 202-207, 223, 225, 230, 234-235, 239, 253, 260, 269, 276, 278, 287, 289, 295
 relativo(a): 30, 39, 46, 48-49, 53, 56, 69, 78, 81, 85, 89, 132, 142, 159, 163, 173, 196, 198, 203, 214, 229-230, 237, 239, 269, 273, 287
 resonancia: 134, 286

- retrospectivo(a): 15, 27, 53, 70, 145,
166-168, 173-175, 196, 199
[rito]: 94, 196
- secundario(a): 34, 56, 66, 79, 284
- sedimento: 134
- sema: 93, 100-108, 110, 112-113, 230
- semántica: 15, 44, 104, 203, 229
- semiología: 15, 47-48, 72, 96, 101, 106,
121, 194, 203-204, 206, 234-235,
238, 252, 254, 292
- sentido: 23, 25, 29, 33-36, 39, 41, 43-
44, 46, 49, 51-54, 56-58, 66, 68-69,
71-72, 74, 76-77, 79-84, 86, 93-94,
98-101, 103-104, 106-109, 111,
115, 123-124, 127-128, 131-135,
138-139, 142-144, 147, 153, 157,
171-172, 178, 180-181, 186, 191,
193-194, 196-197, 199, 201, 203-
204, 206-207, 210-211, 214, 216,
221-222, 224, 227, 230-231, 235,
238, 242, 244, 251, 256, 261, 265,
268-269, 274, 280, 283, 293
[sentido figurado]: 74, 81
[sentido propio]: 74, 81
- sentimiento: 165-167, 173, 175-176
- señal: 34, 42, 57-58, 107, 222
- serie de sonidos: 96, 179, 247
- serie: 15, 32, 42, 60, 62, 65, 71-72, 75,
80, 94, 96, 99-100, 103, 105, 108,
123, 129, 132, 151, 177, 179, 188,
201, 212, 214, 222, 225, 227, 236,
245, 247, 265, 274, 277, 294
- significación: 14, 25-27, 30-31, 33, 40-
43, 45-48, 51, 55-57, 66-67, 74-75,
77, 81-82, 93-94, 96, 101-102, 106-
107, 110, 113, 131, 143, 171, 175,
177, 201, 207-208, 212, 214, 245,
287
- significado: 289
- significancia: 107, 207
- significante: 70, 74, 289-290
- significativo(a): 35, 40, 45, 61, 84, 164,
179, 183
- signo: 15, 25-28, 33-34, 39-43, 46-59,
65, 70-75, 78-80, 87-89, 93-94, 96,
98-103, 105, 107-111, 113, 121,
126-127, 131, 144, 152, 162-163,
165, 181, 184-187, 190-193, 196-
197, 201, 204-207, 220-221, 230,
232, 234-235, 237-238, 252-254,
260-261, 285, 287, 289, 292-293
- signología: 232, 237-238
- símbolo: 99, 186-187, 195
- simultaneidad: 40, 107
- sincronía: 15, 289
- singular: 31, 72, 139, 165, 182, 193,
225, 267
[sinonimia]: 48, 54, 57, 76, 78-80, 88
sinónimo: 33, 82, 108, 237, 294
- sintagma: 31, 64
- sintaxis: 15, 39, 48, 57, 68, 71, 86
- síntesis: 95, 171
- sistema: 14, 16, 33-34, 36, 39-40, 47,
50, 57, 59, 64, 70, 77, 79-81, 83, 94,
99-100, 102, 106, 115, 126-127,
148, 157, 162, 168, 177, 181, 187,
189, 204, 218, 220, 224-225, 229,
231, 234-235, 238-239, 252-254,
261, 287-288, 291-294
- sobreentendido: 100, 235
- [social]: 94, 98, 120, 134, 136, 159, 181,
221, 243-244, 252-254, 260-261,
272, 289, 291, 293
- sociología: 237
- solidaridad: 73, 222, 282, 294
- soma: 106, 108, 110, 230
- sonante: 126, 213-215, 217-218, 220-
221
- sonido-idea: 181
- sostenida: 125
- status: 199-201, 205
- suavemente: 107
- subfamilia: 265, 278
- subhistoria: 264
- sufijo: 51, 60, 143, 163-164, 166-167,
171, 175, 231
- sujeto: 41, 43, 47, 49, 52, 71, 75, 97,
104, 113, 119-120, 140, 160, 164-
165, 167, 172, 187, 227, 232, 247,
287
- [sustancia]: 52, 61, 63, 68, 82, 144,

- 175-177, 208, 213, 230, 247, 251, 290
- sustitución: 45, 173, 238
- tema: 17, 44, 127, 131, 133, 135, 157, 163-164, 166-167, 172, 183, 213, 219, 231, 233, 236, 241, 259, 291
- temporalidad: 106
- término: 16, 18, 24-25, 29, 32-33, 38-39, 41-46, 49, 53-56, 61-63, 66-70, 74-85, 95, 97-98, 100-101, 103, 105, 108, 112-113, 115, 122, 125-126, 130, 135, 140, 143, 147, 149-150, 154, 156-158, 172, 179, 185, 190, 193, 195-196, 199, 201-204, 206, 208-212, 217, 219, 224-225, 229-231, 233, 235-239, 242, 245, 247, 260, 266, 287, 289-290, 293-294
- [terminología]: 18, 28, 50, 108, 176, 209, 211, 237
- tesoro: 79, 95, 112
- tiempo: 13-14, 25, 37, 44-45, 50, 57-58, 69-73, 78-79, 86-87, 98, 106, 108-109, 112, 119, 125, 131-133, 135-137, 139-141, 144, 146, 148-151, 153, 157, 159-160, 163, 166, 172-173, 175, 177-182, 185, 187, 191, 195, 198-201, 204, 206-207, 210-212, 215-216, 218, 220, 223, 228-231, 234-235, 237, 240, 242, 247, 252, 255-257, 263, 266, 268-273, 275, 277, 279-281, 285-286, 288-293
- tipo: 123, 154, 205-210, 240, 264, 267, 274, 279
- transformación: 69-71, 86, 104, 135, 140-143, 148, 220, 239
- trozo: 42, 57, 134, 286-287
- umlaut* (inflexión vocálica): 242
- unidad: 16, 24-26, 30-32, 35, 38, 47, 53-56, 63, 65-66, 74-75, 84, 87, 94-96, 104-106, 109, 112, 126-128, 140, 150-152, 157, 159-160, 162, 164, 172, 180, 187, 191, 197, 208-209, 216-217, 221-223, 227, 229, 242, 247-248, 251, 254, 256, 258, 277, 279, 283, 285-287
- uniespacialidad: 106-107
- unilateral: 65, 84, 106
- unión: 15, 26, 39, 47, 52-53, 65, 75, 99, 216, 226
- valor: 16, 30-31, 33-36, 40-41, 45, 47, 51, 63, 66, 68-71, 73-74, 76, 78-81, 84, 87-88, 94, 98, 100, 105, 109, 111, 120, 127, 129-130, 140, 144, 148, 150, 163-164, 166, 168, 175, 177-179, 184-185, 188, 193-194, 198, 201, 204, 208, 217, 219-220, 222, 228, 233-234, 237, 239, 248, 251, 254, 260, 267, 284, 289, 291-292, 294-295
- variación: 73, 268-269
- verbal: 193, 241
- verbo: 97, 113, 145, 161, 241
- vertiente: 46, 66-67, 85, 101-102, 126, 131, 143, 186-187, 194, 220-221, 224, 226, 265
- vocal: 23, 25-27, 29, 31, 34-42, 46-49, 51-53, 59-60, 62, 64, 70, 72, 74-75, 82-83, 87, 94, 100-101, 105, 113, 127, 142, 165, 177-180, 187, 191, 193, 195-196, 202, 215, 217, 219, 242, 251-252, 286
- yuxtaposición: 107, 219

**Otros títulos de interés
publicados por Gedisa en
Lingüística/Análisis del discurso**

TEUN A. VAN DIJK **El discurso como estructura
y proceso**
Estudios sobre el discurso I
Una introducción multidisciplinaria

TEUN A. VAN DIJK **El discurso como interacción social**
Estudios sobre el discurso II
Una introducción multidisciplinaria

JAN RENKEMA **Introducción a los estudios
sobre el discurso**

TEUN A. VAN DIJK **Ideología**
Un enfoque multidisciplinario

GEOFFREY SAMPSON **Sistemas de escritura**
Introducción lingüística

JEAN STAROBINSKI **Las palabras bajo las palabras**
Los anagramas de Ferdinand
de Saussure

GIORGIO RAIMONDO CARDONA **Los lenguajes del saber**

ALEJANDRO RAITER Y **Sujetos a la lengua**
JULIA ZULLO *Introducción a la lingüística del uso*

DONALD DAVIDSON **De la verdad y de la interpretación**

PETER BURKE **Hablar y callar**
Funciones sociales del lenguaje a través
de la historia

IRENE VASILACHIS DE GIALDINO **Discurso político y prensa escrita**
Un análisis sociológico, jurídico y lingüístico

NOAM CHMSKY **Aspectos de la teoría de la sintaxis**

MITSOU RONAT **Conversaciones con Chomsky**

WILLIAM H. CALVIN Y **Lingua ex-machina**

DEREK BICKERTON

RUTH WODACK Y **Métodos de análisis crítico**
MICHAEL MEYER (*compiladores*) **del discurso**

TEUN A. VAN DIJK **Racismo y discurso de las elites**

TEUN A. VAN DIJK **Dominación étnica y racismo**
discursivo en España y
Latinoamérica

ARMANDO PETRUCCI **Alfabetismo, escritura y sociedad**

CLAIRE BLANCHE-BENVENISTE **Estudios lingüísticos sobre la**
relación entre oralidad y escritura